# La Cria del Ganado





# Manual del Estanciero

por

## Godofredo Daireaux

Buenos-Ayres
Felix Lajouane - Editor
1900

# LA CRÍA DEL GANADO

EN LA

REPÚBLICA ARGENTINA

# MANUAL DEL ESTANCIERO

GODOFREDO DAIREAUX

LA

# CRÍA DEL GANADO

EN LA

## REPÚBLICA ARGENTINA

---

## MANUAL DEL ESTANCIERO

---

NUEVA EDICIÓN

CORREGIDA Y AUMENTADA

BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
79 — CALLE PERÚ — 85

1900

6736—Imp. Mariano Moreno, Corrientes 829

# INTRODUCCIÓN

## AL LECTOR

Sabemos que nunca valdrá ningún libro, lo que la práctica, en materia de cría de ganados; pero la experiencia es lenta siempre y cara, muchas veces, para el que no tiene á su alcance más medios de enseñanza que los que le proporcionan su inteligencia y sus cinco sentidos. Bien lo sabrán los que, por haber adquirido á fuerza de tiempo y de trabajo experiencia propia, encuentren quizás inútil para sí el presente libro, y, por esto mismo, contamos con su indulgencia.

Por otra parte, no escribimos para esos pocos, sino para el gran número de los que, teniendo estancia, sin ser estancieros, necesitan siquiera saber algo, teóricamente, del oficio, para poder dar una dirección juiciosa al manejo de sus negocios de campo; de los principiantes que quieren formar estancia, ó en escala menor, ocuparse de cría de ganado; de los extranjeros que, cada vez en mayor número, vienen aquí á dedicar su trabajo y sus capitales al negocio de estan-

cia; de todos aquellos, en fin, que, por algún motivo, deseen ó necesiten poseer algunos datos ó completar los que ya tengan sobre la cría de ganados en la República Argentina.

Colocándonos en el único punto de vista aceptable aquí, es decir, tratando exclusivamente de métodos del todo y fácilmente aplicables por el criador argentino, y adecuados á los recursos y á las necesidades del país, hemos, sin embargo, tratado de adaptar á estos métodos ciertas reglas generales, ciertas leyes de la zootecnia moderna, fuera de las cuales no hay progreso posible en el ramo; hablamos de progreso real, verdadero, de ese progreso que trae consigo, y paso á paso, mejoras provechosas, y no de ese progreso irreflexivo, puramente aparente, que, no sabiendo subordinarse á las condiciones circundantes, procede por saltos bruscos y mal calculados, queriendo prescindir de ese poderoso agente de todo adelanto, el tiempo, y que no trae, al fin y al cabo, más que atrasos y decepciones amargas.

A nuestro parecer, la experiencia obrando sola, sin el concurso de la observación y de la reflexión, muy pronto se vuelve rutina, y si se concreta á conocer los hechos con más ó menos exactitud, sin sacar de su conjunto las conclusiones necesarias para seguir adelante, es el peor enemigo del progreso. Es preciso, pues, ponerse en ese punto envidiable, situado á igual

distancia de las empresas temerarias y de la rutina. Es lo que hemos tratado de hacer.

---

Como lo preveíamos en la primera edición de la presente obra, ella ha corrido la suerte de todos los libros que tratan de materias agrícolas ó ganaderas, y muchos capítulos han tenido que ser completamente modificados. Hemos tratado de poner esta nueva edición al día de todos los progresos hechos en el país respecto á ganadería, sin salir de nuestro programa, que es de guiar al principiante, al que por primera vez se encuentra en lucha con las dificultades que nacen de la falta de informaciones inherente al semi-desierto que es todavía la campaña argentina.

La multiplicación de los ferrocarriles en comarcas hasta hoy despobladas, la introducción cada día mayor de reproductores de todas las especies, el incremento de la exportación de animales en pie para Europa, la vulgarización de muchas prácticas veterinarias, son elementos casi nuevos con los cuales tiene que contar hoy el que quiera dar consejos útiles á los que piensen dedicarse á la cría de hacienda.

---

En estos últimos años, la ganadería argentina ha salido, se puede decir, del período puramente pastoril en el cual vegetaba desde un siglo. Los adelantos

hechos permiten afirmar que ya entramos de lleno en el período agrícola pastoril, y este estado de transición obliga al escritor agrícola á tratar de hacer concordar, sin que se estorben entre sí, las prácticas indígenas todavía indispensables aquí y los métodos científicos de la zootecnia.

Pocos libros se han escrito, en el país, sobre estas materias. Algunos, muy útiles por cierto, y escritos por autores muy competentes y prácticos, dan las reglas usuales de la cría de ganado á estilo del país, pero sin tratar de modificar, en lo más mínimo, la rutina establecida. Otros, al contrario, se han dado por tema los refinamientos más adelantados, puestos en práctica en otros países, sin pensar que para esto, sería mejor traducir simplemente las obras europeas, que seguramente no pueden sobrepasar, pues son escritas por maestros. Estas obras, en el estado actual de las cosas, no tienen objeto sino para muy pocas personas, la mayor parte de las cuales no las ignoran.

En los libros europeos, por buenos que sean, el criador argentino no puede encontrar resueltas, ni siquiera debatidas, mil cuestiones sumamente interesantes para él, y sobre las cuales, en ninguna parte, existe un conjunto de teorías.

Basta echar una ojeada sobre las condiciones en las cuales se encuentran respectivamente colocados el criador ó agricultor europeo y el criador argentino, para darse cuenta inmediatamente que este

último no puede encontrar indicaciones verdaderamente prácticas y de algún provecho para su oficio, sino en libros escritos exclusivamente para él.

---

La abundancia excesiva de brazos y la baratura consiguiente de la mano de obra, permiten al criador europeo hacer efectivos minuciosos cuidados que, aquí, no serían más que un lujo intempestivo, mientras son indispensables allá, adonde ningún detalle puede pasar desapercibido, adonde cualquier error puede comprometer parte de las utilidades, de por sí tan escasas.

La extrema facilidad de comunicaciones, y, al mismo tiempo, las enormes necesidades del consumo local dan á cualquier producto de la tierra, por ínfimo que parezca, un valor real y positivo que no se puede, en ningún caso, despreciar.

La reducida extensión de las propiedades rurales obliga á sacar de ellas, incansablemente, todo lo que pueda producir, y la severidad del clima hace más apremiante esa obligación.

El criador argentino tiene, al contrario, á su disposición inmensas extensiones de tierras fértiles y desiertas y un clima excelente; en cambio, los brazos escasos y... flojos, hacen difícil y muy costosa la mano de obra; las vías de comunicaciones escasas y caras aumentan considerablemente el precio de todos

los productos; siendo la producción exagerada y el consumo local muy reducido, es, pues, preciso que, en vista del precio elevado de los transportes y de la mano de obra, el precio de costo de esa producción sea sumamente bajo para dejar utilidades al criador.

En estas condiciones, se puede asegurar que los criadores argentinos,—es decir, los que viven en la república, criollos y extranjeros,—criando por los sistemas universalmente empleados acá, hacen zootecnia sin saberlo.

En efecto, los sistemas de cría empleados en el país son buenos, muy adecuados á las condiciones generales que rodean al criador, y, por consiguiente, forman una base perfectamente zootécnica; pero falta metodizar estos sistemas, mejorarlos en ciertos detalles, substraerlos á la rutina, insuperable barrera del progreso, conservando lo que se debe conservar, mejorando lo que se debe mejorar, modificando lo que se debe modificar, suprimiendo ciertas costumbres inútiles ó perjudiciales, codificando, si se puede decir, las leyes y reglas que deben regir, en esta tierra, esencialmente pastoril, todo lo que corresponde á la cría de ganados.

El presente libro no tiene la pretensión de llevar á cabo todo este inmenso trabajo; pero «haber empezado es haber hecho la mitad» y no ha de faltar quien complete la tarea.

Las reformas nunca se hacen de golpe; las traen y las hacen poco á poco forzosas las mismas circunstancias. La exportación de animales en pie y de carnes conservadas, está revolucionando el actual sistema de cría de ganados, y se deben, desde ya, ir preparando los criadores, para fomentar, al mismo tiempo que aprovechar, ese gran movimiento.

---

Que difiera el país de todos los de Europa, es indudable; pero, esta misma diferencia en las ideas y costumbres indígenas y europeas, es, á la verdad, lo que hace tan provechosa la llegada continua de millares de inmigrantes.

Al poco tiempo, se conforman por fuerza ellos con el modo de trabajar adoptado aquí, tratando de mejorarlo por una adaptación racional de sus ideas. europeas y de hacer así producir á su capital un poco más. Van propagando alrededor suyo mil ejemplos saludables, que poco á poco adoptan los habitantes del campo y que por fin redundan en beneficio del país.

Podríamos citar muchísimos casos en los cuales la idea más sencilla, un medio nuevo de facilitar un trabajo ó de hacerlo mejor con los mismos elementos, puesto en práctica por un humilde trabajador é imitado por un vecino, ha constituído con los años, extendiéndose poco á poco, un verdadero progreso.

Esto es patente sobre todo en la cría del ganado ovino, cuyos extraordinarios adelantos se deben, en su mayor parte, á la ciencia práctica de los trabajadores extranjeros, siendo ellos y su modesta cooperación el indispensable sostén de las más afamadas cabañas.

---

Pero para llegar á conocer puramente por la práctica, y en todos sus detalles, los mejores y más sencillos modos de trabajar,—puesto que los más sencillos son siempre los mejores,—se precisan á la vez mucho tiempo y mucha atención. ¿Cuántos ensayos costosos hará, cuántas pérdidas experimentará el que recién entre en el oficio? Cierto es que la teoría no ha de suprimir del todo los errores, pero siempre ha de servir para aminorarlos y ayudar á componerlos.

Por eso es que nos ha parecido útil condensar aquí lo mejor y lo más práctico de lo que hemos leído, de lo que hemos oído, de lo que hemos visto, de lo que hemos personalmente practicado durante muchos años de vida de campo, tratando de combinar entre sí la rutina, muchas veces indispensable y siempre ingeniosa, del criador indígena, con ciertas lecciones de la ciencia moderna.

GODOFREDO DAIREAUX.

---

# LA CRÍA DEL GANADO

## LIBRO PRIMERO

## PLANTEACIÓN Y ADMINISTRACIÓN DE UNA ESTANCIA

### CAPÍTULO PRIMERO

#### ELECCIÓN DE UN CAMPO

Importancia de la elección de un campo.—Modo de apreciar su calidad.—Pastos duros y pastos tiernos.—Campos hechos y campos nuevos.—Campos altos y campos bajos.—Compostura de los campos.—Regla para calcular la cantidad de hacienda que puede soportar un campo.—Condición distinta del que busca campo para comprar y del que busca campo para arrendar.—Consejos á los arrendatarios.

Los intereses del campo, el campo los da; no hay ni puede haber buen estanciero en mal campo. Por mucho que trabaje y se empeñe, no adelantará ningún criador en campo malo, y tanto para el que arrienda, como para el que quiere trabajar en campo propio, la base fundamental del éxito ulterior es la elección del terreno.

Ahora, ¿qué es lo que se llama buen campo? ¿Cuáles son las condiciones generales cuyo conjunto hace el campo bueno?

Casi con seguridad se puede decir que no hay campo,—por tal que el área sea de regular extensión,—que sea todo bueno, ni todo malo y se puede, por consiguiente, llamar bueno, el que reune más ventajas que defectos, y malo aquel cuyos defectos superan las ventajas.

En todo caso, que sea campo hecho ó campo nuevo, lo que primero, — y casi únicamente, — se debe considerar, es la calidad de la tierra misma, su fecundidad, su fuerza de vegetación. El último destino de toda propiedad rural es, en más ó menos tiempo, la agricultura, no siendo el pastoreo más que una industria transitoria, y es en vista de la agricultura que se debe mirar y valorar una tierra, aunque por ahora se dedique únicamente al pastoreo.

En una palabra, y de un modo absoluto, un campo es bueno, regular ó malo, según la extensión que contenga, en proporción con su área total, de tierra buena y de tierra pobre.

Del punto de vista especial del pastoreo, sus aguadas, más ó menos permanentes, más ó menos salobres, más ó menos numerosas y diseminadas; las seguridades que puede presentar, en caso de seca, si predominan las alturas; en caso de inundación, si predomina, al contrario, el terreno bajo, son condiciones primordiales.

Por la clase de los pastos que ofrece á la vista el terreno que se estudia, por su tupidez, por su vitalidad, se puede juzgar la calidad de la tierra: pero es preciso tener ciertos conocimientos elementales para poder emitir ese juicio con seguridad, conocimientos que se resumen en saber distinguir algunas de las plantas más comunes en el campo, haciendo la diferencia entre los campos recién poblados ó vírgenes y los que el prolongado pisoteo de las haciendas ha compuesto y hecho más fértiles.

Naturalmente, no podemos dar sino algunas indicaciones fundamentales y generales, dejando á la práctica personal de cada uno el cuidado de completarlas; pero hecha esta advertencia, diremos que, según el número de años que tienen de poblado con hacienda, dos campos

de calidad igual, llevarán pastos de clases completamente distintas.

***

La división en pastos duros ó fuertes y pastos tiernos indica solamente un estado transitorio y no una calidad intrínseca del terreno. No hay campo de pasto fuerte, á lo menos en la Provincia de Buenos Aires, que no se vuelva, con los años y el pisoteo de la hacienda, de pasto tierno.

Pero hay pastos duros de varias clases, más ó menos útiles, más ó menos tupidos, más ó menos duraderos, lo mismo que hay pastos tiernos de poco valor y que, aunque tiernos, indican una tierra flaca, incultivable.

La presencia del trébol de carretilla y del cardo asnal indica un campo hecho, y, al mismo tiempo, una tierra medianamente alta, negra, inmejorable tanto para la agricultura como para el pastoreo. En tierras donde existen estos pastos se puede sufrir de cuando en cuando por la seca, pero en ellas resiste mucho tiempo la oveja porque se sostiene con las ramas secas del trébol y del cardo y el menor aguacero hace brotar de nuevo las innumerables semillas desparramadas en el suelo. Sucede á menudo ver los rebaños buscando su manutención y hallándola en tierras que parecen completamente peladas y desprovistas de pasto, y así mismo se conservan gordos, á lo menos, en buen estado.

Para llegar á esta superioridad, no solamente precisa la tierra el abono y el pisoteo de mucha hacienda durante largos años, pero ser, también, por naturaleza, de primera calidad. En efecto, al lado de una loma cubierta de trébol y cardo se encuentra una planicie únicamente tapizada de gramilla: el pisoteo y el abono han sido los mismos para ella y para la loma, pero la tierra es de calidad inferior

y no tiene bastante vitalidad para producir el cardo y el trébol, que necesitan una tierra sumamente rica. Va bajando más el terreno, se hace más ralo el pasto y más duro, blanquea por el momento el salitre en el suelo, aparecen plantas de duraznillo, y mezcladas con el pasto algunas plantitas de hoja redonda, ancha, como una especie de nínfeas, al mismo tiempo, el pasto es más largo, pero de un verde más obscuro, de hoja más punteaguda: esa tierra es flaca, de poca fuerza vegetal y, más que todo, anegadiza.

Así mismo tiene su ventaja, mientras el pastoreo sea el único objeto del dueño de ella, y en tiempo de seca, quedará verde mucho tiempo y permitirá, aunque con pastos inferiores, sostener la hacienda; pero más tarde, cuando venga el tiempo de valorar las tierras por lo que puedan producir bajo el arado, se encontrará que esta tierra la desecharán y que guardará en proporción de la loma un precio ínfimo. En ella, no queda el abono natural que le proporcionan las haciendas; continuamente lavada por las crecientes del invierno, precisaría para mejorarse obras de dragaje, que, sin darle nunca el valor de la tierra magnífica de la loma, costarían mucho más de lo que de aquí á muchos años podrá valer ella misma.

Sin embargo, como en la actualidad, es decir, durante el período pastoril que todavía atravesamos, admitimos que un campo á pesar de las ventajas que presenta el terreno alto, debe tener también sus partes bajas para resistir durante las secas, diremos que el tipo mejor de un terreno de estancia es el compuesto de albardones altos y anchos, cortados de cañaditas.

***

En los campos nuevos, recién poblados ó sin poblar todavía, no existen ni el cardo asnal ni el trébol de carretilla.

No faltan ciertas clases de pasto tierno, como el trébol de olor, la cola de zorro, la altamisa, etc., pero son clases de poca duración y desaparecen muchas de ellas antes que el pasto duro. La mayor parte de esos campos son de tierra arenosa y para el que, por primera vez los pisa, su examen no presenta nada de halagüeño. En esos parajes, el campo es como erizado de matas de un pasto blanco ralo, agudo, duro,—la puna—en las alturas arenosas; y en los bajos, lleno de fachinales, de junquillo, de paja de varias clases, de matas enormes de gynerium argenteum: (cortadera).

A primera vista parece que nunca se podrá emparejar esta tierra rugosa, ni deshacer estos pajonales; es un error, y en pocos años se conoce la mejora producida por el pisoteo de los animales. Lo que sí vemos en esos campos, que las lomas demasiado elevadas precisan para componerse, es decir, producir pasto tierno, mucho más tiempo que los terrenos un poco bajos, con condición que no sean anegadizos. Allá, las mejores tierras son las que se llaman de campo tendido, donde abunda más el gynerium argenteum; no se tiene más que sembrar un maizal, empezando en un bajo y subiendo en la falda de una loma arenosa para conocer toda la diferencia de fuerza vegetal que entre ambos existe; en consecuencia, es mejor en aquellos campos elegir un campo donde no predomina el terreno alto con tal que no esté sujeto á las inundaciones.

***

El tiempo, el pisoteo, el abono natural desparramado por los animales, son los más poderosos agentes de la mejora de un campo.

El fuego se debe prohibir en regla general, condenando

únicamente el gynerium argenteum (cortadera), en los lugares donde no es indispensable para reparo de la hacienda vacuna. El pasto, por duro que sea, tiene su utilidad para las haciendas mayores; y como con quemar no se siembran pastos tiernos, es mucho mejor siempre aprovechar el pasto duro con mantener vacas que quemarlo sin provecho alguno. A medida que ralea, aparecen los pastos tiernos; la gramilla, poco á poco, con sus raíces caminadoras va cubriendo el campo, y poco á poco también se puede entonces remover la hacienda vacuna, y multiplicar los puestos de ovejas.

Algunas veces, y por excepción, puede ser bueno quemar algún retazo de campo, los de puna especialmente, pero debe ser de poca extensión, y nada más que para facilitar el paso á alguna majada ó proporcionarle el gusto de comer los retoños del pasto quemado. Estos retoños gustan mucho á las ovejas, pero no son muy substanciosos y no deben componer el alimento exclusivo de los animales. El sistema de «retazear» así el campo también tiene la ventaja de atajar las quemazones casuales, é impedir que hagan tanto perjuicio: la sola estación en la cual se puede así quemar campo es la primavera, porque entonces, siempre retoña el pasto.

***

Con todo, no basta haber sabido elegir un buen campo; es preciso también saberlo manejar, de modo de aprovecharlo lo mejor posible y de sacar de él todo lo que puede dar, lo que trataremos en los capítulos siguientes de poner al alcance de todos; pero ya diremos que una de las reglas generales más importantes para el estanciero es de nunca recargar su campo de hacienda. Es una tentación instintiva á la cual obedecen muchos, cuando ven el campo en

buen estado y que tienen más capital que emplear, de echarle más y más hacienda. Querer sacar así de un campo más provecho de lo que racionalmente puede dar, es exponerse á perder en poco tiempo todo lo que se ha podido ganar mientras el campo ha estado poco poblado. Las epizootías, las pérdidas grandes de hacienda que algunas veces sufren ciertos establecimientos en los mejores campos, provienen casi siempre del recargo de los mismos.

No hay naturalmente regla fija para el número de tal ó cual hacienda que se pueda echar en una área determinada de campo; pues según su calidad, una legua de campo puede soportar treinta mil ovejas holgadamente, ó ser demasiado poblada con cinco mil, pero se puede tomar por base *el máximum de hacienda que puedan sostener las partes bajas del campo en caso de seca, y las partes altas en caso de inundación.* De este modo siempre se salvarán los intereses.

Estudiando continuamente y conociendo palmo á palmo su campo, es que puede el estanciero saber, año por año, lo que le puede confiar de intereses, aumentando ó disminuyendo según las circunstancias, la cantidad de hacienda que tiene. Sabe así dónde debe hacer echar tal ó cual rodeo, dónde puede hacer engordar los animales de invernada, ó componer alguna majada que se haya atrasado.

Nos ocupamos esencialmente aquí de los campos de cría y del negocio general y común del criador propiamente dicho, negocio que poco á poco se va retirando á las tierras algo lejanas. Estas tierras son todavía demasiado pobres, en general, para poder conseguir en ellas, sin la ayuda de la agricultura, animales bastante gordos para poder soportar en los mercados la competencia de los que llegan hoy á producir los invernadores.

De este negocio especial, completamente distinto del del criador, nos ocuparemos en detalle en capítulo á parte.

***

Ahora observaremos que el que compra un campo, se puede contentar con que sea bueno, del modo absoluto que hemos definido, es decir, de tierra vegetal abundante, en la mayor parte de su área, y prometiendo, por su misma calidad, volverse, con el tiempo, tierra de pan llevar; tendrá, naturalmente, para aprovecharlo bien, que poblarlo de tal ó cual clase de hacienda, en tal ó cual cantidad, según la clase de pastos existentes en la actualidad; la ubicación del campo y su calidad son puramente para él cuestión de precio. Pero la situación, bajo este concepto, del que compra campo y del que arrienda, es muy diferente.

***

Si el que compra un campo de pasto duro, por ejemplo, sabe que poblándolo con vacas, ha de sacar de él el mejor partido posible, y que así lo irá mejorando, cuestión importante para él, el arrendatario que busca campo, se debe colocar en otro punto de vista, y tratar, no de discernir qué clase de hacienda conviene á tal ó cual campo, sino qué campo es el que conviene á la clase de hacienda que está criando y para la cual busca campo.

La cuestión de precio, en ese caso, es secundaria, y sucede frecuentemente que el campo barato es el que sale más caro. La cuestión de conveniencia es la que entonces debe dominarlo todo.

El arrendatario, hoy más que nunca, que el precio de los arrendamientos ha subido en todas partes de un modo

considerable, se encuentra puesto frente á frente con un dilema: ó recargar el campo, lo que es malo, ó no alcanzar á pagar el arrendamiento, lo que es peor. La solución es difícil y confesamos que la situación del que tiene que arrendar campo es muy peligrosa; pero sentaremos esta regla general, que *no es con el capital que se debe pagar el arrendamiento sino con el aumento.* y que recargar un campo es privarse de antemano de la posibilidad de aumentar el capital y correr el riesgo de disminuirlo.

***

Nos permitiremos indicar también á los que, por su capital limitado, tienen que empezar á trabajar arrendando campo, que justamente por ser esta situación de arrendatario muy peligrosa, deben tratar de salir de ella cuanto antes, haciéndose propietarios.

En la República Argentina, lo que sobra es campo, y no alcanza, en regiones algo apartadas de la metrópoli, precios tan altos que sea un sueño irrealizable lo que aconsejamos á los criadores.

Conocemos algunos que, á fuerza de trabajo y de años, han llegado á tener de veinte mil ovejas arriba y que, cada año, ó depositan dinero en los bancos ó compran más ovejas, buscando para ellas más campo que arrendar, sin todavía decidirse á vender la mitad de su hacienda para trabajar con el resto en campo propio.

En un país en que aumenta el precio de la tierra como en éste, y con el riesgo que, por otra parte, corren esos criadores imprevisores, de quedar medio arruinados por algún desastre inesperado, es una aberración no asegurarse un retazo de campo, pudiéndolo hacer, aunque sea algo léjos.

***

En cuanto á quien le ha tocado por herencia ó por alguna compra de ojos cerrados, un campo malo, el único consejo que nos parece prudente darle es que trate cuanto antes de deshacerse de él, al mejor precio que pueda, y comprar otro; pues, si en Europa tiene el agricultor que conformar su modo de trabajar al pedazo de tierra en el cual lo ha colocado la suerte, todavía puede aquí el estanciero elegir el campo que cuadre con sus ideas.

## CAPÍTULO II

### EDIFICIOS Y ELECCIÓN DE SU SITUACIÓN

**Construcciones rurales en general. — Casa del hacendado de capital y del principiante. — Elección del sitio. — Campo abierto y campo alambrado. — Casa principal. — Plano general. — Plano de cada edificio. — Ranchería. — Edificios de barro y paja; su utilidad. — El pozo. — La cocina. — La habitación. — Los galpones. — Sin lujo. — Ejemplo de los ingleses.**

Al que quiera conservar la tranquilidad aconseja cierto refrán de nunca edificar: y la verdad es que es una necesidad costosa. Pero es inevitable, y el primer trabajo que incumbe al poblador de una estancia, es, naturalmente, el de construir los techos que le deben abrigar á él, á su familia, á sus peones y también deben proteger su material y sus animales.

La primera regla general referente á edificios rurales que se pueda dar, es que cada uno, antes de empezar la obra, debe medir sus fuerzas y sus recursos, para no dejarse llevar por los gastos de primera instalación una parte mayor del capital, que se podría emplear con mucho más provecho

en hacienda, cosa que sucede mucho más á menudo de lo que se podría suponer.

Es cosa de los hacendados de mucho capital emplear en construcciones una parte del sobrante de renta que le puede dar su establecimiento; pero debe guardar con mucho cuidado de imitarlos el que principia con un capital reducido, sin haber ganado nada, y no tener más en perspectiva que las esperanzas de hacer producir á dicho capital una elevada renta.

Lo mismo se come — y muchas veces con más apetito — con una cuchara de hierro que con una de plata, y nuestro parecer es que en todo establecimiento que se funda, y antes de saber qué resultado dará el campo, se debe evitar toda clase de lujo en los edificios, sin por eso dejar de acomodarlos de tal modo que reunan todas las condiciones necesarias á su destino.

Se trata, por ejemplo, de hacer un galpón. De material, costará, supongamos, mil quinientos nacionales; si se puede hacer el mismo galpón con buenas paredes de barro, techo de junco, con hierro encima, por quinientos, no vacilen un momento; háganlo en esa última forma. ¿Durará menos que el de material? No hay duda; pero siempre ha de durar bastante para dar tiempo á los mil nacionales que se ahorren en su construcción, de reproducirse dos ó tres veces, y se podrá entonces edificar uno que reuna todos los perfeccionamientos más modernos.

***

No escribimos, como es natural, para algunos hacendados, cuyos conocimientos en todas las materias que tratamos, pueden ser superiores á los mismos nuestros, y cuyas riquezas los eximen de oir consejos, pero sí para todos

aquellos que, teniendo un capital relativamente pequeño, desean emplearlo en negocios de campo.

Escribiendo para la generalidad, trataremos también en lo posible de evitar el defecto de ciertos libros que, tratando de las construcciones rurales, se extienden tanto é indican sistemas tan perfeccionados, y por consiguiente tan costosos, que el que los lee para aprender algo su oficio, antes de empezar á trabajar los tiene que cerrar, desanimado, después de las primeras páginas al ver que no le bastará ni lo que posee, ni lo que pueda pedir prestado, para poner á ejecución tan hermosos planes.

***

La primera diligencia que tendrá que hacer el poblador de una estancia nueva, será elegir el sitio más conveniente para la formación del casco del establecimiento.

Aquí debemos establecer una distinción primordial entre un campo abierto y un campo alambrado. No siendo de ningún modo el alambrado un lujo, sino una necesidad que cuanto antes se tiene que llenar, admitimos muy bien que aun un principiante, si le alcanza el capital, debe alambrar su campo desde un principio.

En este caso, el casco del establecimiento debe situarse lo más cerca posible del mismo centro del campo.

En campo abierto, al contrario, lo situaríamos, -- hablando siempre de un establecimiento destinado á la cría simultánea de las haciendas vacuna y ovina, – en el medio de uno de los costados más largos del campo, á algunas cuadras de la misma línea.

Esta diferencia se comprende fácilmente: en campo alambrado, la situación en el centro facilita la vigilancia y permite á la hacienda vacuna retirarse á comer hasta los

límites de la propiedad, pudiendo aprovechar así cualquier rincón del campo.

En campo abierto, no sólo el establecimiento debe estar cerca de la línea, sino también todos los puestos, para evitar que las haciendas de los vecinos entren y aprovechen el campo, y para repuntar siempre la propia hacia el centro del campo, donde no estará expuesta á mesturarse con otra, pudiendo extenderse á su gusto, sin encontrar pobla ción que la moleste.

***

Consideramos que una extensión de tres ó cuatro leguas, en campos regularmente poblados, es muy suficiente para dar al que maneja el establecimiento bastante ocupación: y creemos que siendo más grande el campo, lo mejor será dividirlo en dos ó más estancias, bajo las órdenes, cada una, de un mayordomo especial; pues en una extensión demasiado grande y con una enorme cantidad de hacienda. es casi imposible, por activo que sea el mayordomo, que sean atendidos como es debido todos los detalles de la administración, y gracias, únicamente, á la división del trabajo, es que se pueden conseguir resultados halagüeños en cualquier industria que sea.

***

Pero en cualquier paraje que se desee situar la estancia principal, en el centro ó en la línea, antes de decidirse por un sitio ú otro, es preciso pesar bien y volver á pesar todas las ventajas y desventajas que le puedan ser inherentes; tal sitio tiene aguada como mandada hacer, pero el terreno es demasiado bajo y algo anegadizo, ó en tierras arenosas, demasiado alto, y los sembrados y plantíos que-

darán raquíticos; éste, al contrario, no tiene aguada, pero sí una loma espléndida de tierra negra; aquél tiene loma y aguada no muy lejos, pero está rodeado de cañadones anegadizos, y la loma, siendo angosta, no bastará, en tiempo de inundaciones, á salvar las majadas del establecimiento principal.

A nuestro parecer, si hay aguada, mejor; pero si falta, siendo por lo demás, cómoda la situación y ventajosa para los fines de la explotación en general, buena la tierra y extendida el área cultivable, se puede decidir en su favor la cuestión, porque con más ó menos trabajo y gasto, el agua se encuentra en todas partes; será siempre menos costoso buscarla que remover algún día la estancia por no convenir la situación primitiva, ó lo que tal vez sea peor, dejar la estancia mal situada.

***

Una vez elegido definitivamente el paraje donde se piensa situar la estancia, es bueno formar en el papel un planito de la posición respectiva de cada uno de los edificios que deben componer el casco de la estancia, para tener á la vista el conjunto completo de todo el establecimiento tal cual ha de quedar en el terreno. Es preciso calcular en ese plano las necesidades futuras de engrandecimiento para poder algún día, sin modificar la disposición general, hacerles frente con toda facilidad.

Es de cierta importancia hacer este plano antes de empezar los trabajos, pues hay muchas cosas que calcular para que cada edificio quede bien en el lugar y á la distancia más conveniente para facilidad de la vigilancia del trabajo.

En un establecimiento de campo, es preciso pensar siem-

pre en ahorrar el tiempo y las fuerzas de los peones, dado que más horas emplean en un trabajo y más caro cuesta, sin contar que cada vez que un trabajo es demasiado penoso, se hace mal ó no se hace. Si, por ejemplo, las parvas de pasto quedan retiradas del pesebre de los animales finos, el peón que se lo tiene que repartir pierde tiempo y se cansa inútilmente nada más que acarreándolo.

Hay otros inconvenientes que se debe tratar de evitar; que un corral, por ejemplo, quede demasiado cerca de la habitación, pues en tiempo de seca y de viento, no se podrán abrir las puertas por la polvareda.

Es preciso combinar así mil cosas, al parecer indiferentes, para que quede el establecimiento al mismo tiempo confortable para la vida y cómodo para el trabajo.

Colocar un edificio aquí, otro allá, sin cálculo, sin plano, es exponerse á una multitud de inconvenientes, tanto más perjudiciales cuanto son casi irreparables; y es preciso decirlo, en la mayor parte de los establecimientos, quedan muy mal distribuídos los edificios y muy incómodos, porque han sido colocados según el capricho del momento, por uña conveniencia pasajera y sin pensar en el porvenir.

***

Después del plano general, viene el de cada edificio en particular.

Como los edificios de campo son por lo general de una gran sencillez, suponemos que cada poblador podrá, con la mayor facilidad, ser el único arquitecto de su casa y podrá calcular con bastante exactitud la cantidad, calidad, tamaño, etc., de los ladrillos, de la madera, del hierro ú otros materiales que piense emplear en la construcción.

En campo propio, y teniendo bastantes recursos para

poderlo hacer, conviene seguramente mucho más edificar de material, y para esto, hacer cortar en el mismo campo la cantidad necesaria de ladrillos, si se pueden emplear unos cien ó doscientos mil, lo que es más que fácil entre casa-habitación, galpones, puestos, jahüeles, etc.

La cortada de ladrillos se trata á tanto por mil, dando el establecimiento la carne, la leña, y yeguas para pisar el barro.

Se comprende que no proveyendo todo esto—que al fin cuesta poco,—á los horneros, habría que pagarles más. También el precio varía según la cantidad de ladrillos tratada.

No podemos dar precios, en esta obra, porque las grandes variaciones del metálico los hace forzosamente cambiar de un día para otro; y cualquier precio, verdadero hoy, quedaría mañana erróneo.

Si deben ser de material los edificios, naturalmente habrá que acudir á un especialista, un albañil.

***

Pero siendo puramente de barro, sea de lo que se llama «chorizos» ó de pared francesa, cualquiera los puede hacer, y en el campo se encuentran en todas partes hombres hábiles y ligeros para todos estos trabajos, que se encargan de hacerlos por un tanto, el medio mejor de tener un trabajo bien hecho, con la condición de vigilarlo bien.

Por lo que es de los precios, según el paraje, la estación, la escasez de gente desocupada, el tamaño de la obra, la cantidad de obras que se tienen que hacer, etc., varían muchas veces de uno á dos, y para el que nunca ha tenido que tratar semejante negocio, es lo más frecuente pagar, para hacer cualquier trabajo, el doble de lo que

vale. Pero es fácil también evitar este peligro, consultando á algún vecino honrado, sobre lo que puede valer la obra, calculando poco más ó menos los días de trabajo que puedan precisar los peones para acabarla, y, en fin, poniendo en competencia, si abunda la gente, dos ó tres hombres. Generalmente se les proporciona la carne, yerba y sal, las herramientas necesarias y dos caballos para pisar el barro.

La estación mejor para hacer baratos estos trabajos es el invierno, porque entonces hay abundancia de brazos y escasez de dinero entre los trabajadores. Además de esto' el junco y la paja se encuentran con más facilidad y más crecidos.

***

En toda obra de *ranchería*—llamaremos así todos los edificios de barro con techo de paja, junco ó hierro, sin empleo de piedra que no se halla, ni de ladrillos que cuestan caro - es preciso tener cuidado especial que los palos de sostén, costaneros, principales y esquineros sean hondamente enterrados, un metro poco más ó menos y perfectamente pisoneados. La operación de pisonear es importante, pues ella es la que da firmeza á la armadura de la construcción.

Antes de clavar los palos en el suelo, que siempre en la pampa es blando y no ofrece piedras en lo general, es bueno en la parte que debe ir enterrada, agregarles unos pedazos de tablas viejas bien alquitranadas, y alquitranar también el mismo palo en el pie. Esta precaución lo hace durar muchísimo tiempo sin deteriorarse.

El barro que servirá para las paredes tendrá que ser bien *trabajado* y *removido* hasta quedar bastante *pegajoso* para no poderse deshacer con los aguaceros. La paja debe

ser bien *sacudida*, según la expresión consagrada, es decir, que el que la corta debe agarrar el *mazo*, antes de atarlo, por las puntas más largas y sacudirlo hasta que caiga toda la paja deshecha que se encuentra mezclada con la buena. Lo mismo se hace con el junco.

Los *chorizos*—llaman así un puñado de paja revolcada en el barro y que sirve para hacer las paredes—deben ser gruesos y pesados, estar muy apretados uno contra otro y cruzados con prolijidad sobre las cañas que los sostienen.

El techo de paja constituye un excelente techo para una habitación de campo cuando no se la puede hacer de material. Es abrigado en invierno y fresco en verano, dura mucho, si ha sido bien hecho, y es muy superior como confortable al techo de ripia ó de hierro. Es peligroso para el fuego, pero poniendo abajo una cama de junco, se disminuye muchísimo el riesgo, y para tener un techo superior y eterno, basta poner encima de la paja chapas de hierro galvanizado.

No tenemos la pretensión de hacer creer que con estos elementos: barro, cañas, paja ó hierro se pueda edificar un palacio, pero hemos visto más de una estancia construída así, con puertas vidrieras, cola de pato y corredor, todo en contorno, chimenea, piso de tabla, un buen reboque de cal y arena, bien pintado, y podemos asegurar que, con poca plata, se puede tener una casa muy buena, ó por lo menos, muy suficiente y muy decente, para un establecimiento provisorio.

Naturalmente, el primer trabajo que se debe hacer, es cavar un pozo.

Es preciso tratar de que se haga en un sitio conveniente y cómodo para los usos ulteriores de la casa. Si el agua sale salobre, lo que en muchas partes sucede, es bueno

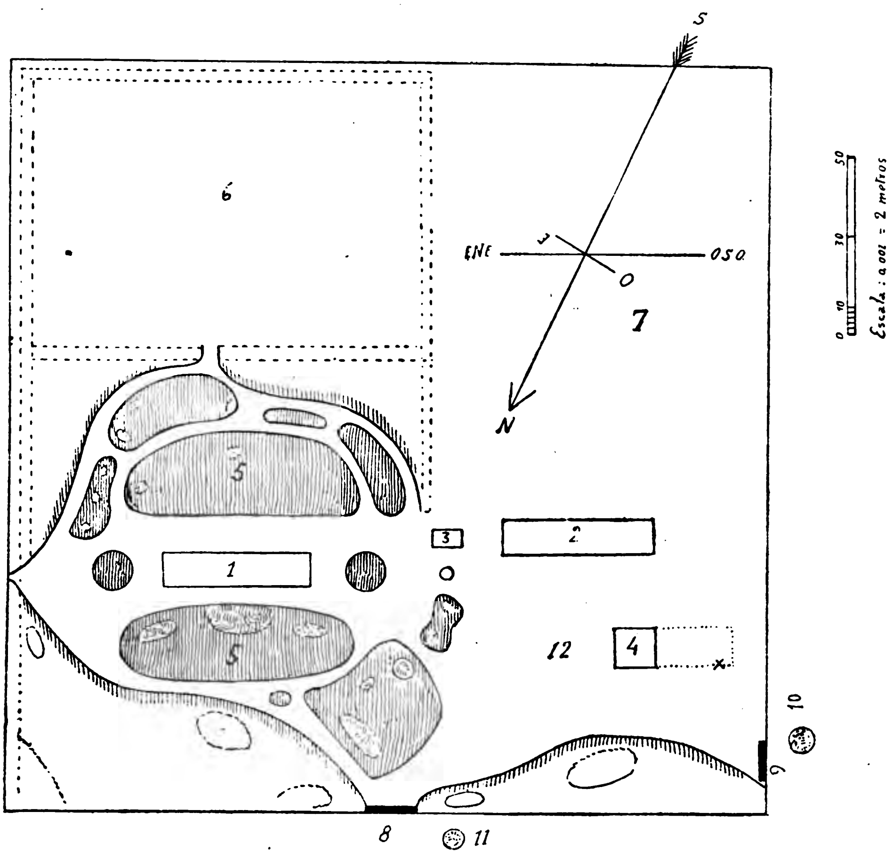



**Fig. 1.** — PLANO GENERAL DE UNA ESTANCIA

1 Casa habitación.
2 Galpón.
3 Cocina.
4 Caballeriza y corral de caballos.
5 Jardín y parque.
6 Huerta y hortalizas.
7 Corrales y ensanche futuro de galpones.
8 Entrada principal.
9 id. de peones.
10 Palenque id.
11 id. principal.
12 Patio.

buscar en otro lugar agua potable. Muchas veces, á pocas varas de un pozo de agua salada, sale otro de agua buena.

Es bueno evitar que el pisadero para el barro se haga en un sitio donde más tarde pueda estorbar. Como se ha de rellenar después con basuras, es preciso hacerlo detrás de la cocina.

***

Después del pozo, la cocina es pieza importante entre todas, pues es en la cocina que se reciben las visitas de orden inferior que no se quieren introducir en la casa-habitación.

En todo establecimiento un poco importante, es conveniente tener dos cocinas, una para el uso del patrón y su familia, otra en un sitio algo apartado para los peones y exclusivamente para ellos. Allí viven, comen, duermen, se juntan después del trabajo para tomar mate, comer y descansar.

Para la cocina se debe preferir el techo de hierro, que no presenta para el fuego ningún peligro. La orientación más á propósito para la cocina es de Norte á Sur, con una puerta en cada mojinete. No es de más poner una ventana también, pues con el humo de la leña de oveja, que es la que más se usa en el campo, terrible sobre todo en los días de tormenta, es preciso tener un temperamento especial para quedarse en la cocina, si no hay abundancia de aberturas.

***

La casa habitación debe quedar un poco retirada de la cocina, no demasiado, sin embargo, de modo que la comida no llegue fría al comedor, pero lo bastante para que el patrón y su familia estén perfectamente en su casa, sin

tener que ser molestados por las visitas que no quieran recibir.

La orientación preferible para la casa habitación es, á nuestro parecer, con los mojinetes de E.N.E. á O.S.O., siendo todas las puertas á N.N.O. y las ventanas á S.S.E. Los motivos en que fundamos nuestra opinión, son, primero, que la casa orientada así, queda puesta de tal modo que los vientos violentos de S.O. no la pueden asediar sino como deslizándose en la pared, y por consiguiente, no la pueden sacudir con tanta fuerza. Las personas que saben lo que son los vientos en el campo, comprenderán de qué importancia puede ser esta indicación, sobre todo mientras no hayan crecido las plantas que se pongan alrededor de la casa para adorno y reparo.

Además, esta orientación permite que casi durante todo el año, los rayos matutinos del sol oriente y los últimos de la tarde, bañen de luz y de calor los fondos de la casa, secando algo la humedad que, del lado del Sud, siempre se acumula al pie de la misma pared.

***

Un galpón, por lo menos, es indispensable en toda estancia. Allí también recomendamos el techo de hierro, siendo prudente garantir contra todo peligro de fuego un edificio llamado á contener, en cierta estación, en uno de sus departamentos, la cosecha de lana. Sin embargo, y justamente para evitar que se reseque la lana con los grandes calores del verano, será oportuno colocar debajo del hierro una camita liviana de junco suelto, que casi no aumenta el gasto de construcción y presenta grandes ventajas.

Cuanto más grande se pueda hacer el galpón, mejor es, y, asimismo, siempre será chico. En él se pueden reser-

var algunos cuartos para la gente de servicio, un cuarto para las herramientas, las guascas, etc., otro grande para la lana y los cueros.

Debe comunicar este último con una parte abierta del galpón, donde se hará la esquila, para que con facilidad pasen los vellones de la romana á la pila. Esta misma parte abierta puede servir, en todo tiempo, para abrigar alguna punta de animales finos, ó carneros, ó animales enfermos. En la parte cerrada, conviene dejar una puerta alta y ancha en el mismo mojinete, para que puedan entrar fácilmente los carros, carruajes, máquinas agrícolas, etc., que se quiera conservar en él.

El galpón se puede orientar como la casa habitación y debe quedar de ésta á cierta distancia, á un lado y un poco atrás, de tal modo, que siempre pueda el patrón, del mismo umbral de la puerta de su casa, ó de alguna ventana, ver de una ojeada lo que pasa en él.

Tales son los edificios indispensables en una estancia, pero se les puede agregar muchos otros á medida que vayan creciendo las necesidades y los productos del establecimiento. Por eso es bueno siempre reservar, en el plano general, lugar para los que más tarde se puedan precisar; sea alguna caballeriza, ó un granero para la cosecha de maíz, ó algún galpón nuevo para una majada de reproductores, etc.

***

No queremos extendernos más sobre las construcciones rurales consideradas en general. A cada rato, tendremos que hablar de alguna de ellas considerada en particular, pues, lo mismo que, describiendo costumbres humanas, es preciso describir siempre las habitaciones del hombre y el lugar donde se pasan los hechos que se enuncian, lo mismo,

hablando de la cría de ganados, tendremos forzosamente que ocuparnos á menudo de los edificios y construcciones indispensables para este objeto.

Economizar en las construcciones, sin privarse de las comodidades necesarias al estado actual de la industria rural, saberlas disponer de modo que sean fáciles el trabajo y la vigilancia, son las dos reglas principales que se pueden deducir de lo que antecede, y que se deben seguir; pues el dinero empleado en campo y haciendas aumenta; el empleado en casas, no.

Además, en el caso que siempre se debe prever, de testamentaría y de división de la familia, una casa de mucho valor en terreno de estancia viene á ser forzosamente un estorbo para la repartición de bienes, caro para el que la recibe, si la recibe á su precio, causa de celos si la atribuyen á un heredero en detrimento de otros.

***

Otra razón por la cual se debe aconsejar al estanciero no gastar en edificios lujosos, es que un galpón liviano, por ejemplo, á más de que presta los mismos servicios que otro muy costoso, también presenta la inmensa ventaja de poder, en un momento, ser desarmado y colocado en otra parte, mejorado, cambiado, arreglado según las nuevas necesidades de un establecimiento en vía, al cabo de algunos años, de progreso y de prosperidad. ¿Quién negará que, forzosamente, vamos teniendo que cambiar radicalmente nuestro modo de trabajar?

Antes de muchos años cualquier estanciero precisará galpones inmensos con pesebres á propósito para engordar novillos y capones, con cuartos especiales para las máquinas de vapor que desgranarán el maíz, molerán los

granos, picarán el pasto y harán subir el agua, ó para las calderas de cocer alimentos especiales, desconocidos aquí todavía. ¿Sueño? no! y aunque fuese sueño, no cambiaría en nada nuestro modo de ver, que también tiene en su favor la práctica de los criadores y agricultores ingleses, quienes, sabiendo que, sin cesar marcha el progreso, nunca hacen construcciones rurales sino muy livianas y de materiales que puedan volver á servir en otra parte, el día que una nueva mejora haga necesario un cambio en alguno de los edificios.

## CAPÍTULO III

### CERCOS Y CULTIVOS

Utilidad del cerco. – Alambrados. — Cerco vivo. — Quinta. — Tranqueras principales y privadas. — Huerta de estancia. — Alfalfares. — Modos de mejoramiento de los alfalfares. — Producto. — Modos de conservación de la alfalfa. — La parva. — El sistema Klappmeyer. — El ensilage. — El maíz. — Prados artificiales.

No es todo edificar; es preciso conservar los edificios. El tiempo, las tormentas, los vientos, el sol, la humedad trabajan sin cesar y de distintos modos en destruirlos: es preciso componer siempre y volver á componer, trabajo fácil, haciéndolo seguido y sin dejar nunca el deterioro llegar á su extremo.

Los enemigos más porfiados quizás de la habitación del hombre, son los mismos animales domésticos que tiene que criar para sus necesidades. Dejen, por ejemplo, un puesto abandonado algún tiempo, y al cabo de pocos me-

ses, no quedará ni vestigio de él: las vacas, las yeguas y las ovejas se han de dar cita en él para deshacerlo poco á poco: se rascan contra las paredes, comen la paja del techo, voltean los palos, y desparraman los ladrillos, si es de material. Cuanto más mansos sean los animales, más destructores se hacen de las mismas habitaciones ocupadas. Las vacas *tamberas,* por ejemplo, no se asustan de nada, ni de los gritos, ni de los perros, y no hay más remedio que cerrarles el paso por un buen cerco, sin dejar portillo, porque por chico que sea, lo han de aprovechar.

Es, pues, de toda necesidad, empezar simultáneamente á edificar y á cercar, y ya que es indispensable en una estancia tener alfalfa y maíz para el consumo del establecimiento, y que si los animales son enemigos de los edificios lo son mucho más, con razón, de los sembrados, lo mejor es hacer, desde un principio, un cerco de unas cuantas cuadras, calculando siempre más bien más que menos, porque, con algunas divisiones interiores que se hagan ulteriormente, lo que un año no sirva para sembrado, ha de servir como potrero, para tener aparte alguna punta de animales especiales, ó encerrar una majada en tiempo de temporal.

***

El cerco universalmente empleado, inmejorable por lo demás, es el alambrado, único práctico, único posible. Ha habido y hay todavía muchos sistemas de alambrado. Hacen muchos años, los postes valían poco y el alambre costaba un dineral. Se hacían entonces alambrados de tres alambres mal estirados con máquinas primitivas, — se ignoraba todavía el uso de las torniquetas, — con los postes cada tres varas, sin varillas, y con zanja.

Poco á poco se fué dejando esta última, costosísima y casi inútil; se pusieron cinco alambres, en vez de tres. Los postes de ñandubay, agotándose, se hicieron cada vez más caros, y el alambre cada día vino más abundante y más barato. Se alejaron los postes hasta veinte metros uno de otro; se aumentó el número de hilos hasta seis y siete; se emplearon varillas de madera, de hierro doble T, torcidas, varillas cortadas; varias clases de torniquetas se disputaron el favor de los estancieros; hizo su aparición el alambre galvanizado y por fin el de púa, que hoy se generaliza rápidamente.

¿Cuál es el mejor alambrado? Ya se ha dejado á un lado toda discusión al respecto. El mejor alambrado es el que tiene el material menos económico, hecho con postes gruesos (postes enteros cortos) á diez ó doce metros, máximum, siete ú ocho alambres núm. 8 ó 9, los tres de abajo galvanizados, si no todos, y otro alambre de púa, varillas de madera dura ó de alambre muy grueso torcido, cada dos metros, y torniquetes de cajón cada 150 metros, pero repartidos entre varios postes y no pegados todos en el mismo, para conservar más resistencia al alambrado si se corta un hilo, y para que sea más difícil abrir con llave el cerco para pasar.

Lo que es todavía materia de discusión es el lugar mejor para colocar el alambre de púa.

Unos lo prefieren arriba de todos, otros en el mismo medio, otros como segundo hilo partiendo de arriba: por nuestra parte, nos inclinamos á esta última opinión.

En un cerco de quinta, cuando hay peligro de ser invadidos por cerdos, un hilo de púa, bien tendido contra el mismo suelo, es santo remedio; no porfían ni diez minutos y se lo cuentan entre sí.

Que sea cerco de quinta, de potrero ó cerco general del

campo, el sistema, hoy corriente, que acabamos de indicar, nos parece muy bueno.

***

El alambrado de la quinta y demás cultivos de la estancia se puede reforzar con un cerco vivo de plantas espinosas, como la cina-cina, pero este cerco requiere mucho cuidado.

Debe en primer lugar sembrarse la cina-cina en almácigo y después de haber adquirido media vara de alto plantarla á setenta centímetros del alambrado, para que estirando la cabeza entre los alambres no la puedan comer los animales desde afuera.

Un cerco vivo espinoso ofrece la doble ventaja de servir de reparo á las plantas de la quinta y de obstáculo á los rateros, que en la misma soledad de la pampa no faltan, y suelen venir de noche á robar sandías, melones ó cualquier otra cosa.

***

El cerco de los cultivos debe tener varias tranqueras: una, la principal, debe quedar enfrente de la casa habitación, para que puedan ver siempre los de la casa lo que entra y lo que sale.

Por esta tranquera, que puede tener de siete á ocho varas de ancho, entran y salen los carros y volantas; es delante de ella, afuera del cerco y como á veinte metros, que estará situado el palenque. La tranquera se puede abrir como de 40 á 50 varas del frente de la casa, y separarse de ésta por un prado que extienda delante de la habitación su verde alfombra, salpicada de arbustos y rodeada de un camino, ancho en la parte destinada al tránsito, más angosto en la parte reservada á los habitantes de la casa.

Esta disposición presenta varias ventajas: primero, no

permite que cualquiera que entre enderece para la habitación, pues siguiendo el camino desde la tranquera, tiene que dar con la cocina, donde lo harán entrar y sentar hasta que el patrón sea avisado ó vuelva, si está en el campo.

Por otra parte, evita los inconvenientes de lo que llaman patio, lleno de tierra y de polvo en los días de viento, de barro y de agua en los días de lluvia; á más, es alegre tener á la vista árboles y pastos, haciendo de una cosa útil una agradable.

Se puede sembrar este prado de alfalfa y sacar así un buen producto en pasto verde y seco. La alfalfa, por lo demás, conviene mucho más que el *ray-grass* ú otras clases de césped para este propósito; pues éstos, en verano, tienen que ser regados con abundancia, y dan, por consiguiente, mucho trabajo ó se pierden con los grandes calores. La alfalfa, al contrario, no da trabajo ninguno y se conserva por sí sola en razón de la extensión de sus raíces bajo el suelo; la única precaución que hay que tomar es de dejar lo menos una vara cuadrada sin sembrar alrededor de cada árbol ó planta. Estas deben ser dispuestas de tal modo, que no tapen la vista de la tranquera á los de la casa, pero sí, la vista de la casa á los que se apean en el palenque ó entran en el cerco.

Las otras tranqueras pueden ser de cinco varas y cerrarse simplemente con un lienzo de corral. Es preciso combinar bien y con prolijidad su conveniencia en tal ó cual parte del alambrado para sacar de una vez todas las que se precisen y ninguna inútil. Servirá una, por ejemplo, de entrada y salida de los peones de campo; otra, para hacer comunicar directamente los alfalfares con el campo, hacer entrar y salir con facilidad y sin que pisen por la quinta, propiamente dicha, las ovejas ú otros animales que se

quieran introducir en ellos para abonarlos y destruir las malas yerbas en la primavera.

Sería tan malo abrir demasiadas tranqueras como no abrir bastantes, y por eso volveremos á insistir en la importancia de un plano general en el papel ántes de empezar los trabajos. A pesar de haber dado un plano como modelo, nos guardaremos muy bien de insistir para que lo adopte el lector, porque, según la disposición del terreno, según la extensión que se quiera dar al terreno cercado, cada uno puede hacer el suyo sin mucho trabajo, con tal que tenga alguna idea de lo que piensa emprender y un poco de tino para combinar ventajosamente sus elementos. Nos contentaremos con dar algunas ideas generales que puedan servir de base, sin soñar un momento en imponer detalles que podrían ser fastidiosos, á más de quedar inútiles en la mayoría de los casos.

***

Otros prados iguales al que hemos aconsejado poner delante de la casa, se pueden dibujar todo alrededor de la habitación, viniendo á formar como un jardín inglés, elegante, alegre, de provecho y que no pide trabajo, sino el de limpiar, en ciertas estaciones, una vez por mes, las callecitas que se llenan de pastos.

La huerta de verduras y de árboles frutales es indispensable; pero siendo de puro lujo, porque no puede venderse en el campo nada de lo que produce, aconsejaremos de hacerla chica y bien chica, estrictamente reducida á lo que se puede consumir en el establecimiento. Nada más diremos de ella, pues no es nuestro objeto formar jardineros sino estancieros.

Algo más hablaremos de los alfalfares, pues constituyen, con el maíz, el único cultivo de verdadera importancia en

un establecimiento exclusivamente dedicado á la cría de ganados.

Todo establecimiento de estancia debe poder proveer por sí mismo todos sus rebaños y ganados de los reproductores necesarios; para llegar á ese resultado, es preciso, naturalmente, mantener de un modo especial los animales elegidos que los deben producir.

Para tener reproductores buenos, bajo todo concepto, es decir, sanos, robustos, de gran tamaño, de mucha lana buena y de mucha carne, capaces, al mismo tiempo, de reproducirse bien, es decir, de hacer sobresalir sus cualidades peculiares sobre los defectos de la raza que tienen que mejorar con su sangre, es preciso mantenerlos desde la más tierna edad, y hasta, diremos, antes que hayan nacido, no solamente con abundancia, sino con lujo; para esto la alfalfa es la reina de los pastos.

***

Antes de sembrar un alfalfar—lo que debe hacerse en tierra virgen, de preferencia—es preciso cruzar tres ó cuatro veces la tierra con el arado y deshacerla, lo más que se pueda, con la rastra de dientes para emparejar perfectamente el suelo y dejarlo completamente llano y limpio de todo lo que más tarde podría estorbar la segadora.

La mejor estación para sembrar es en los meses de Agosto y Septiembre, es decir, al principio de la primavera.

Los dos primeros cortes, que se harán en Noviembre y Diciembre, vienen muy mezclados con ortigas y otras malas yerbas, pero el tercero ya queda limpio, y si el verano viene un poco llovedor, se pueden sacar hasta cuatro en el primer año y hasta cinco y seis en los años siguientes.

Muchos prefieren sembrar la alfalfa en otoño, pero nos parece algo más peligroso; porque sucede á menudo que las grandes heladas del invierno queman la planta que, todavía tierna, no las puede resistir. Cuando se siembra la alfalfa en otoño, es indispensable mezclar con la semilla un poco de cebada, que le hace reparo y la protege contra las heladas.

Es preciso para sembrar bien y con provecho la alfalfa, elegir un día sin viento, y, si se puede, de lluvia serena, porque así se pega bien, y á los ocho días de poner la semilla en la tierra, ya aparecen fuera de ella los brotes que cubren el suelo de una capa verde muy tupida.

Veinte y cinco kilos de semilla son suficientes por hectárea.

Un alfalfar puede durar hasta diez años, con la condición de abonarlo con prolijidad cada año, desde el segundo de su plantación.

Puede durar mucho más, pero van cada vez más raleando las plantas, y es más ventajoso dejar los alfalfares viejos para pastoreo que seguir guadañándolos.

***

El método más sencillo en campos de estancia, y que aconsejamos poner en práctica para abonar los alfalfares, es de encerrar en ellos, en Junio y Julio, una majada. Se encierra en un corral móvil, que se muda cada noche ó cada dos noches, según la edad del alfalfar y según el espacio más ó menos limitado en el cual se encierran las ovejas.

Un metro cuadrado por cabeza es lo que se debe calcular.

Para facilitar la mudanza del corral, se pueden mandar fabricar postecitos de lapacho, cuadrados y puntiagudos,

(Fig. 2) de dos pulgadas de costado y de vara y media de largo, que en un momento se clavan en el suelo, y quedan firmes con dos ó tres golpes de una maza hecha de un pedazo de ñandubay con un cabo corto (Fig. 3).

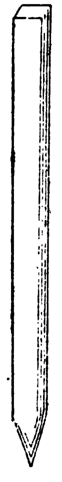


**Fig. 2**
Postecitos de lapacho

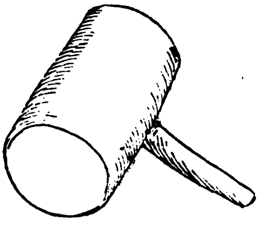


**Fig. 3**
Maza de madera dura para clavar los postecitos

Este sistema no se puede emplear con alfalfares que no tengan dos años por lo menos, porque se podrían perder completamente, pero toda ponderación sería poca para dar una idea del magnífico resultado conseguido con él en alfalfares viejos. Cuando está abonado todo el alfalfar, es bueno pasarle la rastra de dientes, para deshacer un poco el estiércol, y permitir al agua de lluvia penetrar bien en la tierra.

Es bueno reservar para alfalfares bastante terreno, para poder, cada tres ó cuatro años, sembrar una parte de él. Así, á medida que van raleando los primeros, los últimos

están en toda su fuerza y no puede mermar nunca la cosecha necesaria para el consumo del establecimiento.

Nos anticipamos á la pregunta que vemos brotar de los labios de nuestros lectores: «¿Qué área de terreno se necesita en una estancia, para sembrar alfalfa?»

Estamos aquí tratando de establecimientos modestos, corrientes, de principiantes que todo lo tienen que formar y fundar, establecimientos de cría más bien que de engorde y por esto no queremos aconsejar de plantar más alfalfa que la que se pueda cosechar y emparvar para manutención de los animales finos en el invierno. Para este objeto algunas cuadras bastan. En campo propio, siempre se podrá sembrar algo más que lo que podrá hacer un arrendatario, por larga que sea su contrata.

En campo nuevo, virgen, pobre, de pasto duro, forzosamente se deberá sembrar mucho más de lo que se necesitará hacer en campo superior y de pasto tierno.

Nos contentaremos, pues, aquí, con contestar: «Siembren lo más que puedan.»

***

Por otra parte, la cuestión de la alfalfa y de los alfalfares grandes, se vuelve cada día más importante. Es un asunto vital para el criador argentino, hoy; y sentimos no poder consagrarle más que un capítulo en este libro.

En efecto, en el estado actual de la industria pastoril, con el incremento que va tomando la exportación de animales en pie, la alfalfa llega á ser un elemento de progreso de poder incalculable.

En una enorme zona se puede cultivar en condiciones de baratura relativa tan grande y de producción tan colosal que asustaría, si fuera desgracia, y sin ser profeta,

con sólo abrir los ojos, se pueden ver en un porvenir muy cercano, la mayoría de las estancias convertidas en inmensos alfalfares donde se criarán y se engordarán admirables animales que se irán en vapores sin número á abastecer de carne la mitad de los trescientos millones de habitantes de la Europa.

***

La semilla se debe cosechar en el segundo corte anual de una alfalfa de tres á cuatro años, bien limpia de yerbas malas. El producto varía de 80 á 120 kilos por hectárea.

La semilla debe ser clara, amarilla y brillante, y no blanca, negra ó violeta.

***

La cantidad de pasto verde, producida por los alfalfares, puede variar de 7.000 á 35.000 kilos por hectárea, lo que corresponde á 1400 y 7.000 kilos de pasto seco.

Esta diferencia considerable en el rinde proviene de la abundancia ó de la falta de agua y prueba por sí sola cuánto merece la alfalfa ser cuidada con esmero y regada, si se tienen comodidades para ello.

El momento de cortar la alfalfa es cuando empieza á asomar la flor.

Creemos inútil indicar como absolutamente necesario en un establecimiento tener una ó varias segadoras ó guadañadoras con sus correspondientes rastrillos y caballos.

Por lo que respecta á la guadaña, hay que dejarla para cuando se necesite un poco de pasto verde; pues hoy la guadaña queda completamente archivada en el museo de las antigüedades, y no hace cuenta usarla, por pequeño que sea un alfalfar.

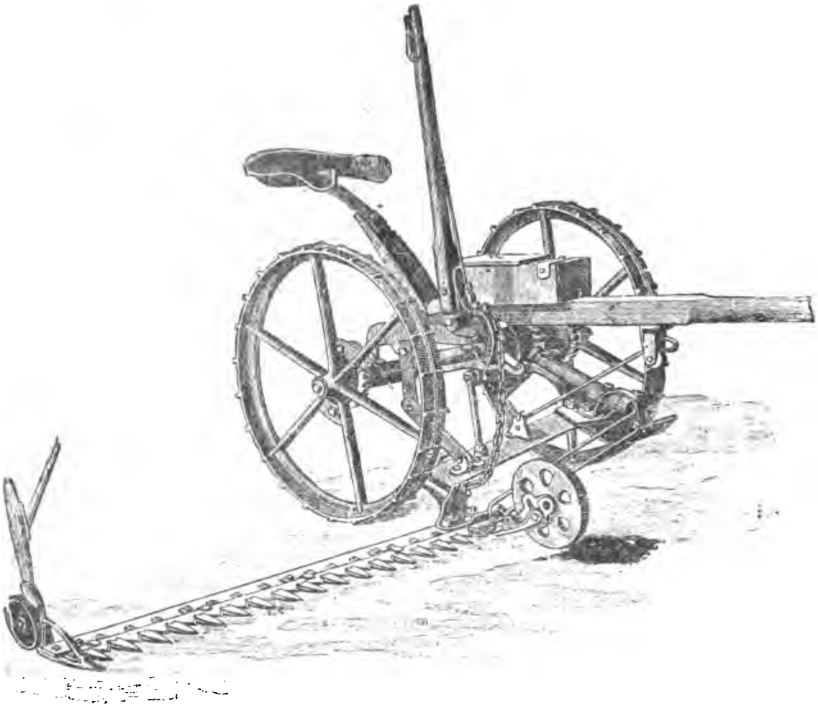
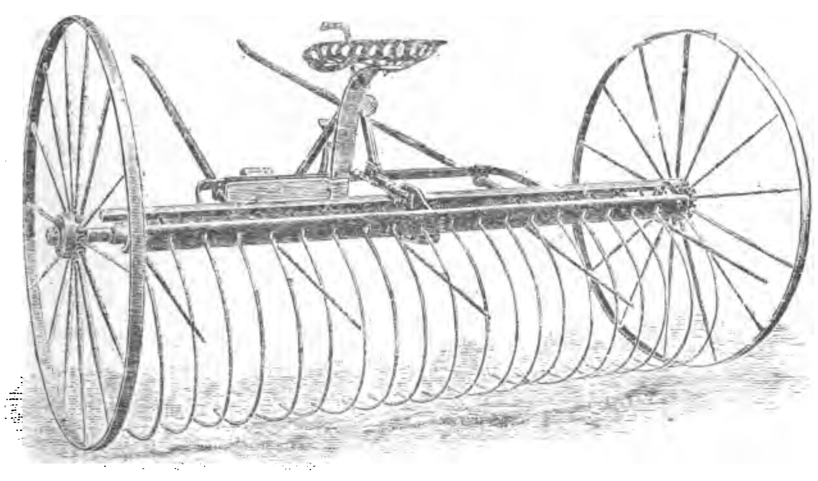


**Fig. 4.** — Segadora de 2 caballos para alfalfa



—Rástrillo para alfalfa

Hay varios métodos de cosechar y trabajar la alfalfa para conservarla bajo forma de pasto seco, para la provisión del invierno. El antiguo sistema, consagrado por la ignorancia y conservado por la rutina, de hacer primero resecar el pasto, antes de emparvarlo, tendrá todavía muchos años de vida. Pero puede ser que poco á poco el progreso vaya venciendo y que veamos puestos en práctica, siquiera por los estancieros instruidos, métodos más modernos y más racionales: y no decimos métodos nuevos, porque tanto el método Klappmeyer como el ensilaje son ya conocidos desde muchísimos años, aunque no se hayan podido todavía vulgarizar como sería de desear.

El método Klappmeyer, conocido en Alemania desde un siglo, presenta grandes ventajas y pocas dificultades en la práctica. Es un término medio entre el sistema antiguo y el ensilaje.

Es el siguiente: se corta el pasto, y se deja en el suelo el poco tiempo necesario, una hora más ó menos, para secar el rocío,—en tiempo de verano, basta un cuarto de hora;—en seguida se forman montones grandes; el pasto, así emparvado, empieza á fermentar. Cuando la fermentación ha llegado á tal grado que el calor interior, natural de la parva, impide sostener en ella la mano, se echa todo al suelo, se tiende otra vez el pasto, y en dos ó tres horas de sol ó de viento, queda en estado de ser emparvado definitivamente.

El pasto, así preparado, toma el color del tabaco y un olor especial y fuerte, pero muy agradable; su aspecto no es el acostumbrado del pasto, pero su calidad es superior, y conserva toda la hoja y la flor; lo apetecen muchísimo los animales.

La digestión no siendo más que una fermentación, este pasto se encuentra en excelentes condiciones digestivas y

da un engorde doble más rápido que el pasto reseco, por lindo que sea.

Cuando la estación es lluviosa, es el único sistema que se pueda emplear para salvar la cosecha, y no solamente se salva, sino que se vuelve de superior calidad. Hablamos por experiencia, y podemos asegurar que siempre nos ha dado muy buen resultado el pasto así preparado.

Haremos observar que la base de este sistema—precursor del nuevo sistema del ensilaje, más provechoso todavía—es la fermentación del pasto y no su desecación por el sol y el aire; emplea la acción de éstos para hacer posible la conservación del pasto, pero no la emplea sino después de ser completa la fermentación.

***

Sobre el ensilaje, daremos á conocer los ensayos que, personalmente hemos hecho, por modestos que sean, y los resultados conseguidos, en la esperanza que bien pronto se vulgarizará ese método entre los estancieros.

Daremos primero una breve reseña del sistema.

Se llama *silo* un depósito hecho debajo de tierra, impene-

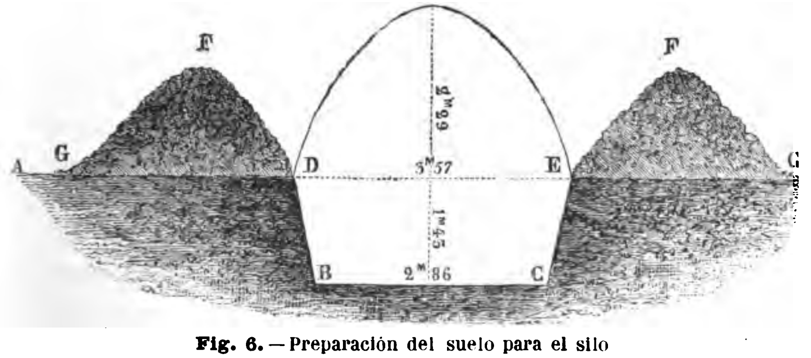



**Fig. 6.** — Preparación del suelo para el silo

trable al aire y al agua, destinado á conservar durante un tiempo indeterminado varios productos de la tierra.

El ensilaje de los granos era conocido en los tiempos más remotos y puesto en práctica por las naciones más antiguas.

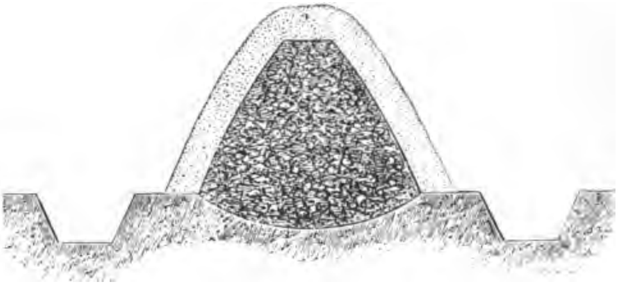


**Fig. 7.** — Parva-silo tapada con tierra

Desde algunos años se aplica el ensilaje á la conservación, al estado fresco, de los forrajes, y con tal éxito que en Europa y Estados Unidos ha transformado la cría de los ganados.

Se puede conservar en silo cualquier clase de pasto; pero como la fermentación que produce el ensilaje cuece — si es que puede decirse así — el pasto, por duro que sea, se ha pensado, y con razón, que se podría aplicar el sistema á una planta de gran talla, de mucha hoja y cuyo tronco contiene mucha humedad y un jugo muy cargado de sacarina: hemos nombrado el maíz.

El maíz sembrado tupido y cortado cuando está ya muñequeado, da, relativamente al trabajo que en estas condiciones requiere, una formidable cantidad de pasto; si se siembra á principios de Octubre, se puede cortar á mediados de Diciembre y volver entonces á sembrar en la misma tierra para cosecharlo en Febrero.

Se hacen en Europa y Estados Unidos en los grandes establecimientos, para almacenarlo, silos de material abovedados y con prensas especiales que por medios muy

sencillos dan á toda la masa del pasto ensilado una presión de mil kilogramos y más por metro cuadrado; pero, y esto es lo que lo parece digno de vulgarización, se hacen también silos sumamente sencillos, pues no consisten sino en un simple foso que se llena de pasto y se tapa con la misma tierra que de él se sacó (figuras 6 y 7).

El sistema es á tal punto sencillo que puede parecer una locura á cualquier hijo de vecino que lo ve por primera vez, y hemos notado cierta mirada de compasión en los ojos de un carrero á quien gritábamos una vez de no pisarnos la parva, en el momento en que iba á hacer pasar su vehículo encima de un silo cerrado que casi no se conocía en la superficie del suelo.

No queremos fastidiar á nuestros lectores con largas disertaciones completamente inútiles del punto de vista de la práctica, para convencerlos é inspirarles el deseo de poner en práctica este método, admirable en su sencillez, en su baratura y en sus resultados; bastará hacerles conocer en pocas palabras los experimentos que hemos hecho. Hemos hecho pocos, dos, no más, y en pequeña escala; pero con un éxito suficiente para tener fe entera en el sistema.

El 1º de Mayo, en un foso de una vara de hondo por seis de largo y una y media á dos de ancho, hemos hecho amontonar y pisar bien, á medida que se iba cortando, un corte de alfalfa de ocho mil varas cuadradas poco más ó menos. Con cuatro hombres se hizo todo el trabajo foso, corte, acarreo y tapa, en un día. El montón de alfalfa pasaba de la superficie de la tierra como de vara y media y se cerró el silo echando simplemente, encima del montón, la tierra sacada del foso. A los pocos días, la fermentación producida habiendo hecho bajar mucho el montón y rajarse la tierra, se volvió á echar algo más de tierra para emparejar y componer el declive; así durante algún tiempo,

hasta que la capa se endureció y se cubrió otra vez de vegetación.

El 1° de Septiembre, es decir, cuatro meses después de cerrado el silo, lo hicimos destapar en una punta y cortar una tajada con la cuchilla de cortar parvas. Había bajado el montón algo más de vara y media que primitivamente tenía encima de la superficie del suelo y encontramos el pasto aprensado en una masa compacta, de color verdoso, bastante húmeda y de un olor penetrante, que podemos calificar de desagradable, para no decir más, algo parecido á lo que se respira en una curtiembre, olor que, á la verdad

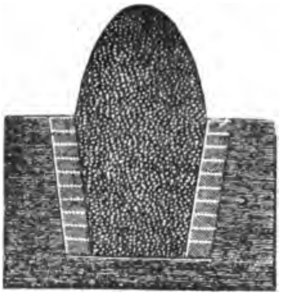


**Fig. 8**
Silo recien cargado

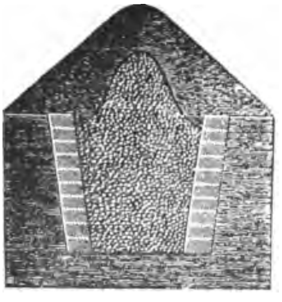


**Fig. 9**
Silo tapado desde 8 días

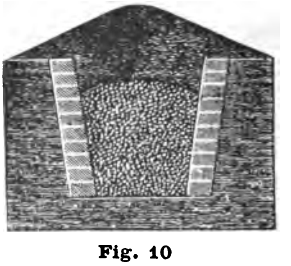


**Fig. 10**
Después de algún tiempo

nos desanimó algo en el primer momento. Pero según parece, el hombre no es el único ser capaz de comer ali-

mentos de perfume violento, como, por ejemplo, ciertos quesos, pues algunas vacas lecheras á las cuales hicimos repartir lo más inferior del pasto ensilado, es decir, las orillas del montón inmediatas á la pared, lo comieron con voracidad desde el primer momento, peleando entre sí para conseguir un bocado más.

El resto fué distribuído á la majada tipo del establecimiento.

Las ovejas, el primer día, comieron poco, pero se fueron acostumbrando cada vez más, hasta que se vinieron disparando del campo para los pesebres al sólo olor de la ración.

Quisimos saber entonces si se conservaba lo mismo el pasto, una vez abierto el silo, y después de haberse hecho consumir las dos terceras partes de su contenido, lo dejamos abierto, conservando naturalmente la capa exterior de tierra que formaba techo sobre lo que quedaba de pasto en el silo.

Recién el siguiente año en Julio, después de las grandes lluvias de Junio, y de catorce meses de hecho el silo, dimos el resto á las ovejas. Estaba el pasto en perfecto estado de conservación, menos cuatro ó cinco centímetros en la orilla destapada y lo comieron las ovejas con el mismo apetito.

A principio de Febrero del otro año, hicimos la misma prueba con maíz verde, sembrado el 20 de Diciembre, bastante tupido para que la caña fuese larga y delgada, para que, según la palabra consagrada, se fuese en vicio la planta. El silo ó foso tenía una vara de hondo por tres de ancho y ocho de largo. Lo llenamos del mismo modo que el primero y lo tapamos con tierra. La fermentación fué algo más lenta que con la alfalfa, pero una vez empezada, bajó el montón de golpe y tuvimos que volver á echar bastante tierra encima. Cuando abrimos el silo, en Agosto, estaba el maíz aprensado como la alfalfa, del mismo color,

y en el mismo estado de perfecta conservación. Lo hicimos cortar con la cuchilla en cuadritos para facilitar la distribución y para que lo comieran más fácilmente las ovejas.

Desde el primer día, éstas lo apetecieron á tal punto que, dos horas antes de la puesta del sol, se venían á echar delante la puerta del corral, esperando que las dejasen entrar. Atribuímos en gran parte á la superioridad de este alimento, el que hayan podido resistir estas ovejas á la invasión de la lombriz que aquejaba varias majadas inmediatas.

Creemos, por nuestra parte, que el sistema de ensilaje del maíz verde está llamado á desempeñar un importantísimo papel en todo establecimiento de campo. No necesita muchos brazos, este impedimento insuperable en muchas partes del campo, no se precisa capital ninguno para ponerlo en práctica y nos parece ser el mejor medio, el más práctico que tengan á mano los estancieros de combinar la agricultura con el pastoreo, y de evitar en parte las terribles epidemias causadas por el recargo de los campos.

Desde ya puede ser una inmensa ayuda para los invernadores, y no dudamos que con el tiempo se generalice en los campos de cría, especialmente por los que siendo sólo arrendatarios, no quieren sembrar alfalfa.

También se ha puesto en práctica el sistema de la «parva-silo» que consiste en amontonar el pasto recién cortado en la superficie de la tierra, en vez de ponerlo en fosos, y en taparlo con tierra ó en aprensarlo por medios mecánicos. De cualquier modo que se opere, el resultado es excelente y digno de llamar la atención de los estancieros.

Damos algunos grabados que representan los sistemas más sencillos empleados, y que creemos los más prácticos, por ser los más baratos.

Tratándose de cantidades grandes de pasto, la parva-silo

al aire libre con torniquetas es preferible al foso, por salir mucho más barata.

El grabado nº 7 representa un silo hecho en la misma superficie del suelo (parva-silo) con zanjas alrededor, que sirven de sumidero para el agua y proporcionan al mismo tiempo la tierra necesaria para tapar el silo. El nº 8, es el silo en tierra, lleno ya y listo para ser tapado con tierra; y las Figs. 9 y 10, en fin, representan el mismo silo, después de algunos días de concluído.

***

Con el alfalfa, el maíz es el gran recurso de todo establecimiento campestre. Es el grano por excelencia, el que da más producto en relación con lo sembrado, el que contiene más materia alimenticia, el que proporciona más fuerza á los caballos, más leche á las vacas, más grasa á las ovejas, el tocino más fino á los cerdos; sin contar que, bajo varias formas, es para el hombre un alimento superior.

Con maíz, nunca faltan caballos gordos y fuertes para el invierno, ni carneros en buen estado. No diremos que da siempre muy buenos resultados del punto de vista pecuniario, y en general no haría mucha cuenta á un estanciero sembrarlo para vender, á no ser que el establecimiento esté cerca de una estación ó de un puerto, pero es de todo punto indispensable cosechar siquiera la cantidad necesaria al consumo de la estancia.

Para el maíz, como para todo, aconsejaremos á cada uno que siembre lo que puede cuidar con esmero y nada más, pues vale mucho más hacer poco y hacer bien, que emprender más de lo que se puede atender. Es preciso trabajar bien la tierra, abonarla lo más que se pueda,

pues toda clase de cereal la empobrece y, en fin, y sobre todo, carpir, carpir y carpir. Sembrar maíz para dejarlo comer por los yuyos, como en tantas partes lo hemos visto hacer, es perder su tiempo y su trabajo. Sembrando en los primeros días de Octubre, es de toda necesidad carpir á principios de Noviembre, y como justamente es la época de la esquila, muchas veces es difícil encontrar los brazos necesarios para ese trabajo. El remedio consiste en tener una aporcadora con la cual en día y medio se puede limpiar una cuadra, si se ha tenido la precaución de sembrar en surcos bien derechos y á igual distancia uno de otro. No queda más, después, que pasar la azada entre las matas y arrimarles tierra. Una cuadra de maíz bien trabajada, bien abonada y bien carpida, produce de 35 á 45 fanegas.

El modo más conveniente para tener semilla elegida, es de sembrar aparte un retacito y cuidarlo especialmente.

Para cosechar el maíz en buenas condiciones, es preciso dejarlo, si es posible y lo permite el tiempo, recibir antes unas cuantas heladas; así se sazona muy bien y no corre tanto riesgo de echarse á perder una vez en el granero.

***

Haremos aquí una advertencia, que creemos de mucha importancia. Hemos recomendado exclusivamente la alfalfa para hacer de campos pobres, campos de primer orden, porque creemos en conciencia que este pasto, señalado ya por los escritores agrícolas de fines del siglo décimosexto como «la maravilla de las labranzas» no ha encontrado todavía verdadero rival.

Pero la alfalfa necesita para prosperar y durar, campos que no sean del todo pobres y que tengan el agua á regular

profundidad; en invierno, no brota, y si, entonces, puede ser aprovechada ventajosamente para el pastoreo de las ovejas, no alcanza á mantener bien las vacas.

A más de esto, por buena que sea el alfalfa, no deja de ser siempre alfalfa, y los animales, lo mismo que los hombres, necesitan para estimular el apetito, variedad en la alimentación.

Estas consideraciones han inducido á ciertos estancieros progresistas á hacer ensayos de mezclas de semillas de varias gramíneas, leguminosas y otras para sembrar grandes extensiones de tierras de pastoreo; y estos ensayos, hoy regularizados por experimentos repetidos, han venido á dar lugar á la formación de varias mezclas apropiadas cada una á una región diferente por su clima, por la calidad de sus tierras, por su grado de humedad atmosférica ó subterránea, etc.

Encabezando este útil movimiento, viene el señor don Vicente Peluffo, á quien la agricultura debe ya muchos adelantos, y aconsejamos á nuestros lectores de consultar la obra de dicho señor: el *Jardinero Ilustrado*, donde da todos los detalles referentes á estas mezclas, á su cultivo y á sus aplicaciones.

***

También se habla mucho, desde un tiempo á esta parte, del «Saltbush» australiano; pasto que se reputa excelente para los campos secos y salitrosos, pobres, en una palabra.

En California se han conseguido con él excelentes resultados, y los ensayos hechos aquí mismo por el señor Thays prueban ampliamente que se puede sacar gran partido de este pasto en muchas partes de la campaña argentina.

En Norte América produce ochenta toneladas en verde,

y veinte en seco, por hectárea ; da dos cortes al año. Un kilo de semilla basta para una hectárea.

Merece llamar la atención de los pobladores de campos de puna, arenosos y salitrosos.

***

Lo mismo que no basta tener mucho dinero, sino que también es preciso saberlo emplear bien, lo mismo no basta tener mucha alfalfa ó miles de hectáreas sembradas en prados artificiales ; es preciso manejar esta riqueza para que no se desperdicie sin provecho positivo, ó, lo que sería todavía peor, para que no se destruya sola.

Dejar alfalfares sin segarlos nunca, entregarlos sin cálculo, ni norma á la hacienda, no echar en ellos hacienda ninguna ó recargarlos demasiado, son caminos igualmente fatales.

Todo alfalfar grande debe ser dividido en varios potreros, entre los cuales se debe establecer una rotación fija de cultivo y de pastoreo, para que siquiera cada tres ó cuatro años, cada uno de ellos sea bien segado, único medio de conservar á las plantas su fuerza de vegetación.

En los potreros á los cuales toca el pastoreo, no se debe echar nunca bastante hacienda para que el pisoteo destruya más pasto de lo que podrían comer los animales ; sin embargo, de Noviembre á fines de Abril se puede cargar algo más la mano, reemplazando sin cesar los animales que, gordos, se van al matadero. En Mayo, se debe reducir á la mitad, por lo menos, el número de animales puestos al engorde, pues las primeras heladas arruinan ya mucho los alfalfares. Es verdad que la compensación se encontrará en el precio de estos últimos animales que se podrán vender en invierno, cuando escasean ya las haciendas buenas.

Desde Mayo hasta mediados de Agosto, los capones serán los que con más provecho pastearán en los alfalfares.

En Septiembre y Octubre es casi mejor dejar los alfalfares descansar, sea que se deban segar, sea que se deban cargar de hacienda de Noviembre adelante.

El hacendado que tiene la buena fortuna de poseer alfalfares de gran extensión y vías de comunicación cercanas, debe estar casi siempre comprando flaco y vendiendo gordo, y si no, no merece su suerte.

## CAPÍTULO IV

### MATERIAL DE UNA ESTANCIA

**Material necesario para la ganadería. — Material de cultura. — Rodados y aperos. — Jagüeles. — Galpones. — Pozos. — Represas. — Bebidas. — Bombas y máquinas. — Material de esquila. — Herramientas de jardinería, carpintería y herrería.**

La industria puramente pastoril necesita poca maquinaria y un material muy reducido. Sólo á medida que se mejoran los sistemas de cría, lo que no puede hacerse sin ayudar á la ganadería con la agricultura, se va complicando dicho material. Se ha dicho, con razón, que el número y la perfección de las herramientas y máquinas empleadas en los trabajos campestres, dan la medida del estado de adelanto general de un país, y de sus fuerzas de producción.

Tratando aquí exclusivamente del negocio de estancia propiamente dicho, debemos tomar en cuenta, en nuestra descripción del material de una estancia, la relativa pobreza de elementos de que en la actualidad disponen nuestros estancieros, en general.

No es por ignorancia, ni por desprecio al progreso que no se adoptan todavía en la mayor parte de las estancias los medios refinados de trabajar, que ponen á nuestra disposición la Europa y la industria norteamericana; muchos estancieros por falta del capital considerable que necesita la maquinaria tan completa hoy en uso en las grandes explotaciones de esas partes del mundo, no se hallan en condiciones de adquirirla; pero á nadie, ni á los que tienen el capital necesario, haría cuenta inmovilizarlo, en parte, en estas mejoras, hoy prematuras en nuestro país. Producir mucho, demasiado, está bien; pero aumentar los gastos de explotación para producir más, cuando ya muchas veces la producción es exagerada en proporción á la salida que se le puede dar, sería locura; pues, nunca debe el agricultor, por amor propio ó por un amor al progreso mal calculado, salir bruscamente de las condiciones generales que lo rodean, bajo pena de experimentar pérdidas merecidas.

Apropiar su producción á las necesidades del mercado y por consiguiente sus medios de producción á lo que debe producir en cantidad y calidad, debe ser siempre la norma única del agricultor y del criador.

Podemos prever que, dentro de pocos años, se habrá modificado por completo nuestro mercado interior; los consumidores serán más exigentes, en razón directa de nuestros progresos; los horizontes nuevos de la exportación de animales en pie se van despejando, creándose necesidades que tendremos que llenar; pero, por ahora, pocas herramientas y menos máquinas son las que precisa un establecimiento de estancia que haga de la cría y no del engorde su objeto principal.

Las únicas indispensables son todas aquellas que pueden ahorrar tiempo y fuerza en los trabajos que se relacionan con la cría de ganados, y los cultivos correspondientes á ella.

Toda clase de mano de obra es, aquí, sumamente cara, y simplificarla debe ser uno de los principales fines de todo buen administrador. Por eso es que, precisando poco capital para hacerse del material necesario, todo estanciero lo puede tener completo: y lo debe tener, diremos, porque no hay nada más fastidioso que un vecino que á cada momento y cada vez que tiene que hacer algún trabajo, manda pedir alguna herramienta ó máquina prestada, sin contar que casi siempre, si la devuelve, es con alguna falla.

Es preciso evitar este insoportable defecto, y tratar de tener en su casa todo lo necesario para los trabajos que se pueden ofrecer: aconsejaremos también de evitar en lo posible prestar las herramientas; de otro modo es muy probable que, en poco tiempo, á pesar de haber comprado todo lo que hacía falta en el establecimiento, se quede uno obligado á pedir prestadas también muchas cosas, porque otros se las habrán perdido ó destruído.

Ese consejo egoísta, al parecer, es dictado por el espíritu de economía y de orden que siempre debe reinar en un establecimiento.

***

La compra primera del material de una estancia representa por supuesto un capital, pero es un capital que en más ó menos tiempo se tiene que renovar según el orden y el cuidado del que rige el establecimiento, y cuando falta este orden y este cuidado, la compra primera no es nada en comparación de los mil gastos que origina el reemplazo de lo que se pierde ó se destruye, ó del perjuicio que puede causar la falta de alguna herramienta.

En el campo, nada se debe tirar: no hay clavo viejo que no sirva para componer una tabla rota. Bien lo sabían los antiguos cuando apuntaban en el inventario de una estan-

cia hasta las medias bordalesas vacías que podían tener, y por este mismo motivo que todo sirve, se deben tomar muchas medidas de conservación con el material.

A más diremos, que lo mismo para el material que para los edificios, es preciso guardarse de todo lujo inútil, comprar lo necesario y nada más, y sólo proporcionalmente con las necesidades del establecimiento; teniendo siempre esta norma que es un mal necesario, gastar en edificios y en material, y que, por consiguiente, si no se puede evitar, á lo menos hay que gastar en ello con mucha medida. Todo lo preciso, nada más que lo preciso.

***

Es antes de empezar los trabajos de población que el estanciero debe proveerse de todo lo que pueda hacerle falta: de otro modo, sus trabajos, á cada rato, serán entorpecidos por falta de alguna herramienta ó le vendrán á costar el doble de lo que le hubieran costado si hubiera provisto de antemano á los peones de todo lo que les podía facilitar el trabajo.

Un *carro* de tres ó cuatro estacas, liviano y sólido, con los *aperos* para un *caballo de barras*, un *cadenero y dos laderos* y un *carrito* para el traqueo interior de la estancia constituyen en el principio el tren rodante indispensable: una ó dos *carretillas* de mano lo completan.

Los carros deben guardarse bajo techo; de otro modo, con el sol y la lluvia se deterioran muy ligero. Los *aperos* necesitan un cuidado especial. Nunca se deben dejar tirados, sino que se deben colgar en el galpón en un lugar á propósito, ya que se desensillan los caballos. A menudo se deben engrasar, y componer al momento, cuando algo se encuentra roto ó descosido; sino, bien pronto no tienen ya

compostura, y se tiran, lo que seguramente debe contribuir más que todo á que los talabarteros hagan fortunas tan rápidas.

Nunca se debe olvidar en una estancia esta regla de orden: un lugar para todo y cada cosa en su lugar.

Los trabajos de agricultura son limitados en una estancia, pero hoy, no hay ya, se puede decir, establecimiento que no cultive para su consumo alfalfa y maíz: por consiguiente, se precisa un *material de cultura*, sencillo, barato, adecuado al trabajo que se piense emprender.

Para esto, pues, se precisa un *arado* ó dos, ó más según el área que se quiera cultivar, una *rastra de dientes* (Fig. 11), una *carpidora*, para sacar las yerbas malas entre los surcos de maíz, una *segadora* y *rastrillo* para cortar alfalfa ó más según la cantidad que se piensa sembrar. Si se quiere arar con bueyes se precisan los *yugos* correspondientes, y si con caballos, se precisa un *balancin doble* para atar los balancines de cada caballo.

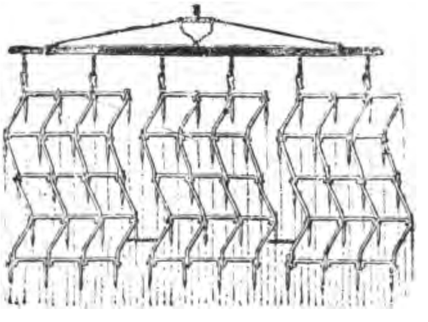


**Fig. 11.** — Rastra de dientes

El arar con caballos es mucho más ligero que con bueyes; entendemos que un hombre solo debe manejar los dos caballos y el arado, y que se debe dejar completamente á un



**Fig. 12.** — Molino á viento

lado el modo todavía muy empleado aquí de arar á la cincha, es decir, con un caballo montado y el otro no, y otro hombre para manejar el arado; es ocupar á un hombre de más

***

Otro material especial es el empleado para los *jahüeles*. El jahüel es un pozo grande para dar agua á las haciendas: generalmente se cava más largo que ancho y se usa en él una *manga* de madera, de hierro, de lona ó de cuero para sacar el agua. El agua cae en una *represa* y de allí en las *bebidas*, de madera, de hierro ó de material donde la toman los animales.

Este sistema antiguo, primitivo, matador de caballos y de poco rinde, quedará muy pronto al estado de recuerdo. En efecto, hay mil sistemas más cómodos, si no más baratos que aquél.

Si la hacienda es poca, hay una infinidad de *bombas* que con mucho menos trabajo, y sin tener necesidad de estropear caballos, dan mucha más agua que las mangas y baldes sin fondo.

Si la hacienda es mucha, con un *molino de viento* (Fig. 12), con una *noria* con *malacate* movido por un caballo, se puede extraer muchísima agua en muy poco tiempo, y si todos estos medios son pocos para una hacienda considerable, queda la *bomba de rosario* establecida en algún pozo semi-surgente inagotable y que vierte mares, si es necesario. (Figs. 13 y 14).

El estanciero debe calcular cuáles son sus recursos y sus necesidades antes de adoptar tal ó cual de estos medios. La cuestión del agua, sobre todo en los campos recién entregados al pastoreo, y donde falta en muchas partes este elemento indispensable, está á la orden del día, y aunque, quizá, se tengan todavía que mejorar y perfeccionar los

sistemas hasta ahora empleados, ya se puede elegir entre muchos el que parezca mejor y más barato.

Cuando la hacienda es poca ó que existen aguadas en el campo y que solamente en tiempo de seca prolongada hay que tirar agua, bastarán las bebederas ordinarias de madera: pero es importante alquitranarlas bien afuera cuando se deja por un tiempo de tirar agua, y sacarlas del jahüel para ponerlas á la sombra en un galpón: de otro modo se destruyen y se pudren, mucho más no usándolas: lo mismo naturalmente recomendaremos para la manga, las roldanas y las sogas.

***

El material que corresponde á la manutención de los animales finos que se cuidan á pesebre, consiste en *máquinas de desgranar* el maíz y de *picar el pasto; morrales* para dar maíz á los caballos, *pesebres* y *comederas* para evitar que el pasto y el maíz se desperdicien.

Todo establecimiento donde se crían majadas debe estar provisto de una *bañadera* para las ovejas y tener siempre una buena provisión de remedio para la sarna.

También es preciso tener *veneno* para los cueros, y una barrica de *alquitrán*, cuyos usos son múltiples en el campo. El mejor modo de conservar el alquitrán es de hacer un pozo y enterrar en él la barrica con la boca á flor de tierra.

Para la *esquila*, se precisan una *romana* para pesar la lana, *lienzos* para llevarla á la pila y taparla, *tijeras* de esquilar, *piedras* para afilarlas, y *latas* para pagar los vellones á los esquiladores: á más *hilo* para atar la lana, sin contar los *platos, olla, cucharas, fuentes, mates* y *bombillas* necesarios para la gente, y *tablas* para hacer un piso cómodo y liso para tendal. Una *fiambrera* es necesaria para guardar la carne.

En fin, debe haber en toda estancia un arsenal completo de *guadañas*, *horquillas*, *palas* de varias formas, *azadas, regaderas*, para los trabajos de la quinta: á más, un surtido de *herramientas de carpinteria*, á lo menos las más usuales,

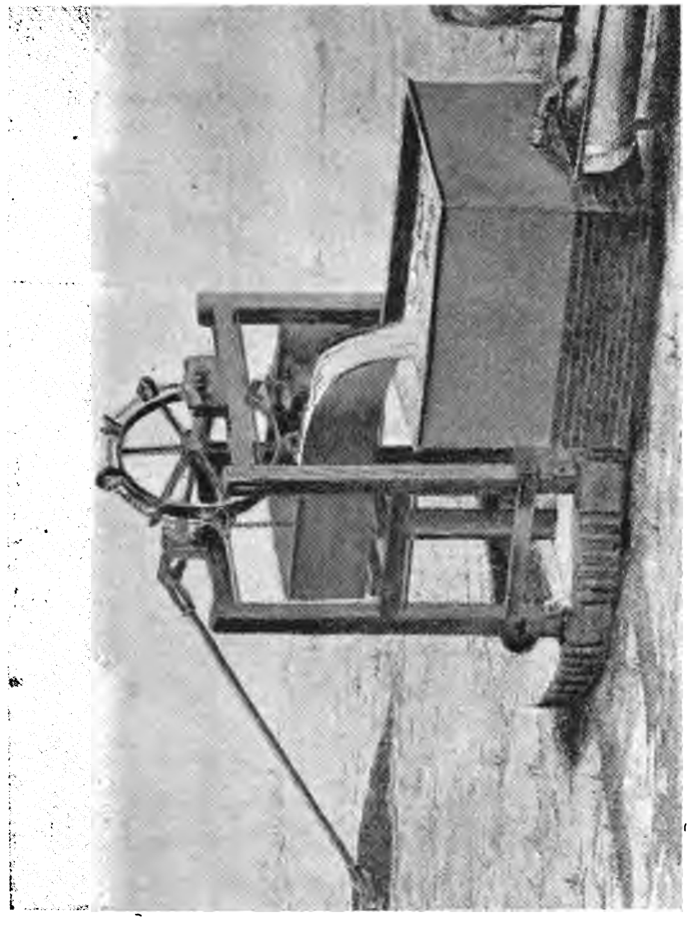


**Fig. 13.** — Bomba Rosario

porque no hay día que no se ofrezca hacer ó componer alguna cosa con ellas; teniendo las herramientas necesarias, cualquiera, mal que mal, puede salir de apuro; varias

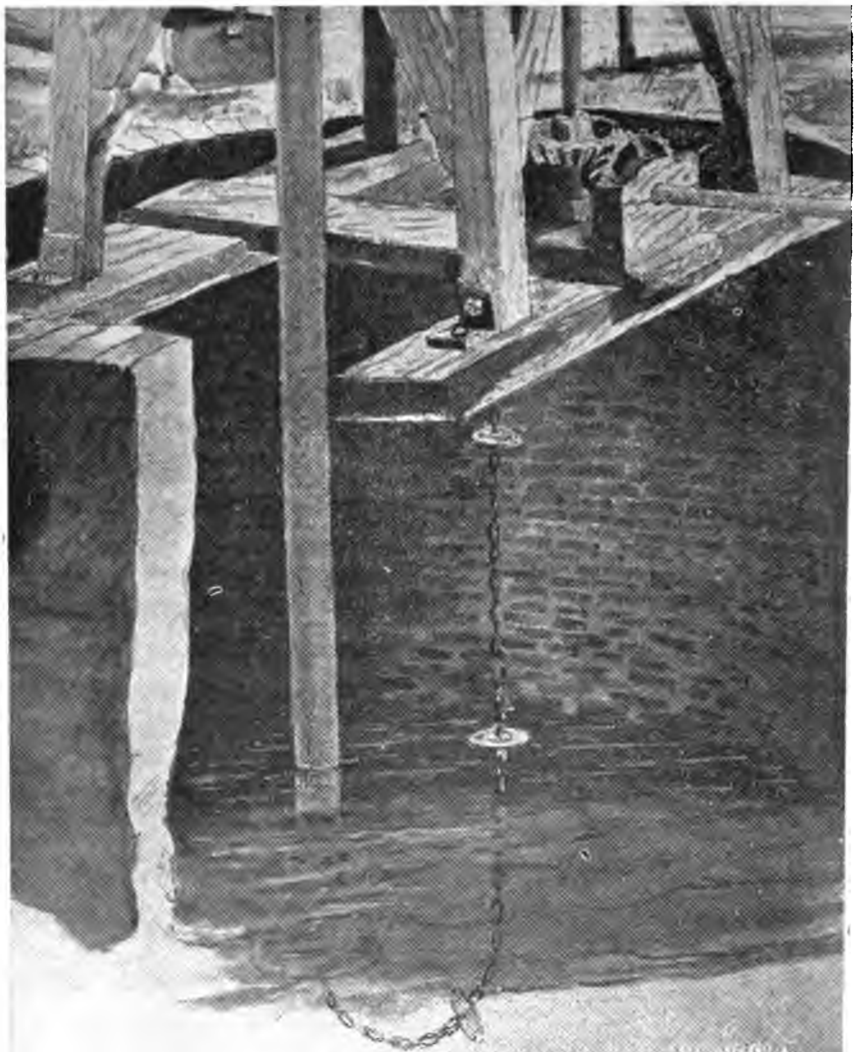


**Fig. 14.** — Detalle de la bomba Rosario

llaves de alambrar son de toda necesidad también con sus accesorios, pues siempre hay algún alambrado que componer.

En el curso del presente libro, tendremos naturalmente muchas veces ocasión de citar algunas otras cosas indispensables en un establecimiento ó de volver á hablar más extensamente sobre las que no hemos hecho más que enumerar aquí. Por ahora, hemos querido indicar solamente lo de absoluta necesidad, dejando á cada uno el trabajo de alargar y completar la lista según sus recursos y las necesidades del establecimiento.

# CAPÍTULO V

## PERSONAL DE UNA ESTANCIA

**El patrón.—Economía rural.—Deberes del patrón.—Rol civilizador del estanciero.—Elección del personal.—Deberes de los peones.—Reglas para su dirección.—Peones extranjeros.—El capataz.— Sus deberes.— Sueldos.—El mate— La manutención de los peones.—Poncho y chiripá.**

Recorrer á menudo el campo, visitar los puestos, revisar los alambrados, fijarse en el estado de las majadas y de los rodeos, ver, oir, saber, todolo que pasa en el establecimiento, de lo que toca á sus intereses, contar de cuando en cuando las haciendas, para tomar en tiempo oportuno las medidas necesarias á la salvación de ellas si están en peligro, ó á su mayor provecho si andan normalmente, vigilar el cumplimiento de las órdenes que ha dado, imprimir á todo trabajo esa primera impulsión de la iniciativa, que sólo puede tener él, y no dejar escapar detalle, para poder

manejar con mano segura el conjunto; tal es la ocupación del que dirige una estancia.

El viejo refrán que el ojo del amo engorda el caballo, es el menos discutible; más activo, vigilante y delicado es el patrón y mejor anda el establecimiento. En presencia del patrón, no hay mal peón, y el patrón debe estar presente siempre y en todas partes, es decir, que debe saber siempre su gente que en lo menos pensado puede aparecer en cualquier parte y en cualquier hora de la madrugada, del día ó de la noche.

Aunque sea bueno que un patrón sepa también echar mano al trabajo, nunca debe olvidar que, antes que todo, es él la cabeza; lo mismo que para saber trabajar con las manos, hay que mirar á los demás, imitarlos y ejercitarse, lo mismo para manejar bien un establecimiento de campo, es bueno leer, estudiar, buscar ideas, no solamente en sus observaciones propias, pero también en los libros y en el ejemplo de los que se consideran como hábiles en el ramo, tratando siempre de mejorar sus haciendas, buscando el mejor modo de criarlas, de realizar economías, sin dejar sufrir el trabajo, de conseguir productos superiores y buscarles salida, de poner, en fin, en práctica *la economía rural* ciencia que resume toda la ciencia agrícola, pues tiene por objeto estudiar los mejores medios de conseguir en el campo el mayor *provecho*, fin de toda empresa.

Solamente adquiriendo conocimientos bastante vastos y variados, combinándolos con su propia experiencia, podrá formarse una línea de conducta racional, que le permita manejar como es debido al personal del establecimiento, condición esencial del buen éxito de toda empresa de esta clase.

Para esto se precisan facultades especiales, que difícilmente adquiere el á quien la Naturaleza se las ha negado:

mezcla de energía, de equidad y de bondad, que hace que los peones respetan y quieren á la vez al que les manda, y le obedezcan con gusto, haciendo mentir la opinión ruinosa para todos que «el amo es el enemigo». Los mismos peones con el mismo sueldo harán, con tal ó cual patrón, un trabajo completamente distinto; se puede decir siempre con toda seguridad, que el amo hace al sirviente.

***

El deber del subalterno es no solamente hacer bien lo que se le manda, sino hacerlo con esmero, con celo, con proligidad, con esta idea que, antes de todo, debe dejar al patrón no sólo conforme, pero contento con su trabajo; lo mismo, no basta que un patrón mande á su gente á que trabaje, la mantenga y la pague. Le debe además, tener esta especie de cariño democrático que hace ver en todo hombre un hombre, cualquiera que sea su situación social, y que impele al hombre superior en talento y en fortuna, á tratar de elevar hasta sí, ó á lo menos hasta donde puede, al que le es inferior. No hay derechos sin deberes, y lo mismo que tiene el patrón el deber de pagar un trabajo para tener el derecho de mandarlo hacer, lo mismo, si aspira á tener derecho á que íntimamente, — no decimos en apariencia, — le quieran y respeten sus subalternos, es preciso que tome á lo serio, para con ellos, el papel civilizador que al rico incumbe cumplir entre la población atrasada del campo.

Hemos oído citar esa palabra cruel, pronunciada hace muchos años por un hombre que ocupaba en el país una alta situación: «el campo envejece, embrutece y envilece», y nos admirábamos que un hombre público eminente hubiese podido pronunciar una palabra tan antipatriótica.

Quizás era cierto, en aquel tiempo en que la civilización no penetraba en la campaña sino bajo forma de pulperías ó de comisiones político-militares, que venían unas á destruir el hogar y privar al habitante del campo hasta de la posibilidad de defender sus intereses, las otras á ofrecer el triste consuelo de la embriaguez á los que quedaban arruinados por la guerra civil, ó porque los habían llevado á pasar en la frontera unos cuantos años.

Hoy puede aplicarse la vieja opinión á algunos que se han criado entre esos ejemplos desmoralizadores; pero la mayoría clama por el progreso, y más que nunca el estanciero tiene el imprescriptible deber de llevar á sus propiedades elementos de civilización.

***

El estanciero que por sus consejos y su ejemplo enaltece el moral de sus subalternos, y sabe también enriquecer materialmente á los que con empeño trabajan para su misma prosperidad; el que reprime con buenos modos un acto de grosería ó de crueldad inútil contra un animal; que sirve de árbitro amistoso en alguna cuestión enojosa; que paga un maestro de escuela para los niños de su establecimiento que lo quieran aprovechar; que no pierde ocasión de instruir á su gente, quitándoles de la cabeza supersticiones para reemplazarlas con algunos datos científicos bastante sencillos y claros para que los puedan entender con facilidad; el que prohibe que se carneen animales ajenos, como todavía saben hacer tantos, y, como consecuencia, no permite que se desperdicie la carne, como el que obliga á sus peones á tomar la costumbre de comer sentados en una mesa, con tenedor y no con los dedos; que sabiendo cuánto les gusta el pan, les enseña á fabri-

cárselo para su consumo; el que les obliga á acostumbrarse á cierto bienestar y á crearse necesidades, el que les enseña á ahorrar, el que, en fin, viviendo siempre entre la gente del campo, aprende á luchar contra sus malos instintos y á aprovechar sus calidades naturales, para mejorar moral y materialmente su modo de vivir en los más mínimos detalles, éste puede decir que el campo enaltece y ennoblece, éste merece bien del país. «Cultivar el suelo es servir á la Patria.»

***

Por desgracia, son pocos los estancieros ricos que viven en sus estancias; de modo que únicamente se vuelven agentes de civilización los que menos elementos tienen para conseguir grandes resultados. Por la poca división actual de las tierras, por la posesión simultánea por los mismos propietarios, de áreas inmensas en regiones completamente opuestas, por el poco gusto que tienen generalmente en vivir en el campo aquellos á quienes da el campo los medios de vivir en la ciudad, reina, aquí como en todos los países de grandes posesiones territoriales, esa enfermedad social, á la cual ha hecho dar nombre el triste estado de la Irlanda, causado por ella «el ausenteismo». El ausenteismo, ó sea, la deserción de los campos por sus dueños ó la costumbre que tienen éstos de vivir lejos de sus propiedades territoriales, es señalado por todos los economistas y los escritores que se han ocupado de las cuestiones sociales, como una causa de empobrecimiento y de desórden. Para el mismo dueño de la tierra, el perjuicio causado por su ausencia es directo; por buena que sea la gerencia de sus bienes, por fiel que sea el mayordomo que los maneja, nunca ha de sacar de ellos el producto que podría sacar estando presente, sin contar que tiene que deducir del pro-

ducto que le dan, la parte del gerente; además, no se puede interesar en el adelanto de unos bienes que muchas veces ni conoce y poco se ocupará de mejoras en ellos, consumiendo toda la renta que le pueden dar, sin pensar en devolverles algo de ella, aunque no fuese más que el sobrante de lo que gasta.

« La ausencia habitual del dueño desmoraliza al trabajador. Este no puede tomar interés en un trabajo cuyo producto se llevará lejos una mano desconocida, que no haya tomado parte en él; no solamente daña la ausencia la posesión material, pero también debilita la posesión moral, y al hombre ignorante pronto le parece injusta la posesión, por ese hombre que nunca se ve, de la tierra que él trabaja (1). »

El sistema de herencias del país no permite que grandes bienes queden eternamente en una sola mano, y evita, por cierto, el peligro mayor de los que han causado, por ejemplo, la ruina de Irlanda; pero siempre se puede decir que si tan despacio anda el progreso en el campo, esto proviene principalmente de la ausencia habitual de los grandes propietarios.

Una de las ideas que debe inspirar á sus peones, un patrón, por todos los medios á su alcance, es que el trabajo debe ser todavía mejor atendido en su ausencia que estando él presente. El modo con que cumple un peón sin estar vigilado, es el verdadero criterio de lo que vale; pero se comprende que para que tenga un peón esta idea, es preciso que la ausencia del patrón no sea sino una excepción.

***

(1) F. Passy.

El personal de una estancia debe ser estrictamente reducido á lo necesario. Si son demasiados los peones, no solamente cuesta más el trabajo sino que sufre inevitablemente; siempre tendrá alguno de ellos que estar de brazos cruzados por falta de qué hacer, y no hay peor espectáculo, de todos los que se pagan, que él de los brazos cruzados, sin contar que es para los otros de un pésimo ejemplo y muchas veces sucederá que tal ó cual trabajo no se haga, echándose los peones unos á otros la culpa. Tener demasiado pocos es otro escollo que también aconsejamos evitar, aunque si fuese necesario elegir entre los dos males, elegiríamos más bien este último, convencido por una larga experiencia de la verdad de este dicho, que más se tiene que hacer, y más se hace.

Al formar el personal del establecimiento, consiste el tino del administrador en saber apropiar á las aptitudes de cada uno de los que lo componen, sus tareas; «gobernar es elegir.» Por la división bien ordenada del trabajo es que se consiguen los buenos resultados, pero con la condición de poner á cada uno en el lugar que le corresponda.

A pesar de esto nunca se debe admitir que un peón se niegue á hacer algún trabajo ó á ayudar en lo que no sea su especialidad. El hombre que se conchava, aunque sea para cuidar una majada ó cualquier otra cosa, debe entrar con esta condición, que es para todo trabajo, á fin que no tenga el derecho de rehusar su ayuda para lo que se le mande.

A un peón siempre se le puede perdonar un error en un trabajo, porque hasta cierto punto, muchas veces, este error lo hubiera podido evitar si hubiese sido bien dirigido: pero nunca se le debe perdonar una falta de respeto, pues una falta de respeto impune trae otras consigo y de otros peo-

nes: nunca tampoco se debe volver á tomar un peón que se ha tenido que echar una vez. La indulgencia no es calidad en un patrón, sino con la condicion que esté reducida á límites estrechos.

Cuando un peón pide licencia para salir, si no es más que de cuando en cuando, no hay motivo para negársela; pero todo peón que, sin aviso, se va á pasear todo un día, debe ser considerado como renunciante, porque esto es una falta grave y de muy mal ejemplo.

***

Como *peones de á pie*, es decir, para todos los trabajos que no se relacionen con el cuidado de los animales, los mejores son, sin duda, los extranjeros. Entre los extranjeros, muchos, que han tenido anteriormente algún oficio manual, son diestros para cualquier trabajito ó compostura de carpintería ó herrería, y es muy útil tener á uno de estos hombres en una estancia.

En un establecimiento de campo, es hasta indispensable que un peón entienda un poco de todo, porque los recursos son pocos y los pueblecitos están lejos, muchas veces.

En general, los peones extranjeros no durarán más que pocos años en un establecimiento. El inmigrante no viene para quedarse de peón, sino para trabajar cuanto antes por su cuenta. Por esto, economiza muchas veces sus sueldos, y después de algunos años llega á comprar alguna majada y á establecerse.

Es un deber del patrón alentar estos deseos, aunque una vez llenados, tenga que buscar á otro peón: porque siempre el que tiene estas ideas es un buen trabajador, y merece que se le ayude. El que no piensa sino en quedarse

de peón toda la vida, no sirve ni para eso, y si se puede emplear, nunca se le puede dar confianza ni autoridad sobre los demás.

***

Según la importancia del establecimiento y de sus trabajos, será el número de peones. Siendo muchos estos, es bueno juntarlos por gavillas encargadas cada una de algún trabajo especial, y bajo las órdenes de un capataz.

Cualquiera que sea la clase de trabajos que dirija un capataz, que se ocupe de agricultura ó de las vacas, ó yeguas, ú ovejas, es preciso, en lo posible, darle un interés en el producto. Es el mejor modo de conseguir que atienda bien y con empeño sus deberes.

De lo que puede corresponder á los trabajos de á pie, no pensamos necesario hablar: son demasiado numerosos y completos los tratados de agricultura hechos del otro lado del Océano, para que nos toque tratar aquí de los mismos objetos y nos concretaremos á hablar del capataz más importante en una estancia: el capataz de campo.

Saber elegir á un *capataz* es para el estanciero, la mitad del buen éxito; el patrón es la cabeza, el capataz es el brazo: el patrón le da las órdenes, él las hace ejecutar. El primero no puede ordenar á cada peón en particular lo que tiene que hacer, el capataz es el único que recibe y transmite las órdenes y las hace cumplir bajo su estricta vigilancia.

El capataz debe saber con exactitud mil cosas que, al parecer insignificantes, hacen en conjunto la buena ó mala marcha del establecimiento.

En primer lugar, debe saber personalmente hacer todos

los trabajos de campo, porque para dirigir bien un trabajo es preciso saberlo hacer: así puede reprender al que lo hace mal y enseñarle de su propia mano cómo se hace. Debe saber dónde tienen la querencia las tropillas y manadas del establecimiento, dónde come tal y tal punta de hacienda; saber á qué caballos les toca estar de servicio; vigilar á los domadores para que cuiden y domen, como es debido, los animales que tienen á su cargo: saber si hay animales ajenos en el campo, y de quién son; si los corrales están en buen estado; revisar el alambrado si está cercado el campo, etc., etc. En una palabra, el capataz debe saber, día á día todo lo que pasa en toda la extensión del campo: cualquiera novedad que ocurra, la debe conocer, por insignificante que sea, pues de sus advertencias es que dependen las medidas que corresponde al patrón tomar. El capataz avisa al patrón: el patrón le indica lo que tiene que hacer. En todos los trabajos, apartes, hierras, capa de toros, formación de tropas, etc., el capataz es el que dirige á la gente, indica á cada peón el trabajo que tenga que hacer, si de á pie ó de á caballo, etc.

Naturalmente, el capataz debe hacerse respetar por los hombres á quienes manda, y esto no lo puede conseguir sino por su propia conducta. Debe ser muy asíduo á su trabajo, no salir y no tener vicio alguno; siempre activo, siempre en movimiento, con ojo despierto y el oído también. Retirarse el último, dormir de un ojo, y despertarse el primero, son otros puntos importantes para un capataz.

A él incumbe vigilar el material de la estancia, cuidar que nada ande rodando fuera del lugar donde debe estar puesto, que nada se gaste inútilmente. A los caballos les debe prestar especial atención, para que los peones no los estropeen trabajando con ellos sin cuidado ó con recados

deshechos que los lastimen, ó agarrando con demasiada frecuencia tal ó cual caballo que les guste más; que no los hagan mañeros con correrlos de gusto en el corral, con lazo en mano, que no los castiguen en la cabeza, que los tengan bien limpios, y desvasados. Como se ve, en todo, menos en la iniciativa, el capataz debe ser como un segundo patrón y para que su autoridad con la gente que tiene bajo sus órdenes nunca sea contestada, es preciso que el patrón evite de retarlo, cuando comete algún error ó alguna falta, delante de los otros peones.

Generalmente un capataz de campo tiene de sueldo una tercera parte más que los peones, y algunos terneros, por ejemplo, un tanto por ciento, en la hierra.

***

Los peones de á pie se pagan algo más que los de campo, y éstos algo más también si cuidan en sus propios caballos que si cuidan en caballos del establecimiento.

Deben empezar sus tareas cuando sale el sol. Haremos aquí esa indicación, que, si se debe exigir que empiece á trabajar el peón al salir el sol, en los días largos del año, se le debe permitir que duerma una hora á hora y media de siesta. La costumbre establecida es que la época de dormir la siesta empieza el 15 de Octubre y dura hasta el 15 de Marzo.

Deben haber tomado mate ántes. En muchos establecimientos, el mate de la mañana hace perder las mejores horas del día. No es nada madrugar si se empieza á trabajar tarde. Para evitar que le perjudique esta costumbre de hacer durar el mate, no tiene más que un remedio el patrón, es madrugar también. Es en las primeras horas del día, cuando estando bien descansado el cuerpo, se hace

el mejor trabajo y por eso es que es preciso aprovecharlas con empeño. Lo que entonces no se hace, menos se ha de hacer más tarde.

Más bien permitir que á las nueve ó á las diez, sin sentarse, coman un poco de carne los peones, que dejarlos estar sentados en la cocina tomando mate, una vez salido el sol.

Esta costumbre de tomar mate, aunque sea costumbre nacional, se ha de modificar algún día en el campo lo mismo que se va perdiendo en la ciudad: es de esperar que será cuanto antes y deberían trabajar los estancieros en acelerar la venida de ese día feliz. El mate, como lo toman, hace perder un tiempo incalculable: debilita, aunque digan los antiguos; pues no se puede admitir que esta cantidad de agua caliente, que quita las ganas de comer, pueda reemplazar un alimento sólido y fuerte. El gaucho es muy sufrido para el hambre, es cierto: pero es un mal cálculo aprovechar esta disposición para permitir que se mantenga con mate: creer que por su gusto sufre alguna vez el hambre es un error, error que prueba el apetito feroz con que come, cuando se encuentra en una casa donde puede satisfacer su hambre. Parece entonces que come por sí y por lo de su familia, antepasados y descendientes, que han podido ó puedan sufrir de escasez de víveres.

***

Hemos dicho que para conseguir reproductores de valor, es preciso mantenerlos con abundancia: lo mismo diremos que para tener buenos trabajadores es preciso alimentarlos en proporción del trabajo que se les pide. El gaucho, de generación en generación, viene viviendo de miseria: no puede ser sino débil; tendrá esta resistencia pasiva que

le permite soportar ciertas fatigas ó carencias, pero de ningún modo puede tener esta sobra de fuerzas que al hombre bien mantenido, le hace buscar en que emplear su actividad. Al estanciero le toca cambiar poco á poco estas condiciones anormales de vida y mejorarlas, en su propio interés, pues el interés es el gran móvil de las acciones humanas; es preciso que comprenda que para llegar á mejorar sus haciendas, debe mejorar primero, ó á lo menos simultáneamente, á la gente que las cuida.

***

Al mismo tiempo que desaparezca del campo la costumbre de tomar mate, quizá desaparezca también la de usar poncho y chiripá. Lo mismo que el mate, denotan la costumbre de vivir sin trabajar, y han de desaparecer juntos cuando nazca la necesidad de trabajar para vivir. Es notorio que la forma y el tamaño de las palas de puntear varían en Europa según la fuerza muscular y la estatura general de las diferentes naciones: lo mismo el poncho y el chiripá, cómodos para andar á caballo, pero estorbo para todo trabajo manual, tienen que perderse poco á poco á medida que se vayan haciendo más necesarios los trabajos de á pie y menos los de á caballo.

Si nos hemos extendido un poco en estas consideraciones, es por que las miramos también como civilizadoras y por consiguiente prácticamente útiles.

## CAPÍTULO VI

### CONTABILIDAD Y ESTADÍSTICA

**Contabilidad especial de las estancias. — Contabilidad en partida simple y en partida doble. — Cómo se establecen las cuentas. — Libros necesarios. — El Diario. — El Mayor. — Cuentas principales. — Cuentas de explotación. — Cuentas de verificación. — Cuentas de repartición. — Libros auxiliares. — Balances anuales. — El mes de Febrero.**

La cría de ganados, como la agricultura, es una industria; y como toda industria, tiene su parte comercial; es pues indispensable para la buena administración de una estancia, llevar una contabilidad prolija y detallada de todas las operaciones que le corresponden.

La contabilidad tiene por objeto, en una estancia, constatar el capital empleado en su planteación y explotación, seguir paso á paso las transformaciones varias de dicho capital, y al fin de cierto período de tiempo, determinar con la mayor exactitud posible las utilidades conseguidas ó las pérdidas sufridas, no solamente en el conjunto, sino en cada ramo distinto de la explotación.

Por la contabilidad y únicamente por ella, se pueden conocer, con base segura, los resultados obtenidos; ayuda también poderosamente á la práctica para conocer las causas que han traído esos resultados, del estudio de las cuales se pueden sacar datos útiles para el porvenir, indicaciones seguras y fundadas para modificar y mejorar los modos de trabajar, suprimiendo algún ramo que no da utilidad, dando más importancia á algún otro con detrimento de aquél, porque produce más; disminuyendo los gastos relativos á

cierta parte de la explotación para realizar de preferencia alguna mejora en otro ramo que promete remuneración amplia de los sacrificios que se le dediquen.

Una contabilidad prolija introduce órden, cálculo y reflexión en la administración de un establecimiento, y consultando con atención los datos que subministra, se inspira el estanciero en ideas de progreso racional y productivo.

***

Como cualquier contabilidad comercial, la de un establecimiento de campo se puede llevar en partida simple ó en partida doble: pero, la primera, á pesar de su designación es mucho más complicada que la de partida doble. En efecto, precisa una infinidad de libros auxiliares para completar las indicaciones deficientes del diario. Mientras tanto la de partida doble permite al estanciero darse cuenta en cualquier momento de su situación. Otro defecto gravísimo que tiene la contabilidad de partida simple es que con ella puede pasar desapercibido un error ó una omisión: en fin, no facilita al estanciero conocer lo que le ha producido tal ó cual ramo de su explotación, cosa que, lo repetimos, es de suma importancia para poder efectuar verdaderos progresos.

En la contabilidad de partida doble se substituyen, se puede decir, en los libros, al nombre del dueño del establecimiento, títulos de varias cuentas, que en realidad lo representan, y se consigue así un detalle perfecto de lo que cuesta y de lo que da cada ramo, aunque ciertos productos no hayan sido recibidos en dinero efectivo.

Por ejemplo, la majada de reproductores, ó cabaña, tiene cuenta especial: de ella se han sacado diez carneros para una majada común de la estancia: esos diez carneros re-

presentan un producto de la cabaña de un valor fácil de fijar y este valor tiene que figurar al haber de la *cabaña* y al debe de la cuenta *hacienda lanar*, lo mismo que si hubiesen sido vendidos por dinero, hubieran figurado al haber de la cuenta *cabaña* por el debe de *caja*. En los dos casos, se puede decir que las cuentas *cabaña, caja,* y *hacienda lanar* representan únicamente al dueño del establecimiento, pero tienen esa ventaja de hacerle conocer de qué modo ha ganado tal ó cual suma de dinero, cuál es el ramo de su explotación que se la produjo, cómo y en qué ha gastado tal otra; cuánto, — sobre todo, — ha gastado y recibido en algún ramo, mientras que la contabilidad en partida simple no le puede dar todas esas indicaciones en una ojeada, sino que, al contrario, para juntarlas, tiene que hojear unos cuantos libros auxiliares y tomar en ellos una cantidad de apuntes diseminados en todas partes.

No podemos dar aquí naturalmente más que una reseña general de lo que debe ser la contabilidad de una estancia.

Es posible que ciertos de nuestros lectores, poco familiarizados con la contabilidad en general, encuentren alguna dificultad en entender completamente y de golpe nuestras indicaciones; á los que se hallen en este caso, no podemos sino aconsejar que las completen estudiando algún tratado especial y elemental de contabilidad, pero que queden bien convencidos que con una contabilidad esmerada y ordenada, por buenos que sean, los resultados conseguidos siempre se pueden mejorar.

***

Daremos una breve reseña de los libros indispensables: el Diario y el Mayor, y de las cuentas principales que en ellos se deben abrir desde un principio.

El libro principal es el *Diario* que se puede definir: el libro en el cual se apuntan, día por día, todas las operaciones *comerciales* de la estancia, ventas y compras, gastos y entradas en dinero. Es como un confidente íntimo del estanciero, encargado de guardar la memoria de todos los hechos comerciales de la explotación del establecimiento.

El *Mayor*, que resume en cuentas separadas todos los apuntes hechos por orden de fechas en el Diario, permite establecer rápidamente la situación particular de cada cuenta y la situación general del establecimiento.

Las cuentas á abrir en el Mayor se pueden clasificar en cuentas *principales*, cuentas de *verificación* y cuentas de *repartición*.

Las cuentas *principales* que resumen todas las otras cuentas del Mayor, son: 1º, la cuenta *capital;* 2º, las cuentas de *explotación;* 3º, la cuenta *ganancias y pérdidas;* 4º, la cuenta *balance de salida*.

La cuenta *capital* tiene á su *Haber:* el conjunto de los valores activos que posee el estanciero, empleados en su industria, y sucesivamente todos los que le adjunta, durante el ejercicio corriente, á cualquier título que sea, y las utilidades realizadas al fin de cada ejercicio.

Tiene á su *Debe:* las deudas que afectan el haber del estanciero, y las sumas mayores que durante el ejercicio pueda substraer por cualquier motivo que sea del capital primitivo.

Esta cuenta se salda por la de balance de salida y recíprocamente el saldo de esta cuenta se constituye con el excedente del activo sobre el pasivo ó del pasivo sobre el activo.

Las *cuentas de explotación* se dividen en tantas cuentas especiales como pueda convenir al estanciero para la mayor claridad de sus escrituras y la mayor cantidad de datos

que piense necesitar. Tienen por objeto hacer conocer en todos sus detalles las transformaciones de los valores productivos de la estancia, siguiéndolos en todas las formas que sucesivamente hacen adoptar las modificaciones producidas en ella por la industria del estanciero é indicando las utilidades que deja cada una de esas modificaciones.

Las más generales pueden ser: *hacienda vacuna; hacienda lanar; hacienda yeguariza; hacienda porcina; cabaña; rodeo mestizo; agricultura*, y responden estas cuentas, en nuestro concepto, á todas las necesidades corrientes de una estancia.

Si alguna de estas cuentas de «explotación» se salda por una pérdida, esta pérdida se lleva al debe de la cuenta *Ganancias y pérdidas;* los saldos que dan una diferencia á favor de la explotación entre los gastos y los productos de alguna de esas cuentas, tienen que quedar apuntados al *Haber* de esta misma cuenta de *Ganancias y pérdidas* que tiene por objeto juntar todos los saldos de las cuentas de explotación de los cuales da para la cuenta de *Balance de salida* un saldo general.

Bajo ese título de *Ganancias y pérdidas*, se habrán apuntado durante todo el año, las sumas cobradas ó pagadas por motivos extraños á la explotación directa ó que no se pueden clasificar bajo ninguno de los títulos adoptados en la contabilidad del establecimiento.

***

Al fin del ejercicio que será generalmente de un año, se debe dar un balance general de todas las cuentas y hacer un inventario prolijo de las existencias en inmuebles, material y semovientes.

El importe de las existencias de todo género, las canti-

dades á cobrar se llevan entonces al *haber* de cada una de sus cuentas respectivas que deben representar el valor primitivo, y las modificaciones de ese valor, de los animales, material, etc. Se abre una cuenta especial llamada *Balance de salida* que no es más que un resumen del inventario, al *debe* de la cual se llevan los saldos acreedores de todas las cuentas, llevando á su *haber* las sumas adeudadas á varios.

El excedente del debe sobre el haber en la cuenta *Balance de salida*, representa el activo neto del estanciero y constituye para el principio del ejercicio siguiente el debe de la cuenta *Capital*. La diferencia que presenta este renglón con el capital primitivo constituyen la ganancia ó la pérdida del ejercicio cumplido.

***

Bajo el título *Cuentas de verificación*, entendemos las cuentas que sirven para controlar los movimientos de los valores efectivos y tomar nota de sus entradas y salidas.

Estas cuentas se titulan: *caja; letras á cobrar; varios deudores*; *letras á pagar; varios acreedores.*

La cuenta de *caja* es la copia del libro especial auxiliar del mismo título y sirve exclusivamente para las entradas y salidas de dinero efectivo. Lleva á su debe todas las entradas y á su haber todas las salidas, cualquiera que sea su motivo ó destino.

Las cuentas *letras á cobrar* y *varios deudores* permiten tener bajo los ojos el valor representativo de lo que, sin existir realmente en las manos del estanciero, se debe considerar como haciendo parte de su activo.

Si, por ejemplo, vende un lote de animales vacunos, pagadero á dos meses, la cuenta *letras á cobrar*, tiene

apuntado á su debe y la cuenta *hacienda vacuna* á su haber el importe de la letra que habrá firmado el comprador y quedará cancelado ese renglón de dicha cuenta cuando el comprador pague la letra, por el debe de *caja*.

Las cuentas *letras á pagar*, *varios acreedores*, servirán al contrario para dar como pertenecientes á otro las cantidades apuntadas á un haber, aunque actualmente el estanciero tenga en su poder dichas cantidades.

***

Las cuentas de *repartición* son las cuentas abiertas para ciertos gastos que, por ser muy detallados ó comunes á todos los ramos de la explotación, no se pueden apuntar en ninguna cuenta especial, por ejemplo: los sueldos de mensuales que se emplean en todo trabajo, los del mayordomo si lo hay, los arrendamientos, impuestos, los gastos de conservación ó renovación del material, etc., etc.

Se pueden reducir á dos: la cuenta de *Muebles y material* y la de *Gastos generales*, que no precisan más explicaciones que las que anteceden.

***

Todos los libros de los cuales acabamos de hablar tienen naturalmente que ser llevados al neto, sin enmiendas ni borrones. Además de esto, muchas de las operaciones de una estancia no pueden figurar en ellos por ser de una naturaleza especial y ser no solamente impracticable sino también absolutamente inútil y sin interés su apunte en libros de pura contabilidad. Es preciso, pues, usar otros libros llamados *auxiliares*, cuya función es servir de borradores para los de contabilidad propiamente dicha, y de

mementos para las operaciones que por su naturaleza no pueden figurar en aquellos.

Del principal de los libros auxiliares hemos hablado ya y no volveremos sino á nombrarlo; es el libro de caja.

Los demás pueden ser más ó menos numerosos según las ideas personales de cada estanciero y las necesidades de cada establecimiento. Nuestro parecer es que no es útil multiplicarlos mucho, pero, al contrario, reducirlos á un mínimum que facilite sacar de ellos en pocos momentos todos los datos que se pueda necesitar.

Es excelente método tener siempre á mano un libro borrador en el cual se apuntan ligeramente á medida que ocurren, todos los hechos de algún interés; para esto sirven perfectamente estos libros que se encuentran en cualquier papelería con las fechas de todo el año, precediendo algunas líneas en blanco.

Datos meteorológicos, hierras, señaladas, pariciones, siembras, trabajos hechos, entradas ó salidas de peones, compras ó ventas, apuntes de todo género que pueden servir por comparación con los de años anteriores, para sacar de ellos indicaciones útiles, se pueden hacer en un libro de este género, en pocas palabras.

***

Un libro de entrada y salida de las haciendas, indicando por cada majada ó rodeo el capital primitivo, las condiciones del puestero ó capataz, las señaladas, ventas de cueros y de lanas de animales en pie, los recuentos de hacienda hechos de cuando en cuando, etc., también es indispensable.

Los rodeos ó majadas de reproductores necesitan también libros especiales de los cuales hablaremos más en detalle en el capítulo correspondiente.

Con esos pocos libros auxiliares puede tener el estanciero todos los datos que necesite, en casi todas las condiciones de explotación, lo que no quita, sin embargo de que, en ciertos establecimientos importantes ó que se ocupen de negocios especiales, se puedan tener algunos más, como un libro especial para las cuentas de peones, para las invernadas, etc., etc.

***

Hemos dicho que era indispensable, al fin de año, dar un balance general de todas las cuentas y hacer un inventario prolijo de todas las existencias de la estancia. Para hacer ese inventario, es importante elegir bien la época del año más conveniente, es decir, cuando hay menos que hacer, cuando ya las cosechas están realizadas y las pariciones logradas ó sin empezar, como el mes de Marzo, que para ese trabajo, es el más á propósito.

En Marzo, ya se han acabado las esquilas y ventas de lanas, la parición de la primavera se ha criado, la parición de las vacas se ha concluído, y, si no están herrados los terneros, ya están en estado de serlo y la mayor parte de la novillada se ha ido para el matadero. Es el momento en el cual se puede con más facilidad poner un precio cierto á las majadas, pues es el momento de las mayores transacciones en ovejas al corte.

El año, para el estanciero, bien se puede decir que acaba con el mes de Febrero, dejando netas y líquidas todas las utilidades á que ha dado lugar, si ha sido favorable, ó las pérdidas si ha traído consigo alguna epizootía. El estanciero entonces se encuentra al mismo tiempo en presencia de un pasado irrevocable y de todas las esperanzas que, al abrirse, siempre permite concebir un período nuevo de trabajo.

Es preciso evitar en un inventario estimar demasiado los valores diversos que á más del dinero efectivo ó de los créditos á cobrar, constituyen el haber del estanciero. Nos parece que lo mejor es poner á todos ellos el precio que se podría sacar con facilidad en una liquidación forzosa é inmediata.

De este modo no hay decepción posible en ninguno de los casos que siempre pueden ocurrir en la vida humana, y al contrario, casi certidumbre de conseguir una utilidad, sobre los precios fijados, siguiendo los trabajos del establecimiento en sus condiciones normales.

***

Hemos hablado bastante de lo que se refiere á la contabilidad de una estancia y agregaremos únicamente algunas palabras para insistir en la necesidad para los estancieros de abrir siempre en sus establecimientos un libro de *estadística,* decimos naturalmente de estadística especial de la estancia.

En este libro se puede hacer un resumen breve en cuadros arreglados de antemano, por columnas, de todos los datos de producción que pueden subministrar todos los demás libros principales ó auxiliares.

Es trabajo de pocas horas cada año, se puede decir, y que al cabo de algunos años, presentará el mayor interés, sin contar las ventajas que de él se podrán sacar: precios de los frutos, peso medio de la lana, número de corderos señalados ó terneros herrados, mortandad de animales chicos y grandes, ventas de capones y novillos, precios de los arrendamientos, cantidad de haciendas de las diferentes especies existentes en la estancia, número de puestos, etc., etc., datos todos que pueden indicar los progresos hechos y el camino recorrido de un año á otro.

La experiencia no es más que la acumulación en la memoria de un gran número de hechos; para que los datos sean bien seguros y que la memoria no sea inducida en error basándose en hechos inciertos ó mal estudiados, lo mejor es apuntarlos, día á día, con prolijidad y constancia.

## CAPÍTULO VII

### COMPENDIO DE NOCIONES ZOOTÉCNICAS

**La zootecnia. — La experiencia y el empirismo. — Aclimatación. — Herencia. — Ley de semejantes. — Poder de reproducción. — Poder hereditario ó atavismo; — Selección natural, inconsciente, zootécnica. — Consanguinidad. — Sus peligros y su utilidad. — Cruzamientos. — Gimnasia funcional. — Explotación zootécnica.**

Literalmente, *zootecnia* significa *ciencia del ganado:* ha sido definida: «ciencia de la explotación racional é industrial de los animales domésticos.»

SU VERDADERO OBJETO ES SOMETER LAS LEYES FISIOLÓGICAS QUE RIGEN LA VIDA DE LOS ANIMALES DOMÉSTICOS Á LAS NECESIDADES ECONÓMICAS DE CADA SOCIEDAD.

La zootecnia es, pues, una ciencia eminentemente práctica, y por esto mismo bien moderna. Es justamente en razón de su carácter de ciencia práctica que ya no es permitido á ningún criador de ganado ignorarla, á lo menos en sus elementos fundamentales que son como el A B C de su oficio.

Sin duda, la rutina inconsciente y el empirismo ponen en práctica, sin conocer su alcance, muchos de los principios que tendremos ocasión de estudiar; pero la ciencia, coordinando y generalizando las enseñanzas de la experiencia las hace verdaderamente luminosas y provechosas, resultado conseguido por los que han fundado la ciencia zootécnica, y han escrito sobre ella.

Toda ciencia ha empezado por el empirismo. La experiencia acumula los datos, pero sin orden y sin método, y la ciencia es la que se encarga de clasificarlos, de ponerlos cada uno en el lugar que le corresponde, y en fin de completarlos por observaciones constantes y experimentos artificiales, hasta que después de haber observado y visto reproducirse mil veces un hecho bajo todas sus formas, puede establecer con toda seguridad una regla, una ley general.

La experiencia se equivoca muchas veces, porque no controla siempre sus observaciones, y tal ó cual caso observado en circunstancias distintas, y al parecer bien seguro, representa en realidad dos casos muy diferentes. La experiencia del hombre ignorante, que constituye el empirismo, afirma entonces; la ciencia duda, observa otra vez, crea artificialmente, si es preciso, la ocasión de observar de nuevo, y cuando se atreve á afirmar, merece confianza.

La zootecnia, pues, es una ciencia relativamente nueva, basada en hechos tan viejos como el mundo, y ya viene llegando el tiempo que la tengan que conocer todos los que se ocupan de la cría de ganados.

Pero á pesar de sus adelantos, no es una ciencia absoluta, inmutable, pues depende de la economía rural, la cual ella misma, depende de la economía social, y tiene que ser esencialmente *oportunista* en sus aplicaciones, considerando las condiciones de vida y las necesidades, no sólo de la humanidad, sino también de cada sociedad, en cada faz de su desarrollo.

***

Lo que llamamos hacienda, en francés *bétail,* en inglés *cattle*, se entiende de aquellos animales domésticos que

produce la agricultura, en vista de un provecho directo ó indirecto. Parecen encargados por la Naturaleza de transformar los vegetales en varios productos que el hombre utiliza, aplicándolos á sus necesidades.

En todo, la naturaleza subministra así al hombre los elementos primitivos, la materia prima: á él corresponde sacar de esta materia los medios de llenar sus necesidades. Es por el mejoramiento y la transformación de esta materia prima, y la eliminación constante de lo que, en su misma exuberancia, produce de más la naturaleza, que llega el hombre á poder utilizarla, al punto de sacar de ella el máximum de producto posible.

Para llenar el objeto de la zootecnia, el criador tiene que dirigir la aplicación de ciertas leyes naturales como ser la *aclimatación*, y *la herencia*, y poner en práctica ciertos métodos racionales de *gimnasia funcional* y de *explotación zootécnica.*

***

**Aclimatación.**—¿Cómo han aparecido en el orbe las distintas especies, cómo se han formado las razas, cómo se han difundido? Son cuestiones aquellas, de paleontología y de historia, que no tenemos el propósito de estudiar; recomendaremos á nuestros lectores se dirijan, para su estudio, á las obras especiales, y particularmente á las de Darwin, que siempre se pueden leer y volver á leer con provecho.

Estas especies, estas razas y sus variedades se hallan hoy diseminadas en la tierra y á primera vista, cada una de ellas parece haber elegido la región geográfica más conveniente á su naturaleza; pero la verdad es que la selección natural ha permitido á los individuos más resistentes de cada raza de sobrevivir á los que no han podido acostum-

brarse al medio en el cual los había colocado la naturaleza ó la mano del hombre, y que los descendientes de estos individuos se han conformado poco á poco con estos medios, á tal punto que para mudarlos de región y tratar de aclimatarlos en otra, se precisan muchas precauciones.

El hombre teniendo en todas partes las mismas necesidades ha debido hacer esfuerzos continuos para rodearse de los animales domésticos que le son necesarios, cualquiera que fuese el país de origen de ellos, y es por esto que vemos hoy en climas completamente diferentes los mismos animales en el estado doméstico.

Es notorio que los animales no son tan rigurosamente adaptados al clima como las plantas, pero asimismo el hombre debe, para operar la aclimatación de una raza, trabajar á la selección y á la conservación de las variedades reconocidas como más resistentes al clima bajo el cual él mismo vive. Lo ayuda en este concepto la facultad que tendrán ciertos individuos de soportar más fácilmente que sus congéneres un clima más riguroso, facultad que se fijará en sus descendientes por la costumbre hereditaria; pero, al mismo tiempo, se puede decir que casi siempre será costosa la aclimatación, pues es probable que se morirán sin provecho los animales refractarios á ese cambio.

Podemos, por ejemplo, citar, entre nosotros, un ejemplo conocido de todos y que diariamente se reproduce: es la aclimatación de majadas de pasto tierno en campos de pasto duro. Salvo raras excepciones, estas majadas sufren muchísimo en los primeros tiempos y pierden casi siempre parte de su efectivo, hasta que concluída esta selección natural de los animales resistentes y de los débiles, los primeros se multiplican con facilidad dando á su progenitura las mismas cualidades de resistencia y de conformidad

con sus nuevas condiciones de vida que han adquirido ellos.

***

**Herencia.**—La aclimatación es el primer paso hacia la domesticación, es decir, hacia la utilización por el hombre de las facultades productoras de los animales. Pero aunque aclimatadas y domesticadas, las razas primitivas entregadas al hombre por la naturaleza son para él de poco provecho y tiene que dirigir sus empeños en aprovechar este plantel para sacar de él razas más útiles, es decir, más apropiadas á llenar sus necesidades.

Para esto, el hombre tiene que hacer uso de la función fisiológica de la *reproducción*, la función económica capital de los animales domésticos y conocer por consiguiente lo mejor posible la ley de la *Herencia*.

«La *Herencia* es el fenómeno en virtud del cual los ascendientes trasmiten á sus descendientes las propiedades que poseen á cualquier título que sea (1).»

Pero este fenómeno presenta ciertas complicaciones que tiene el criador que combinar de un modo inteligente, para utilizar las que le pueden ayudar en su obra, y evitar las que le pueden ser contrarias. El medio más sencillo de evitar errores muy costosos en la práctica, es de aplicar lo más que se pueda la *ley de los semejantes*.

Todo, en la naturaleza, se reproduce igual á sí mismo; pero la misma naturaleza prohibe que se reproduzcan entre sí dos géneros distintos. Admite que se crucen dos especies de un mismo género; pero casi siempre, impone á este apareo ciertas restricciones de fecundidad, como en el caso del burro y de la yegua, del perro y de la loba. Se

(1) A. Sanson, *Zootechnie*.

presta á la unión fecunda de dos razas de la misma especie, pero deja en este caso todo su poder al atavismo, y reserva en fin todos sus favores de fecundidad indeterminada y de reproducción perfecta á la unión de dos seres de la misma raza. Es en consecuencia de esas mismas indicaciones, que aconsejamos á los criadores de nunca alejarse mucho, si quieren mejorar sus haciendas rápidamente y con seguridad, de la ley de los semejantes. Mandar á la naturaleza, ha dicho Bácon, es casi siempre obedecerla.

Pero en los mismos límites de una raza, de una simple variedad de una raza, la naturaleza ha permitido que se produjesen tantas variaciones, que todavía asimismo ha dejado al hombre un vasto campo de experimentos y de progresos, que puede llevar á cabo sin contrarrestar sus órdenes.

La ley de herencia queda sometida á ciertos fenómenos secundarios, mal definidos todavía por la ciencia experimental, pero que la observación ya permite clasificar, y que por sus combinaciones, produce las variaciones individuales que con el tiempo y por medio de la selección, se fijan en las razas ó se eliminan, según las considera el criador como cualidades ó como defectos.

***

Estos fenómenos secundarios que vienen á atenuar el absolutismo de la ley de herencia, ó al menos, los más conocidos de ellos, son: el *poder individual de reproducción*, y el *poder hereditario de la raza*, ó *atavismo*.

El *poder individual de reproducción* da por resultado la preponderancia de uno de los reproductores sobre el otro, y parece generalmente causado por el estado de salud, la

diferencia de edad ó de alimentación de cada uno de ellos, aunque al respecto no se pueda asegurar nada.

Un animal que se reproduce bien, es el que impone generalmente su tipo, sus cualidades y también sus defectos á sus descendientes, y es una superioridad muy apreciable en un animal macho, de valor.

El *poder hereditario de la raza* ó *atavismo* es un hecho patente, pero difícilmente explicable. Consiste en una neutralización parcial y momentánea del poder hereditario individual de ambos reproductores, que permite la reaparición casual de ciertos caracteres de la raza primitiva, al parecer, completamente extinguidos, y muchas veces desde mucho tiempo.

El atavismo es como el guardián de los derechos de la naturaleza en la obra zootécnica del hombre, á quien avisa de cuando en cuando por fenómenos los más inesperados, que ella siempre está pronta para recuperar el terreno que á fuerza de paciencia, de tiempo y de estudio, ha podido ganar sobre ella, si descuida por un momento su conquista.

Así mismo, y á pesar de los saltos, algunas veces extraordinarios del atavismo, la naturaleza no vuelve sino lentamente sobre sus pasos. El tiempo respeta lo que se ha hecho con su ayuda, y la naturaleza, los progresos conseguidos sin atentar á sus leyes fundamentales. Por eso, más antigua es una raza, más fija es.

A fuerza de constancia, el hombre crea, si así se puede decir, como un atavismo artificial, capaz de vencer en parte el atavismo natural.

Además de los fenómenos secundarios de herencia que hemos enumerado, mil *variaciones casuales* se producen, unas por caprichos inexplicables de la naturaleza, otras atribuídas con razón á la influencia de los medios y á la gimnasia funcional, y gracias á ellas, puede el hombre,

ayudándose con el sistema de la *selección*, mejorar las razas de los animales domésticos y llegar hasta crear variedades superiores.

***

**Selección.** — De un modo abstracto, la selección consiste en la conservación natural ó artificial del más apto, y en la eliminación natural ó artificial del menos apto.

La naturaleza no exige de los animales más aptitud que la de reproducirse entre sí, y para llegar á sus fines, obra por la selección natural.

La *selección natural* es la que se opera de por sí, y sin la intervención del hombre, entre los animales entregados á su propios recursos. La lucha para la vida es el agente de esta selección, cuyo resultado es dejar reproducirse solamente los animales dotados de una fuerza superior á la de sus congéneres.

El hombre, él, exige de los animales domésticos varias aptitudes especiales y procede, sea por la *selección inconsciente*, es decir, por una selección sin método ó empírica, y cuyos resultados quedan si no del todo negativos, á lo menos muy insuficientes, sea por la *selección zootécnica*, es decir, la única racional, y la única que deba aplicar el criador en sus operaciones. Consiste esta última en elegir con juicio los animales que deben conservarse para reproductores, y en eliminar de la reproducción los que no llenen sus deseos, *para tratar sistemáticamente de modificar una raza según un tipo determinado de antemano* (1).

La selección aprovecha, para llegar á sus fines, las variaciones al parecer más insignificantes; pero á fuerza de hacerlas reproducir, las fija y las aumenta, acabando por

(1) Darwin, variabilidad de las especies.

hacer de ellas un signo distintivo, una calidad principal de la raza.

La selección excluye el cruzamiento. Por ella se elige en una raza como reproductor para esta misma raza, un animal dotado, sea por casualidad ó de otro modo, de alguna calidad que se quiera desarrollar y fijar; pero aunque, á primera vista, parezca este animal, por esas mismas cualidades, diferente de sus congéneres, esta selección no viola naturalmente en nada la ley de los semejantes, y creerlo así, sería entenderla mal.

Por ejemplo, aparear un merino, variedad Rambouillet, con un merino, variedad Negrette, no es cruzar, es aplicar la ley de los semejantes, ya que pertenecen ambos á la misma raza, perfectamente determinada, la raza merina; no puede tener por resultado esta operación procrear *mestizos*, sino simplemente crear una variedad de la raza merina.

Ahora sucede que para *fijar* en una raza una cualidad creada por selección ó por casualidad, se exagera la aplicación de la ley de los semejantes, haciendo reproducir, entre sí, animales no solamente de una misma variedad, sino también de una misma familia, es decir, parientes consanguíneos.

***

**Consanguinidad.** — Lo mismo que se opone la Naturaleza á la reproducción de seres completamente distintos, lo mismo opone ciertos obstáculos á la exageración contraria, es decir, á la reproducción por consanguinidad.

Sin embargo, el sistema de la consanguinidad no se puede ni rechazar sin examen, ni adoptar por entusiasmo; en manos hábiles, ha producido maravillas; en otras ha causado catástrofes; por ella, Colling creó la raza Durham,

por ella han perecido muchos rebaños. Es un arma de dos filos, más temible, quizá, que útil, y de la cual debe desconfiar el común de los mortales.

En efecto, la consanguinidad, apareando dos individuos de la misma familia, dotados por consiguiente en alto grado de las mismas cualidades y de los mismos defectos, duplica, se puede decir, en el individuo así procreado, esos defectos ó esas cualidades. Por esto no se debe emplear la consanguinidad sino con extrema reserva, de miedo de fijar, por ejemplo, al mismo tiempo en un rebaño una cualidad exterior y una enfermedad mortal que, en los ascendientes, no se encontraba más que al estado de gérmen.

Para emplear la consanguinidad con el éxito de que es susceptible, y debemos reconocer que es considerable, es preciso estar absolutamente seguro de la perfecta salud de los reproductores, á los cuales se la impone; aconsejaremos más bien á la generalidad de los estancieros de nunca abusar de ella y de refrescar á menudo la sangre de sus haciendas.

La consanguinidad es el medio supremo de fijar una calidad en una raza y el adversario más poderoso del atavismo; pero, aunque, algunas veces, se haya aplicado con una suerte sin igual, es decir, sin causar enfermedades hereditarias en la raza, como sucedió en la creación de la raza Durham, siempre produce en un tiempo, relativamente corto, alguna degeneración; y podemos citar precisamente el mismo ejemplo, recordando que el mismo fundador de esa raza tuvo que apelar á otra familia para devolverle entera su fecundidad primitiva que estaba á punto de perder. La consanguinidad llevada á sus extremos desarrolló en la raza Durham la propensión á engordar á tal punto, que esta facultad, calidad para el objeto zootécnico que buscaba Colling, se iba volviendo una causa de esterilidad, prueba de degeneración.

**Cruzamientos.**—Las necesidades económicas incitan algunas veces á desobedecer momentáneamente á la ley de los semejantes y á dejar á un lado la selección propiamente dicha para hacer cruzamientos entre animales de razas diferentes. Para que estos cruzamientos consigan su objeto, es decir, ó crear una raza intermediaria entre las dos razas cruzadas, ó absorber una raza de producto inferior en una superior, es preciso, una vez llevado á cabo el cruzamiento, volver forzosamente á la ley de los semejantes, que, sola, puede fijar una raza ó una cualidad especial en una raza.

Los cruzamientos no presentan en general ningún peligro del punto de vista de la salud de los animales, pero sí presentan á menudo peligros del punto de vista zootécnico, y los experimentos de este género suelen salir caros á los criadores. Es fácil sostener una raza, relativamente fácil todavía mejorarla por selección, pero no crea razas nuevas quien quiere.

Ciertos cruzamientos de razas enteramente diferentes podrán producir individuos ventajosos, pero será siempre muy difícil conseguir que estos animales mestizos reproduzcan en sus descendientes el conjunto de las cualidades que hayan individualmente adquirido de cada uno de sus procreadores y que se vuelvan capaces de imponer su tipo intermediario á las generaciones siguientes.

Estas se inclinarán forzosamente á un lado ó á otro, la potencia hereditaria de los dos reproductores no pudiendo jamás ser igual, y una de las razas acabará por absorber á la otra. Hay casos en los cuales este resultado es el que se busca, pero en otros sucede que justamente se pierde la raza, económicamente la más útil.

Volveremos sobre esta materia cuando tratemos particularmente de la cría de cada especie.

**Gimnasia funcional.**—La gimnasia funcional viene á completar la obra de la aclimatación, que ha puesto en manos del hombre los animales domésticos que necesita, y de la aplicación juiciosa de las leyes de la herencia, que ha fijado en cada especie y en cada raza las cualidades inherentes á su naturaleza. Ella sirve para desarrollar y especializar estas cualidades y hacerlas llegar á su apogeo. Sansón la define «el ejercicio metódico y racional de una función fisiológica cualquiera».

Por ella se dirige, se desarrolla y se modifica el ejercicio de los órganos que permiten á los animales llenar las funciones fisiológicas que les asignó la naturaleza.

Preparar un caballo de carrera, acostumbrar carneros ó bueyes á digerir con provecho una enorme cantidad de alimentos, es someterlos á la gimnasia funcional que debe desarrollar las aptitudes especiales que de ellos se exigen, una vivacidad extraordinaria del sistema nervioso en el primero, la facultad de engordar rápidamente en los otros.

La gimnasia funcional es, de por sí, individual; pero sus resultados se propagan del individuo á la raza por medio de la herencia, y las aptitudes así creadas ó aumentadas en un reproductor, éste las trasmite á sus descendientes y con el tiempo acaban por quedar hereditarias.

Así se ha conseguido, por ejemplo, crear y fijar en ciertas razas de varias especies domésticas la *precocidad,* facultad preciosa que permite conseguir de un animal el máximum de producto en el menor tiempo posible. Esta cualidad, que ha sido absolutamente creada en ciertas razas por sus criadores, como en las razas ovinas inglesas y el Rambouillet, como también en el Durham, se propaga perfectamente por herencia.

Su signo exterior es la emisión de los dientes permanentes antes de la época fijada por la Naturaleza; la emisión

de los dientes permanentes indica la conclusión del crecimiento del animal, y por consiguiente, su perfecta madurez; los animales de la especie ovina verdaderamente precoces, tienen todos sus dientes permanentes á los treinta meses á lo más, y muchas veces mucho antes de esta edad.

Es cierto que la precocidad no se conserva hereditaria sino poco tiempo, si las condiciones de régimen alimenticio que la han producido en los ascendientes están modificadas para su progenitura. Otro tanto se puede decir de todas las aptitudes creadas artificialmente por la gimnasia funcional, pero esto no le quita nada de su utilidad, pues es ella uno de los agentes más poderosos de esta variabilidad que sola abre el camino á la selección.

***

**Explotación zootécnica.**—No es el todo crear y perfeccionar una máquina; es preciso saber utilizarla de modo que produzca lo que puede, y, por consiguiente, lo que debe producir. Una empresa rural, de agricultura ó de cría, es una empresa industrial. Su objeto es proporcionar al agricultor ó al criador utilidades, es decir, una diferencia á su favor entre la producción y los gastos necesitados por esa producción. Los animales domésticos son para él las máquinas de su fábrica, máquinas destinadas á convertir los alimentos que consumen en lana, carne, leche, cuero y fuerza motriz.

Estas máquinas, como las máquinas industriales, se gastan y su valor disminuye al cabo de cierto tiempo. Pero tienen sobre aquéllas una superioridad inapreciable: es que de por sí se reproducen y que no se empiezan á gastar sino después de un período durante el cual siempre han ido aumentando su propio valor, de modo que cuando

llega el momento de su decadencia, puede el criador deshacerse de ellas al mayor precio que hayan valido hasta entonces y que nunca después puedan llegar á valer.

Esta proposición no es aplicable al caballo y no corresponde sino á los animales destinados por el hombre á su alimentación; pero el caballo es en este caso más bien un instrumento de trabajo que una máquina productora, y todavía queda entre nosotros aplicable esta regla zootécnica á las yeguas, por lo menos en la actualidad.

Por consiguiente, los esfuerzos del criador deben tender á sacar de su hacienda, en el menor tiempo posible, con el mínimum de gastos, la mayor suma de productos perfectos y de salida más fácil y provechosa.

Interpretar con rectitud las necesidades del mercado al cual destina sus productos y modificar su producción según se modifiquen estas necesidades; conocer á fondo los recursos que tiene á su disposición, las condiciones de clima, de vías de comunicación, de mano de obra, etc., que lo rodean, es para el criador tener la base de una explotación zootécnica; estos conocimientos vienen á completar y á permitirle de poner en práctica racional los conocimientos teóricos que hemos enumerado anteriormente, para conseguir por la combinación de todos ellos el mayor producto neto, aunque ese producto neto procediese de métodos que no representen de ningún modo la perfección del arte en los países más adelantados.

***

Creemos haber reasumido tan brevemente como lo podíamos hacer, sin que fuera á expensas de la claridad, las nociones de zootecnia que consideramos como indispensables á todo hacendado.

No hemos podido sino bosquejar las líneas principales de esta ciencia, todavía forzosamente muy poco vulgarizada aquí: pero nos alegraremos con el resultado conseguido, si tan solo hemos podido, por esas pocas páginas, evocar en aquellos de nuestros lectores que lo ignoran, el deseo de instruirse más completamente en ella, leyendo á algunos de los autores que la han ilustrado con su pluma.

De todos modos bastará lo que hemos dicho, para que nuestros lectores se den cuenta,—en los capítulos siguientes, donde hablaremos en detalle de la cría de cada especie, —que hemos tratado de aplicar las leyes zootécnicas al modo de criar adoptado en el país; tanto en los progresos ó modificaciones que podremos aconsejar, como en nuestras observaciones referentes á la preferencia merecida por tal ó cual raza ó variedad de animales, verán el aprecio que dispensamos, con muy pocas restricciones, al modo de cuidar hoy en favor entre nosotros, y que consideramos, en su conjunto, como el más racional y el único adaptable á las condiciones climatéricas y económicas actuales del país.

# LIBRO II

## HACIENDA OVINA

## CAPÍTULO PRIMERO

### PUESTOS

División en puestos. — Plano de división para estancia bajo alambrados. — Campos abiertos. — Colocación de los puestos. — Los ranchos.

El sistema universalmente empleado aquí para la cría de ovejas, es el de la *división en majadas*, generalmente de mil á dos mil cabezas.

Cada majada está entregada al cuidado de un pastor llamado puestero, del *puesto* que ocupa. Esta palabra que por sí no significa nada de estable, sino al contrario una parada pasajera en algún sitio, ha quedado como vestigio de la vida nómada de los pastores antiguos y está hoy consagrada por la costumbre, aunque los puestos sean muy permanentes.

Se llama además *puesto*, por extensión de la palabra, el campo destinado á la majada cuyo pastor vive en la casita correspondiente, y se dice que se arrienda un puesto, que tal ó cual puesto es bueno ó malo, que un puesto es de tantas cuadras, etc.

Antiguamente, cuando las ovejas no valían nada y que

ni la lana se podía vender, no existía la costumbre de repartir las ovejas de un establecimiento. Cinco, seis mil ovejas iban juntas y el único *puesto* era la estancia principal. En varias partes de Australia, todavía emplean un sistema medio parecido, pero con la diferencia que cada uno de esos inmensos rebaños está encerrado en un gran potrero donde fácilmente un solo pastor lo puede cuidar.

Puede ser que se encuentre alguna ventaja en este modo de cuidar, del punto de vista de la economía de los sueldos, pero nos parece difícil que puedan estar bien atendidos tantos animales por tan poca gente.

***

Existen en la Provincia de Buenos Aires establecimientos, en los cuales cada majada tiene su potrero especial y un solo pastor para unas cuantas majadas. Ya es muy diferente ese sistema del australiano, puesto que cada majada consta de un número reducido de animales, y que por consiguiente, se pueden así separar y tener en potreros diferentes las varias clases de individuos que forman el rebaño; no estamos muy lejos de pensar que este modo merece ser imitado. Conviene en campos muy hechos, en los cuales las majadas no precisan caminar mucho para encontrar su manutención; lo que sí, necesita un gran gasto en alambrado y una disposición especial de los potreros que deben formar una serie de triángulos cuyas puntas vienen á encontrarse en el mismo puesto del pastor, como el modelo que damos (fig. 15).

Grandes son las ventajas inherentes al sistema del punto de vista de la vigilancia más fácil, de la tranquilidad de las majadas, del abono de los campos,—pues ya se hacen casi inútiles los corrales,—de la facilidad para repartir en

potreros diferentes la caponada, los borregos, las preñadas, las ovejas de tal ó cual clase; son ventajas de consideración.

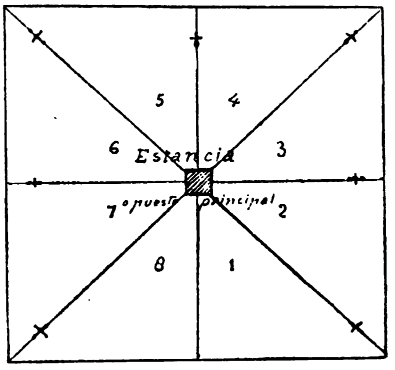



**Fig. 15.** — Potreros para majadas

En campos abiertos, el único modo racional de cuidar bien las ovejas, es el generalmente empleado de una majada en cada puesto, aunque sea bastante costoso con relación al capital que representa una majada, y cualquiera que sea el sistema de conchavo de los puesteros que se prefiera.

La *situación* de los puestos y la *extensión* de campo que corresponde á cada uno de ellos, depende, como fácilmente se puede comprender, de la calidad del campo en general, de la disposición del terreno, de la existencia ó de la ausencia de aguadas grandes ó arroyos, ó de cañadones anegadizos, etc., etc. En los campos altos y hechos, exclusivamente entapizados de rico y tupido pasto tierno, se calcula generalmente la extensión de un puesto en ciento cincuenta hectáreas y por consiguiente los puestos tienen que estar diseminados en toda la superficie del campo á distancias bastante cortas. Es casi general en campos de estas condiciones ver majadas de dos mil cabezas en cada puesto.

Al contrario, — y tomamos con intención los dos extremos, — en los campos nuevos, es decir, recién poblados, donde el pasto tierno, si no es completamente desconocido, existe en proporciones ínfimas, donde el mismo pasto fuerte está todavía ralo y mateado, cada majadita de mil cabezas precisa una extensión enorme y las ovejas tienen que caminar leguas y desparramarse muchísimo para tener con qué llenarse.

En esos campos no se pueden tener sino muy pocas ovejas, repartidas en majadas cortas, y como son campos muy á propósito para hacienda vacuna, es preciso poner los puestos todos en contorno del campo, á unas pocas cuadras de la línea, y poco más ó menos á media legua de distancia uno del otro. Así se vuelven los puesteros guardianes encargados de hacer respetar por los vecinos la propiedad de su patrón, al mismo tiempo que se les impone la obligación de repuntar para el centro del campo los animales vacunos y yeguarizos que intentasen salir de él.

A medida que se va componiendo el campo y haciéndose de pasto tierno, se multiplican los puestos de ovejas, empezando por duplicar los de las líneas, para evitar lo más que se pueda, de privar á la hacienda vacuna el recorrer libremente todo el centro del campo, y estableciendo después poco á poco otras líneas de puestos en el mismo centro y en cantidad proporcionada al área y á la calidad del campo. Es preciso entonces reducir el número de vacas, pues éstas ya no podrían encontrar una manutención suficiente en un campo muy trillado por las majadas, y estarían siembre bajo la amenaza de una epidemia.

***

La ocupación de un campo por las ovejas representa un grado transitorio entre el pastoreo y la agricultura; la hacienda vacuna no hace más que echar afuera la barbarie, la oveja abre el paso á la civilización; un hombre ó dos, en un miserable toldo, bastan para cuidar en la triste soledad de la Pampa un inmenso rodeo de vacas: la oveja obliga al dueño del campo á edificar puestos, á poblar su propiedad con familias sedentarias y al poco andar, tiene, si quiere mejorar su hacienda y sacar de ella lo que le debe dar, que entregar á los labores de la agricultura parte de su terreno, para mantener á alguna majadita de reproductores.

La oveja conquista sin cesar, pero al revés de muchos conquistadores, puebla y civiliza.

***

Aconsejaremos evitar lo más posible colocar los puestos, — las habitaciones, — muy cerca uno de otro. Esa advertencia no tiene objeto en los campos nuevamente poblados, pero sí en aquellos donde se tiene que limitar el campo á cada puestero.

Las majadas, en efecto, deben tener varias *largadas* y el menor estorbo posible. Es preciso que puedan dar una vuelta completa para entrar de noche al corral sin volver á comer dos veces en el día en la misma parte del campo. Además, si dos puestos están muy cerca uno de otro, es difícil que no se mixturen á menudo las majadas, lo que forzosamente acabará por disgustar á los puesteros uno con otro, y cuando la gente de una estancia anda disgustada, el que primero paga es el patrón: es para él tan peligroso tener en su campo puesteros que alimenten enemistad uno por otro, que tenerlos que estén ligados por amistad demasiado estrecha, en cuyo caso, estando sus casas casi

juntas, siempre se lo pasarán en casa uno de otro, tomando mate, charlando y descuidando la majada.

***

Los puestos no son en general edificios de mucho lujo; la mayor parte de ellos son *ranchos* en toda la acepción de la palabra, y no vemos ninguna necesidad de aconsejar á los estancieros gastar mucho en ellos. Lo que sí nos parece un deber del estanciero, es cuidar que los puestos de sus pastores no sean unas chozas indignas de ser habitadas por cristianos. Cuántas veces hemos quedado asombrados al ver, pasando por campos de propietarios poderosos...de solemnidad, ciertas habitaciones que no merecían tal nombre. Es cierto que nunca había soñado el dueño en visitar tal campo!

Un rancho no cuesta mucho dinero, y está al alcance de todo estanciero hacer este gasto, sobre todo que, con sólo dar el material, cumple con su deber, y puede imponerse con la mayor facilidad al puestero la obligación de edificar él mismo el puesto.

Cinco varas por seis, paredes de barro, techo de paja ó de fierro, una puerta, una ventana, es decir, un gasto casi insignificante, ahí está todo. Si en vez de un hombre solo, es una familia la que debe ocupar el puesto, con hacer otra pieza igual, habrá cumplido el patrón y todos quedarán muy conformes.

Lo que sí se deberá siempre exigir, es que el puestero cuide y conserve en perfecto estado el puesto; se puede en una ojeada juzgar si el puestero es hombre de orden y de trabajo. Raras veces el puestero que tiene bien arreglada y limpia su casa dejará la majada criarse al abandono.

# CAPÍTULO II

## PUESTEROS

**Los puesteros.—Extranjeros y criollos,—Irlandeses.—El pago por mes.—Medianeros.—Sociedades al tercio y á la cuarta parte de la lana.—Los contratos.—Cláusulas que deben contener.—Las señales.—Obligaciones del puestero.—Cultivos.—La carne.—Libro de majadas.**

Es opinión general, y tan general como errónea, que el oficio de pastor es oficio de perezoso. No pretendemos que no haya oficios que necesiten más actividad y más trabajo material, pero son pocos los que precisen más asiduidad y más cuidado. El mal pastor, es cierto, descansa siempre, pero el que realmente cuida una majada como es debido, no conoce días de fiesta ni de descanso; también el resultado final queda en proporción con el trabajo hecho.

Digamos, pues, que la *elección de los puesteros* es una cuestión gravísima para el buen ó mal éxito de un negocio de estancia.

El resultado que da una majada puede variar de cero á cincuenta por ciento, según el que la cuida, y con un puestero haragán ó vicioso, no hay vigilancia que valga.

***

Como la ocupación de puestèro le obliga á vivir sujeto, es bueno elegir de preferencia para puesteros á hombres de familia. Los hombres solos, muchas veces, se aburren y el día menos pensado se vuelan para la pulpería, donde tienen á la fuerza que entretenerse en gastar los

ahorros de conversación que han acumulado en su rancho solitario; mientras dure la fiesta, queda tirada la majada.

También diremos que para cuidar ovejas, son casi siempre mejores los extranjeros que los criollos, aunque nos hacemos un deber de reconocer que hemos tenido puesteros de estos últimos que han cuidado á la perfección.

Los extranjeros no son, en general, muy jinetes y poco les gusta y poco podrían cuidar las haciendas mayores, trabajo que requiere cualidades que difícilmente adquiere el que no ha nacido en el campo. Al contrario, tienen casi siempre para con la oveja una paciencia y una afición que hacen de ellos pastores inmejorables; es supérfluo citar especialmente á los Irlandeses, que son demasiado apreciados como ovejeros para que se necesite ponderarlos; pues se encargan de hacerlo las fortunas—algunas colosales—que tantos entre ellos han sabido edificar con puras ovejas.

***

Varias son las combinaciones en uso para el *conchavo de puesteros;* hablaremos de las principales, discutiendo las ventajas y desventajas de cada una, é indicando cuáles son preferibles en tal ó cual situación.

La más barata de todas, al parecer, es de hacer cuidar las majadas por *mensuales.* Tal vez con el tiempo, cuando la abundancia de brazos permita elegir entre los peones que ofrezcan su trabajo, será en efecto la más barata de las combinaciones, como la más sencilla; pero por ahora y por muchos años todavía la condenamos con toda energía. Un peon mensual cuida siempre mal una majada; hay excepciones, pero son tan pocas que no hay regla

que confirme mejor las excepciones. El peon mensual, que cuide bien ó que cuide mal, sabe que cada mes recibirá su sueldo: si pierde animales, no tiene con qué responder y le importa muy poco; poca atención prestará en caso de epidemia á los cueros que se pierdan, porque sacarlos es un trabajo que no le pagarán aparte; casi siempre es preciso darle caballos para cuidar y si hay que tirar agua es fácil que, si se descuida el patrón, sufran de la sed las ovejas. El día menos pensado, por un sí, por un no, porque tendrá dinero ganado ó ganas de pasear, pedirá las cuentas y se mandará mudar.

De todos modos, no cuenten con él para el tiempo de esquila, es decir, cuando más falta hace; pues ha considerado el cuidar la majada como cuarteles de invierno y ya que puede ganar más, se va. Si deja aumentada la majada, pongan su nombre en letras de oro en la pulpería vecina, porque es cosa nunca vista.

Existe toda una tribu de hombres, especialmente en los campos de afuera,—porque hoy ya han visto que mal pueden vivir donde hay relativa abundancia de brazos,—que cuando llega el invierno, llueven en las estancias á pedir un puesto, una majada que cuidar como mensuales. Algunos de ellos tienen familia, la mayor parte son jóvenes y solteros: andan muy paquetes hoy, y mañana haraposos. Los solteros presentan poco peligro; pues á nadie se le ocurrirá confiarles intereses, á menos de encontrarse en una necesidad apremiante; pero los otros, sí, pues empiezan á contar que son pobres, cargados de familia, etc. Infórmense y pronto sabrán que son jugadores, carreristas ó algo por el estilo y que si son pobres es porque no quieren trabajar. Estamos en un país donde el que quiere adquiere, y el que sin haber tenido alguna

desgracia no posee nada, tiene algún vicio y no merece que se le confíen intereses.

***

Rechazando por completo al mensual para cuidar ovejas, *(á no ser con el sistema de cada majada en su potrero)*, queda el cuidado *á interés ó en sociedad.*

Muchos hombres que han sabido ganarse un capitalito con su trabajo, pero sin tener bastantes intereses para poder arrendar campo, buscan la ocasión de entrar en sociedad con algún estanciero que les dé el puesto é iguale el capital, dando ellos el trabajo de cuidar las ovejas.

Antes se hacían siempre estas sociedades á medias, es decir, á capital igual. Hoy, se hacen todavía así en los campos de afuera, donde la tierra no tiene todavía un valor muy grande y donde escasea la gente buena; pero, adentro, en los campos hechos, cuyo valor permite arrendarlos hoy á precios sumamente altos, es muy difícil encontrar semejante proporción.

En la mayor parte de los establecimientos se hacen sociedades al tercio, es decir, que el puestero trae la tercera parte de las ovejas y el dueño del campo le da dos terceras partes, dividiéndose las utilidades en iguales proporciones, una tercera parte para el puestero y dos terceras partes para el dueño del campo.

Pero hay también en el campo gente trabajadora, buena, de confianza, que merece ser protegida y cuyo sueño es poder encontrar, en vez de trabajo siempre á sueldo, quien le dé una majada á interés.

En los campos de afuera se encuentra fácilmente la realización de este sueño, y por tal que una familia reco-

mendable y trabajadora se empeñe en buscar, pronto encuentra todavía quien le dé una majadita que cuidar, dándole la tercera parte de las utilidades en pago de su trabajo.

En los campos de adentro es más difícil, y bien pocas son las majadas que se encuentran en esas condiciones. Muchas veces dan los estancieros majadas á interés, pero únicamente con la cuarta parte de los productos; otros al tercio del aumento y á la cuarta parte de la lana.

En nuestra opinión, las combinaciones más ventajosas son siempre las de sociedad, al tercio ó de otro modo, según lo permiten los campos donde está situado el establecimiento, pero con la condición expresa que aunque parte del capital no le pertenezca en propiedad, el estanciero maneje los intereses como mejor le parezca, disponiendo á su gusto todos los trabajos y transacciones referentes á la majada.

***

Muchos estancieros, para evitar las discusiones que algunas veces pueden surgir de este estado de cosas, prefieren dar sus majadas á interés sin capital por parte del puestero, y así quedan más fácilmente dueños de hacer lo que quieren; no diremos que es mal sistema, pero es mucho más costoso que el sistema de sociedad, y en ese último, siempre puede también imponer su voluntad el dueño del campo, ya que teniendo cada uno su capital, siempre se puede repartir la majada en cualquier tiempo del año.

Alguna vez puede suceder también que un puestero á interés no cumpla con su deber, y se hace entonces muy difícil la situación, pues siendo el producto de la esquila la

principal remuneración de su trabajo, es muy delicado echarlo antes de esa época. Por estas consideraciones insistiremos en aconsejar de llevar un cuidado especial en la elección de los puesteros y adjuntaremos este otro consejo, de poner siempre en práctica el artículo 224 del Código Rural referente á *contratas* entre patrones y peones, á lo menos en lo que toca á los puesteros.

***

Como todas las contratas de esta clase tienen que contener las mismas condiciones, con muy pocas diferencias, todo establecimiento de alguna importancia debería tener una fórmula impresa en la cual se dejarían en blanco esas condiciones ó indicaciones, variables según los puesteros, de modo que en un momento se llenasen los blancos y no tuviesen más, el patrón y el puestero, que firmar cada uno una de esas hojas impresas para quedar perfectamente en regla y para evitar toda clase de discusión ó de duda ulterior.

Damos en un capítulo especial, al final de la presente obra, un modelo de contrato para estos casos.

Una contrata semejante debe indicar el número de ovejas de que consta una majada, la señal ó señales que lleva, si el boleto es del dueño del campo ó del puestero; algunas veces, para evitar de contraseñalar en mala estación, se puede permitir por un tiempo que las ovejas del puestero guarden su señal; pero debe ser una excepción y de todos modos temporaria, y las pariciones siempre se deben señalar con una señal de propiedad del estanciero. A más, naturalmente, se debe indicar el nombre del puestero y la fecha de la contrata, el tiempo de su duración—de esquila

á esquila;—fijar un plazo de aviso previo para el caso de pedir el campo el patrón al puestero ó de dejarlo éste; decir cuántas ovejas pertenecen al puestero, cuántas al patrón y de qué modo se repartirán las utilidades.

Si el puestero tiene la majada á interés sin capital propio, debe la contrata fijar la indemnización que le tendrá que abonar el patrón en caso de tener que echarlo antes de la esquila por mala conducta ó falta en sus deberes. En caso de irse de su propia voluntad el puestero antes de la esquila, sea porque encuentre colocación más ventajosa, sea porque alguna epidemia le haya llevado demasiadas ovejas para que pueda conservar esperanza de aumento, ó por cualquier otro motivo que no sea de fuerza mayor, es indudable que el patrón no le debe remuneración alguna por su trabajo, pues el que acepta una contrata la debe cumplir del todo, y el que quiere tener su parte de las utilidades, tiene también que correr los riesgos inherentes á todo negocio. Pero es necesario mencionar esa condición en la contrata.

Es preciso hacer constar después que el dueño del establecimiento se reserva el derecho de no tener en la majada sino los carneros que le convengan, pues como ha de tener en la misma estancia alguna majada de reproductores de la cría que más á propósito le parece tener, no puede admitir en sus rebaños otros carneros que los que procedan de su cría.

***

El patrón debe también imponer al puestero la obligación de estacionar la majada á su voluntad, de bañar las ovejas, pagando tal precio por cabeza, de señalar corderos, única-

mente cuando lo ordena y en su presencia ó presencia de alguno que lo represente.

En la esquila debe cada puestero prestar los servicios que pueda, recibiendo el pago de costumbre.

Si la estancia tiene alguna invernada de capones es una ventaja para el puestero aprovecharla; pero como no siempre la gente del campo entiende lo que le hace ó no cuenta, es preciso que tenga la obligación de someterse, para esto también, á la voluntad del dueño del establecimiento. Debe el puestero dejar al patrón dueño absoluto de manejar las ventas de frutos ó animales como mejor le parezca, y esto también redunda seguramente en beneficio del interés común.

En fin, se tiene que comprometer á sacar con prolijidad y cuidar con esmero todos los cueros de los animales que se mueran.

A esto se pueden agregar ciertas condiciones especiales que cada dueño de campo impone ó no, según sus ideas propias; por ejemplo, de no admitir agregados, de poner cierta cantidad de plantas en el puesto, de no tener sino tal ó cual cantidad de caballos, yeguas ó vacas lecheras, etc., etc.

Con dos horas de trabajo para redactar la contrata con todas sus condiciones detalladas y algunos pocos pesos para hacerla imprimir, se evitará, se puede decir, para siempre, toda clase de cuestión enojosa entre el patrón y los puesteros.

***

Hemos oído muchas veces expresar la opinión que cada puestero debería tener un área de *tierra de labranza;* participamos de ese modo de ver, pero con ciertas reservas.

No hay duda que, en toda estancia situada cerca de alguna estación de ferrocarril, la agricultura, hecha en campo propio y con toda la economía posible en la mano de obra, puede dar pingües resultados; pero es preciso que esta agricultura se reduzca al cultivo del maíz y de la alfalfa, únicos productos aplicables á la ganadería, y, por consiguiente, únicos cultivos que le pueda convenir hacer al estanciero, porque si los precios que pueda sacar por ellos no retribuyen el trabajo, los puede siempre hacer consumir con ventaja en el mismo establecimiento.

La agricultura sin ganadería no da ni dará acá resultados buenos más que á los dueños de chacras, que trabajan con sus propias manos y no tienen, por consiguiente, que pagar ni campo ni sueldos. Para probar lo contrario, sería preciso citar ejemplos, y citar ejemplos, sería contar la historia de muchas catástrofes, que no vendrían sino á confirmar lo que nos atrevemos á asegurar.

Por cuanto á la objeción que nos podrán hacer de la necesidad de encaminar al país en la vía del progreso, contestaremos que el progreso de un país se basa en la prosperidad de las empresas particulares, y que más hace para dicho progreso un paisano que cuida bien su majada, que una casa importante que quiebra por haberse metido á agricultora perfeccionada.

Es bueno dejarse de cuando en cuando de divagaciones teóricas para mirar las cosas bajo un punto de vista práctico.

El que busca el modo de conservar la carne, y, por consiguiente, de abrir salida al verdadero producto del país, merece, sí, aplausos y ayuda, ayuda sobre todo; pero no vemos ninguna necesidad de gastar un peso para fomentar la producción del trigo más allá de la cantidad que pueda venderse á precio remuneratorio.

La agricultura que conviene á la República Argentina es la que llamaremos pecuaria y que tiene por objeto trasformar en productos animales la mayor parte de sus productos vegetales.

El único medio para el estanciero de hacer agricultura con provecho, es de hacer trabajar tierra á medias á sus puesteros, con la condición que tenga salida para los productos que coseche, que no haga chacras que, por su extensión, estorben las majadas, quitándoles el campo, y, en fin, que no tenga el puestero de ningún modo que sacrificar el cuidado de sus animales al trabajo de la tierra. Con todo esto, cuenten el estanciero y el puestero que nunca sacarán de sus culturas lo que de una majada bien atendida, fuera de que sus culturas sean para mantener y engordar á sus ovejas.

***

Otra cuestión relativa á los puesteros, y que no carece de importancia en establecimientos grandes, es el *consumo de la carne*. La carne es aquí para el trabajador como el pan en Europa. Allá se raciona el pan al obrero, pero con liberalidad; pues es sabido que para trabajar bien es preciso comer bien, y aquí, por consiguiente, se debe racionar la carne, pero tanto más liberalmente cuanto menos valor tiene.

En ciertos establecimientos no se admite que los puesteros carneen y se les reparte la carne cada dos ó tres días, según la importancia de su familia. Es excelente sistema en los establecimientos muy importantes, con esta condición: que no se haga como cierto estanciero que racionaba la carne con tanta avaricia que cuando se

le iba un puestero, se encontraba siempre algún pozo lleno de los cueros podridos de las mejores ovejas de la majada.

También se puede fijar á cada puestero, según sus necesidades, el número de animales que puede carnear por mes, tratando de conseguir que siempre carnee de preferencia las ovejas viejas, muy ordinarias, ó negras, ó de algún modo defectuosas, antes de los capones.

De cualquier modo que se haga, quedar siempre en el justo medio entre el desperdicio y la avaricia; tener á la gente contenta, sin permitirle que menosprecie los intereses del establecimiento.

***

Es indispensable tener en cada establecimiento, como lo hemos hecho notar en el capítulo contabilidad y estadística, un *libro de majadas*, donde cada puesto tenga abierta su cuenta, que recibirá cuanta anotación útil se pueda hacer sobre la majada y las operaciones que le correspondan.

Damos aquí un modelo de una hoja del libro de majadas que simplifica mucho el trabajo, haciéndolo muy claro y permitiendo darse cuenta de todo lo que corresponde á tal ó cual majada.

ESTANCIA ......

Señal: *Condiciones del Puestero:* Puesto No.

| MESES | VARIAS ENTRADAS | SEÑALADA | TOTAL DE ENTRADAS | VARIAS SALIDAS | CUEROS ENTREGADOS | | | TOTAL DE SALIDAS | RECUENTOS | FALTAN | SOBRAN | OBSERVACIONES |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | | | | | EPIDEMIA | | CONSUMO | | | | | |
| | | | | | Grandes | Borregos | | | | | | |
| CAPITAL DE LA MAJADA: | | | ......... | | | | | | | | | |
| Enero ...... | | | | | | | | | | | | |
| Febrero. ... | | | | | | | | | | | | |
| Marzo ...... | | | | | | | | | | | | |
| Abril .... .. | | | | | | | | | | | | |
| Mayo...... | | | | | | | | | | | | |
| Junio.. .... | | | | | | | | | | | | |
| Julio ....... | | | | | | | | | | | | |
| Agosto ..... | | | | | | | | | | | | |
| Septiembre.. | | | | | | | | | | | | |
| Octubre..... | | | | | | | | | | | | |
| Noviembre.. | | | | | | | | | | | | |
| Diciembre .. | | | | | | | | | | | | |

# CAPÍTULO III

## CORRALES

**Corral. — Trascorral. — Chiquero. — Corral de lienzos. — Corral de alambre. — El rodeo. — Los temporales. — Ovejas á campo ó encerradas. — Perros. — Capones, guachos.**

Cada puesto debe naturalmente tener su *corral*, *trascorral y chiqueros* bien arreglados, con toda comodidad para trabajar la majada y curarla de la sarna, hacer los apartes, etc. Para que quede holgada la majada una vez encerrada y echada en el corral, es preciso que cada oveja tenga en término medio un metro y medio cuadrado poco más ó menos, pero siempre es mucho mejor hacer el corral grande; se ensucian así menos las ovejas y están más á gusto. Es preciso buscar, para poner el corral, un sitio alto, y, si es posible, un poco en el declive para que el agua no se estanque en él y se seque rápidamente.

Los mejores corrales son, sin duda, aquellos hechos con lienzos de madera. Los lienzos se pueden hacer con tres listones de cinco pulgadas y tres travesaños, ó con cuatro listones de cuatro pulgadas. Estos últimos cuestan un poco más, pero son más ventajosos, porque los corderos no pueden pasar entre los listones, siendo éstos acomodados con el cuidado de poner un poco cerca los listones de abajo. Las ovejas Lincoln necesitan corrales mucho más altos que las Rambouillet, pues saltan con facilidad.

Es preciso remachar con atención los clavos, al con-

feccionar los lienzos para que las ovejas no se lastimen. Los listones teniendo poco más ó menos cinco metros de largo, se clavan, en cada punta de los lienzos y en el medio, palos de ñandubay para sostenerlos. Estacones reforzados son suficientes para ese destino y se atan en ellos los lienzos, agarrando el listón del medio y el palo con un alambre grueso, cuyas puntas se hacen enganchar con las tenazas estirándolas con fuerza: es preciso doblar bien estas puntas para evitar que se lastime algún animal al refregarse.

Las puertas de los corrales y chiqueros se deben hacer corredizas, todas, entre dos palos, lo que facilita sobremanera el abrir y cerrar.

***

Hay otra clase de corral para ovejas que también presenta gran ventaja, la de una economía de consideración sobre el corral de lienzos.

Queremos hablar de los *corrales de alambre*. La diferencia de precio entre los dos es grande y la duración del corral de alambre, si está bien cuidado es también superior á la duración del de madera. Lo que sí, el corral de madera se puede mudar de un lugar para otro con mucho más facilidad y mucho menos desmérito; presenta también más reparo para las ovejas, aunque se puede remediar esto en el corral de alambre haciéndole un quenche de duraznillo ó de alguna otra planta.

En fin, puede cada uno, según las circunstancias, elegir tal ó cual de los dos sistemas de corrales, sin gran inconveniente, quedando en favor del de alambre la ventaja del menor gasto.

El corral de alambre se debe hacer como el alambrado

descripto anteriormente, pero sin alambre de púa. Es preciso tenerlo siempre bien estirado para que no tomen la costumbre las ovejas y los corderos de salir por entre los alambres.

Pero, cualquiera que sea el sistema de corral que se emplee. es preciso siempre, para la comodidad del trabajo, que los trascorrales y chiqueros sean de madera. Allí, pues, las ovejas hacen fuerza y á cada rato aflojarían los alambres.

Es indispensable poner en los lienzos de los trascorrales y chiqueros un listoncito suplementario entre los dos de abajo, para evitar que en una señalada, por ejemplo, salgan los corderos orejanos.

Se llama *trascorral* un brete largo ó cuadrado, en el cual se encierra la punta de ovejas que se va á trabajar.

El *chiquero* es un apéndice del trascorral, con una puertita que lo hace comunicar con el trascorral para poder encerrar en él fácilmente las ovejas que se quieran apartar.

Damos aquí (fig. Nº 16) un modelo de corral para ovejas con sus bretes, trascorrales y chiqueros, que hará comprender al lector más que largas explicaciones, cómo se puede disponer para facilitar toda clase de trabajos.

Supóngase, por ejemplo, que tenemos que apartar la caponada de varias majadas. Por $A^1$ y $A^2$ hacemos entrar del campo dos majadas. Primero se trabajará la majada que está en $H^1$. Se echa por la manga D en los bretes E E E donde entra por las puertas J J J. Para facilitar la entrada, se encierran en G algunas ovejas para señuelo. Se apartan los capones que están en $E^1$ y se ponen en F. Apartados los de $E^1$, se sueltan por la puerta $b^1$ el resto de los animales que quedan en ese brete, en el depósito $I^1$, y se pasan las ovejas de $E^2$ en $E^1$ para seguir el trabajo.

Una vez lleno el trascorral F se hacen pasar los capones por $b^2$ al depósito $I^2$.

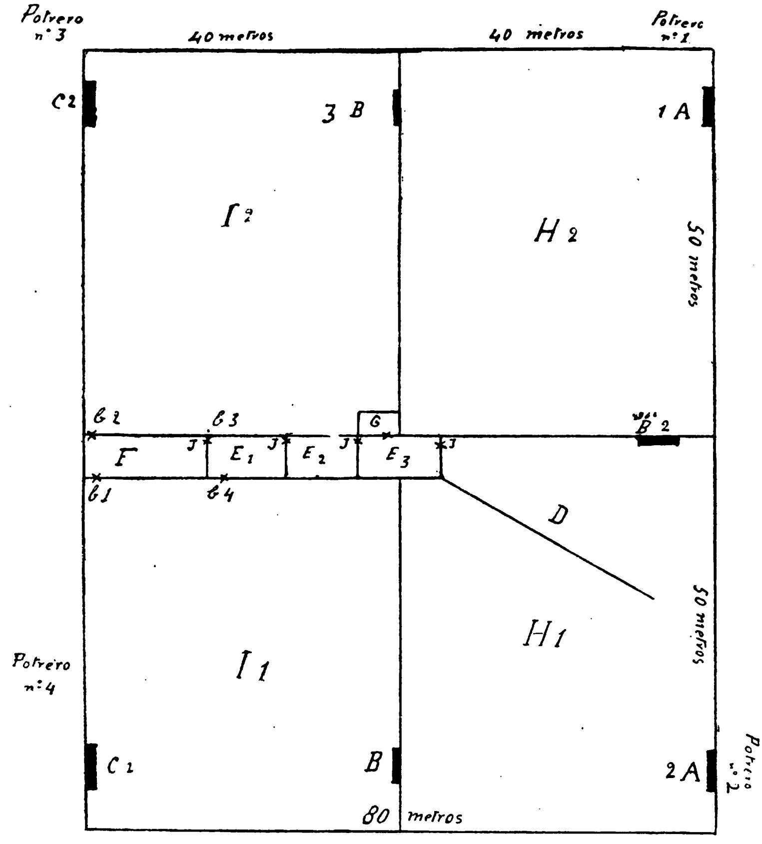



**Fig. 16.** — Corrales y Trascorrales para ovejas

Cuando están en los bretes las últimas ovejas de $H^1$, se hace pasar en $H^1$ por la puerta $B^2$, la majada que espera en $H^2$.

Así se tiene disponible $H^2$ para encerrar los capones de la majada que se acaba de trabajar y que están en $I^2$, si es

que no los quieren mixturar con los que se apartan de la majada $H^2$.

Una vez acabado el trabajo de la primera majada que queda en $I^1$, se suelta al campo por la puerta $C^1$.

Como se ve por el plano, este corral se puede poner en el mismo centro de cuatro potreros (ó más, agregando más puertas de entrada) y puede servir para trabajar con la mayor facilidad y sin interrumpir el trabajo, varias majadas.

Se puede agregar ese mismo corral á la instalación del bañadero y de los galpones de esquila, agregándole los bretes y depósitos de encierro necesarios.

Como todos los modelos que indicamos en esta obra, es susceptible de mil modificaciones, y seguramente de muchos perfeccionamientos que quedan pendientes de la ingeniosidad y de los recursos de cada uno.

Para contar las ovejas se pone en la puerta un palo como á cuarenta ó cincuenta centímetros del que sostiene el lienzo de abrir y cerrar, formando así una portezuela por donde tienen á la fuerza las ovejas que salir de á una.

***

Es bueno evitar en tiempo húmedo dejar dormir ovejas en los trascorrales; quedando desocupados, se secan más pronto después de un aguacero y siempre así están listos para cualquier trabajo que se ofrezca; sin embargo, cuando ha llovido mucho y que durante algunas noches no se ha podido encerrar las ovejas en el corral, es bueno hacer entrar un rato por la mañana la majada para que pisotee un poco el barro; así se orea más ligero, porque lo puede penetrar más el viento.

Para que un corral de ovejas esté completo, es preciso

garantirlo contra los vientos fríos del S., S.E. y S.O. Uno de los mejores reparos para este fin es una hilera de sauco, bien tupido. Es una planta que no precisa mucho cuidado, crece ligero, conserva la hoja todo el año, continuamente brota de abajo, de modo que nunca llega á ser un tronco pelado y la oveja muy poco daño le hace, pues no le gusta el olor peculiar de dicha planta.

***

Delante del corral ó á un costado, queda el *rodeo* para echar la majada en noches de lluvia ó cuando hay demasiado barro en el corral para encerrar las ovejas. El rodeo encerrado es de mucho preferible, pero es preciso que sea bastante grande y viene entonces, en realidad, á ser un potrerito. Sería muy costoso hacerlo así en todos los puestos y lo mejor es que los puesteros acostumbren sus majadas á quedar firmes en el rodeo, con cualquier tiempo que haga, que haya luna ó que esté la noche obscura. Con poco trabajo se enseña una majada á quedar en el rodeo; pero como en todo lo que consiste en enseñar algo á los animales, es preciso constancia y paciencia; también es bueno elegir la estación para enseñar así una majada, pues en verano, como los días son largos y que las ovejas vuelven muy llenas á dormir, siendo muy cortas las noches, no hacen fuerza para salir del rodeo y pronto se acostumbran.

Si está amenazando algún temporal, no hay más remedio que encerrar la majada en el corral y asegurar bien la puerta. Más vale que se mueran algunas en el barro que perder toda la majada y quizás no volver á encontrarla sino ahogada en algún arroyo.

Lo mismo, durante la esquila, es indispensable encerrar las ovejas recién esquiladas; el menor vientito, el menor

aguacero las arrea lejos, y es muy expuesto perder así una punta de ovejas.

***

Aquí encuentra su lugar la cuestión: ¿es bueno, sí ó no, encerrar siempre las ovejas? Teóricamente, no hay duda que es mucho mejor dejarlas dormir donde las encuentre la noche, y por nuestra parte, en un campo alambrado y donde la hacienda está perfectamente segura, creemos de gran provecho, bajo todo concepto, dejar siempre las majadas fuera, menos en el caso de gran temporal, pues entonces no hay cosa mejor que el corral, donde se hacen reparo unas á otras las ovejas, mientras que, cuando empiezan á disparar en el campo, todo animal atrasado se muere, sobre todo los recién esquilados.

El dejar las ovejas dormir á campo, presenta la gran ventaja de abonar el terreno, de dejar crecer la lana mucho más, de tenerla de una limpieza completa, en fin, de dar poco lugar á la invasión de la sarna ó de cualquier otra enfermedad contagiosa; pero presenta también el grandísimo inconveniente de exponerse á perder una punta de ovejas, ó por lo menos á tener continuas mixturas si hay vecinos muy cercanos. Por consiguiente, no se puede dar regla fija sobre ese punto; pues aunque conociendo lo que conviene mejor para la oveja, es preciso pesar y considerar las circunstancias especiales en que se encuentra cada uno para obrar en consecuencia.

***

Naturalmente, en el establecimiento principal es preciso tener á lo menos dos corrales grandes y dos potreritos, que puedan servir de rodeos cerrados. En efecto, durante la

esquila ó mientras se bañan las ovejas, hay en la estancia un movimiento continuo de majadas que vienen ó se van, y que es preciso encerrar de modo muy seguro en corrales distintos.

Durante esos trabajos prestan grandes servicios las estacas de lapacho que hemos recomendado en el capítulo I, párrafo 3°. A cada rato sucede que para facilitar un trabajo, se ofrece mudar un lienzo ó aumentar otro; con estas estacas, el trabajo está hecho en un momento, y cuando se acabó la esquila ó el baño, en media hora no queda ni vestigio de los chiqueros y bretes que ya no se precisan y podrían estorbar.

***

El trabajo de echar las ovejas del corral al trascorral, es en general muy fastidioso, y hay ocasiones en las cuales se hace hasta penoso, por ejemplo, en tiempo de esquila, á la siesta, cuando las ovejas, medio dormidas y azonzadas por el calor, se empacan, remolinean, se vuelven, asustándose por algún esquilador que esté afilando las tijeras, ó por el aspecto del galpón, al cual no están acostumbradas, ó nada más que porque no quieren entrar.

Muchas veces se acaban por enojar los trabajadores, pierden la paciencia,—hay ocasiones que casi hay que perdonárselo,—y empiezan á llover los golpes, y sucede que algunas ovejas salen estropeadas, á lo menos, muy golpeadas.

De varios modos se puede, si no evitar, á lo menos aminorar mucho tanto trabajo. El sistema de manga y de bretes de la figura número 16, facilita muchísimo el encerrar. Se debe andar siempre con un arriador; las ovejas no tienen miedo al hombre que las sigue con las manos vacías, mientras disparan delante del látigo, aunque no se

les pegue con él. En fin, tratar siempre de cortar de la majada nada más que la punta de ovejas, poco más ó menos, que pueda caber en los trascorrales y llevarlas ligero y asustándolas hasta la manga; una vez allí, ya no pueden volver.

Tener un perrito bueno y bien enseñado es también un gran alivio. Damos en la fig. 17 el retrato de un perro ovejero de buena raza especial. Lo mismo que criar dos ó tres caponcitos *guachos*, hacerlos muy mansos á fuerza



**Fig. 17.** — Perro ovejero

de maíz y de caricias, y cuando tienen ya poco más ó menos un año, empezar á acostumbrarlos con maíz... y palo, á entrar y á salir del trascorral disparando al grito. Se les pone un cencerrito y pronto se tienen unos señueleros que saben trabajar con perfección.

## CAPÍTULO IV

### COMPRA Y ARREO

Las compras.—Compras buenas y pichinchas.—Compra á sacar de la pata.—Compra al corte.—Arreo de ovejas.—Orden de marcha.—Pasos de los arroyos.—Peligros de viaje.—Romerillo.—El agua.—El chucho.—Tropas de capones.

Para conseguir buen éxito en la cría de ganados, es preciso cuidar con esmero, pero la primera condición sin la cual el cuidado, por bueno que sea, no produce sino decepciones amargas, es *saber comprar*.

No queremos aconsejar á nuestros lectores de buscar lo que vulgarmente saben llamar *pichinchas*, pues son esas ocasiones escasas, que no llegan al que las busca y vienen á buscar al que ni piensa en ellas: hablamos solamente de los negocios comunes, corrientes, de estos que cada uno puede y tiene que hacer á cada momento.

De una compra bien ó mal hecha puede depender el buen ó mal éxito, durante varios años, de un negocio de hacienda destinada á cría. Los que recién empiezan á trabajar en el campo, son naturalmente víctimas designadas por la suerte, para tomar á su cargo, previo pago de excelentes pesos, las haciendas desechas que pueden poseer sus vecinos, y queremos tratar de protegerlos en la medida de nuestras fuerzas, indicándoles, si no todos, al menos algunos medios de defenderse contra las tentativas que tendrán seguramente que rechazar.

***

Cuando un hacendado tiene una hacienda con algún defecto que se pueda disimular, busca, como es natural, los medios de deshacerse de ella en las mejores condiciones que le sea posible encontrar.

Por ejemplo, si tiene varias majadas, saca de ellas todas las ovejas viejas, los animales ordinarios, etc., los junta y vende el lote, ponderándolo como inmejorable, pues son todos animales grandes, ovejas de vientre, etc.

Que esté apestada una majada de sobeipé, durante varios meses no se puede conocer, pues se conserva gorda, y lo aprovecha el dueño para cambiarla por plata. ¡Desgraciado del que la compró! Empiezan á morir las ovejas, no tiene parición el primer año, la lana pesa poco y es de mala calidad y tendrá que trabajar dos á tres años, nada más que para restablecer el capital primitivo.

Los medios para evitar los engaños no son muchos, y es preciso abrir bien los ojos, durante un rato, para impedir que después se le llenen de lágrimas.

Primero es bueno, —pero únicamente á título de indicación —hacer conversar los vecinos; nada más fácil en el campo, y es medio casi infalible de conocer los defectos de una majada que se quiere comprar, y, muchas veces, los que no tiene; pues los vecinos generalmente no están dispuestos á contar glorias uno de otro, más bien, al contrario. No indicamos este medio, sino como un preliminario de la entrada en campaña, pero teniendo ya algunas indicaciones de lo que se va á ver, se puede proceder con más acierto en el estudio profundizado del negocio.

Se entra después á revisar la majada.

Es siempre mucho mejor verla en el campo, primero, después en el corral. En el campo se da uno cuenta del estado general de la majada, se ven mejor las mancas y rengas que puede haber, la culata queda bien toda junta y

facilita así el cálculo de la proporción por la cual entra en la majada; se ve de una ojeada el número aproximativo de capones que puede haber, la proporción de corderos y el estado y cantidad de borregaje.

En el corral se puede decir que se ven los animales más individualmente, y es necesario agarrar unas cuantas ovejas para ver la calidad de la lana.

En regla general, es preciso fijarse con preferencia en el borregaje de una majada que se quiere comprar. Si el borregaje es grande, sano, fuerte, gordo y numeroso, el negocio es bueno. Si no hay borregas ó si hay muy pocas, desconfiar y revisar en el corral muchas ovejas para conocerles la edad por el examen de la dentadura, y sacar la proporción de animales viejos que puedan entrar en la majada. También diremos que si en la majada guarda pro porción con las demás cada clase de individuos, ovejas, borregas y capones, es más que probable que no hay ningún fraude.

***

Fijarse bien si son de muchas señales las ovejas ó de una sola, si no hay muchas que hayan sido ya contraseñaladas. En los dos casos de varias señales en la majada ó de muchas ovejas contraseñaladas, aunque sea antigua la contraseñalada, desconfiar otra vez y revisar bien la edad de los animales.

Si la majada es de una sola señal y que se conozca que la señal es bien pareja en todos los animales, hay probabilidades para que sea buena la compra. Asimismo no evitarán siempre de ser engañados y lo mejor, cuando se puede, es comprar majadas conocidas.

***

Por lo que es del sobeipé, como es una enfermedad peculiar á ciertos parajes, y desconocida en muchas partes, es bueno, cuando se compran ovejas en parajes infestados, hacer carnear un animal ó dos y mirarle bien el hígado. Además de esto, se conoce la enfermedad en que las ovejas atacadas tienen el ojo muy blanco y el interior de la boca muy pálido.

***

A pesar de todas las precauciones que se puedan tomar, es fácil equivocarse y es bueno hacer constar en el certificado de venta que el comprador garante que la majada está sana.

Hay dos modos de ventas de ovejas. Se venden, por ejemplo, *al corte (todo lo que camina* ó los *corderos* de tal ó cual edad *por muertos; libre de mancas y entecadas; con* ó *sin carneros),* ó *á sacar de la pata.*

¿Cuál es el modo más ventajoso? Es una cuestión á la cual de ningún modo se puede contestar, aunque operando en un número muy reducido de animales, la compra á sacar de la pata, nos parece la mejor, siendo el precio razonable.

***

La ventas á sacar de la pata se hacen generalmente fijando de antemano el número de animales á sacar y el número de cabezas de que consta la majada de la cual se deben sacar.

Es preciso, por consiguiente, que el comprador, al encerrar la primera trascorralada de ovejas, mire bien antes de trabajarla cuántas puntas son las que quedaron, para que pueda sacar de esta primera punta un número de ovejas proporcionada á la cantidad encerrada, calculando

que en las primeras chiqueradas siempre salen en mayor cantidad los mejores animales que en las demás, y que, por consiguiente, de ella es que debe sacar más que de ninguna.

***

Si se ha comprado *al corte*, parte de una majada, la operación delicada es el corte.

Lo tiene que hacer á su gusto el comprador ó la persona que él designe, pero el vendedor, para que sus intereses no sean perjudicados, debe previamente hacer remolinear y mezclarse lo más completamente posible toda la majada.

Antes que se haya sosegado del todo la majada, la persona que debe hacer el corte entra en ella al trotecito, indicando á los que lo siguen y que entran, uno detrás de otro, en el corte hecho, cuál es la punta que va á sacar. Es preciso tratar de cortar aproximadamente el número de ovejas que se deben recibir, y cortar siempre más bien algunas más que menos, para no tener que volver á cortar una puntita insignificante.

Una vez separada la punta comprada, se arrea despacio hacia el corral, sin alborotar las ovejas por muchos gritos, y poniéndose los jinetes un poco retirados de la hacienda para poder sujetar más fácilmente las ovejas que se quieran volver. Poniéndose muy cerca, vienen ciegas, enderezan entre los caballos y se van á mixturar otra vez con el resto de la majada. Es bueno que siempre queden dos hombres con la punta que queda en el campo para evitar que, al balido de las que acaban de cortar, se disparen.

El comprador debe traer consigo bastante gente para poder asegurar con ella sola el corte, una vez hecho. Pues si este corte le ha salido bueno, como debe tratar de que

le salga, ya que es él quien lo hace, lo debe tratar de conservar intacto; y si va solo ó con poca gente de su confianza, no tienen más, el vendedor y sus peones que dejar volver una oveja para que se le vuelvan todas y que tenga que hacer otro corte que quizá no le salga ya tan bueno.

Cuando no es corte de venta, sino de repartición de sociedad, nuestra opinión es que no debe ninguno de los interesados hacerlo, pero sí, más bien, nombrar á una persona imparcial y de su mutua confianza para cortar.

Una vez en el corral, la punta cortada se revisa en el trascorral, apartándose con mucho cuidado todo animal que no lleve señal ó alguna de las señales apuntadas en el certificado otorgado por el vendedor, aunque afirme éste que le pertenece. También se apartan, si es condición de la venta, las mancas ó entecadas, ó los capones, ó cualquier animal que se haya reservado el dueño por algún trato especial.

Después se cuentan las ovejas de cada chiquerada, ó todo lo que camina, ó dejando pasar los orejanos, si es así el trato; á cada cien se cierra el paso á las ovejas, y se tarja, cantando cuántas ovejas van pasando de las cien. Para evitar toda discusión deben contar el comprador, el vendedor, y una persona de confianza, imparcial é inteligente, cuyo fallo debe decidir en discordia.

Generalmente, cada majada tiene su dotación de *carneros* y se venden ésos juntos con las ovejas y al mismo precio. Si están aparte, el número que, al tratar, debe exigir el comprador, y que es un mínimum, será de uno por ciento, á nuestro parecer.

La mayor parte de las transacciones en ovejas de cría se hacen después de la esquila, lo mismo que todas las

migraciones de majadas de los campos de adentro á los de afuera, que cada año se van poblando más y más.

***

El invierno no es, en efecto, estación conveniente para el *arreo* de ovejas, y fuera de las tropas especiales de capones, de las cuales hablaremos luego, sería exponerse á pérdidas casi seguras; no debe mudarse á campo lejano majada en ese tiempo, es decir, pasando el mes de Abril.

Siendo la mudanza á campo cercano, no merece tampoco detalles especiales una operación tan sencilla; lo único, pues, que pueda precisar algunas explicaciones, es el arreo de ovejas á grandes distancias y en tiempo de verano.

Todo arreo de ovejas de cría debe estar acompañado de un carro, para alzar los corderos ó borregos que se cansen, los cueros de los animales que se mueran ó se carneen, y todas las provisiones que precisen llevar los peones para el viaje.

Antes de ponerse en marcha, es preciso *marcar* en el anca todas las ovejas, para evitar de perderlas, ó parte de ellas, en caso de mixtura, por el camino, con alguna majada que lleve la misma señal ó una de las señales de las ovejas que se van arreando.

Ese trabajo se hace con mucha facilidad, haciendo con un lienzo puesto á una vara del costado del chiquero, un caminito por el cual pasan, dos por dos, las ovejas entre los trabajadores, que, parados á los dos lados, no tienen más que pegarles la marca con un fondo de botella mojada en alquitrán.

Para que no se les pierda esta marca, se hace primero derretir sebo y se mezcla en partes iguales con el alquitrán;

á los seis meses, se les conoce todavía. Si son varias majadas, las que van á arrear juntas, á una se le puede marcar como acabamos de decir, á otras con pintura colorada, á otras todavía, empleando una marca de fuego en vez de la botella, ó pegándoles con esa dos veces á cada una.

Es excelente, pudiéndolo hacer, ponerse en marcha con el cuarto creciente de la luna, porque así se puede, si hace mucha calor, aprovechar para caminar algunas horas de la noche. Las ovejas en verano, caminan doble más, y saliendo con el cuarto creciente, se puede aprovechar como diez ó doce noches de bastante luz.

Es una gran suerte para el que tiene que arrear ovejas, que vengan antes de la salida unos cuantos buenos aguaceros, que llenen las lagunas por el camino; pues, de otro modo, tendrá quizás que dar muchas vueltas para buscar aguadas ó seguir algún arroyo, pues no se encuentran siempre jagüeles suficientes en verano, ni pagando, para un gran número de ovejas.

Es preciso acordarse también que antes de ponerse en marcha debe el capataz de la tropa tener en regla la *guia* (art. 86 á 98 del Cód. Rural). El primer día no debe pasar el arreo de dos ó tres leguas; las ovejas se van así acostumbrando poco á poco á caminar y extrañan menos el brusco cambio en su modo de vivir.

De ningún modo, ovejas de cría deben caminar más de cinco leguas por día y esto es mucho, sobre todo si debe ser largo el viaje. En verano, se debe empezar la marcha á la madrugada, para poder parar antes que esté la calor en su fuerza y para que así las ovejas puedan comer á su gusto antes de rodearse para la siesta; siempre hay que tratar de hacer la *parada* cerca de una aguada, pero sin dejar tomar agua á la hacienda sino después

que haya comido algo y descansado. Después de la siesta otro tironcito, y otra parada.

El capataz de un arreo de ovejas de cría no se debe acordar de llegar tal ó cual día, sino de tener toda la paciencia que requiere el estado de su hacienda, para entregarla toda y sana.

***

El *orden de marcha* no es indiferente á la buena llegada de una majada. Cortando campo, si las ovejas no son muchas, que se quiera ir muy despacio, y dejándolas comer caminando, se puede arrear la majada en un solo trozo, pero generalmente es preferible hacerlas caminar seguido y dejarlas comer cuando es tiempo; por eso, dos peones cortan y llevan por delante una puntita de las ovejas más caminadoras y livianas: las de atrás, al verlas caminar las vienen siguiendo, y tratan de alcanzarlas. Cada una, por supuesto, anda según sus fuerzas, y así se van desgranando en una extensión considerable en hileras delgadas, hasta la culata, las flacas, rengas y mancas, que son las únicas que marchando de este modo, dan trabajo.

Este modo de caminar tiene la gran ventaja que las ovejas caminan holgadas, sin pisarse, sin refregarse una con otra, y cada una según lo que puede. Es preciso que los peones delanteros no apuren de ninguna manera la puntita que llevan, contentándose con no dejarla alcanzar del todo por las ovejas que siguen, y que los de la culata tengan una paciencia á toda prueba.

***

Los *arroyos* son generalmente muy trabajosos para cruzarlos con una majada.

De todos los sistemas que hemos visto emplear, el mejor ha sido siempre de cortar de la majada, entre todos los peones, á pie, una puntita corta de ovejas, que se llevan bien encerradas como en un corral humano, hasta la orilla del arroyo; se van arrimando al agua poco á poco, sin un grito, sin un golpe, sin una palabra siquiera, pero sin dejar volver ninguna.

Poco á poco entran en la corriente, los hombres entran con ellas, siempre en fila cerrada, siempre en silencio; muy pronto se deciden á pasar. Se pasan así, tres ó cuatro puntas, cada vez con más facilidad, pues ya empiezan á ver á las compañeras en la otra orilla, y pronto se puede traer toda la majada que á su vez endereza, sin necesidad de gritos y sin más trabajo que la mojadurita de los primeros momentos.

***

Hay, para las majadas que se llevan á los campos de afuera, ciertos *peligros que evitar* con mucho cuidado. El *romerillo* es uno de ellos y quizás el más grave.

Es un pasto venenoso que crece en los campos altos de pasto duro y que puede causar mortandad de consideración entre los animales que no están acostumbrados á él y que, llegando hambrientos donde hay mucho, lo comen en gran cantidad. No debe ser un veneno muy fuerte, pues siempre lo comen un poco las haciendas que viven en campos en que se hallan y no por eso se mueren, pero presenta verdadero peligro en estas circunstancias especiales de estar los animales hambrientos y de no conocerlo.

El medio preventivo que indican los hombres de campo es de hacer respirar á la hacienda el humo de una fogata de romerillo. Puede ser bueno. Lo hemos personalmente puesto en práctica una vez y no hemos perdido animales:

pero otra vez, en las mismas circunstancias no lo hemos hecho, y tampoco se nos han muerto las ovejas: de todos modos es por demás inofensivo y cuesta poco.

Lo mejor es tener mucha atención en la parada. Cuando llega la hora de parar, debe mandar el capataz á uno de los peones adelante para averiguar bien dónde queda mejor para dejar comer y dormir las ovejas.

***

Otro peligro, y gravísimo, es el de dejar la majada, en estado de fatiga, tomar agua en arroyos correntosos; pero ese peligro se evita por solo saber arrear ovejas, porque nunca deben estar en estado de fatiga.

***

Por lo que es del *chucho*, confesamos humildemente que nunca lo hemos visto, y que, á pesar de pedir á gritos á todos los que nos han hablado de él enseñárnoslo, nunca lo hemos podido conseguir.

No nos atrevemos, sin embargo, á negar que exista; una vez, hasta hemos creído que toda una majada, recién llegada en campos desconocidos todavía de nosotros, se nos iba á morir, y que no podía ser por otra cosa que por el chucho. Se revolcaban,—no algunas,—todas las ovejas, (eran como dos mil quinientas), disparaban, saltaban, estaban en una palabra como locas, y unas cuarenta se murieron pero únicamente de los golpes que se dieron, pues tenían la carne machucada. El día siguiente, estaban compuestas las ovejas y había cesado la mortandad. El hecho pasaba en otoño, en el partido de Olavarría, en un tiempo en que aquellos campos no estaban casi poblados y queda-

ban por la ausencia de la hacienda, cubiertos en los valles de las sierras, de un abundante y riquísimo pasto, lujuriante vegetación entonces en plena florescencia.

Esto nos hizo acordar que habíamos visto en Europa, en la primavera, venados completamente ébrios, á no dudarlo, y supusimos que estábamos en presencia de una embriaguez igual, causada en las ovejas por la misma abundancia de estas flores á las cuales no estaban acostumbradas y que, llegando hambrientas, habían comido con avidez. La flor que más abundaba entonces era la de la rama negra que llenaba la atmósfera de una fragancia penetrante.

El año siguiente, en la misma estación, llevamos al mismo campo ovejas de la misma procedencia; pero llenos de esa idea que únicamente la abundancia de flores había causado nuestro susto del año anterior, encerramos las ovejas después de haberlas dejado comer un momento y las fuimos así, soltando á ratos y encerrando, acostumbrándolas poco á poco. Ni una se murió, ni siquiera se enfermó.

Algún tiempo después, pero ya con la estación más adelantada y sin flores en el campo, otra remesa de ovejas, sin precaución alguna, se quedaron muy sanas desde el primer día. Si, realmente, el chucho fuese causado por una planta venenosa, común según dicen, en ciertos parajes y especialmente en esos campos de sierras, las que vinieron después á parar en el mismo campo hubieran debido experimentar los mismos síntomas; pero en realidad es causado por plantas que no son venenosas y solamente excitantes y el tal chucho no es más que ebriedad.

***

Es raro que las majadas llevadas de campos de pasto tierno á campos de pasto fuerte no extrañen algo, primero

con el viaje, después con el cambio de manutención, pero esto no se puede remediar sino con modos de cuidar distintos de los que se conocen en campos de pasto tierno, lo que estudiaremos más adelante.

Por lo que es de las *tropas de capones*, el modo de andar es algo distinto. Se puede caminar algo más, parándose á menudo y adelantando por tiraditas, pero siempre es preferible buscar la vía férrea más cercana y mandar por ella la tropa. Puede costar algo más el flete que la conducción, pero la diferencia de merma en la gordura es más que suficiente compensación, sin contar que los riegos de pérdida son mucho menores.

# CAPÍTULO V

## CUIDADO GENERAL DE UNA MAJADA

**Producto de la oveja con poco trabajo. — Aumento de este producto con el trabajo. -- Número de ovejas en cada campo. — El pastoreo. — Cuidar bien. — Dumbas. — Mixturas. — Apartes. — Escasez de agua.—Pozos, jagüeles, cigoñal, bebederos. — Preceptos generales. — Salida del corral. — El sol. - La siesta. — El temporal. — Galpones y reparos. — Montes.**

Producir mucho, con poco gasto, parece ser bien fácil al estanciero, por las condiciones de que le ha rodeado la Naturaleza poniendo á su disposición un clima como hay pocos, una extensión incalculable de tierra fértil, pastos riquísimos, el agua casi á la superficie del suelo, de modo que, con sólo extender la mano, la puede llenar de riquezas; gran diferencia con los climas fríos, por ejemplo, los del Norte de Europa, donde no se puede tener ningún ani-

mal á campo durante el invierno, donde todo el verano tiene que trabajar el hombre para llenar sus graneros de provisiones y de pasto para mantener en la estancia rigurosa todos los animales domésticos que posee! Pero muchas veces la misma facilidad de dejarse vivir casi sin trabajo, hace que el hombre desprecie y desperdicie los favores de la Naturaleza.

Es cosa probada que justamente es en los países peor dotados que se empeña más el hombre en crear lo que le ha negado la Naturaleza y en mejorar lo poco que le ha dado. Por los resultados que, con escasos elementos, alcanza en comarcas desfavorecidas, se puede suputar lo que conseguirá el hombre en países como éste, juntando su industria y su trabajo con los dones naturales y sacudiendo virilmente una indolencia que, si bien es hasta cierto punto perdonable, no deja de ser sumamente perjudicial.

***

La fuente más inagotable de recursos que tiene el habitante de la campaña, es la oveja. La oveja da, casi sin trabajo, lo que ningún empleo de capital; pero si da mucho, sin trabajo, da mucho más y con mucha más seguridad cuando se la atiende como es debido, y lo más fácil es aquí atender una majada. No se precisa más que un poco de paciencia y de constancia, y aplicar algunas reglas bien sencillas que apuntamos en este libro, para obrar según las leyes zootécnicas, las cuales ordenan seguir en cada país el modo de criar que á cada país mejor conviene.

***

Lo primero que tiene que ver el criador de ovejas es qué

número de ovejas puede soportar cada uno de sus puestos. Según el campo, debe ser la cantidad de hacienda.

Pero hay un *máximum* y un *mínimum*, fuera de los cuales no puede convenir colocarse. Si una majada es demasiado grande para la extensión y calidad del campo que ocupa, no solamente no puede aumentar nunca, sino que sufrirá, se apestará y mermará hasta ponerse por sí misma en el punto que la hubiera debido conservar el dueño. Si es demasiado chica, no dará suficiente producto para la manutención del puestero, ni la lana alcanzará á compensar su trabajo.

También, según la extensión y calidad del campo, debe ser el cuidado. En cualquier circunstancia, sin embargo, el único modo de cuidar verdaderamente bien, es el *pastoreo*, es decir, el cuidado asiduo y constante de las ovejas mientras pacen. En los campos de pasto tierno, como las majadas y los puestos están muy encima uno de otro, si no se pastorean las ovejas, las mixturas son frecuentes, y toda mixtura cuesta: se aguachan corderos, se estropean animales en el aparte, siempre se quedan perdidos algunos otros, y si el vecino tiene la majada sarnosa, es inevitable el contagio.

En los campos de pasto fuerte, el pastoreo, que no es más que necesario en los de pasto tierno, se vuelve allí indispensable; de otro modo, en un abrir y cerrar los ojos, se corta entre las pajas alguna punta de ovejas ó se queda algún cordero dormido y no se le ve y queda perdido; como las majadas se tienen que extender enormemente y caminar mucho para encontrar qué comer á su gusto, el que no vigila con la mayor atención y todo el día, puede contar seguro que pronto le faltarán ovejas.

Tenemos que notar que, en el cuidado de una majada,

en lo que corresponde al cuidado en el campo, los extremos se deben evitar.

***

*Cuidar bien* una majada, no es, como lo piensan en general los extranjeros que recién llegan al campo, tenerla bajo una vigilancia tan estrecha, que no pueda comer á gusto, ni impedir siempre que vaya adonde quiere ir. Los que así cuidan no pierden ovejas, es cierto, pero tienen la majada como rodeada y en pocos días la arruinan.

Cuidar bien no es tampoco vigilar siempre la majada desde la cocina y contentarse con repuntarla, cuando hay algún peligro de mixtura, á todo galope; unos se toman demasiado trabajo, los otros demasiado poco.

Se puede definir el buen cuidado de una majada: dejarla tranquila cuando está comiendo donde debe comer, y vigilar que siempre siga comiendo tranquila, donde debe comer,— lo que se puede conseguir sin moverla sensiblemente con sólo estar con ella.

Es muy necesario siempre tener en la majada uno ó dos de esos cencerros que llaman *dumbas*, y que se oyen de lejos en el campo; siempre en toda majada hay algunos animales muy punteros, muy caminadores, y como no son éstos los que solamente se pierden, sino también que hacen perder á los demás, son ellos los que deben llevar los cencerros.

También debe el pastor tener unos cuantos *animales conocidos*, diez ó doce, por ejemplo, los negros y overos, que son los más fáciles de contar en el campo en un minuto; á defecto de ellos se buscan algunos animales que tengan alguna particularidad muy visible. Varias veces al día debe el pastor revisar si están todos los animales conocidos

y las dumbas, y al momento de haberse extraviado uno, sin perder tiempo tiene que campear, pues una oveja nunca se pierde sola.

Aunque los animales negros y overos sean muy útiles para conocer cuando faltan ovejas, aconsejaremos que nunca se reserve para ese servicio sino capones, carneando siempre las ovejas que nazcan así antes que echen cría; á menudo una oveja negra tiene cordero blanco, pero muchas veces la hija de ella vuelve á parir negros ú overos.

***

Las *mixturas* es un inconveniente imposible de evitar, no cuidando siempre á pastoreo, y asimismo puede suceder que, en un momento de descuido, por corto que sea, se acerque la majada á otra y que ambas se mixturen

Durante la parición, son más fáciles las mixturas, porque si alguna oveja de una majada vecina ha perdido el cordero y lo anda buscando, se viene al balido, trayendo muchas veces consigo todas sus compañeras; también es cuando son más perjudiciales porque se aguachan corderos.

Durante la esquila, cuando se sueltan al campo las ovejas peladas, éstas están muy dispuestas á disparar, sobre todo si se levanta algún viento fuerte y las mixturas entonces son muy frecuentes. Es preciso tenerlas sujetas unas horas.

Cuando se mixturan dos majadas de puros animales grandes ó siquiera señalados, no es tan grande el perjuicio como puede serlo en tiempo de parición, cuando las dos majadas tienen un gran número de corderos orejanos. El *aparte* entonces se complica mucho y es preciso obrar con mucho tino y mucha paciencia para tratar de salvar, si se puede,

todos los corderos devolviéndolos á las madres. Ni á uno ni á otro vecino le conviene atribuirse cordero que no le pertenezca; de todos modos, no estando con la madre se aguachará y morirá. No hay, pues, allí intereses opuestos en riña, sino un interés común en ayudarse uno á otro y facilitarse mutuamente la tarea, tomando para eso todos los medios más adecuados al propósito que se busca.

Cuando la míxtura es de animales grandes, el que llega primero, de los dos dueños ó pastores, tiene, si es posible, que cortar las dos majadas de modo que la mixtura sea la menor posible y por consiguiente menor es el trabajo y el perjuicio de ambos; pero, como caridad bien entendida empieza por casa, es un derecho, muy bien establecido, del que primero llega, de cortar de tal modo que el vecino tenga que sacar de la pata algunos animales, en su casa, y él, ninguno, si puede, de la casa del vecino. Ese derecho asimismo, no lo tiene siempre: si la mixtura se ha producido en campo del vecino, debe esperar que venga éste á cortar con él... y á retarlo, porque ha hecho mal en dejar su majada invadir campo ajeno, y peor dejándola mixturar en esas condiciones.

Habiendo corderos, si la mixtura es ya cosa hecha, irremediable, lo mejor es dejar algunas horas las majadas juntas, hasta que, viniendo el tiempo de retirarse cada una para su corral, las ovejas busquen ellas mismas la querencia y se corten solas. Siempre han de quedar muchas de una majada en la otra, pero siquiéra, casi todos los corderos se habrán juntado con las madres y no sufrirán hambre.

Se encierra entonces una de las majadas en un corral bien seguro, dejando á rodeo la otra, y teniendo la precaución de levantar un poco la puerta del corral, para que de noche pasen los corderos por abajo para juntarse

con las madres; así, todos los corderos maman. El día siguiente, se procede al aparte.

***

En otros tiempos, cuando en muchas partes no había ni corrales para encerrar las ovejas y que se producía una mixtura de dos majadas paridas, se dejaban juntarse en el campo los corderos con las madres y al momento de ver algún cordero seguir á la madre ó mamar, se enlazaba y se señalaba en el acto. Después de concluído ese trabajo, se apartaban en el corral ovejas y corderos según la señal que llevaban.

Nos parece casi inútil hacer constar el perjuicio que podía causar á una majada semejante trabajo. Hoy no se emplea ya, sino cuando, como suele suceder, se ha pasado á otra majada alguna oveja recién parida, con el cordero. Entonces, lo mejor es señalar de media señal el cordero, al pie de la madre, y dejarlo en la majada del vecino, hasta que haya ocasión de traerla.

En caso de mixtura grande, después de haber hecho, la primera noche, como hemos indicado más arriba, se apartan los animales grandes de las dos majadas, recién á la tarde del día siguiente, y se vuelve á encerrar, como la primera noche, una en el corral, otra en el rodeo, con la puerta levantada para que pasen los corderos. El día siguiente, por la mañana, si, por casualidad, ó porque hay corderos muy chicos que no han podido dar con la puerta, queda balando alguna oveja, pronto se ve el cordero que no ha mamado y se agarra. Si la mixtura tuvo lugar bastante temprano para dar tiempo de apartar antes de ponerse el sol, es más conveniente aprovechar esa oportunidad; si no, hay que esperar al otro día á la tarde;

pero de ningún modo sufren los corderos, pues han estado juntos con las madres, casi todo el tiempo.

***

Una de las causas más frecuentes de mixtura es la escasez de agua. Cuando por una seca prolongada, se van secando las últimas lagunas, las ovejas vienen de lejos disparando para el agua, y á menudo sucede que en la aguada se encuentra otra majada bebiendo y allá se mixturan, antes que el pastor, si está, como todavía tantas veces sucede, tomando mate, haya tenido tiempo ni de desatar el caballo del palenque.

En los campos donde no hay agua, las majadas se deben acostumbrar á beber á hora fija en el jagüel, y en ciertas estaciones cada dos días. Los rumiantes precisan, en proporción del tamaño de su cuerpo, muy poca agua, y son, en general mucho más sufridos para la sed que los demás cuadrúpedos. Teniendo pasto verde, la oveja especialmente casi no pide agua, ó á lo menos, se contenta con muy poca.

Asimismo es de toda necesidad que la tenga siempre á su disposición, si la pide; pero, únicamente cuando aprieta la seca, sea por heladas muy fuertes y muy seguidas ó por los grandes calores del verano, es que hay obligación absoluta de darle agua todos los días.

No es gran trabajo *tirar agua* para una majada, ni se precisa instalación muy complicada. Jagüel ó pozo de balde, poco importa, con tal que el agua sea abundante y limpia y que la instalación, por sencilla que la hagan, esté dispuesta de tal modo que sea fácil el trabajo de tirar agua, y cómodo para que las ovejas la tomen á su

gusto, sin apretarse ni empantanarse; ya hemos dicho lo que se llama jagüel.

También hemos descripto los varios accesorios que sirven para tirar agua del jagüel, baldes sin fondo, mangas, etc., y las bebederas para distribuirla á la hacienda.

Para las ovejas, las bebederas de madera son muy suficientes y con tres ó cuatro de ellas, en muy poco tiempo se da agua á una majada de mil cabezas arriba. Si la majada es poca, ó que no se quiera gastar en la construcción de un jagüel, se puede reemplazar éste por un pozo de balde hondo, instalando en él un *cigoñal* (Fig. nº 18.)

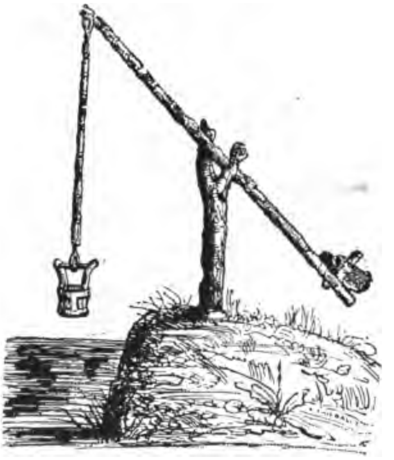


**Fig. 18.** — Cigoñal

Es un medio más primitivo todavía que el jagüel de manga y tiene con él que trabajar un poco más el pastor, pues hay que tirar á mano, pero basta muy bien para algunos centenares de ovejas, y no cuesta más que dos

palos, una caña y una caja vieja de lata que se llena de tierra para contrapeso.

Podrá parecer extraño á algunos que no conocen el campo sino por conversaciones, que tomemos el trabajo de hablar de sistemas tan antiguos y relegados tan lejos hoy por los mil adelantos del progreso. Es que siempre tenemos por delante esta idea que al lado de un capitalista que puede hacer experimentos costosos de todas clases, hay mil trabajadores que no pueden ni deben buscar sino la economía más estricta en sus medios de producción y podrán sacar provecho del uso de muchas cosas despreciadas de otros más afortunados. Además de esto, y como aquí se trata especial y únicamente de las ovejas, diremos que es difícil y hasta inútil establecer un jagüel en cada puesto, mientras un cigoñal se hace en un momento; cuesta poco, y todo puestero lo puede hacer. Agregaremos que el cigoñal, cuyo modelo damos, se usa todavía en muchas partes de Europa, y hasta en las regiones tan ricas y fértiles de Vendée, de Normandía y otras de Francia, en todas partes donde el agua se halla á poca profundidad.

Damos en la fig. 19 un modelo de balde de volcar, de los muchos que existen. Con el cigoñal y la manga de madera ó de hierro, es el sistema más á propósito para un puesto ó un establecimiento pequeño. Cuesta poco, es de fácil colocación y de fácil manejo, dando asimismo bastante agua. Hay baldes de la misma forma, más ó menos, pero que se llenan y se vacían por una válvula colocada en el fondo.

Se debe situar el abrevadero de las ovejas cerca del corral, para que si, al salir, tienen sed, se puedan llenar y no piensen en volver disparando, del campo, á tomar

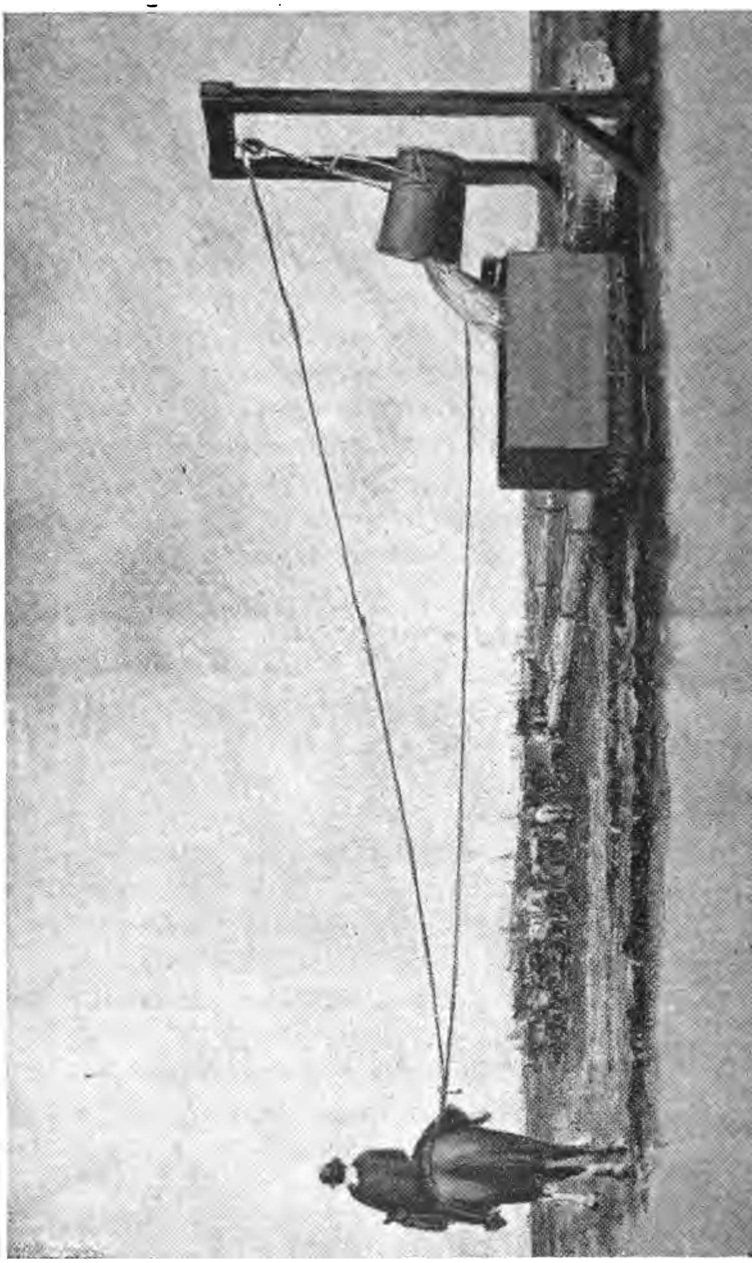


Fig. 19. — Balde de volcar

agua durante el día; así, dan su vuelta acostumbrada y vienen despacio á beber antes de entrar al corral.

***

Hemos dicho ya, y volveremos á repetir, que el producto de las ovejas puede variar entre asombroso y negativo, según el pastor que las cuida. Se precisa mucha paciencia, prestar mucha atención á muchos detalles, mucha asiduidad y constancia para conseguir buen resultado.

Es preciso que el pastor sepa aprovechar el campo que tiene á su disposición, con tino é inteligencia.

Debe reservar siempre el campo alrededor de la habitación, lo más que pueda, para poder tener, en caso de temporal, la majada bajo una estricta vigilancia y no dejarla alejarse.

Si tiene campo anegadizo, es necesario aprovechar los bajos, mientras dure el tiempo seco, para no tener las lomas peladas, cuando llegue alguna creciente que inutilice aquéllos.

En invierno, no debe soltar la majada sino cuando se ha derretido bien la helada, y aprovechar todas las mañanas que, por casualidad, vienen templadas, para dejar que coman las ovejas un poco más temprano.

En la primavera y en el otoño debe esperar, para abrir el corral, que se haya evaporado el rocío; de otro modo, con el pasto mojado y frío, purgan demasiado las ovejas y enflaquecen mucho.

En verano, al contrario, el sol, al salir, nunca debe encontrar las ovejas encerradas. La poca humedad de la noche ablanda algo el pasto, por demás seco entonces, y el fresco de la mañana les permite comer á gusto y llenarse bien, antes que empiece á calentar demasiado el sol.

Durante la siesta, si hay muchos mosquitos ó gegenes y algo de viento, no se debe descuidar, pues es muy fácil entonces que una de las muchas puntas en que se corta la majada, se aleje poco á poco y se vaya á mixturar, algunas veces muy lejos, con otra majada.

En tiempo de temporal, tiene el pastor que dejar encerradas las ovejas en el corral mientras dure el viento con agua, pues afuera, muchas veces, no las puede sujetar, y es cuando empiezan á disparar bajo el viento y también á caer y á morirse. Cuando se ve que el agua merma, las debe soltar para que coman y estar con ellas asiduamente, como un capitán de buque en la cubierta, mientras dure la tempestad; levantar y poner á reparo las ovejas que ve en peligro, tapar con cueros los corderos que están por empalizarse, sujetar la majada y oponer al frío el sentimiento de su deber y de su responsabilidad y el celo para cumplir con él.

***

Algún día vendrá que cada majada tendrá su galpón y cada puesto su monte para abrigar las haciendas en caso de mal tiempo; también sembrarán alfalfa para darles de comer bajo techado cuando venga algún temporal. Pero todavía, á pesar de la excelente prédica que, desde hace muchos años, leemos en las publicaciones que se ocupan de los intereses del campo, y á la cual nos asociamos, pocos son los progresos hechos en este sentido, y á la verdad, es preciso darse cuenta de las dificultades, no seguramente insuperables, pero bastante grandes, que se encuentran en el campo para llevar á cabo cualquier progreso. Se puede calcular que cualquier galponcito hecho como para durar, aunque sea de barro y techo de paja, y

pudiendo contener una majada de mil ovejas, viene á costar casi tanto como las mil ovejas. Muchos pueden tener con qué comprar mil ovejas y no tener con qué comprar á más el galpón.

Bueno, dirán algunos; no tengan más que quinientas ovejas y un galpón, que las salve en un mal tiempo. Es que aquí justamente yace la cuestión. Un galpón es, en general, ineficaz para salvar las ovejas; no hablamos acá de majadas finas que necesitan un cuidado especial, pero sí de las majadas generales, y haciendo esta reserva: que nos basamos únicamente en el estado actual de las cosas y no en lo que podrán traer el tiempo y la mejora continua de nuestros rebaños, que cada día los hace de más producto y más delicados.

Lo que salva las ovejas en un mal tiempo, es el estado de ellas; lo que mata un temporal en una majada bien cuidada, en buen campo y libre de sarna, es tan poca cosa, en general, que nunca se podría llegar á decir que está pagado el galpón antes que el tiempo lo hubiese destruído. Además de esto, no podrá hacer semejante gasto, en vista de lo poco que puede producir, sino el mismo dueño del campo, pues nunca un arrendatario lo podría hacer.

***

Lo mismo diremos de los montes. Únicamente el que ha vivido en el campo, lo que se llama el campo, la Pampa, puede decir lo que cuesta cada planta de cinco años y cuántas plantadas y perdidas representa. Los brazos son escasos y caros; no es nada sembrar almácigos de árboles ó plantar álamos, pero es preciso cuidarlos, carpirlos, regarlos muchas veces y justamente en tiempo de esquila, cuando ni para cosechar la lana se encuentra gente.

También, y más que nadie, somos de opinión que toda estancia debe tener montes, y que todo estanciero debe obligar á los puesteros á que planten un montecito; pero también sabemos que es muy difícil conseguir resultado fuera del establecimiento principal, y como en resumidas cuentas es la majada la que le da, no se le puede exigir al puestero que la descuide para ocuparse de plantaciones. Asimismo, y á pesar de las dificultades que señalamos, pensamos que á lo menos en los campos poblados por los mismos dueños, esas mejoras se pueden hacer con un poco de trabajo y que se deben hacer con el tiempo. Hacen parte de los progresos lucrativos, y por ese motivo somos enteramente partidarios de ellos.

También nos parece muy bueno y fácilmente aplicable en toda estancia, por pobre que sea, la formación de abrigos pequeños en medio del campo, como se usan en otras regiones. Con tener en cada quinientas ó mil hectáreas de campo, y fuera de los mismos puestos, unas cuantas hectáreas bien alambradas y bien plantadas de álamos se proporcionaría á las haciendas de todas especies un reparo que en muchas ocasiones podría salvar gran cantidad de animales.

Unos cuantos montes de tres hectáreas dispuestos y orientados como el del grabado nº. 20 prestarían grandes servicios en un establecimiento, en caso de temporal. Se pueden, naturalmente, hacer más anchos y más largos; pero tienen que ser bien alambrados y bien orientados. La orientación es, al fin, casi la misma que la que hemos aconsejado para las habitaciones, sólo más derecho de S.O. á N.E., porque los montes deben atajar completamente los vientos fuertes y húmedos y no dejarlos deslizar como los edificios.

Al cabo de algunos años, según las especies de árboles

que se empleen, se podrán abrir portillos para que puedan entrar sólo las ovejas abajo del monte, dejando estirado

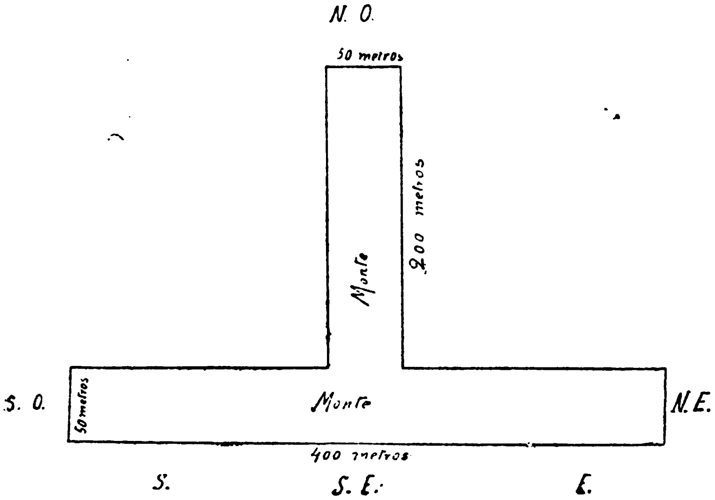



**Fig. 20.** — Monte-reparo

arriba un alambre de púa en estos mismos portillos para que no entren caballos y vacas que destruyen mucho las plantas.

## CAPÍTULO VI

### INVERNADA Y ENGORDE

**Las graserías del pasado.—Las congeladoras.—La exportación de animales en pie.—Invernada de ovinos en general.—Regla fundamental.—Ovejas viejas.—Puesto de invernada.—Aparte de los capones y de las ovejas viejas.—Venta.—Capones para exportación.—El pastoreo: sistema mixto.—Elección de los animales.—Su manutención.—La nutrición y sus fenómenos.—Cantidad y calidad de los alimentos.—Condiciones generales.—En verano y en invierno.—Sombra, reparo, aire.—Sal y agua.—Los tanteos.—La pesada.—Preparación para el viaje.**

Hubo un tiempo en que el estanciero tenía siempre abierta una puerta de salida para los numerosos capones más ó

menos gordos que con poco trabajo y menos esmero iba criando en los casi desiertos campos de la Provincia de Buenos Aires, la única entonces que produjese hacienda lanar en gran escala. Eran las graserías. Un poco en todas partes en la campaña, cerca de alguna estación de los muy pocos ferro-carriles entonces existentes, ó de algún punto de fácil embarque de la costa del Paraná, se colocaban estos establecimientos, providencia del ovejero.

El consumo local, sin importancia todavía, prefería la carne de vaca á la de oveja. Las vías de comunicación eran pocas y malas; la producción exuberante y sin refinar todavía; ni se hablaba siquiera de exportación de carne congelada á Europa y menos de exportar animales en pie: el único remedio, pero inagotable, era el tacho.

El día que por la baja del sebo en Europa y la suba en el valor de las ovejas aquí, no pudieron ya seguir trabajando las graserías, fué para los estancieros el principio de una crisis que duró bastantes años, durante los cuales no sabían qué hacer con sus capones, no teniendo más consuelo que el de sacar de ellos su mejor lana.

***

Poco á poco aumentó el consumo local; la mejora paulatina de las razas, el mayor esmero en cuidar bien, en curar la sarna, en aumentar el tamaño de los animales permitieron á la industria nueva de la congelación de carnes de establecerse en el país y de salvar la situación en parte.

Empezó también la exportación de animales en pie, y se puede decir que hoy, después de vencer á fuerza de perseverancia y de empeños de todas clases las mil trabas que en Europa opusieron á la invasión de nuestras carnes,

la corriente está definitivamente abierta y el río encauzado.

Pero ya que tenemos abierta esa nueva fuente de riquezas tenemos que ir poniéndonos en situación de aprovecharla como es debido, estudiando las necesidades que estamos llamados á suplir y el modo de llenarlas.

Hay mucha diferencia, en efecto, entre lo que basta para el consumo local, y lo que se necesita para las congeladoras, y mucho más todavía con lo que piden los exportadores de animales en pie.

***

Trataremos primero de las invernadas que puede y debe tener todo criador de ovejas en regular escala, aunque, por su situación,– sea que esté en campos lejanos ó demasiado pobres para conseguir engorde,—no pueda vender sus capones más que á invernadores. Para él, la venta de animales gordos no es el objeto principal, ni sobre todo la venta más segura, pero esto no quita que de ellos debe sacar algún provecho.

La primera regla, la regla fundamental de la administración racional de una majada común, del punto de vista de la venta de gordura, es que todo animal, macho ó hembra, debe acabar en el matadero.

Pero no debe acabar en el matadero cuando ya la edad ha hecho su carne dura y desagradable, su cuero flojo y su lana rala, corta y liviana, sino en la flor de la edad, cuando después—hablamos aquí puramente de las ovejas, pues los capones se debe acabar con ellos lo más pronto que se pueda—de haber dado á su amo tres crías, las primeras, las mejores, están todavía en su apogeo, de buena gordura, de buena carne, de buena lana, pero ya con la amenaza de mermar bajo todo concepto.

Cuando aquí hablan de comer ovejas viejas, agarran en el corral y pintan, para conocerlos, ó apartan animales completamente sin dientes, que ya no pueden engordar sino con el olor del pasto, pues comerlo ya les es imposible, y consideran como buenas para conservarlas todavía, ovejas cuyos dientes se empiezan á gastar. Es un error. Toda oveja de seis dientes y no solo de boca llena, debe pasar á la invernada, y cuanto antes.

***

Hemos dicho que deben pasar á la invernada las ovejas viejas; es que entendemos que en todo establecimiento de alguna importancia debe haber un puesto, el mejor, si se puede, con más campo, reservado para invernar todos los capones y ovejas destinadas al matadero de todas las majadas de la estancia. No diremos que es el mejor, pero sí el único modo de sacar el provecho esperado de la cría de ovejas, del punto de vista de la gordura.

En primer lugar, es una gran ventaja para las majadas el quitarles la caponada. Los capones siempre son muy caminadores y se llevan la majada demasiado lejos, sembrando por el camino los corderos ó las ovejas atrasadas y muy preñadas; muchas veces se cortan ó se van con alguna punta de borregos.

En cualquier estación se pueden apartar ellos de la majada y pasar á la invernada, y en cada establecimiento se puede calcular la conveniencia de echar á la invernada más ó menos animales, según el estado del campo, y el número total de capones ú ovejas de que se pueda disponer.

Si son demasiado numerosos todos los capones, lo mejor es apartar únicamente los más grandes é ir llenando, á medida que se vende algún número de ellos, con capones más

nuevos y con todas esas ovejas más ordinarias y más viejas, echando sucesivamente las que no tienen ya dientes ó los tienen gastados, después, las de boca llena, y en fin, las de seis dientes, hasta llegar así progresivamente al ideal de la majada de cría, puras ovejas nuevas, que, cuando han dado ya tres corderos, son buenas para beneficiar.

***

Para apartar las ovejas, es preciso elegir el momento más favorable, y nos parece ser éste, en los campos pobres, donde tienen que estacionar las majadas, como lo veremos en el capítulo siguiente, del 15 de Agosto al 1° de Octubre, todo el mes de Febrero, pues no hay entonces ninguna oveja preñada ni criando.

En campos ricos, de pasto tierno, donde la parición debe tener lugar en Marzo y Abril, la mejor estación para el aparte de ovejas destinadas á invernada será el mes de Septiembre.

Prescindiendo aquí de toda clase de engorde artificial, el animal, cualquiera que sea, necesita para engordar, además de un campo en muy buen estado, un conjunto de circunstancias climatéricas que solas pueden facilitar al estanciero la venta de capones regularmente gordos. Temperatura pareja, ni mucha agua, ni mucha seca, que el pasto esté bastante sazonado para no hacer purgar ni extreñir los animales; con esto un ejercicio moderado, y para que estén además en condiciones comerciales, que tengan la lana ya bastante crecida.

Se puede decir que casi únicamente en Marzo, Abril y Mayo, se encuentran juntas esas condiciones indispensables á la venta de capones.

Con el sistema de cría puramente á campo, que es, á

pesar de ser el más atrasado de los sistemas, el único que pueda convenir al estanciero que se halla en las condiciones que hemos indicado, es preciso que se junten á un tiempo muchas circunstancias favorables para que un número de capones y ovejas algo crecido engorden de un modo parejo.

Por esto, nunca debe despreciar una oferta aceptable para el conjunto de sus animales de invernada, pues nunca sabe lo que tendrá algunos días después, calculando que cualquier cambio atmosférico los puede atrasar de tal modo que necesitarán meses para reponerse.

Lo que siempre hará bien, al tratar de la venta de animales á sacar á elección, es de fijar un número; pues el resero, si ha tratado á elección, sin fijar número, desflora la hacienda de tal modo que queda el estanciero inhabilitado para otra venta por mucho tiempo; fijando número tiene el resero que sacar generalmente muchos más animales de los que hubiera sacado á elección, y así, con una sola venta, realiza el estanciero bastante hacienda para poder ya emparejar lo que le queda, sin tener que apurarse.

* * *

Nos ocuparemos ahora de las invernadas especiales para exportación en pie y para los frigoríficos.

El engorde de animales destinados al consumo, es en todos los países de Europa oficio que necesita conocimientos teóricos y prácticos de los más complicados. Se puede decir que la producción de la carne es allá, hoy, la base de toda empresa de cría.

A medida que va aumentando el precio de la carne y el valor de los animales domésticos, se empeñan más los productores, especialmente los que se ocupan del engorde, en

llenar las necesidades del consumo por el aumento en tamaño, peso y gordura. Lo consiguen por medio de una alimentación especial y una higiene bien dirigida. Así es, que en Francia, por ejemplo, se produce hoy, con la mitad menos de ovejas que en 1840, una cantidad doble de la de entonces en kilogramos de carne.

Para poder competir con los productos europeos en su misma tierra, los nuestros tienen que ser doblemente buenos; primero para que, bajo ningún pretexto, los puedan allá rechazar ó despreciar; después, para que no sólo los acepten, sino que los pidan y los busquen.

Los tenemos que imponer; y poseemos aquí ya todos los elementos necesarios para conseguirlo. Sólo hay que saber utilizar estos elementos de un modo práctico para producir y exportar animales iguales y hasta diremos superiores á los de allá, y al mismo tiempo de un costo mucho más bajo, para que ni con impuestos locos, puedan los gobiernos europeos atajar ese torrente de carne buena y barata, que permitirá al obrero más pobre de las ciudades manufactureras tener su puchero diario, lo que hoy está lejos de conseguir.

***

Para lograr esto, tenemos que aplicar á la economía rural del país, algunas reglas zootécnicas especiales de las que aplican en Europa al engorde de animales domésticos, formando así como un sistema mixto.

La base del engorde para animales ovinos siempre será el pastoreo, aquí más que en ninguna parte: primero, porque el ejercicio es necesario al animal ovino, y también porque es la manutención más barata que se le pueda proporcionar.

Creemos inútil decir que deben ser los potreros de pas-

toreo para capones destinados á exportación, de clase absolutamente superior, de alfalfa algunos, de pastos naturales y variados otros.

Los capones serán exclusivamente elegidos entre los mejores y más grandes de las mejores razas inglesas.

Los merinos son demasiado chicos para los mercados europeos, y su carne poco apreciada, en Inglaterra especialmente. Servirán aquí muy bien para el consumo, lo mismo que los mestizos para las congeladoras.

También pueden suplir falta estos últimos para exportación en pie, pero siempre serán preferidos los verdaderos Lincoln,—como llaman aquí á todas las crías inglesas sin distinción,—aunque no estén, por supuesto, puros.

Libres absolutamente de sarna, esto queda entendido de por sí, sobre todo ahora que la ley prohibe embarcar animales que tengan el menor granito ó el menor indicio de esta enfermedad.

***

El capón destinado á exportación debe haber sido mantenido con regularidad desde su nacimiento, como los mismos animales destinados á reproductores. En efecto, la primera calidad que debe tener el capón es un cuerpo de pocos huesos y de mucha carne. El animal nuevo, el borrego, que por el sistema puramente criollo, pasa del régimen de abundancia veraniega al de penuria invernal, crece por sacudidas, se puede decir, teniendo que completar su ración de vida con sus mismas carnes, su misma gordura, mientras los huesos y los intestinos, es decir, las partes menos útiles, siguen aumentando en volumen.

Nunca se conseguirá así el hermoso animal cuadrado y tableado necesario para la exportación, por muy bien que lo mantengan cuando adulto, pues la misma caja del

cuerpo habrá quedado deformada sin remedio, y nunca llegará á pesar los 65 kilos mínimum exigidos por los exportadores, ni siquiera los 60, admitidos á veces, cuando el animal es un Lincoln ó un cara-negra de muy buena conformación y clase.

***

El hacendado que se ocupa especialmente de engordar capones para la exportación debe, como los criadores europeos, con quienes tiene que competir, y á los cuales debe llegar á superar, conocer perfectamente los fenómenos esenciales de lo que llaman la NUTRICIÓN. *La nutrición es el aprovechamiento de todas las materias y substancias ingeridas, digeridas y asimiladas por el animal.*

Se comprende que este aprovechamiento tendrá que ser más ó menos completo según la salud del animal y según la naturaleza de las substancias alimenticias.

Según lo que se haya ingerido será la digestión, y según la digestión será la asimilación. De la asimilación más ó menos completa de las materias alimenticias fluye el estado del animal.

Por consiguiente, se debe tener en cuenta, para engordar animales en las condiciones del mayor provecho posible, la cantidad de substancias alimenticias que se les debe proporcionar, la calidad de ellas, pues la calidad juega un papel tan importante aquí como la cantidad, y las condiciones en las cuales se deben dar esas substancias, como las en que se debe mantener el animal para que las pueda digerir con todo provecho.

***

La cuestión cantidad, aquí, se resume en dos proposiciones: en verano, los capones se contentarán muy bien

con el solo pastoreo en potreros de pastos superiores, variados y abundantes. En invierno, será indispensable darles de noche una abundante ración de alfalfa seca ó conservada por el método del ensilaje, pues los días son cortos y las noches largas, y los animales de engorde si bien deben tener apetito, cuando los sueltan, nunca deben sentir hambre ni una hora; pues el organismo siempre completa la ración, ó parte de ración exterior que le falta por lo que consume de su misma materia, y es una pérdida neta de tiempo y de pasto para el criador.

De la calidad de la alimentación no nos parece útil hablar mucho, pues los pastos naturales de los terrenos propios para las invernadas que nos ocupan en este momento son, en general, inmejorables. La alfalfa,—en abundancia, forzosamente, en establecimientos donde engordan capones para la exportación—es el rey de los pastos, en cualquier forma que se les dé á los animales.

Se pueden probar otras clases de pastos para variar y hacer experimentos que siempre salen provechosos tanto para el que los hace como para sus imitadores, pues los animales perfeccionados necesitan culturas perfeccionadas.

***

Las condiciones generales de vida á las cuales deben quedar sujetos los capones en invernada son de suma importancia.

También se reducen á muy pocas reglas, pero se deben aplicar estrictamente y necesitan ciertos gastos; pero aquí no nos dirigimos ya á estancieros perdidos en la Pampa lejana, sino á criadores cuyos elementos y negocios permiten y necesitan erogaciones algo importantes.

Insistimos en que se deben aplicar esas reglas con mu-

cho cuidado, porque sin ellas darían resultado negativo, por lo menos en parte, todas las demás atenciones por prodigadas que fueran.

La cantidad y la calidad de los alimentos no bastan, en efecto, para que la nutrición sea completa y se necesitan otros cuidados que permitan á los animales asimilarlos en condiciones perfectas.

La principal de estas condiciones es para los animales ovinos, la conservación de una temperatura mediana y seca.

En verano, durante las horas de la siesta, los animales destinados al engorde no deben quedar al sol; se deben rode r en algún monte de espesa sombra, ó si no lo hay, en un galpón.

El animal ovino sufre mucho del calor, y para que engorde, se le debe evitar toda clase de sufrimiento.

En invierno, mientras está seco el tiempo, el capón no sufre; ya tiene la lana larga y resiste muy bien el frío.

Asimismo, en noches de fuertes heladas, aconsejaremos tenerlo bajo de techo; no decimos en un galpón muy cerrado, sino bajo de un simple techo que deje circular con profusión el aire.

Lo que siempre y á todas costas se debe evitar, es que se mojen los capones. Cualquier aguacero que reciba el animal ovino lo atrasa muchísimo y nunca se debe permitir que estén afuera, cuando llueve, los animales de engorde.

En el galpón de encierro se les da de comer en los pesebres mientras dure el mal tiempo.

***

Es excelente poner en los pesebres sal de roca; es un condimento que les abre el apetito y los hace comer con

más gusto y asimilar mejor y en mayor cantidad especialmente el pasto seco, de por sí algo desabrido.

Nunca les debe faltar agua limpia y buena, y se les deja tomar á su gusto. Insistimos en que el ovino toma poca agua, en general, pero por poca que sea, necesita tenerla siempre á su disposición.

Como se ve, los cuidados que se deben dar aquí á los capones destinados á ser exportados no son, ni lejos, tan refinados que no se puedan practicar en un establecimiento de alguna importancia y bien manejado. No se necesitan los estudios minuciosos de que hablan todos los tratados especiales europeos: no hay que medir con exagerada atención las raciones de este y otro alimento, pastos, harinas, granos, raíces, etc. La abundante producción de pastos naturales y artificiales de cualquier campo superior del país, aunque no sea muy extenso, basta y sobra para engordar pronto y bien, centenares de animales espléndidos.

***

Lo que sólo aquí pensamos necesario agregar, es lo relativo al conocimiento del estado de gordura de los animales que se están preparando. Todos saben que por los tanteos conocidos de la capadura, de la cola y de las costillas, puede uno darse una cuenta aproximativa y respectiva del rinde probable en sebo, en grasa exterior, en peso neto. Pero, por muy vaqueano que sea el criador, por muy acostumbrados que estén su ojo y su mano, nunca valdrá su experiencia lo que puedan valer una buena báscula y anotaciones hechas con puntualidad, tomando por base dos ó tres de los animales mejores, dos ó tres de los medianos y dos ó tres de los más chicos.

Volveremos sobre esto cuando tratemos del engorde de

los novillos, para los cuales es más necesario todavía el uso seguido y regular de la báscula.

***

Para acabar este capítulo algo largo ya, pero cuya importancia nadie negará en este momento de transición y de magnas esperanzas para el porvenir, sugeridas por el incremento diario de nuestras exportaciones para Europa de animales en pie, indicaremos la necesidad absoluta para el criador de ir preparando paulatinamente sus animales al régimen de á bordo.

Se quejan amargamente de las pérdidas desproporcionadas que están sufriendo nuestros exportadores de hacienda en sus expediciones, comparadas con las de Norte América y Australia.

Echan la culpa casi exclusivamente sobre los comandantes de los vapores, su brutalidad y su codicia. No diremos que no haya algo de esto, pero creemos que mucho del perjuicio debe provenir de la poca ó ninguna preparación de los animales exportados.

Del día á la mañana, capones acostumbrados á recorrer en libertad grandes extensiones, á comer toda clase de pastos tiernos y verdes, que muchas veces no han visto en toda su vida un grano de maíz ó un puñado de afrecho, se encuentran encerrados, apretados, amontonados, mantenidos á puro pasto seco, con una ración de afrecho, maíz y torta de lino; es bastante natural que estos pobres animales rechacen una comida tan desconocida y extraña para ellos, se queden completamente sin comer durante varios días, manteniéndose con su propia substancia, la que pagó en buenos pesos el exportador, y sufriendo lo suficiente para perder mucho de la fuerza de resistencia que tanto ne-

cesitarán para soportar todos los males de una penosa y larga travesía.

Si estos capones, un mes antes de ser vendidos para exportación hubieran aprendido á mascar lo que tendrán que comer á bordo, no comiendo ya otra cosa, tres ó cuatro días antes de ser embarcados, se puede asegurar que no sufrirían casi nada en el viaje y que la mortandad considerable (5 % hoy en término medio), de los animales exportados decaería al 2 ó 3 por mil, que sufren las exportaciones norteamericanas.

## CAPÍTULO VII

### ESTACIONAMIENTO DE LAS MAJADAS

El cuidado de las ovejas antes y hoy. — Estacionar. — Ventajas que ofrece el estacionamiento. — Sus peligros. — Remedio. — Estación de la parición. — La parición de primavera y la de otoño. — El Sud y el Norte. — Montes y alfalfares.

Antiguamente casi en todas partes se dejaban los carneros todo el año en las majadas, de modo que únicamente cuando las ovejas empezaban á arribar, también empezaba la lucha. Como generalmente esto sucedía después de la esquila, es decir, en Diciembre, Enero y Febrero, la parición tenía lugar en Mayo, Junio y Julio, es decir, los meses más fríos del invierno, cuando por casualidad no son los más lluviosos.

En aquel tiempo, las ovejas tenían poco valor, y poco se fijaba la gente en los corderos que por las heladas nocturnas quedaban muertos al nacer; los rebaños todavía eran muy ordinarios, y por consiguiente, muy rústicos. Siendo

todavía los campos casi todos de pasto duro, abundaba la paja que podía servir de reparo á los corderos, tenían las majadas mucha extensión, y sin ser desconocida la sarna, no había cundido como hoy, ni solía hacer grandes estragos.

Por todos estos motivos, siempre se salvaban algunos corderos, y naturalmente, como para salvarse en semejantes condiciones era preciso que fuesen dotados de un temperamento especial y de una fuerza de resistencia poco común, los que vivían se criaban fuertes y sanos, contribuyendo así á formar entre la gente de campo esa opinión muy fundada, por lo demás, cuando no se mueren al nacer, que los corderos del invierno eran mucho más *guapos* que los del verano.

La verdad es que, como los muy pocos corderos que nacían en verano lo hacían en los meses más calientes, como lo habían hecho sus hermanos en los meses más fríos, se acostumbraban, al nacer, á una temperatura que los hacía muy delicados para los primeros fríos; esto cuando no se habían muerto guachos por haberse quedado dormidos, mientras la madre sedienta disparaba para el agua, sin acordarse de la cría.

Hoy han tomado las ovejas bastante precio, para que cada cordero que nace sea digno de ser mirado por el amo de un modo muy distinto al de antes, y, cansados de ver que de diez corderos que nacían en una noche de helada se les morían nueve, los estancieros han empezado á *estacionar* sus majadas, de modo que tenga lugar la parición en estaciones favorables, es decir, ni demasiado frías, ni demasiado calientes.

***

*Estacionar* una majada consiste en tener aparte los carneros durante cierto tiempo, y volverlos á echar á las ovejas

en los meses que corresponden á las estaciones más favorables para la parición.

Se puede decir que, actualmente, todos los que crían ovejas se han sujetado á esa regla y que ese progreso produce anualmente algunos millones de ovejas, que, antes de esta práctica, hubieran muerto al nacer.

Para estacionar una majada que nunca lo ha sido, es bueno, sobre todo si se estaciona para dos pariciones al año, empezar gradualmente, es decir, no cambiarle demasiado de golpe la estación de entrar en parición; cambiando bruscamente esas épocas, se podría perder una parición, y es mejor hacer el cambio poco á poco, aunque la primera vez no tenga lugar todavía la parición en el mejor mes, sino en los que de más cerca lo siguen.

Además de evitar en gran parte la pérdida de los corderos, el estacionamiento de las majadas presenta múltiples y preciosas ventajas, que trataremos de exponer.

Primero: permite tener siempre gordos y sanos los carneros. Es sabido que, en toda epidemia, siempre son ellos los primeros que se mueren, y que una vez pasada la epidemia, como todos han perdido los suyos y tienen que comprar, forzosamente suben mucho los precios y no se encuentran siempre de muy buena calidad. Teniéndolos solos la mayor parte del año, se pueden cuidar de tal modo, que aunque venga muy mal tiempo en los meses de la lucha, el estado en que se encuentra les permite soportarlo y resistir perfectamente, si no tienen que montar un número exagerado de ovejas. A más de esto, se puede ejercer una vigilancia mucho más severa sobre la edad y calidad de los reproductores, suprimiendo los viejos y defectuosos, mudando los carneros de majada para evitar una consanguinidad peligrosa.

Con el sistema de estacionar se puede con mucha más

facilidad, hacer el *aparte de las preñadas*, en tiempo fijo; durando muy poco la parición, es inexcusable el puestero que no dedica entonces todo su tiempo al cuidado esmerado de las paridas y de sus corderos. En la mayor parte del año, se puede curar la sarna ó revisar la majada sin temer de aguachar corderos ó golpear preñadas; también es mucho más fácil, sobre todo con una sola parición al año, apartar para tropas las ovejas viejas que estén gordas, pues hay momentos en que, ni crían, ni están preñadas, y, con el sistema de estacionamiento, de antemano, se sabe cuándo lo están.

De cualquier modo que se estacione, se puede decir que está probado por la experiencia que siempre se salvan así muchos más corderos que no estacionando, y bien pocos son los porfiados, que porque, una vez, algún temporal les haya venido en plena parición y les haya muerto algunos centenares de corderos, afirman que es perjudicial estacionar.

Es bien cierto que el sistema de estacionar trae consigo ese peligro, de que viniendo siempre la parición muy de golpe, si sobreviene algún temporal, puede matar muchos corderos; pero, además que si se tienen aparte las paridas, es fácil, en cualquier parte, encontrarles un abrigo, un temporal no mata sinó la parición de tres ó cuatro días, pues, los corderos de más edad, casi todos, si están en regular estado, resisten muy bien.

En fin, diremos que se deben basar, en ese caso, todos los cálculos en cierto número de pariciones, para conseguir tener una opinión bien establecida, y que la nuestra está ya, como la de muchos, perfectamente fundada.

***

Pero, queda por resolver, todavía, la cuestión más importante, á saber: ¿Cuál es la *estación más favorable* para la parición de las majadas?

En Europa, se estacionan siempre las majadas; pero, como viven rodeadas de toda clase de comodidades, cada criador puede estacionar para el tiempo que más le convenga, según la clase especial de negocio que tenga. Por ejemplo, si su principal negocio es la venta de corderos gordos, ó de carneros padres, ó de animales engordados para el matadero, ó si es puramente criador, para vender en su tiempo cada uno de los productos de la majada, cualquiera que sea, estaciona de un modo diferente.

Aquí, somos todos y seremos, mucho tiempo todavía, puros criadores; nos conviene, pues, estacionar de modo que pueda aumentar todo lo posible el número de cabezas de la majada, sin hacer gastos de comodidades para los animales, y aprovechando el excelente clima de que gozamos.

Tenemos que advertir que consideramos como perjudicial el sistema de estacionar para dos pariciones al año, porque sucede que muchas ovejas se hacen preñar las dos veces y que así no crían ni uno ni otro cordero.

Por consiguiente, tomando por base la ley natural, y obedeciendo á las probabilidades creadas por las condiciones de clima y de campo, en las cuales se encuentra cada uno, poco se pueden equivocar al pensar que les debe salir ventajoso el término medio. Sin embargo, siempre es bueno también hacer al mismo tiempo algunos ensayos en pequeña escala, estacionando de diferentes modos varias majadas y durante algunos años, comparar los resultados y maniobrar según los que se hayan conseguido.

Todo error en materia rural, particularmente en lo que toca á la cría de ganado, sale muy costoso: por eso es que

se deben hacer primero experimentos antes de seguir resueltamente tal ó cual camino. Lo que hace esos errores tan costosos, es que, en cuestiones de cría de ganado, se precisa siempre mucho tiempo para conocer los verdaderos resultados de cualquier ensayo, y que si ese ensayo se ha hecho en grande escala y que haya salido mal, es preciso, para volver á la verdad, después de haber salido de ella, destruir poco á poco lo que se ha hecho y volver á esperar durante mucho tiempo los resultados del cambio. Pasan los años, multiplicándose las pérdidas, pues en la industria ganadera, más que en ninguna, el tiempo vale plata.

Más vale muchas veces, tener que seguir un método de tanteo, y no, ciegamente, los consejos puramente teóricos del á quien no han costado, ni pueden costar nada, los errores que pueda aconsejar.

***

En la cuestión que, por ahora, nos ocupa, la de la mejor época para estacionar las majadas, pensamos que depende absolutamente la solución que le deba dar el criador, de dos cosas: la situación climatológica de su campo, y, más que todo, la calidad del campo y de los pastos que produce.

Según el paraje donde se encuentre situado el establecimiento, ó muy al Norte, ó muy al Sur, ó en un término medio; según la clase de campo, si es de pasto muy duro, entreverado ó tierno; si hay reparo en el campo para los corderos, ó no, se debe estacionar en épocas muy diferentes.

Se comprenderá fácilmente que, en una extensión, como la que presenta, por ejemplo, la provincia de Buenos Aires

en donde puede haber cerca de cinco grados de diferencia en el clima de dos estancias situadas una en San Nicolás, la otra en Bahía Blanca, y con las diferencias de calidad de un campo á otro, fijar una fecha exacta y única para toda la provincia, para empezar y acabar la parición, sería dar al problema una solución absurda.

***

En los admirables campos del Norte y del Oeste de la provincia de Buenos Aires, con un clima bastante templado, donde los inviernos son en general suaves, y sobre todo, cuyas tierras abonadas ya por muchísimas generaciones de rebaños, producen incesantemente y casi en cualquier estación una enorme cantidad de los pastos más tiernos, se comprende fácilmente que la mejor estación para la parición de las ovejas sean los lindos y frescos meses del otoño, Marzo y Abril.

Podrán sobrevenir algunos días de calor, ó algunas heladitas, de noche, pero será por casualidad y la temperatura media de estos dos meses es la más favorable al crecimiento rápido del pasto tierno que tanto necesitan la madre, cuando cría, y el cordero cuando empieza á querer comer.

Las noches frescas van preparando poco á poco los animalitos nuevos á los rigores del invierno, al mismo tiempo que la abundante leche de las madres y la alimentación tan favorable para ellos que les va proporcionando el pasto tierno les dan las fuerzas necesarias para resistir las relativas penurias de los meses fríos.

En aquellos mismos campos, la parición de primavera es por mucho inferior á la del otoño.

Si se hace en Septiembre, por ejemplo, que es el mejor mes, hay mucho peligro de temporales largos y fríos; el pasto abundará, es cierto, en Octubre, pero vendrá también la esquila que aguachará muchos corderos.

En Noviembre, ván madurando los pastos y secándose, y los corderos tienen entonces forzosamente que sufrir mucho de una alimentación poco conveniente para ellos y de una calor que les es muy contraria.

Podrán, en otoño, recuperar algo de las fuerzas perdidas, pero no bastante, muchas veces, para soportar los fríos del invierno á los cuales no habrán ido acostumbrándose en edad favorable.

***

En los campos nuevos, del Sud y del Oeste lejano, las condiciones son enteramente distintas. Los inviernos son, en general, allá, más crueles y más largos y los veranos más tardíos; pero la condición en que se debe uno fijar más que en cualquier otra, es que, en estos campos de pasto duro no hay casi absolutamente pasto tierno alguno durante todo el invierno. Las primeras heladas lo hacen mermar mucho, y las noches muy frías de Junio ya lo acaban del todo. Recién alrededor del 15 de Agosto, empieza á brotar algo otra vez, aunque despacio, y es entonces cuando puede empezar la parición con el menor riesgo.

La parición de primavera es la única que se puede lograr bien en los campos pobres y de pasto duro. Generalmente en aquellas latitudes, también se hace la esquila más tarde, en Noviembre, recién, y los corderos han tenido tiempo de criar fuerzas y no se aguachan.

Estos corderos del Sur, como nacidos en tiempo de calor,

muchas veces soportan mal los fríos, la humedad y la penuria del primer invierno que tienen que pasar en este mundo de penas. Muchos, en ciertos años, perecen de miseria, y la lombriz hace estragos, pero de dos males el menor, y la parición en otoño sería peor.

Hemos visto á menudo salir mucho más fuertes y lindos, algunos corderos nacidos en pleno invierno, por alguna salida intempestiva de algún carnero, y esto nos ha impulsado en adelantar al 15 de Agosto la parición que antes teníamos siempre preparada para Septiembre; pero no nos hemos atrevido á hacerla más temprano, pues es una casualidad que resistan las madres y los corderos en estas condiciones, en aquellos campos.

En consecuencia de lo dicho, los carneros se deberán echar á las majadas del 15 de Marzo al 30 de Abril en los campos pobres y de pasto fuerte, y del 1º de Octubre al 30 de Noviembre en los campos ricos y refinados. Es sabido que días más, días menos, la preñez de la oveja dura cinco meses.

***

Todo lo que en este capítulo hemos escrito se dirige, — según el programa á que nos hemos dedicado, — únicamente al estanciero arrendatario en campo ajeno, donde no puede hacer muchos gastos que para él quedarían perdidos, ó al estanciero recién establecido, que, aunque en campo propio, no haya podido todavía rodear á sus haciendas de todas las comodidades que necesita un establecimiento progresista y bien manejado.

Pero esto no quita que á ambos les aconsejemos de meterse bien en la cabeza que hay que pensar desde el pri-

mer día en hacer ciertos gastos provechosos, sino el primer año, por lo menos en los siguientes, como ser la plantación de montes, sauces, álamos, acacias, especialmente las últimas que reunen todas las ventajas que se puedan pedir á una planta: crecimiento rápido, mucha leña, madera inmejorable para los mil usos de la campaña, linda y espesa sombra y reparo para los rebaños, y la siembra de alfalfa en mayor ó menor escala según los recursos de cada uno.

Que el arrendatario plante pocos montes, se comprende; pero que no siembre alfalfa pudiéndolo hacer, es cometer un error, con tal que siquiera tenga cinco años de contrata, pues en cuatro años que la goce, ganará diez y veinte veces lo que haya gastado.

Creemos, á más, que hoy, un dueño de campo inteligente, es decir, que entienda bien sus intereses, puede y debe siempre facilitar á sus arrendatarios la semilla necesaria para sembrar un grande y buen retazo de alfalfa que á los cinco años quedará de su propiedad.

No está muy lejos el día en que pocos arrendatarios consentirán en tomar un campo que no tenga nada de alfalfa ó donde no les den facilidades para tener.

Con alfalfa en buena cantidad, ya no hay campos pobres, no hay malas pariciones, no hay penurias, y pronto, muy pronto vendrá el tiempo que la primera pregunta del candidato á tomar un campo en arrendamiento ya no será para saber si hay aguada, sino para indagar cuántas cuadras de alfalfa tiene.

# CAPÍTULO VIII

## PARICIÓN

**Cuidado durante la parición.— Aparte de las paridas y de las preñadas. —El corral.— El rodeo de mestizos. —Guachos. —Mamaderas.— Corderos y borregos. — Corderos perdidos. —Cepa-caballo.— Flechilla. —Viruela. — Lombriz. — Proporción de muertos.**

La parición representa no solamente el aumento de la majada, sino también su renovación. Los corderos vienen á reemplazar las ovejas viejas y los capones que se han ido para el matadero, y con ellos también se consigue refinar, cada vez más, el conjunto de la majada.

La parición es, pues, entre todas, la operación que más debe cuidar el criador de ovejas de llevar á buen éxito. Es el momento durante el cual debe redoblar la vigilancia, pues cualquier descuido puede comprometer el resultado de la parición, que muchas veces amenaza demasiado la intemperie.

Hemos visto en el capítulo anterior, que para evitar en lo posible los contratiempos naturales, se debía seguir el sistema del estacionamiento de las majadas, y que el mejor tiempo para la parición nos parecía ser de Agosto á Octubre en los campos pobres y en Marzo y Abril en los campos refinados, arreglándola según las condiciones especiales de cada uno.

***

Cuando se acerca el momento de la parición, se debe apartar todas las ovejas más adelantadas, tenerlas cerca y en campo elegido.

En casi todas ellas es fácil conocer á la simple vista el

estado de preñez; pero además del tamaño y caimiento de la panza, lo denota la hinchazón de la ubre y la presencia en la teta, al ordeñarla, de una especie de agua espesa.

El sistema de apartar las preñadas, en vez de apartar las paridas, tiene varias ventajas; así se puede evitar que caminen tanto las ovejas en vísperas de parir; que estén apretadas por las otras al entrar ó salir del corral; que vayan á parir muy lejos, muchas veces fuera de la vista del pastor, y que así puedan perder el cordero.

Una vez juntas las preñadas y solas, ya poco piensan en caminar, y menos, cuando empiezan á parir; es mucho más fácil y, por consiguiente, se puede hacer con mucha más proligidad, cuidar todas las ovejas preñadas á la vez, que apartar cada día las ovejas paridas.

Estas, muchas veces, al querer cortarlas, disparan y dejan el cordero; ó son muy trabajosas para arrear, yéndose al viento una y para la majada otra, y quedándose ésta empacada.

Es lo más fácil también que, yendo á parir lejos una oveja, cuando recién empieza á caminar el cordero, ya no esté más la majada y que la madre no viéndola se vaya á juntar con alguna majada vecina; esto poco puede suceder teniendo siempre á la vista la puntita de las preñadas.

También como son pocas ovejas y muy tranquilas, se pueden siempre dejar á rodeo y se conservan así mucho más sanos y fuertes los corderos que encerrándolos siempre á corral.

***

La cuestión corral es de cierta importancia tratándose de corderos: nos parece que, mientras está bueno el tiempo, lo mejor es dejar á rodeo las preñadas, encerrándolas únicamente en noches de helada, porque así se hacen reparo una á otra y conservan mejor un poco de calor para el cor-

dero. El barro atrasa muchísimo los corderos; si en tiempo de lluvia, se pueden tener al reparo en algún lugar pastoso, es hacerles un gran bien; pero de ningún modo hay que echarlos á un corral lleno de barro, pues el que no se ahoga queda como enfermo.

El mejor lugar para rodearlos en mal tiempo sería un buen monte de sauces y álamos, ó mejor, de frondosas acacias.

***

Quedando á rodeo las ovejas preñadas, se pierden mucho menos corderos que á corral; pues en la fuerza de la parición, cuando salen del corral, se entreveran los corderos, los pierden las madres y sucede algunas veces que no los vuelven á buscar; mientras del rodeo, cada oveja sale con su corderito á la par y ni un momento lo pierde de vista. El único peligro que presenta el rodeo, es que si de noche se mueve la majada, sea asustada por algún perro ó por cualquier otro motivo, tienen que quedar solos los corderos recién nacidos, y sobre todo si la noche es muy fría, se pueden morir.

***

Sea para lo que sea, siempre hay que mover muy despacio una majada de paridas, tratando de no asustar las ovejas, ni hacerlas disparar; se debe hacer lo posible para que siempre cada cordero esté con la madre al salir al campo: si alguna oveja,—á las borregas primerizas les suele suceder,—no quiere tomar el cordero, se encierra en un brete chico con él, hasta que le dé de mamar y le tome cariño. Las borregas raras veces son buenas madres.

Cuando nacen mellizos, casi siempre y con muy pocas excepciones, lo mejor es sacrificar uno, pues si la madre no es una lechera superior, no los puede mantener mucho tiempo á los dos y se mueren ambos: guardando uno solo, se cría fuerte, á lo menos se salva.

Los corderos de las ovejas viejas son, en general, muy débiles y la mayor parte de los que quedan guachos provienen de madres que, desde muchos años, deberían ya haber sido beneficiadas, como lo aconsejamos al tratar de la invernada.

***

Teniendo, como debe tener todo establecimiento de campo, bastante leche de vaca, es lo más fácil salvar la mayor parte de los guachos y de los mellizos que se quiten á las madres. El mejor sistema, el más sencillo, es el de tener una caja de lata cuadrada, con tapa, de 0.50 centímetros de largo por 0.30 de ancho y 0.12 de alto (fig. 21).

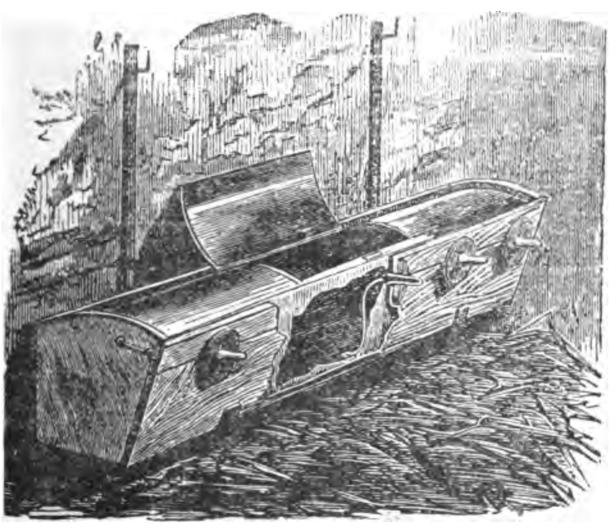


**Fig. 21.** — Mamadera para corderos guachos

En una caja de esas dimensiones, se puede hacer mamar á la vez diez corderos. En cada uno de los costados más

anchos se colocan tres bombillas y en cada uno de los más angostos, dos. Esas bombillas soldadas contra la pared interior de la caja, tienen cerca del fondo su abertura y dejan salir su piquito afuera, en la orilla superior inmediatamente abajo de la tapa: se guarnecen esos piquitos con tetas de goma y se pone la caja llena encima de algún cajoncito, para que quede justo á la altura de los corderos. Se puede fijar el cajón por medio de cuatro pedacitos de madera clavados, para que quede firme y no lo vuelquen los corderos. Al cabo de dos ó tres días, vienen solos á mamar los corderos y cada uno acaba por tener su bombilla acostumbrada y por nada la deja. Es preciso tener la leche tibia.

Como se ve, con muy poco trabajo se pueden criar bastantes corderos que, de otro modo, quedarían perdidos. Los primeros días, es preciso darles de mamar cinco ó seis veces, pues toman muy poco á la vez. Cuando están acostumbrados á venir ellos mismos á mamar y á llenarse bien, con tres veces es suficiente, hasta que poco á poco se va aumentando la cantidad de leche, pero dándosela en dos veces primero, y al fin en una sola vez por día.

Una mamadera de esta clase es indispensable donde se críe alguna majada fina, pues se puede con ella salvar corderos de mucho valor.

***

El resultado de una parición depende en su mayor parte de la alimentación más ó menos buena y abundante que encuentran las madres, mientras están criando, y casi se puede asegurar que un cordero mal mantenido en los primeros meses de su vida nunca llegará á ser un animal fuerte.

Un cordero abundantemente amamantado puede destetarse á los tres meses casi sin inconveniente, pero aquí, con el trato que tienen las ovejas y la escasa alimentación que, casi siempre, encuentran en el campo, es preciso que siga mamando un cordero cinco meses para quedar en estado de resistir el peligroso pasaje de borrego á adulto-

Mientras mama, aunque sea poco, el cordero queda fuer. te; cuando empieza á tener que bastarse á sí mismo y suplir con el pasto del campo la leche materna, empieza casi siempre á purgar, se debilita mucho y hasta que haya mudado sus dos primeros dientes, se puede decir que queda en estado de crisis.

***

Si siempre están muy expuestos á perecer los corderos, otro tanto se puede decir de los borregos: son ellos los más perseguidos por toda clase de enfermedades; si no hay más que un animal sarnoso en una majada será un borrego; ellos solos se vuelven *alunados;* los borregos son los que más se mueren de la lombriz.

Difícil es que los corderos que han pasado mucha miseria lleguen á ser hacienda.

Muchos hombres de campo se fijan poco en corderos ó borregos que se mueren; parece que no muriendóseles animales grandes, no pierden nada; es al contrario, la pérdida de los corderos y borregos la que más se debe sentir, pues son ellos el porvenir y la esperanza de la majada.

No se debe permitir que ningún cordero tenga nunca un grano de sarna. En eso inútil es insistir, pues el estanciero que tiene las majadas sarnosas, no puede conservar corderos.

Pero además de esto y del aparte de las preñadas, es preciso tener suma atención y vigilancia, á cada rato, de día y de noche, para alejar todos los peligros que amenazan continuamente al corderaje.

***

Si al volver al corral bala una oveja como buscando el cordero y sigue balando cuando ya se han sosegado todas sus compañeras, no hay duda que se le quedó el cordero dormido en el campo: es preciso ir á buscarlo.

Un cordero, solo, en el campo, es difícil de arrear; si es muy chico, nada más sencillo que alzarlo en el caballo, pero siendo ya un poco grande, no se deja agarrar, y si no sabe uno enlazarlo, lo puede perseguir inútilmente mucho tiempo. Lo mejor, en ese caso, es llamarlo, imitando el balido de la oveja, hasta que empiece él mismo á contestar y á mirar; haciendo caminar entonces el caballo y arreglando su andar según el paso del cordero, éste empieza á seguir balando y casi siempre con paciencia, se le puede llevar bastante cerca de la majada para que dispare hacia ella y se junte con la madre.

Los corderos que se quedan dormidos en el campo y no se encuentran en seguida, se pueden considerar perdidos. Tienen muchos enemigos: los caranchos, los zorros, hasta una clase de gaviotas grandes los persiguen y los matan cada vez que se presenta la ocasión: muchas veces hay cerdos y perros dañinos que hacen grandes estragos en las majadas. Si una manada de yeguas viene por casualidad á cortar una majada en parición, sucede muchas veces que algún cordero la empieza á seguir y se pierde; siguen los corderos, en los primeros días de su vida, á todo lo que

corre por delante de ellos, circunstancia que saben, según dicen, aprovechar los zorros con mucha habilidad.

Todo esto es deber del puestero evitarlo, y el único modo para salir airoso de la prueba, es de sujetarse á pastorear sus preñadas casi continuamente.

***

También debe siempre perseguir á la cepa-caballo, que donde hay ovejas cunde con tenacidad. La semilla de la cepa-caballo, no sólo deteriora la lana, sino que muchas veces, pegándose, sea en la ubre de la oveja, sea en el hocico del cordero, impide que éste pueda mamar y puede ser causa de que se aguache.

En ciertos campos la flechilla, por su mucha abundancia, mata también muchos corderos. Esta semilla, producida por varios pastos fuertes, es sumamente perjudicial, y sobre todo para los corderos de la primavera que tienen, si no han nacido en Agosto ó Septiembre á más tardar, que pasar todo el verano con lana. Nos parece que como dura poco, antes de caerse de la planta en el suelo, donde ya no hace perjuicio, se puede evitar este peligro, llevando las ovejas á comer donde hay poca flechilla, hasta que haya mermado bastante para no poder dañar.

***

A más de estas causas de muerte ó sufrimiento, está muy sujeto el cordero á ser atacado de viruela, y esta enfermedad se ha hecho muy general. A la verdad, no es precisamente una enfermedad, sino el resultado del estado general de miseria en el cual vive el cordero.

Cuando se cubre de viruela todo el cuerpo del animal,

siempre se muere, pero en general no pasa de unos granos en la boca.

Esos granos impiden que pueda mamar el cordero á su gusto, y si no se muere, sufre y se atrasa. Lo mejor es arrancar esos granos y secar la llaga que queda, con agua de alumbre, y si no hay alumbre, con sal: en pocos días quedan sanos los corderos.

De algunos años á esta parte, se han muerto en la República Argentina millones y millones de corderos y borregos de la *lombriz*. Hablaremos detalladamente de esta enfermedad en la parte veterinaria de este libro, pero aquí sólo queremos indicar lo que hemos observado respecto á lo que podemos creer por ahora el mejor remedio contra esta enfermedad. Difícilmente se podrá aplicar á majadas grandes en establecimientos regulares que no tengan todavía muchos elementos, pero siempre se logrará con él salvar en parte pariciones de corderos finos, los más perseguidos, naturalmente, y que hemos visto morirse de la lombriz en alfalfares donde pacían sueltos á sus anchas.

El remedio fué quitarles absolutamente el pasto verde y darles á exclusión de cualquier otra cosa, alfalfa seca y agua de pozo. En pocos días la mortandad, que aun con pasto verde á pesebre había seguido, cesó.

Se puede llamar excelente la parición de la cual sobrevive, á pesar de tantos peligros y causas de muerte, el 75 por 100 de lo que nació.

Todas las advertencias que hemos hecho se pueden resumir en una palabra: cuidar, y es tan así, que no puede descuidarse un puestero que quiera cumplir con su deber, ni un momento, en tiempo de parición.

# CAPÍTULO IX

## SEÑALADA

**Señales conocidas.—Boleto.—Orejano.—Media señal.—Señalada.—Corte de cola.—La capa.—Contraseñalar.—Edad y época del año para señalar.—Edad de la capa.—Varias señales.**

Todo el mundo sabe que se usa en el campo un sistema antiguo de señas, puestas en las orejas de las ovejas, que permiten á cada dueño de majadas probar la propiedad de su hacienda. En varias ocasiones se ha agitado, en el seno de la Sociedad Rural, la cuestión de saber si no sería conveniente cambiar de sistema. Unos, porque les parecía cruel cortar así las ovejas en la oreja; otros, por que les parecía quizás demasiado sencillo; aquéllos, en fin, sin más objeto que el deseo de cambiar algo, han propuesto varios sistemas, á cuál más teórico, más complicado y menos práctico.

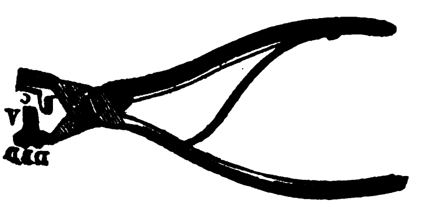


**Fig. 22.** — Señalador para ovejas

Ahora mismo tiene lugar un concurso organizado por la Sociedad Rural, á fin de hacer servir de base á una ley definitiva y nacional de señales, el mejor proyecto presentado.

Es de desear que la comisión, obrando eclécticamente, se contente con sacar de varios proyectos forzosamente incompletos ó defectuosos, alguno que sea impersonal y perfecto.

No podemos estudiar aquí los proyectos presentados, y como de cualquier modo, tienen todavía por delante muchos años de vida las señales actuales, son ellas las únicas de que nos queremos ocupar. Solo diremos que á nuestro parecer, los mejores proyectos presentados son los que más se asemejan al sistema de Nueva Zelandia: una sola señal para cada estanciero, cualquiera que sea la cantidad de sus majadas, y puesta en una sola oreja, quedando la otra oreja para distinciones particulares de edad, de calidad, de raza, de puestero, etc., en el mismo establecimiento; adoptando el agujero únicamente para indicar cambios de dueño, lo cual se haría siempre delante de testigos y mediante un certificado en regla.

***

Las *señales* representan un verdadero título de propiedad, y el *boleto* que, mediante algunos pesos, otorgan las Municipalidades, por cada señal que quiera usar el estanciero, es el testimonio de ella.

El Código Rural trata la cuestión de boleto y señales en sus artículos 66 á 80, y nuestros lectores encontrarán allí todo lo que les puede interesar del punto de vista legal.

Se dice *orejano* á todo animal que no está marcado. Esa palabra nos parece ser un argentinismo, pues no se encuentra en los diccionarios de la lengua española; designa al animal que no lleva marca en la oreja; pero por extensión se aplica á los animales de hacienda mayor que

no llevan marca de fuego, y se dice de un caballo ó de una vaca sin marca, que son orejanos.

Para hacer más fácil el aparte de los corderos, en caso de mestura, antes de la señalada general de toda la parición, algunos tienen la costumbre de señalar los corderos, muy chicos todavía, en una sola oreja: esto se llama echar *media señal*.

La operación de la *señalada* no es muy peligrosa de por sí para los corderos, pero lo que la hace algo delicada es que, al mismo tiempo, generalmente, se emasculan los machos, cortando también la cola á todos los corderos.

La señal se debe hacer con mucha prolijidad para que no quede desfigurado el animal, y que de lejos con la mayor facilidad se pueda conocer. Una señal bien pareja en toda la majada le da muy buena vista y facilita mucho el aparte en caso de mestura. Para que este trabajo quede bien hecho, lo mejor es que lo haga sólo el mismo dueño de la majada, con ayuda puramente de los de la estancia.

Se corta la *cola* de las hembras, dejándolos sólo de 4 á 5 centímetros de ese apéndice; la de los capones sólo se despunta para conocerlos más fácilmente.

Al cortar la cola, es preciso buscar con cuidado la coyuntura para no estropear el animal. Las colas se juntan en un montoncito y sirven, una vez el trabajo hecho, para saber cuántos corderos se han señalado, cuántos machos y cuántas hembras.

***

La operación de la capa es muy sencilla, y además de estar descrita en todas las obras de zootecnia, basta verla una ó dos veces para saberla hacer después. Para aprender todos estos detalles del oficio de estanciero, lo mejor es

siempre hacer todo de su propia mano, después de haberlo visto hacer primero por otro.

***

Siempre es algo largo y trabajoso aprender á conocer perfectamente las distintas señales de uso corriente, y sus numerosas combinaciones; la práctica únicamente y el ejercicio hacen que, al primer golpe de vista, conozca uno la oveja que debe sacar de una punta encerrada en el trascorral, ó vea, al revisar una majada en el campo, si hay ó no animales que no sean de la señal de la majada.

Ciertas señales, puestas en otras partes de la cabeza que la oreja, muy poco se usan ya: aconsejamos, por nuestra parte no usarlas, como por ejemplo los botones en la nariz, en el labio, ó en la quijada, que se hacen cortando y despegando un pedacito de cuero en dichas partes.

Son señales esas, que el Código Rural podría prohibir sin inconveniente, pues son inútilmente crueles, siendo muy suficientes las señales que se pueden combinar para las orejas.

***

Cuando se vende á un vecino una puntita de ovejas, á cortar, de una majada, cuya señal queda, por consiguiente, de propiedad del vendedor, es el deber y el interés del comprador de *contraseñalar* las ovejas cuanto antes.

Cualquier estación no es, sin embargo, buena para hacer ese trabajo, y por ejemplo, en verano, cuando los calores traen consigo mucha sabandija y el peligro de los gusanos, si no hay apremiante necesidad, por una vecindad por demás cercana, es mucho mejor esperar que se hagan un poco más frescos los días.

La operación de contraseñalar ovejas es mucho más difí-

cil y delicada, á lo menos, casi siempre, que la misma señalada. Algunas veces, la diferencia entre las dos señales, la que lleva primitivamente la oveja y las que se tiene que echar, es muy poca, y entonces fácil es el trabajo; pero otras veces al contrario es bastante difícil y es preciso fijarse muy bien y tener mucha habilidad para hacer la señal nueva con claridad. En ciertos animales, es casi imposible hacer las contraseñales, porque ya han cambiado de mano varias veces y casi no tienen orejas; son generalmente esos animales, ovejas viejas, de esas que el que quiera y pueda seguir los consejos que hemos dado hablando de la invernada, nunca tendrá en sus majadas.

Para todas estas operaciones, señalar, contraseñalar, capar ó cortar la cola, es preciso usar un cuchillo chico muy cortante y puntiagudo; con cuchillo grande no se puede hacer buen trabajo.

***

Cualquier día, cualquier estación no es buena, naturalmente, para señalar. Prescindiremos de lo que aseguran los antiguos, que es preciso esperar el menguante de la luna, porque hemos señalado mil veces corderos en luna creciente y se han criado perfectamente.

Es preciso, sí, elegir un día templado y sin viento, sobre todo, pues el viento es muy perjudicial á los animales recién capados. Hay días muy buenos en invierno, otoño y primavera, para ese trabajo, evitando no más, en invierno, las temporadas de muchas heladas ó de mucha agua. En verano nunca se deben, no siendo por absoluta necesidad, hacer trabajos que exijan derramar sangre por el gran peligro de los gusanos.

La edad más favorable para capar los corderos nos parece ser el segundo mes de su vida, aunque no hay regla

fija para eso y que los corderos más jóvenes todavía ó más viejos soportan perfectamente la operación, si está hecha por manos hábiles, en buena estación, en dia bueno, y con prolijidad.

***

Las señales más usuales para ovejas son las siguientes: (Fig. 23) nº 1, *Martillo;* nº 2, *Punta de lanza;* nº 3, *Muesca;* nº 4, *Zarcillo;* nº 5, *Tajo de pluma;* nº 6, *Patria;* nº 7, *Punta de bayoneta;* nº 8, *Rajada;* nº 9, *Agujero;* nº 10, *Horqueta.*

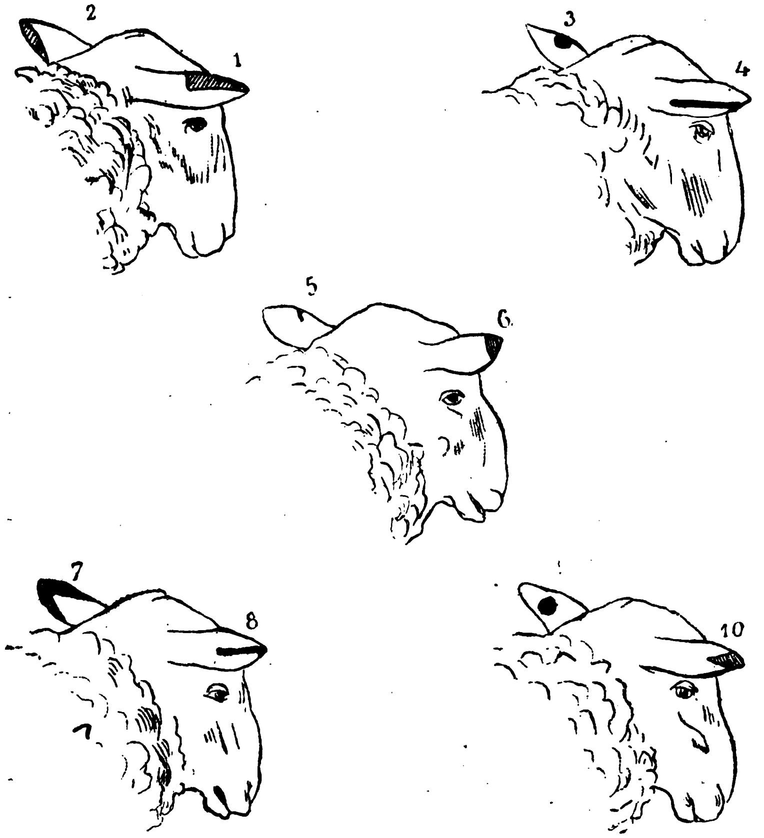



**Fig. 23.** — Señales más usuales para ovejas

Existen algunas señales más, pero menos usuales, y las indicadas se prestan á tantas combinaciones que nos parece inútil indicar otras; las cinco primeras se pueden usar *de adelante* ó *de atrás*, es decir, en la orilla de la oreja más cercana al ojo, ó en la más cercana á la cima del cráneo (1).

Con estas diez señales, se pueden arreglar mil otras diferentes y bastarían ellas solas para señalar todas las majadas de la provincia de Buenos Aires.

## CAPÍTULO X

### ESQUILA

**Estación de la esquila.—Preparativos.—Limpiar y correr las majadas—El tendal.—El depósito de lana.—Los galpones.—Las maneas, piedras de afilar, tijeras. El agarrador.—El atador.—Hilo de atar.—El cocinero.—El afilador de tijeras.—El latero.—Los esquiladores,—Las mujeres.—Deberes del estanciero.—Las comidas.—Las noches.—La lluvia.—La pila de lana.**

La *esquila* es, si no para los puesteros, á lo menos para el estanciero, el trabajo de más importancia de todo el año. La oveja tiene esa ventaja, que siempre da su cosecha al fin del año, la lana, mucha ó poca, de buena ó mala calidad, vendible á tal ó cual precio, pero siempre la da y siempre es vendible.

La parición puede haberse perdido, los capones se habrán quedado flacos, se habrán muerto muchas ovejas, pero siempre queda al estanciero ese consuelo, y ese alivio, la lana.

***

La *estación más favorable* para la esquila, varía, naturalmente, como la de la parición, según la situación del establecimiento, al norte ó al sur.

---

(1) Se usan también las palabras *de abajo*, por de adelante, y *de arriba* por de atrás.

Suele empezar en Septiembre en algunas partes, en Octubre en otras, y en Noviembre en las más.

Septiembre es muy temprano y muy peligroso, no siendo para majadas finas que viven á galpón; es el mes del equinoxio, y por consiguiente de los temporales, de las grandes lluvias y á muchos ha costado caro haber querido ser los primeros en mandar lana al mercado.

Octubre, para los partidos del Norte, es preferible, y Noviembre para el sur y la Pampa.

A pesar, sin embargo, de haber esperado con prudencia que hayan hecho su aparición los primeros calores fuertes, no puede nunca el estanciero creerse del todo libre de catástrofes, y á menudo sucede que Noviembre trae temporales bastante fríos para matar sin remisión muchas de las ovejas recién esquiladas; pero esto no puede entrar en balanza con la necesidad de empezar la esquila antes que la lana se reseque, se llene de carretilla y haga sufrir á las ovejas con su peso y su calor exagerado, como sucedería un poco más tarde.

***

Como un mes antes de la esquila, tienen que empezar los *preparativos*.

En esta estación, es cuando más purgan las ovejas, por la abundancia de pasto tierno que encuentran en el campo; por esto, ensucian muchísimo su lana, y dos ó tres veces, antes de la esquila, es preciso pasarlas al trascorral y hacer lo que se llama *descascarrear*, es decir, sacar con las tijeras de esquilar todo el estiércol que ha quedado pegado en la lana de la cola, de los cuartos y de las patas de los animales.

Hasta el último momento, es preciso revisar la majada cada ocho á diez días para evitar que se pique de sarna;

se aprovecha la ocasión para *desvasar* las ovejas que lo precisen: (cortarles las uñas).

Es excelente *trabajar* las majadas en el mes que precede á la esquila; no solamente el ejercicio aumenta algo el peso de la lana facilitando la secreción de la suarda, sino que es, del punto de vista higiénico, excelente obligar á hacer ejercicio moderado á toda clase de animales en la primavera. La traspiración es necesaria para la conservación de la salud y el aumento del apetito; la función de la piel es tan importante como la del estómago; es cosa probada, que todo animal moderadamente trabajado en la primavera, engorda mucho más pronto que el que dejan descansar demasiado.

No se debe, sin embargo, hacer correr las ovejas hasta el abuso, como hacen algunos, ni hacerlas correr en el corral, cuando hay en él demasiado polvo, lo que ensucia la lana y le quita mucho más valor de lo que le da de peso. Pocos son los compradores que hoy se dejan engañar; esos medios son más bien cándidos que ingeniosos.

Los únicos medios de aumentar la cosecha, es decir, de hacer con ella más plata son, como en todo, los medios legales y legítimos; tener buenos carneros para refinar las majadas y hacerlas de más lana, curar bien y con constancia la sarna y cuidar bien las ovejas en todos los detalles, son los medios exclusivos de hacerles producir el máximum; lo que llaman en el campo *vivezas* son por lo general, puerilidades de nécios.

***

Llegando ya el día de dar principio á la esquila, debe ocuparse el estanciero en preparar todo lo que hace falta.

Si no hay algún galponcito especial para la esquila, es

preciso arreglar para tendal una parte del galpón que más se preste, por su situación cerca del corral, y las comodidades que presente, para depósito de la lana.

El *tendal* debe ser de piso de tabla, lo que fácilmente se arregla con listones de los que sirven para hacer lienzos de corral ó con tablas de una pulgada, puestas una contra otra. Se debe hacer, arreglado al número de esquiladores que se piensa ocupar, calculando de tres á cuatro varas cuadradas para cada uno.

En la orilla del tendal se colocará la *mesa de atar lana*, de modo que esté lo más posible al abrigo del viento, y entre el tendal y la romana, para que de sus manos pase cada vellón á la hamaca en la cual se pesa la lana. Como de la romana la lana debe ir al depósito, es bueno que la puerta de este último quede á pocos metros de ella.

Para *depósito de la lana* puede servir cualquiera pieza, con tal que tenga buen techo y paredes bien revocadas y secas.

El piso de tabla hace perder peso á la lana, lo mismo que el techo de hierro, sin junco abajo. Si el depósito de la lana es de material, el mejor piso será de baldosa; pero si el piso es de tierra, es de toda necesidad hacer, como á veinte y cinco centímetros de altura, algún tablazón para poner encima la lana, evitando así que tome humedad. Para hacer ese piso se pueden emplear lienzos de corral que se extienden sobre algunos tirantillos.

El aire circula así libremente abajo de la pila, de modo que ésta no puede arderse, ni perder nada de su peso.

El depósito de la lana debe naturalmente estar bajo llave, y nadie más que el dueño de casa debe penetrar en él.

El arreglo de los *chiqueros* pide cierto tino y cierta reflexión, y se debe hacer naturalmente según la situación de los corrales y del galpón donde se esquile, y de las

demás instalaciones del establecimiento. Los requisitos esenciales para el arreglo de esos chiqueros, son los únicos que podemos indicar, y consisten en evitar en su conjunto todo lo que pueda entorpecer ó demorar el trabajo de la esquila.

Por ejemplo, del corral, deben poder entrar con toda facilidad al *brete*, las ovejas, y para esto, nada mejor que establecer con algunos lienzos una *manga* que facilite la encerrada. Se encierra una punta grande de ovejas en un *trascorral* largo y angosto; esa punta se calcula poco más ó menos en lo que se puede esquilar en el medio día. De este trascorral, el agarrador con muy poco trabajo, hace pasar las ovejas al brete chico donde trabaja, por puntitas. En las horas de descanso debe ese brete quedar sin ovejas adentro para que tenga tiempo de secarse y no se haga barro en él.

Durante la esquila, las ovejas, por la calor y el fastidio que les da el ser trabajadas, se hacen muy resabiadas para entrar á los corrales y chiqueros; por esto hemos insistido en la necesidad de combinar aquellos de tal modo que, á la fuerza, tengan que entrar, quieran ó no quieran, y siempre vale más un lienzo bien puesto y en lugar oportuno, que gritos y golpes.

Es necesario tener en comunicación con el brete un corral, de tamaño regular, para poder guardar encerradas, en ciertas ocasiones, las puntitas de ovejas que se acaban de esquilar, por ejemplo, cuando traen otra punta grande, ó que estando por acabarse una majada, se está trayendo otra para el corral grande; así se evitan las mesturas y la pérdida de tiempo.

***

No nos parece útil dar aquí plano para galpón y corrales de esquila de establecimientos pequeños, pues cada estan-

ciero se tiene que dar vuelta con los elementos y según las comodidades que tiene á mano. A más, pensamos que del plano que damos (fig. nº 24) para establecimientos grandes de 50.000 ovejas arriba puede sacar ideas el que no tenga más que 10.000, reduciendo el tamaño de los corrales y tendales y el número de bretes.

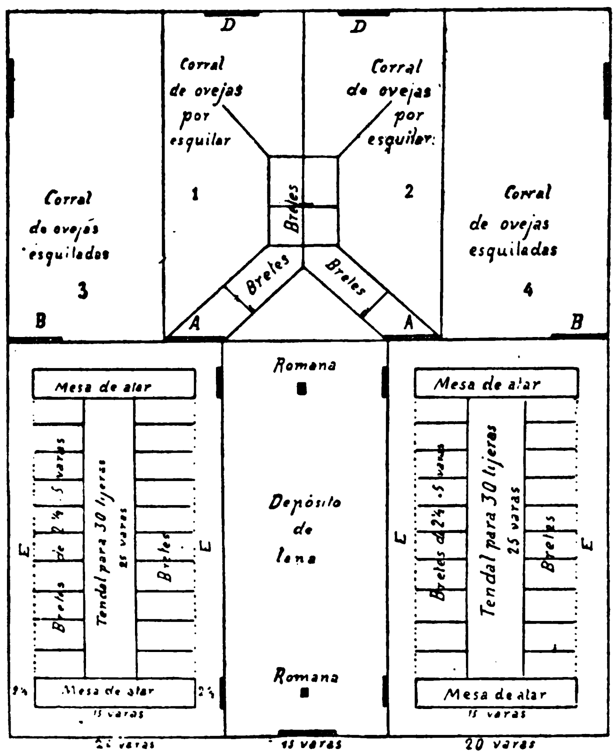



**Fig. 24.** — Plano de corrales y galpón de esquila

El plano adjunto puede servir para esquila de 3 á 5.000 ovejas por día, sea á tijera, sea con máquina.

Daremos algunas explicaciones de la figura nº 24. Se combinará un galpón, ó más bien dicho tres galpones

gemelos, de los cuales uno, el del medio, sirve únicamente de depósito para la lana, y los de los dos costados' que lo mismo pueden ser simples ramadas, son especialmente destinados al trabajo de esquila. Quedan los tendales dispuestos de tal modo que para cada dos esquiladores hay un brete de 2 1/2 varas por 5, en el cual se encierran de 15 á 20 ovejas; cada esquilador puede así agarrar él mismo sus ovejas y volverlas á soltar, una vez esquiladas en el mismo brete. Así se suprimen el agarrador y el latero, y como cada esquilador tiene juntas todas las ovejas que ha esquilado, la vigilancia es fácil y no se pueden soltar animales mal esquilados en algún momento de descuido. Las mesas de atar están en las dos puntas del tendal para que fácilmente lleguen los vellones á su destino y á cada mesa de atar corresponde una puerta del depósito.

Por esta disposición se reparte el trabajo en dos gavillas de 30 tijeras cada una, lo que nos parece mucho mejor en la práctica que tener una sola grande.

En los corrales se pueden encerrar dos majadas, llegando del campo por las puertas D. Entran al galpón de esquila en A; se reparten por los zaguanes E en los bretes que se cierran por puertas corredizas. Durante la repartición, quedan la mitad de los esquiladores en el tendal para impedir que lo invadan las ovejas, los otros hacen entrar las ovejas y cierran los bretes. Una vez esquiladas las ovejas, van por las puertas B á los corrales que comunican con el campo por las puertas C.

***

Es bueno mandar hacer las *maneas* el día anterior al principio de la esquila, para que tengan tiempo de orearse algo. Para esto se esquilan dos ó tres capones, según el

número de esquiladores que van á trabajar; se carnean, y una vez los cueros un poco oreados, se cortan de ellos tiras anchas de tres dedos poco más ó menos; son las maneas que servirán para atar las patas de las ovejas en el tendal.

Siempre deben estar á disposición de los esquiladores las *piedras de afilar;* y en cuanto á las *tijeras*, empiezan á preferir en todas partes las chicas, con las que se cansan menos los esquiladores, no cortan tanto las ovejas y andan más ligero. (fig 25).

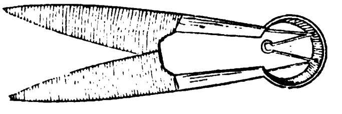


**Fig. 25.**—Tijeras de esquilar

Hemos enumerado poco más ó menos todo el material necesario para la esquila; haremos mención todavía del *espíritu de alquitrán* para curar los tajos en las ovejas, de algunos *lienzos* para llevar más fácilmente la lana á la pila y tapar esta última, y en fin, de las *latas* para el pago de los vellones.

Esas latas llevan las iniciales del dueño del establecimiento y representan cada una un vellón; pero es bueno tener también algunas más grandes y que lleven los números veinte, cincuenta, ó cien para poder cambiar con éstas las primeras y no verse obligado á tener de aquéllas un número crecidísimo.

***

Pasaremos á hablar del personal necesario para la esquila y de las obligaciones respectivas de cada individuo de los que lo componen.

Llamamos cuadrilla al número de esquiladores, propiamente dicho—de *tijeras*— que corresponde á un agarrador y á un atador de lana.

Calculamos que, en término medio, doce esquiladores pueden en veinte dias,—con fiestas y mal tiempo,—esquilar de doce á quince mil ovejas, y que por cada doce esquiladores, se precisan, para que el trabajo marche con toda regularidad, un agarrador de ovejas y un atador de lana.

El oficio de *agarrador* es, en general, muy buscado; no es, sin embargo, oficio muy liviano, pero no precisa ciencia especial como el de atador ó de esquilador

Consiste en agarrar las ovejas en el chiquero y manearn el tendal. Debe también el agarrador carnear todos los dias para el consumo de la peonada, barrer el tendal cuando se deja el trabajo y ayudar primero que todos á encerrar las ovejas.

Generalmente, al echar la primera punta al brete, cada esquilador agarra por su cuenta una ó dos ovejas de las que parecen menos trabajosas; se llama eso, dar al agarrador la atada, medida algo necesaria, pues tendría que empezar el agarrador por manear muchas ovejas antes que se pudiese empezar el trabajo y se perdería mucho tiempo.

Mientras los esquiladores están esquilando esas primeras ovejas, el agarrador sigue maneando.

Debe siempre tratar de repartir equitativamente el trabajo, es decir, que no se le debe permitir favorecer á algún esquilador en detrimento de otro, dando á uno todos animales menos trabajosos, y á otro, por ejemplo, puros capones.

Debe manear fuertemente, para que las ovejas, una vez en el tendal, no puedan escaparse ni moverse sino cuando las suelta el esquilador. Cuando una oveja maneada se

desmanea de golpe, puede hacer cortar algún esquilador, y el menor mal que puede hacer, es deshacer el vellón, perdiendo así la lana parte de la vista.

Tampoco debe hacer nudos que obliguen á los esquiladores á cortar las maneas y hacerlas inservibles.

***

El *atador* es el que envellona la lana. Su primer trabajo debe ser de ovillar el hilo suficiente para un día ó dos de esquila. Le ponen los vellones sueltos en las puntas de su mesa, y las barrigas y pedazos, sea en el suelo, sea en otra mesa, si deben ir adentro de los vellones. Debe hacer, en cuanto sea posible, un atado por cada vellón. Ya que no es todavía costumbre acá de clasificar en el acto de la esquila las diferentes partes de cada vellón, sino sencillamente de cortar en dos la parte del lomo, superponer esos dos pedazos para hacer las *tapas* del vellón, poniendo después encima, para que queden adentro, las partes inferiores, como los cuartos, cabeza, lana de patas y barrigas, es preciso siquiera que cada *vellón* sea realmente un vellón, y que el comprador, al abrir uno de ellos, pueda darse cuenta de la proporción de lana de cada clase que ha de encontrar en cada lote.

Por eso es muy mala costumbre echar, en vellones de lana madre, lana de borregas. El que busca lana de oveja, muchas veces no precisa lana de borrega, y recíprocamente; de modo que la presencia de lana de borrega quita para el comprador de lana madre algo del valor de esa última, mientras el comprador de lana de borrega hubiese pagado por esta sola, y puesta aparte, todo su precio. El mejor modo de evitar ese defecto, es de esquilar separadamente las ovejas y las borregas.

El envellonador debe sacar prolijamente de la lana toda *cascarria* que haya podido quedar pegada en ella; no hay cosa que haga peor efecto á un comprador, como de encontrar, aunque no haya más que esa en toda la partida, una *cascarria*, pues puede suponer que hay muchas otras y que el rinde de la lana tiene que mermar en proporción.

Es difícil pronunciarse sobre la cuestión, muy debatida, de si es más ventajoso poner las barrigas adentro ó afuera de los vellones.

Para el atador de lana, las mejores mesas son esas de claraboya que suelen usar los clasificadores de lana.

Para pesar la lana, basta una *romana* ordinaria, de la cual cuelga una *hamaca* hecha de un lienzo chico de corral, en el cual pueden caber de quince á veinte arrobas.

El *hilo de atar* debe ser bueno y es preciso fijarse en su calidad al comprarlo. Un hilo flojo, que á cada rato se rompe, hace perder mucho tiempo al atador.

Es bueno evitar hacer los vellones muy apretados. Antes, hace todavía pocos años, se figuraban los estancieros que un vellón chico, macizo, bien duro y apretado, era lo que se llamaba lana bien acondicionada. Hemos visto atadores de lana, que en vez de trabajar en una mesa, apretaban con el pie los vellones y llegaban á hacerlos como piedra, y también hemos oído un gaucho viejo alabar ese modo de envellonar, asegurándonos que gastaba así muy poco hilo, sin reflexionar que el hilo vendido al precio de la lana deja utilidad.

Es un error proceder así. La lana medio suelta, tiene mucho más vista y se da más fácilmente cuenta el comprador de lo que pueda valer, juzgando mejor su rinde probable.

La lana debe presentar, podemos decir, un volumen adecuado á su peso, pues una lana, liviana de por sí, pero demasiado apretada, parece pesada y de mal rinde.

El agarrador y el atador, se pagan tanto por cien animales.

***

El estado mayor de la cuadrilla de esquila, se compone, además, del *cocinero*, que se paga por día. Algunas veces pagan también por día un *afilador de tijeras*, pero casi siempre afilan los mismos esquiladores; un *latero*, que alza los vellones y distribuye las latas; pero muchas veces llena ese oficio el mismo puestero cuya majada están esquilando; en fin, también puede haber un *muchacho* especialmente encargado de curar las ovejas cortadas y de alzar los pedacitos de lana desparramados.

***

Viene después el ejército de los *esquiladores*.

Como para toda clase de cosecha, sería muy ventajoso poder hacer la esquila en pocos días.

Esto sólo se conseguirá con la vulgarización de las máquinas de esquilar, vulgarización que se ha de hacer tan rápida como la de las máquinas de segar y otras en los demás ramos de la agricultura, á medida que la competencia las irá haciendo bajar de los precios que hoy piden por ellas, y que como los de toda cosa nueva son muy superiores á lo que valen.

Por ahora, muchas veces, falta gente, pues si la población aumenta bastante, el número de ovejas y la calidad de ellas ha aumentado en proporción mucho mayor y de algunos años á esta parte, tanto adentro como afuera, se quejan con razón los hacendados, de la escasez de brazos para esta faena, que coincide con la cosecha del trigo.

Hubo un tiempo en que tan poco valía la lana, que muchos ni esquilaban las ovejas, dando la lana á medias, para que se las esquilasen. Ovejas de muy poca lana, la lana de muy mala calidad y poca seguridad en el campo, eran suficientes motivos para que los compradores no se apurasen mucho en venir en busca de este importante producto. Más tarde, aun podían ciertos esquiladores muy hábiles acabar en el día cien, y algunas veces más de cien ovejas. Por supuesto, que el trabajo no debía ser muy esmerado, y que más de una oveja se moría de los tajos, pero en fin, quedaban esquiladas.

Hoy se puede decir que, por suerte, se acabaron las ovejas de barriga pelada, y que los estancieros prefieren pagar el doble de lo que pagaban hacen algunos años, por tal que les esquilen las ovejas con cuidado y prolijidad; pero el que antes esquilaba cien ovejas diarias, difícilmente hoy llega á sesenta, y se precisaría mucha más gente que entonces. Con máquinas de esquilar, sin embargo, algunos obreros hábiles llegan á cien ovejas.

En vista de esta escasez de brazos, hemos aconsejado imponer á los puesteros la condición de ayudar, mediante el pago correspondiente, durante la esquila, en lo que cada uno sepa hacer, aunque tengan que pagar ellos alguna persona, que mientras dure el trabajo, les cuide la majada. En los partidos centrales, donde la población es densa relativamente, la dificultad no es tan grande, y no se precisa en muchas partes tomar esa medida, pero en los campos lejanos es indispensable.

***

El precio por ciento de ovejas, para las majadas comunes, pagando dos latas por los carneros, varía según el valor

de la lana, puede decirse. Cualquiera que sea el precio, se puede hacer y se debe exigir un trabajo prolijo. El vellón debe caer entero, de una sola pieza; la cabeza, las patas y la barriga deben quedar perfectamente peladas, y se debe tener mucho cuidado en no permitir que por ir más ligero, los esquiladores corten la mecha de la lana dos veces. Ese defecto es muy común, y es preciso tratar de hacer entender á los esquiladores que quitan mucho mérito á la lana cuando recortan la mecha, sobre todo si es lana de peine. Además de esto le quitan peso, pues todas esas mechitas cortadas se caen y se vuelan al alzar el vellón. Es preciso no solamente pelar la oveja bastante cerca del cutis, sino también no volver atrás para emparejar, si se ha dejado la lana un poco larga en alguna parte; más bien dejarla así; á lo menos no se pierde.

Con las máquinas de esquilar desaparece del todo ese defecto de la lana recortada.

***

Para que los vellones no se corten ni se deshagan, hay que prohibir absolutamente *las yuntas* ó asociación que hacen dos esquiladores, de los cuales uno *garrea* la oveja, es decir, le quita la lana del pescuezo, cabeza, lomo y paleta, y el otro la acaba de esquilar. Si se permite una yunta, hay que admitirlas todas, y en poco tiempo es un desparramo de lana muy perjudicial, bajo todo punto de vista, pues quedando el vellón abierto en su parte más limpia, y la oveja envuelta en él, á cada movimiento que hace el animal, se ensucia un poco más la lana, sin contar que si se desmanea una oveja garreada y dispara, se vuelve deshecho lo que era lana de tapa para el vellón. Sucede así también más fácilmente que tenga el latero que dar una

lata de más que la cuenta por creer que hay dos vellones, donde no hay más que uno.

Para evitar esos errores, que muchas veces tratan á sabiendas de hacer cometer los mismos esquiladores, lo mejor es, cuando el vellón ha sido sacado y bien arrollado, lo que debe hacer el esquilador, dar la lata é inmediatamente alzar el vellón, sin admitir después y nunca ninguna clase de reclamo. Si por error, el latero alza un vellón antes de pagarlo, que reclame el esquilador; lo sabrá hacer y hará bien.

Cuando un esquilador esquila mal ó de algún modo falta á su deber, si no se compone á la primera reprensión, no hay más remedio que arreglarle las cuentas sin ninguna clase de discusión. Poca cosa es que corten una oveja ó dejen mal pelada una barriga; lo que es preciso impedir á todo trance, es el mal ejemplo.

Hemos notado que las mujeres en general, esquilan mucho mejor que los hombres, y cortan menos las ovejas.

Eso de cortar las ovejas, se puede decir que con la tijera es inevitable, y no siendo en ciertas partes ó muy grande el tajo, no es tampoco de mucha gravedad, y se sanan muy pronto las heridas. Un tajo en la barriga, que corte una vena, es preciso atarlo en el acto con dos alfileres cruzados, si no, se muere la oveja. Se debe tener esencial cuidado que no se corten las tetas de las ovejas, ú otras partes esenciales, tantos en los machos como en las hembras, pues pronto se inflaman y se mueren los animales. De ningún modo debe un esquilador soltar un animal herido, sin llamar al muchacho encargado de curar los tajos con alquitrán, pues de no hacerlo así, puede suceder que, por la estación calurosa, se muera el animal de un tajo, algunas veces insignificante de por sí.

En el tendal no debe quedar de lana, sino lo que es absolutamente inservible: todo lo que es lana debe ir á la pila, pues por deshecha que sea, siempre tiene su valor.

***

En resumen, mucho tiene que vigilar el estanciero durante la esquila y es entonces cuando el ojo del amo se hace más preciso que nunca.

Debe tratar bien á los esquiladores que vienen á trabajar en su casa y mantenerlos con liberalidad. La esquila es trabajo pesado y precisan fuerza para aguantarlo. Pero debe impedir que la reunión de tanta gente en su casa se vuelva invasión. En establecimientos crecidos, nada más fácil, pues tienen los esquiladores su galpón y cocina aparte; pero en establecimientos regulares donde no hay esa comodidad, es más difícil y más necesaria la vigilancia.

Se debe prohibir con severidad toda clase de juego y de bebida. Una vez puesto el sol, lo peones deben descansar, para es'ar listos al día siguiente, y no se les debe permitir encender luz, pues las noches entonces son cortas.

Por lo que es de los parejeros, se puede asegurar que el que trae caballo para correr, no es peón, pues perderá la mitad del día en varear su caballo, sin contar que cansará al dueño de casa, pidiéndole pasto.

Las *comidas* para los peones deben ser dos, una á las once y media, la otra á la tarde, al dejar el trabajo. El puchero y el asado son las bases, por demás conocidas, de esas comidas, y el mate, poco más ó menos, á discreción, representa el postre.

Para el almuerzo de medio día, es bueno conceder á los trabajadores dos hora enteras; así pueden descansar un rato, durante la dos horas tórridas de la siesta, y este

poco tiempo, en apariencia perdido, pronto se recupera. Por eso hemos indicado, para el almuerzo, la hora de once y media, que permite volver al trabajo á la una y media.

Por la mañana se debe empezar á esquilar ya que el rocío se ha secado algo en la lana; el mejor momento para trabajar es la mañana, y no se debe desperdiciar.

Para que la lana corra peligro de arderse en la pila, se precisa bastante humedad, y difícilmente puede el rocío provocarla á ese punto, después de media hora de sol; lo que es necesario evitar es que pisen las ovejas, al venir del campo al corral, en algún charco de agua, pues así se mojan toda la barriga y los cuartos, y hay que esperar que se sequen.

La lluvia interrumpe naturalmente los trabajos de la esquila, y es preciso no solamente esperar que vuelva el buen tiempo sino, también dejarlo que seque perfectamente la lana.

***

Al concluir, haremos observar que la esquila de los animales grandes se hace primero y que recién en Enero se deben esquilar las borregas del otoño. Son dos temporadas de bastante fastidio y de mucho trabajo para el estanciero, pero sería ingrato quejarse de los pequeños trastornos que le traen, pues le traen también al mismo tiempo lo que todos más ó menos apetecemos en esta vida: dinero.

***

A medida que van acumulándose los vellones debe empezarse á construir la *pila de lana*.

Para construirla bien, sin que haya peligro de que pueda caerse, se debe calcular primero poco más ó menos la base qué necesita tener para que quepa en ella toda la

lana de la esquila, y empezar por llenar de vellones prolijamente puestos, todo este espacio.

Después, se hace la segunda camada, empezando por poner con mucha regularidad y bien apretados los vellones de las tres primeras hileras de adelante, que representan la pared: se va rellenando poco á poco el medio de la pila, tirando los vellones y arreglándolos, pero de modo que siempre quede el interior de la pila un poco más bajo que la pared que se sigue haciendo por delante.

A medida que va subiendo la pila, esa pared se debe ir retirando insensiblemente de mayor á menor para el interior de la pila, pues haciéndola muy derecha, estaría expuesto á encontrarla una mañana derrumbada y á tener que volver á edificarla.

Haciendo la pila de ese modo, en muy poco espacio cabe mucha lana, lo que algunas veces es de cierta importancia en establecimientos donde hay poco espacio disponible en proporción de la cosecha de la lana.

De todos modos, una pila bien arreglada halaga la vista, y sin engañar al comprador, siempre lo pone en buena disposición, sobre todo si se ha tenido la prolijidad de tapar siempre la pila con lienzos para que la tierra no le haga perder la vista.

## CAPÍTULO XI

### LA LANA

**La carne y la lana.—Ayer y hoy.—Carne ó lana fina.—El problema y sus soluciones.—El mejor camino.—La lana: el vellón, la mecha, la hebra.—Suarda.—Peso.—Cuerpos extraños: sarna, semillas, corral.—Rinde.—Producto en lana.—Acondicionamiento.—El lavado de la lana.**

A medida que aumenta la población en Europa, va disminuyendo el número de ovejas; como son éstas las gran-

des productoras de carne y las únicas productoras de lana, de esta situación nació allá un importante problema zootécnico. Siendo la carne y la lana casi tan indispensables al hombre, una como otra, había que buscar el medio de hacer producir en cantidad suficiente, carne y lana, á las relativamente pocas ovejas que todavía se podían mantener en los países europeos.

Bakewell, en Inglaterra, ayudado por el clima y la fertilidad de su país, consiguió, al fin del siglo pasado, resolver una parte del problema, por la creación de la admirable raza Dishley, de la producción de una gran cantidad de carne; pero, sea por los caracteres de la raza de ovejas, elegida para el experimento, sea en razón del clima, no consiguió, al mismo tiempo, la producción de la lana fina.

La necesidad de una fuerte producción de carne no era entonces tan apremiante en los países del continente, como Francia, Alemania y España, donde el consumo de la carne era menor que en Inglaterra. Los criadores, pues, no se apuraron á imitar á sus colegas ingleses y siguieron dando sus cuidados á la preciosa raza merina, produciendo así lana fina, mientras los ingleses renunciaban á producirla. Entre ellos, era ya regla adoptada, hace medio siglo, que debían buscar los medios de crear una raza ovina, monstruosa, sin lana (absurdo que han dejado á un lado), cuando empezó la Australia á aumentar su producción de lana, y al mismo tiempo que el Plata á exportar algunos fardos de este producto, haciendo ya gran competencia al merino en el mismo continente europeo.

En este continente, sin embargo, una vez calmado el primer entusiasmo de los criadores para esas razas, se produjo cierta reacción en favor de las razas de lana fina y para hacer del todo racional esa reacción y darle todos los medios de llevarse la victoria final, se empeñaron los gran-

dos cabañeros en formar una raza que fuese á la vez de mucha carne y de lana fina, esfuerzos que han producido la creación del Rambouillet perfeccionado, animal que reune á su admirable vellón de merino, la precocidad y casi el peso en carne de las mejores razas inglesas.

Tal es la situación actual en Europa: Inglaterra produciendo mucha carne, pero una lana muy inferior; Alemania dejando la cría del Negrette como demasiado chico, para dedicarse al Rambouillet, como lo prueban las numerosas ventas de carneros importados de ese país, entre los cuales no figuran ya Negrettes; y Francia, dividida entre los criadores de razas inglesas, y los criadores del Rambouillet perfeccionado.

***

Dado que nuestra producción debe tomar por norte las necesidades de los mercados que alimentamos, y el pedido que pueden hacernos de nuestros productos los países europeos, y vista, aunque á grandes rasgos, la situación de dichos países, ¿cuál es hoy la raza que deben preferir los criadores argentinos?

La cuestión, se ha complicado mucho de algunos años á esta parte.

Antes no nos pedían más que lana. La oveja criolla, descendiente directa, aunque degenerada, de las merinas españolas, mejoró rápidamente su lana el día que empezaron á introducir de Europa carneros Negrette y Rambouillet, en razón de que así no se hacía más que obedecer á la ley zootécnica mejoradora por excelencia, *de los semejantes*, pues eran de la misma raza las ovejas indígenas y los carneros importados.

El país empezó á producir mucha lana fina, merina, cada año en mayor cantidad y más refinada.

De carne no se hablaba, y por dos motivos: uno, que las ovejas eran de poco tamaño en general, criadas sin esmero; y otro, que no había medios de transporte suficientes, ni puertos de embarque, ni fábricas frigoríficas.

***

Hacen apenas diez años se debía considerar todavía el país como productor exclusivo de lana fina, y por consiguiente, sólo la cría merina se podía recomendar á los estancieros como digna de su atención.

Las cosas, hoy, han cambiado completamente, y nos es forzoso reconocer que en las condiciones actuales, y aunque guarde todavía en el país y guardará por muchos años la supremacia el mercado de lanas sobre el mercado de carne, éste, asimismo, se vuelve de tal importancia que le debemos dar toda la atención que merece.

Pero, por esto mismo, el problema se vuelve complejo, difícil de resolver, pues lo mismo nos piden lana fina, como antes, que la carne que cada día necesitan más y más.

Una solución hubiera sido, al parecer, la que indicábamos en la primera edición de este libro: aumentar cada vez más, como lo tratan de hacer en Francia ciertos criadores, el tamaño del Rambouillet, sin que perdiese nada de la finura de su lana.

Aquí han buscado otra solución, echando á majadas merinas, carneros ingleses (Lincoln).

Pues bien; en Europa, han llegado á producir Rambouillets de un tamaño bastante grande y siempre con lana fina, aunque no tan fina, ni lejos, como la tenían los Negrettes de antaño, pero no han podido llegar hasta hoy á darles tanta carne como tienen los Lincolns.

Aquí han llegado á la anarquía más completa, la mayor

parte de los criadores echando á perder completamente la calidad de su lana, sin adquirir en realidad la compensación buscada en el aumento del tamaño de sus ovejas.

Los compradores de lanas hoy recorren ansiosos las inmensas salas del Mercado Central abarrotadas de pilas, clamando por lana fina, y encontrando sólo lo que llaman *cruza-fina*, que es una lana que recién se va echando á perder, y *cruza-gruesa* que es una lana que pronto será cerda.

El problema, el sueño se puede decir, hasta hoy, de la creación del Lincoln de lana fina ó del Merino de setenta kilos de carne, está todavía lejos de ser realizado.

¿Se podrá realizar algún día? No lo creemos de ningún modo imposible por nuestra parte, pero para ello se necesita mucho tiempo, y un conjunto de muchas condiciones difíciles de conseguir, como también, probablemente, un criador de genio que las sepa discernir y aprovechar.

***

De lo mucho que hemos leído y observado personalmente, nos hemos formado la opinión que del espesor del cutis no depende la finura de la lana. Más grueso el cutis, más gruesa la lana, afirman casi todos los autores. Es un error, y habrá que buscar otra cosa.

Las merinas tienen el cutis más fino que las Lincolns, es cierto; pero es donde tienen más espeso el cuero donde sale la lana más fina, como el pescuezo, la paleta y el lomo.

No se puede dar por fina la lana de la barriga, y sin embargo en ninguna parte del animal está más delgada la piel. Ningún estanciero ignora que el cutis de un animal lanar fino es más grueso que el de un animal común.

El cuero del macho es siempre más grueso que el de la hembra, y siendo de igual cría, la lana de un capón siempre es más fina que la de la oveja.

La cuestión parece, á primera vista, de poca importancia, pero en realidad la tiene, pues, resuelta, podría servir de base para alguna selección hecha en vista de mejorar la lana de las crías productoras de carne.

***

¿Pero, preguntarán, mientras se resuelva el problema, qué haremos? Nos parece que lo mejor es que cada estanciero se dedique á criar lo que más convenga al campo que ocupa, sin mezclar inconsideradamente razas muy diversas, y tratar de producir ó carne de superior calidad y en abundancia, con Lincolns muy refinados, que al fin y al cabo le darán también una lana gruesa que se venderá por lo que valga; ó merinos grandes, de lana pesada, abundante y muy fina, que siempre le han de dar caponcitos que por valer menos que los Lincoln y no poderse exportar, no por eso dejarán de venderse por algo.

Uno sacará su principal provecho de la venta de capones, el otro de la venta de la lana, considerando respectivamente el otro producto como un accesorio; pero lo que se puede dar por cierto es que entonces tendrá cada uno de ellos su comprador asegurado, su mercado permanente para cada uno de sus productos.

***

Para producir lana fina, la primera condición es la buena selección de los reproductores. Es cuestión de herencia en su mayor parte; preciso es, por consiguiente,

llevar la mayor atención al elegir los carneros para mejorar la lana.

La producción de la carne depende en su mayor parte de la alimentación. Sin duda, hay animales más ó menos aptos á asimilarse con facilidad los alimentos, pero siempre se precisa gran cantidad de alimentos para producir mucha carne.

Lo que se ha podido constatar también es que el productor de lana fina, el merino, necesita una alimentación más delicada, pastos más finos, más variados que el Lincoln. Éste se contenta muy bien y engorda donde apenas se sostiene el merino; en los campos de pastos duros, de bañados algo salitrosos, que forman la mayor parte de la Pampa recién abierta, se puede decir, al pastoreo, el Lincoln vive mucho mejor que el merino. Es, ya no hay duda posible, mucho más rústico. Soporta mucho mejor la intemperie, se manca mucho menos en los bañados, sus corderos son mucho más resistentes.

Es preciso confesar que son cualidades muy apreciables para todos los que tienen sus establecimientos en campos nuevos.

De lo dicho podrá deducir cada criador hacia qué rumbo se debe dirigir; pero insistimos en que debe tomar un rumbo fijo.

***

Pasaremos á estudiar la lana en sí.

Nuestro mercado es todavía mercado casi esencial de lanas, y por consiguiente, debe cada estanciero llegar á conocer perfectamente la lana y su producción, consideradas bajo todos sus aspectos.

Las cualidades del vellón son individuales, pero como se reproducen perfectamente por herencia, al punto que

ha bastado algunas veces una peculiaridad en un solo animal elegido para reproductor, para que se pudiese llegar á formar una variedad, la cuestión principal para el que quiere, como lo quieren todos, mejorar su hacienda lanar, consiste en la elección reflexionada de los reproductores, sea que los compre ya mejorados—que es el sistema más ventajoso—sea que opere por selección en sus mismas majadas.

Trataremos de condensar en pocas líneas los conocimientos indispensables á todo criador de hacienda lanar para que pueda juzgar y apreciar los méritos y deméritos del vellón de cualquier animal. Dejamos á un lado la lana del Lincoln, que consideramos productor de carne y no de lana, para ocuparnos sólo de la lana merina.

Empezaremos por dar el útil consejo de no estudiar solamente en el libro los datos que apuntamos aquí, sino, al contrario, de estudiarlos en el animal, con el libro en la mano. En el caso presente, más que en cualquier otro, la teoría sola no sirve sino para ayudar á la práctica y hacer menos lenta la adquisición de la experiencia.

***

El vellón se compone de mechas, la mecha de hebras.

Las cualidades ó defectos de la hebra, hacen las cualidades ó los defectos de la mecha, y la proporción más ó menos grande de mechas buenas ó defectuosas, hace el vellón bueno ó defectuoso.

La hebra debe ser *fina*, *larga*, *elástica*. La hebra debe ser *tupida*, *igual* y *fuerte*. El vellón, en fin, debe ser *pesado*, *homogéneo*, *completo*.

Tales son, en resumen, las cualidades principales cuyo conjunto hace la lana de un animal de superior calidad.

Pasaremos al estudio detallado de cada una de ellas, insistiendo otra vez en ese punto que nos concretamos á lo que es de interés y utilidad general, dirigiendo por lo demás á nuestros lectores á las obras técnicas especiales relativas á la lana.

La *finura* de la hebra es la base más generalmente empleada para apreciar una lana. Inútil es decir que no hay finura absoluta, sino finura relativa de una lana á otra: una lana puede ser fina y serlo menos que otras que la superen de mucho en finura.

La finura de la lana se puede conocer á la simple vista, con un poco de experiencia, aunque sea sin tener otra al lado, como punto de comparación. Basta para el conocedor arrancar una sola hebra de un vellón para juzgar la calidad de una lana.

Toda lana tiene la hebra más ó menos rizada, pero casi siempre, aunque no sea prueba perentoria de finura, las más finas son las más rizadas. De ahí la distinción que se puede hacer entre la hebra muy rizada y la hebra *ondeada*, cuyo rizo es irregular y abierto. Por ejemplo, la lana merina es rizada, la lana Lincoln ondeada, y mas todavía la del Leicester.

El *largo* es siempre una cualidad de la lana, á cualquier uso que se destine, pues fácilmente se comprende que, no ocupando más espacio en la superficie del cútis la célula de la hebra larga que la de la hebra corta, el producto en lana de dos animales de tamaño y finura iguales, será muy diferente, según el largo de la hebra. Por eso es que las variedades de merinos de hebra corta se van dejando más y más, al punto que ya casi se puede decir que han desaparecido totalmente.

La *elasticidad* de la hebra proviene en su mayor parte de la disposición del rizo, y como generalmente las lanas

más rizadas son las más finas, esas vienen á ser también las más elásticas.

Se juzga la mayor ó menor elasticidad de la lana según el tiempo que echa la hebra, después de estirada y suelta para volver á su posición natural, fijándose también el observador si vuelve la hebra completamente ó no á su posición normal; otra clase de elasticidad de la lana, peculiar á la mecha, se juzga apretando en la mano una mecha y dejándola volver á su situación primitiva.

La elasticidad no debe ser exagerada; hay ciertas clases de lanas muy rizadas, pero así mismo gruesas, que también son tan elásticas y tienen tal propensión á volver á su situación natural después de estiradas, que no se prestan á ser tejidas.

La *mecha*, hemos dicho, debe ser *tupida, igual* y *fuerte*. Son las principales cualidades que debe poseer, y de las cuales derivan sus cualidades secundarias, que estudiaremos después.

Consiste la *tupidez* en la masa más ó menos compacta y considerable de hebras agrupadas en una misma superficie de cutis. La tupidez parece depender en parte de la finura: más gruesas son las hebras de la lana y más alejada queda una de otra. La tupidez de la lana es en la elección de un reproductor una de las cuestiones más importantes á considerar.

Al comprador de lanas no le importa la tupidez, y hasta diremos que, cuando compra la lana suelta y no en pie, no se podría dar cuenta exacta de ella, lo que, por lo demás, no le sería de ninguna utilidad; pero para el criador cuyo objeto es hacer producir á cada animal de sus rebaños el máximum, es cosa muy diferente.

Aprovecharemos la ocasión para hacer notar, una vez por todas, que hablamos aquí de la lana al punto de vista

especial y exclusivo del criador y no del negociante en lanas, cuyo interés se puede decir que es, no en los puntos principales, pero en algunos detalles, casi contrario al interés del primero.

***

Una mecha *igual* es la que, compuesta de hebras del mismo largo y poco más ó menos de la misma finura y del mismo rizo, afecta la forma cilíndrica, á sección pareja en la punta y en la base, y por oposición á la mecha puntiaguda, cuya punta es más delgada, y á la mecha hueca, cuya punta es más ancha que la base.

El rizo ondulado y la tupidez dan á la mecha más cohesión y le facilitan la posición perpendicular al cutis. La mecha puntiaguda es siempre horizontal ú oblicua y flotante. Esa disposición distinta de las mechas da al conjunto del vellón un aspecto diferente (como el vellón del merino y el vellón del Lincoln), pues las mechas iguales son siempre paralelas, mientras las otras parecen á menudo divergentes.

La *fuerza* de la mecha se calcula por la resistencia que opone á la tracción. Esa calidad de la mecha corresponde directamente á la calidad hermana de la hebra, la elasticidad, y se puede decir que ambas provienen de la calidad de la suarda.

***

La *suarda* es una secreción de las glándulas sebáceas, peculiar á la piel de carnero, y que mezclada con la secreción de las glándulas sudoríparas, comunica á la lana sus propiedades aceitosas; pero, según las razas y hasta según los individuos, presenta diferencias caracte-

rísticas; es más ó menos aceitosa ó sebosa, y en ciertas partes del cuerpo tiene la consistencia de la cera.

La suarda de buena calidad es siempre soluble en el agua, y su color es amarillo. Hace la lana suave, elástica y fuerte, manteniendo las hebras juntas y fuertes.

La suarda blanca denota una lana floja, seca, sin elasticidad.

Sucede que la lana pierde su fuerza cuando el animal ha padecido durante alguna estación del año. Por ejemplo, si le ha faltado el pasto, por seca ó alguna otra causa, si la lactación ha sido muy larga, etc., etc., la mecha parece tener varias zonas de diferente espesor, en las más delgadas de las cuales se corta con más facilidad.

La falta de alimento disminuye el diámetro de la hebra mientras dura, pero no encontramos en esto una prueba que la abundancia de alimento la engrose, como lo sostienen por error algunos autores.

***

El *vellón* debe ser *pesado*, *completo*, *homogéneo*.

Al *peso* del vellón concurren varios elementos que, según su clase y su proporción respectiva, le dan ó le quitan algo del valor. La calidad de la suarda contribuye en mucho á dar peso al vellón, y en ciertas razas, su secreción exagerada hace que el rinde de la lana, al lavar, viene á ser muy poco. Pero así mismo, en tesis general, el peso elevado del vellón es para el criador una ventaja importante. Esta ventaja resulta naturalmente del largo y de la tupidez de la lana; pero también depende, como todas las demás calidades del vellón, de la calidad del campo, de la edad, del sexo, del estado de salud, de la raza, del clima, del régimen alimenticio. No hablamos de los cuerpos extraños,

abrojos, chicos y grandes, carretilla, *cascarrias*, etc., que no hacen parte de lo que llamamos aquí peso del vellón, y no contribuyen de ningún modo á darle vigor, sino, al contrario, se lo quitan en parte.

Una de las causas principales del peso de un vellón es de ser éste *completo*.

Entendemos por vellón completo el que cubre todo el cuerpo del animal, no sólo el lomo, sino también la barriga, las patas y la cabeza. Esa propiedad, la tiene únicamente el carnero merino.

Las grandes y múltiples arrugas de que están dotados ciertos animales, aumentan bastante el peso del vellón. Pero en Europa, estas arrugas han sido completamente abandonadas; creen que ocupan para su formación una gran cantidad de materia animal que sería mejor empleada en conseguir más peso de carne. Es de observar que en la parte más espesa de esas arrugas, la lana es casi siempre muy ordinaria y que la que crece en los dobleces de esas arrugas está hecha algo inferior por la misma suarda espesa que contiene, y que más que suarda parece cerumen.

Se dice de un vellón que es *homogéneo*, cuando en ninguna de sus partes lleva mezclado con la lana, pelo, y que por consiguiente, la finura de la lana es tan igual como es posible en todas las partes del cuerpo.

Tales son las principales cualidades de la *hebra*, de la *mecha*, del *vellón*.

* * *

Señalaremos ahora varias peculiaridades de la lana.

La lana crece continuamente, y, aunque no se esquile una oveja durante muchos años, no se le cae la lana, mientras se conserva en buena salud. Cuando se habla del largo de la lana, se entiende la lana de doce meses.

El *color* de la lana es muy variable. Según sea la suarda, blanca, amarilla ó verdosa; según la naturaleza del terreno, si es arenoso, de pasto tierno ó de pasto fuerte, ó de cañadones de pasto tierno, cambia completamente de aspecto la lana.

Por ejemplo, la lana de pasto fuerte es, en general, de un color gris-azul producido por las cenizas de las quemazones de campo y que á primera vista no parece muy ventajoso. Pero todo el mundo sabe, y los compradores mejor que nadie, que este color desaparece al lavar la lana y que queda ésta perfectamente blanca.

La lana merina de campos superiores es color de oro; la merina de cañadones es blanca.

El color amarillo dejado por la orina del corral, no desaparece al lavar, lo que hace inevitable que se desprecie la lana de las majadas que se encierran demasiado.

A calidad igual de pastos, los campos altos dan mucho más peso, y menos rinde en lavado.

Hay lanas de aspecto apagado, las de animales enfermos; otras de aspecto claro, las lanas merinas, en general; otras, en fin, como las de los Lincoln, que son lustrosas.

***

Muchas causas pueden tener influencia perjudicial sobre la calidad de una lana y hacerle perder algo de su valor: en primera línea, la *sarna*. La sarna destruye las mejores partes del vellón, las paletas y el lomo, y hace desmerecer lo poco que queda, pues un animal sarnoso, á más de perder su mejor lana, no puede tener en lo que le queda del vellón, sino lana floja, sucia y fea.

Después vienen el *abrojo grande*, la *carretilla*, ó semilla del trébol, la *cepa-caballo* y la *flechilla*, que de algunos

años á esta parte han hecho desmerecer muchísimo las lanas.

El primero no se encuentra ya sino en los establecimientos mal manejados y su desaparición completa será cuestión de muy pocos años más, si se aplica con rigor la ley especial últimamente votada.

La carretilla es una verdadera plaga, que obliga á los compradores de lana á poner en los contratos de compra en pie, la cláusula, «libre de carretilla nueva». Cuidado con esa condición! Pues, si no se empieza á esquilar antes que madure el trébol, bien pronto se llena la lana de semilla y pierde una parte considerable de su valor.

La cepa-caballo no es tan perjudicial, porque con las grandes lluvias se cae sola de la lana; pero opinamos que es una planta que en todas partes se deberia perseguir sin descanso; cunde muy ligero y cuanto más se tarde en tomar contra ella medidas severas y acertadas, tanto más difícil será su destrucción.

La flechilla daña en realidad menos á la lana que á los mismos animales. Madura siempre después de las primeras esquilas, y se pega solamente en la lana de los borregos; pero esos pobres animales, en ciertos campos, se llenan de tal modo de esa semilla y queda tan agujereado el cuero de ellos, que muchos se mueren ó se ponen ciegos. Lo mejor es esquilarlos cuanto antes, y aunque hayan nacido en Octubre y tengan muy poca lana, es casi seguramente salvarles la vida, esquilarlos en Febrero.

Como causa depreciante de la lana, citaremos, en fin, la suciedad de corral. Las ovejas que se encierran mucho en el corral, y sobre todo cuando hay barro, se ensucian mucho la lana de la barriga y de los cuartos. Queda la punta de las mechas pegada con estiércol cuando queda éste seco y duro, y se comprende que esta condición, qui-

tando á la lana una proporción considerable de su rinde en lavado y toda la vista y color natural de una gran parte del vellón, le quita al mismo tiempo mucho de su precio.

Hemos aconsejado encerrar las ovejas en tiempo de temporal y podría parecer contradicción lo que estamos diciendo ahora; pero haremos observar que mientras llueve, la oveja no se echa'y que, por consiguiente, mientras dura el temporal no se ensucia la lana á pesar de estar encerrada la majada. Cuando se debe evitar el encierro y soltarla, es cuando pasó el mal tiempo, y cuando la oveja, bien comida, pero cansada de haber quedado parada tanto tiempo, no piensa ya sino en rumiar y dormir.

***

Nos queda ahora por indicar brevemente los medios más prácticos para el criador de conocer y apreciar la verdadera calidad, en su conjunto y en sus detalles, de un vellón, es decir, de poner en uso los datos que acabamos de dar para elegir á sabiendas los reproductores destinados á sus majadas.

Como lo hemos observado ya, el punto de vista en el cual se tiene que colocar el criador para *apreciar un vellón* es muy distinto del que tiene que adoptar el comprador de lanas. Primero, éste lo ve suelto, y aquél lo ve en pie: para uno, á más de fina, larga y fuerte, la lana tiene que ser liviana en proporción á su cantidad y por consiguiente de buen rinde. Que sea tupida la mecha y el vellón bien cerrado y completo, para él es lo de menos.

El criador, al contrario, se tiene que fijar antes de todo en la tupidez de la lana y lo completo del vellón. La finura de la lana, su rizo y su largo, la calidad de la suarda, la igualdad de la mecha y su forma, la homogeneidad del

vellón son después, para él, las cualidades maestras que tiene que buscar.

Es importante que se fije en la calidad de la lana con relación á las partes que cubre, pues del estudio de la lana en ciertas partes del cuerpo, puede deducir la calidad de ella en las demás partes.

Por ejemplo, para juzgar la *finura* general de las hebras de un vellón es preciso fijarse primero en la lana de la parte inferior de los cuartos del animal. Casi siempre quedan en esa parte algunos pelos que no merecen el nombre de lana, y en las razas muy refinadas, es de esa parte que es siempre más difícil extirpar el último vestigio de la primitiva inferioridad.

De la ausencia en los cuartos de ese pelo, se puede, pues, inferir la gran finura de todo el vellón.

La barriga, la cabeza y las patas, siendo por lo general las últimas partes que se van cubriendo de lana, á medida que se refina una raza, si están muy pobladas, prueban una gran fuerza de producción lanar.

En una palabra, la inspección de las partes generalmente inferiores del vellón da muy buenas indicaciones de las demás, pues siendo ellas de buena calidad, las otras no pueden ser sino mejores.

Idealmente la mayor *tupidez* de la lana proviene del mayor número de hebras contenido en una superficie igual de piel, pero en la práctica, nunca se ha podido contar exactamente el número de esas hebras. Se han aconsejado varios métodos, pero nadie puede asegurar que haya dado con la exactitud matématica, y lo mejor por ahora es atenerse á los medios vulgares y empíricos de apreciarla.

Uno de estos medios consiste en abrir con las manos alguna parte del vellón. En todo vellón de buena calidad, la lana se debe abrir casi de por sí como las hojas de un

libro, y la tupidez se conoce por la más ó menos superficie sin lana que se deja ver entre las mechas así separadas.

Otro medio consiste en entrar en el vellón la punta de los dedos abiertos, y el criador práctico conoce al momento por la mayor ó menor resistencia que encuentra, el grado de tupidez de la lana. Por ese medio, también se puede apreciar, al mismo tiempo, la suavidad y elasticidad de la lana.

Cuando, al moverse el animal, se abre y vuelve á cerrar perfectamente la lana, es prueba de tupidez. El vellón que siempre queda abierto es seguramente de lana rala.

***

Con los datos que acabamos de indicar, puede cualquiera adquirir, en poco tiempo, la experiencia suficiente para evitar errores perjudiciales en la elección de reproductores, cuestión tan importante para los criadores y á la cual muchos de ellos no prestan aquí todavía toda la atención que merece.

La elección de buenos reproductores lleva consigo la solución del problema más interesante para todo estanciero: el *rendimiento* de sus majadas en kilos de lana, por un número dado de ovejas. Basta un carnero bien elegido, con algunas ovejas regulares, para aumentar en cinco ó seis años, de un cuarenta á cincuenta por ciento, el número de kilos de lana de todo un establecimiento, sin contar el mayor valor que adquiere con una mayor finura dicho producto.

Cien ovejas al corte regulares pueden dar de cien á trescientos kilos de lana, según la clase de ellas, el campo en que pastan y el cuidado que reciben. Se comprenderá, pues, fácilmente, que deben inspirar á todos, semejantes

cifras, el deseo de mejorar la cría y esmerarse en el cuidado.

Debemos agregar que el peso de la lana, calculado en relación con el número de ovejas al corte, depende también mucho de la edad y del sexo de la mayoría de los animales. Es natural que una majada en la cual haya mucha caponada dará en proporción de otra que no la tenga, un peso mucho más fuerte. La lana de borrega pesa en general un cincuenta por ciento menos que la lana de animales adultos. En fin, es en la tercera y cuarta esquila que una oveja da el máximum de peso de lana; más argumentos en favor de la venta para matadero de todo animal, macho ó hembra, que haya pasado esa edad.

***

No es aquí solamente que se preocupan de mejorar las ovejas; para dar una idea de lo que en ese sentido se puede conseguir, citaremos el ejemplo de Francia, donde, en 1850, producían las ovejas, en término medio, dos kilos de lana y cuarenta de carne y hoy producen el doble.

La oveja aquí siempre ha dado y sigue dando una renta buena, en proporción del capital que representa, y es ese uno de los motivos que hacen que tantos hombres trabajadores, venidos de Europa con pocos recursos, han sabido levantar fortunas.

En 1852 subieron las ovejas á dos pesos moneda corriente, de cuatro reales que valían en 1851. Los mismos peones, entonces en muchas partes repugnaban la carne de oveja, y los rebaños compuestos de puras ovejas pampas no representaban sino un valor ínfimo. Sin embargo, después de

la proclamación de la Independencia, pues es de notar que España, única poseedora entonces de rebaños finos, nunca pensó en dotar de ellos á sus colonias, - ya se había tratado de mejorar la cría indígena por la introducción de algunos merinos.

El primer ensayo fué sin éxito; pero Rivadavia, cuyo benéfico genio nunca desatendió nada de lo que pudo contribuir á la grandeza de su patria, desempeñando aquí el mismo papel de Solón en Atenas, y cuidando hasta de los menores detalles, como cuidaba de trazar las grandes líneas políticas del país, se empeñó en implantar acá la raza merina. Durante la sangrienta tiranía de Rosas, cuya misión, misteriosa como la de Atila, parece al contrario, haber sido la destrucción de los progresos alcanzados y una torpe oposición á todo adelanto posible, casi se perdieron las mejoras conseguidas en ese ramo de producción como en todos los demás.

Una vez dada vuelta á esta triste página de la historia argentina, volvieron á empezar de nuevo los estancieros más ricos á mejorar la cría lanar para llevarla sin descanso hasta el punto de refinamiento tan adelantado ya que tiene hoy y que nos va poniendo cada año más cerca del punto conseguido por Australia.

Hoy, aunque las ovejas hayan venido á valer diez ó doce veces lo que valían en 1852, el producto bruto de la lana en majadas esmeradamente cuidadas, alcanza en ciertos años hasta el cincuenta por ciento del valor de los animales, y en ciertas partes algo más.

***

Diremos algunas palabras del *acondicionamiento* de las lanas. En el capítulo anterior, hemos dado ya algunos

datos sobre ese objeto, hablando del envellonador y no tenemos más que completar lo que ya hemos dicho.

El acondicionamiento de la lana en nada depende de su calidad, finura, fuerza, etc.; no depende sino del cuidado general de la majada y de la más ó menos prolijidad del *enve'lonador* Lo que se llama lana bien acondicionada, es una lana limpia, sin cascarrias, sin más cuerpos extraños que los que no se pueden separar sin medios especiales, formando cada vellón entero un atado, yendo la lana de borrega y de barrigas aparte; debe ser atado bastante fuerte para que no se corte ni se deshaga el vellón y nada más. Eso es lo que, por ahora, llamamos aquí una lana bien acondicionada.

Es probable que antes de muchos años, llegaremos á acondicionar la lana como se hace en Australia, es decir, atando separadamente las mismas partes de varios vellones, por ejemplo, dos cuartos juntos, ó las paletas y lomos, etc. Un vellón se puede clasificar por lo menos en tres categorías: 1°, el lomo, pescuezo y paletas; 2°, las orillas de esas partes; y 3°, la parte trasera, los cuartos, barriga, cabeza y patas (grabado nº 26).

Por ahora debemos contentarnos con el sistema antiguo, pues el que hace alguna innovación en esas cosas, raras veces sale bien pagado. Esa clasificación hecha al envellonar, es ventajosa para el negociante en lanas y es muy natural que el criador, hasta que no se la pidan y sobre todo no se la paguen, no se empeñe en hacerla.

Otro progreso nos queda por hacer en el acondicionamiento de la lana, y es el de lavarla en pie; pero en pocas partes hay comodidades naturales para ello, y estamos todavía lejos del momento en que se haga necesario dar detalles de esa operación bastante complicada y todavía de poco ó ningún provecho en la actualidad para el criador,

ni para el exportador, pues la suarda conserva su elasticidad á la lana embalada, y como el flete se paga por metro cúbico, vendría á costar más flete la lana lavada que



**Fig. 26.** — Indicación de las calidades de la lana
1 Superior — 2 Regular — 3 Inferior

la lana sucia, por no poderse reducir á volumen tan pequeño.

# CAPÍTULO XII

## CUEROS LANARES

Cueros de consumo.—Cueros de epidemia —Valor según la estación.—Cueros pelados, media lana, tres cuartos y lana entera.—Peso de los cueros.—Cuidado de los cueros.—Modos de sacarlos y secarlos.—La polilla.—Cueros de corderos y corderones.

Para el criador europeo, los cueros lanares no son objeto especial de comercio, por la sencilla razón que, fuera de los casos excepcionales de epidemia, no tiene ocasión de juntarlos. El precio de la carne es, allá, demasiado elevado para que, en la mayor parte de los establecimientos rurales, se piense en carnear capones destinados al exclusivo consumo del personal. En muchas partes, por su carestía, deja la carne de ser la base de la alimentación de la población rural y prefiere el agricultor, dueño de un pequeño rebaño de ovejas, hacer dinero con sus carneros, vendiéndolos al carnicero, que comerlos él mismo.

Aquí, al contrario, la carne es casi el único alimento en la campaña, y como los capones no valen relativamente mucha plata, se matan para el consumo, sin mucha economía, y se juntan más cueros lanares en cualquiera estancia que en la carnicería de un pueblo europeo de quinientas almas.

Es verdad que el modo por demás primitivo adoptado en el campo, de cortar y de cocinar la carne, es causa de un desperdicio incalculable; particularmente el asado nacional, á más de hacerle perder, sin provecho para nadie, la

mayor parte de su substancia, necesita un gasto inútil de ella. Será largo y difícil conseguir la supresión del asador, pero el día que esto suceda, se economizará un capón de tres, por lo menos.

Por esta razón del gran consumo de carne en el campo, junto con la de tantas y tan frecuentes epidemias, ó mortandad causada por temporales ú otras causas, el negocio de cueros lanares representa en la administración de una estancia un ramo de consideración y necesita algunos detalles.

Los cueros de campo se dividen en dos clases muy distintas, los de *consumo* y los de *epidemia*. Los primeros, siendo de animales forzosamente sanos, ya que los eligen para el consumo, generalmente gordos, en la fuerza de la edad, y bien sangrados, representan naturalmente, en toda su integridad, el valor de la lana que llevan y del cutis, utilizable en curtiembre. Los de epidemia, al contrario, provienen de animales muertos de enfermedad, de vejez ó de flacura, y no habiendo sido degollados queda resumida la sangre y da un aspecto inferior al cuero.

Un cuero de consumo se distingue de uno de epidemia, por la resistencia que presenta la lana al arrancarla. En el cuero de consumo, es preciso tirar muy fuerte para conseguir sacar una mecha, mientras el de epidemia pierde la lana al menor esfuerzo. Además de esto, el primero tiene el cutis amarillo y suave, doblándose con facilidad, mientras el segundo parece más seco y hace, al sacudirlo, un ruido de pergamino viejo.

Entre los cueros de consumo se admiten generalmente los de animales sanos, muertos por accidente ó al parir. Para dar más peso y valor al cuero de un animal que se está por morir de enfermedad, es preciso degollar éste y sangrarlo bien, antes de dejarlo expirar; muchas veces,

esa medida puede dar al cuero casi el mismo valor de los de consumo.

***

Prescindiendo de la situación más ó menos ventajosa del mercado, el valor de los cueros lanares es muy diferente según llenan ó no las condiciones buscadas de los compradores, según la categoría á la cual pertenecen, y sobre todo según la estación.

Inmediatamente después de la esquila, se venden los cueros *pelados* y como no tienen más valor que el del cutis, y que generalmente éste no vale casi nada en proporción de lo que vale la lana, están cotizados á precios generalmente muy bajos. Estos precios, sin embargo, de algunos años á esta parte han subido mucho, y esa clase de cuerambre merece hoy, como cualquiera otra, que se la cuide con esmero.

Una vez pasados dos meses después de la esquila, los cueros no se consideran ya como pelados y empiezan á valer algo más, cotizándose á medida que va pasando el año, como de *cuarto de lana*, *media lana*, *tres cuartos de lana* y *lana entera*.

Estas clasificaciones, á no ser de vender los cueros del establecimiento cada mes, son siempre un poco arbitrarias, sobre todo en el campo, donde la costumbre casi general es de tratar no al peso, sino por docena. Como, en general, los pulperos y otros negociantes conocen mucho más que el criador lo que puede pesar y por consiguiente valer una docena de cueros, es difícil que se equivoquen en su contra y no hagan pagar al estanciero los gastos de la guerra.

El criador para evitar esos negocios « pampa » que siempre le salen perjudiciales, debería siempre tenerse perfectamente al corriente de los precios de plaza, y saber, si

no toma la medida de vender sus cueros al peso, poco más ó menos, lo que pesa una docena de ellos. Lo mismo que para la lana, el estanciero debe hacerse conocedor, *artista* en cueros, y saber tan bien como cualquier negociante clasificar y valorar cada clase de frutos que tenga que vender.

***

Naturalmente, según la clase de las ovejas, es el peso de los cueros en los diferentes meses de un año normal y, es más que difícil, es imposible dar ningún cálculo seguro relativo al aumento mensual del peso de los cueros lanares en general. Sin embargo, se puede poco más ó menos calcular, aunque el mejor cálculo es el que puede hacer cada estanciero en particular, que los cueros *de consumo* de una majada que da ciento cincuenta kilos de lana por cien ovejas al corte, pesan, pelados, de ocho á diez kilos por docena y que va aumentado el peso de dicha docena de tres kilos por mes, poco más ó menos, lo que viene á dar por los cueros de lana entera, cuarenta á cincuenta kilos la docena. Es preciso notar que si este peso es elevado, en proporción al de la lana esquilada, es que hablamos acá de puros cueros de consumo, generalmente capones, cuya lana es siempre mucho más abundante y pesada que la de los demás individuos de la majada.

Fuera del peso de la lana, muchas son las condiciones que dan ó quitan valor á los cueros lanares, y esa diferencia de valor varía del 25 al 35 por ciento, sin contar la diferencia de peso que quita, por ejemplo, á los cueros la sarna ó el modo de secarlos.

***

Es hasta cierto punto extraño que en tantas partes no se cuiden mejor los cueros y es probable que la mayor

parte de los que, por una indiferencia culpable, desperdician así lo mejor de un valioso producto de su propio capital, no se dan cuenta del perjuicio considerable que sufren y hacen sufrir á la fortuna pública.

Siempre y á cada rato citamos y damos como ejemplo los admirables y rápidos progresos hechos en Australia. La razón y la única razón de la diferencia entre los progresos hechos aquí y los hechos allá, diferencia que,—con gusto lo reconocemos—va cada día disminuyendo, es que, en Australia, el *squatter*, aunque siempre empiece á trabajar con un capital que generalmente podría dar envidia á más de uno de nuestros estancieros, no es más que *squatter* y vive en su establecimiento, manejándolo él mismo, y dedicándose á él por completo.

Aquí, al contrario, ya lo hemos dicho, pocos son los estancieros que consienten en vivir en el campo, y de ese ausenteismo proviene el atraso en que se encuentran todavía ciertos ramos de nuestra industria ganadera, principalmente los que no requieren más para producirse que el ojo del amo.

***

Las condiciones que dan á un cuero todo su valor, consisten casi todas en el modo de sacarlo, secarlo y cuidarlo.

Naturalmente, si la calidad de las ovejas es ordinaria, si la lana está llena de carretilla ó de abrojo grande ó chico, y que la sarna, ese mortal enemigo de los estancieros, sobre todo de los que no lo quieren vencer, haya destruído, no solamente parte de la lana, sino también parte del cutis, aunque se saque con esmero y se seque con cuidado, nunca será cuero superior. Pero hablando de animales bien cuidados, es preciso todavía cierto esmero

para acondicionar bien el cuero y dejarle todo su valor y su peso.

Primero, es preciso no arrastrar en el suelo, y menos en el barro, el animal; después, sacar el cuero con mucha precaución para no cortarlo. Se debe en seguida, orear, tendiéndolo en un lienzo de corral algún tirantillo, sin estirarlo demasiado y en el sentido del ancho, y no á lo largo de la espina dorsal, como por error lo suelen hacer algunos, con el pretexto de secar mejor el cuero de la cabeza; el cuero de la cabeza y de las patas se abre bien por medio de un palito atravesado, y esto basta para secarlo perfectamente.

Según la estación, se deja al sol el cuero una hora ó más tiempo, y se acaba de secar á la sombra en algún galpón ó ramada. De ningún modo se debe dejar que se moje un cuero con la lluvia ó el rocío. Cualquier humedad que así recibe, sobre todo cuando ya ha empezado á secarse, le quita algo de vista y de peso. ¡En cuántas partes se ven cueros mojados, vueltos á secar y vueltos á mojar, hasta que venga algún comprador! Cueros que quedan entonces enteramente blancos, sin vista, ni peso.

Otra cosa que no se debe permitir, es que hagan cama los puesteros con los cueros, porque les hace perder esto toda clase de vista.

***

Para evitar que estén mal atendidos los cueros en los puestos donde muchas veces puede suceder esto por falta de comodidades, lo mejor es recogerlos cada mes para juntarlos todos y clasificarlos en el establecimiento principal. Así se evita muchas veces que se echen á perder por la humedad ó cualquier otro motivo.

En tiempo de verano es necesario combatir la *polilla,* que generalmente hace su primera aparición en Enero. Si en esa estación se dejan mucho tiempo los cueros en los puestos, lo más probable es que se encontrarán perdidos de polilla, mientras en el establecimiento habrá siempre más prolijidad para mover en tiempo oportuno la pila de cueros y para *envenenarlos,* medida indispensable en el verano. La polilla empieza siempre por comer el cuero en el mismo medio, en la parte de más valor, lo mismo que la sarna para la lana.

Para evitar que los gatos y los perros tomen la costumbre de comer las orejas de los cueros, quitándoles así el testimonio de la propiedad, es excelente—además de dar suficiente comida á esos animales - echar en las orejas, al momento de tender el cuero, un poco de alquitrán.

Cuando se están apolillando los cueros y se hace uso del veneno, es preciso tomar las precauciones necesarias para que las gallinas no coman las polillas muertas; de otro modo se pueden perder muchísimas aves.

En los establecimientos que mandan directamente los frutos al mercado, es necesario, antes de cargar los cueros, librarlos de todo lo que los puede hacer desmerecer en plaza; por ejemplo, las cascarrias, las patas, las aspas, el hueso de la cola, el barro, etc., se deben sacar con alguna prolijidad, pues siempre descontarán los compradores por todo lo que quede de esas imperfecciones más de lo que en realidad pesan; entregando cueros en condiciones de plaza, se evita toda clase de dificultad y de pérdida.

***

Los *cueros de epidemia* valen, poco más ó menos, dos terceras partes de los de consumo. No sólo hay diferen-

cia de peso con los de consumo, sino que hay sobre todo notable diferencia en la calidad, tanto del cutis como de la lana, lo que viene á hacer desmerecer mucho los cueros de esa procedencia. En caso de epidemias grandes, desmerecen todavía algo más, tanto por la misma abundancia de ellos, como por la menor prolijidad con que los sacan.

***

Nos queda por decir una palabra de los cueros de los *corderos*. En muchos establecimientos se abandonan todavía los cueros de corderos orejanos á los puesteros. Bajo todo punto de vista es muy mala costumbre; primero, valen hoy demasiado los cueros de cordero para que no se tome la molestia de hacerlos entrar en cuenta; además, es bueno siempre que á cada uno le toque lo que le corresponde, que sea chica ó grande la cantidad, y así se enseña á la gente á respetar la propiedad ajena. Los muchachos del campo no tienen siempre instintos honrados, y es una tentación para algunos de ellos matar corderos sanos para cambiar el cuero por tortas; no teniendo ningún derecho á ellos, se hace más difícil el robo. En fin, es bueno saber, para la estadística de un establecimiento, cuántos corderos mueren antes de ser señalados.

Inútil es decir que, de cualquier modo, una vez bajo de señal, entran en cuenta; de otro modo nunca se podría llevar cuenta exacta de una majada.

Los *corderones* valen poco más ó menos el doble de los corderitos.

# CAPITULO XIII

## MAJADA DE REPRODUCTORES

Cabañas. — Majada de reproductores para la estancia. — Modo de formarla.—Necesidad para todos de formarla. — Modo de cuidarla. — Galpón especial. — Producto.

No queremos hablar precisamente aquí de lo que llaman cabaña. El negocio de cabaña, propiamente dicho, necesita, para empezarlo y seguirlo con constancia, hasta conseguir de volver á ver el dinero en él empleado, un capital y recursos que no tienen la mayoría de los criadores.

Además de esto, la planteación y administración de una cabaña, de ningún modo podrían ser tratadas en un capítulo de algunas páginas, sin contar que hablar de ellas sería volver á escribir lo que tantos autores competentes han escrito ya con innumerables detalles.

Lo mismo que los agricultores europeos hacen diferencia entre la agricultura de sistemas antiguos y la agricultura perfeccionada, que han acordado llamar *intensiva*, lo mismo pueden los criadores argentinos decir que la cabaña es empresa de ganadería intensiva, con relación á la ganadería corriente, por los métodos muy perfeccionados que necesita.

La agricultura intensiva consiste en hacer rendir á la tierra todo lo que puede dar; el objeto de toda cabaña es hacer rendir á la oveja, por un cuidado especial, todo lo que puede dar; pero la oveja, en este caso, como la tierra, da según lo que le han prestado, y para prestar mucho es preciso tener demasiado.

Por esto está más al alcance de todos la ganadería

corriente; lo mismo que la agricultura intensiva, no puede en Europa ser puesta en práctica sino por los propietarios ricos.

Las cabañas son en realidad la verdadera llave del progreso de la cría de hacienda lanar, y se puede felicitar al gremio entero de los hacendados, cada vez que alguna cabaña nueva se forma, pues es un elemento más de progreso general.

***

Pero si no pueden todos los hacendados establecer una cabaña comprando carneros y ovejas en Europa, estableciendo potreros, alfalfares y galpones, pagando sueldos altos á hombres especiales, y gastando durante años, con poco provecho, hasta crear la fama necesaria á la salida fácil de su productos, á lo menos pueden todos y deben, con tal que tengan unas cuantas majadas, consagrar algunos pesos en comprar uno ó dos carneros de estima, para formar con ellos un plantel de algunas ovejas bien elegidas, una *majadita de reproductores;* y tengan por seguro que será dinero perfectamente empleado y que, al cabo de tres años, ya conocerán el gran provecho que de él podrán sacar.

***

Hablaremos en el próximo capítulo de la elección de los carneros, la más importante, sin duda; pero también es preciso hacer con cuidado la *elección de las ovejas* que deben formar la majada de reproductores.

No pudiendo emplear en comprar ovejas finas un gran capital, se pueden elegir en las majadas comunes las que más se acercan al tipo deseado.

Se deben buscar de preferencia, naturalmente, borregas

de buena conformación, constitución y salud, cuya lana presente ya algunas de las cualidades que se desea generalizar en las majadas del establecimiento; en una palabra, las más adecuadas que sea posible á la calidad de los carneros.

La formación de una majadita de reproductores es indispensable en toda estancia, porque el sistema de sacar carneros de las mismas majadas es demasiado vicioso, bajo todo punto de vista, para que tengamos que insistir mucho en la absoluta necesidad para todo estanciero de abandonarlo.

No solamente es malo porque, forzosamente, se basa en una consanguinidad peligrosa, sino porque muy difícilmente se puede conseguir por él mejorar la cría; por muy inteligente que sea el que elija los corderos que se deben reservar para padres, no podrá guiarse sino por peculiaridades de simple vista y no por cualidades indiscutibles que recién después de haber alcanzado los carneros la edad de adultos, se podrían conocer.

De todos modos, con ese sistema, pasan años y años, antes que se llegue á conocer una mejora sensible en el tamaño de los animales, ó la calidad y peso de la lana, y la mayor parte del tiempo, esos progresos se deben á mixtura con majadas mejoradas por algún vecino. Debemos decir que hoy pocos son los criadores que, por pocas ovejas que tengan, no se empeñan en mejorar su clase por la compra de algunos carneros regulares, distrayendo algunos pesos de sus ganancias para emplearlos en comprar animales finos.

Todos con la difusión de la instrucción y de los ejemplos que reciben de afuera, acaban por comprender que su mismo interés les manda refinar las haciendas que pueden poseer, de un modo un poco más inteligente que por medio de lo

que llaman robo; este modo infantil de refinamiento, que llena de gozo al paisano, consiste en disfrutar por casualidad del extravío en sus majadas del carnero del vecino; eso mismo se va perdiendo con los alambrados, y ya se hace necesario olvidarlo.

Hoy, que son tan numerosas las cabañas, y que la competencia entre ellas es tan grande, no cuesta mucho dinero para establecer la majadita que aconsejamos, y lo que lo hace más fácil todavía es el sistema de las ferias, que va cundiendo de tal modo para el mayor beneficio de todos, que pronto no habrá un pueblito que no tenga su feria mensual.

***

Con un carnero de sangre pura y cien ovejas elegidas con cuidado entre las mejores que pueda tener el establecimiento, se pueden mejorar en pocos años todas las majadas, al punto de hacerlas producir, nada más que en lana, el cincuenta por ciento más que antes de emprender esa mejora.

Un carnero comprado en Agosto, que es el mes en que dan sus remates casi todas las cabañas, da en Marzo, Abril, poco más ó menos, y haciendo la parte de todo lo que pueda sobrevenir, treinta y cinco corderos y treinta y cinco corderas. Diez y ocho meses después, es decir, dos años después de la compra del carnero, quedarán de veinte y cinco á treinta carneros listos para el trabajo en las majadas comunes, y calculando un carnero por cada cien ovejas al corte, y treinta por ciento de parición lograda, se tendrán ya á los tres años, de setecientos cincuenta á mil borregos de esquila, algo refinados.

Al cabo de los tres ó cuatro años de establecida la majadita de reproductores, ya se hallan reemplazadas las ove-

jas primeramente elegidas, por ovejas de media sangre, y como han seguido formándose más carneros, no solamente se han podido refinar todas las majadas de la estancia, sino también vender algunos carneros á los vecinos.

Es mucho más ventajoso comprar de una vez un carnero de sangre pura, aunque cueste bastante dinero que varios carneros algo refinados, para echar directamente en las majadas comunes, y consideramos, por nuestra parte, que debe ser la primera cosa en que debe pensar todo estanciero, al formar un establecimiento, después de tener ya algunas majadas introducidas en el campo y también algunas comodidades.

No basta, en efecto, comprar animales finos, es preciso cuidarlos como lo merecen en razón del alto precio que cuestan. Un galpón es indispensable, pues un carnero de cabaña, destinado á remate, no se cría á campo y perdería pronto la mayor parte de sus cualidades y sobre todo de sus aptitudes de reproducción, si lo cambiasen de régimen.

Es preciso tener, por consiguiente, alfalfa y maíz, para que siga mantenido lo mismo que lo habrá sido sin duda en la cabaña donde se crió.

Mientras forman la majadita, ovejas elegidas en las majadas comunes, no precisan mayor cuidado; pero ya cuando empezó la parición, es preciso pensar que los animales que nacen, siendo de media sangre, son algo más delicados que las madres, y á medida que se saquen esas, para dejarlas reemplazadas por sus hijas, es preciso aumentar el cuidado, edificar nuevos galpones y plantar más alfalfa y maíz, si se quiere no solamente conservar, sino aumentar las cualidades naturales de la majadita así paulatinamente refinada.

Para subir cada año un grado más en el refinamiento de la majada sin más desembolso que de cuando en cuando

la compra de un carnero nuevo para mudar la sangre y perfeccionar el tipo, el sistema más sencillo es eliminar poco á poco toda oveja inferior, comparada con las demás, manteniendo siempre la majada en un número reducido de cabezas, pues en una majada de esta clase no se debe considerar la cantidad sino la calidad de los animales que la componen.

Hemos dicho que era más ventajoso comprar de una vez un carnero de sangre pura y no varios carneros de poco valor para echar á las majadas comunes.

Naturalmente no hablamos aquí de los que no tienen por todo haber más que una sola majadita, pero pasando de tres á cuatro mil ovejas, la ventaja es patente; pues por caro que haya sido el carnero fundador, con la primera parición de las ovejas á él reservadas, provee el establecimiento de bastantes carneros para equiparar su precio de compra, sin contar las ovejas de media sangre que deja como plantel para su sucesor.

***

Generalmente, á medida que se va refinando una majadita tipo, va también perdiendo algo de su rusticidad, y es siempre preciso redoblar de vigilancia y de cuidado para conseguir que no degenere y se conserve en buenas condiciones de salud. Se le debe reservar el mejor campo y darle algo de comer en el corral, á lo menos, en las noches largas del invierno.

Una racioncita de pasto seco picado ó de alfalfa ó maíz verde conservado en silo, un poco de maíz en grano basta para sostenerla y hacerle pasar la mala estación sin sufrir; tratarla en fin del mismo modo que hemos indicado para los capones destinados á exportación; evitarle los grandes

fríos, las grandes lluvias y fuertes calores del verano. Para eso es preciso tener un galpón bastante espacioso para abrigarla toda.

La disposición de un galpón no es cosa indiferente, sino, al contrario, muy importante para la facilidad de todos los trabajos inherentes al cuidado de una majada fina; por lo tanto, las puertas deben ser anchas para que entren y salgan las ovejas con facilidad y sin estropearse. Debe haber mucha ventilación, pues la oveja no teme el frío seco y solo la humedad.

Como en una majada fina hay que hacerá cada rato separaciones de tal ó cual grupo de animales, sea para la monta sea para la parición ó separación de borregos y borregas, es necesario disponer los pesebres, para que sirvan ellos mismos á formar bretes con un lienzo ó dos.

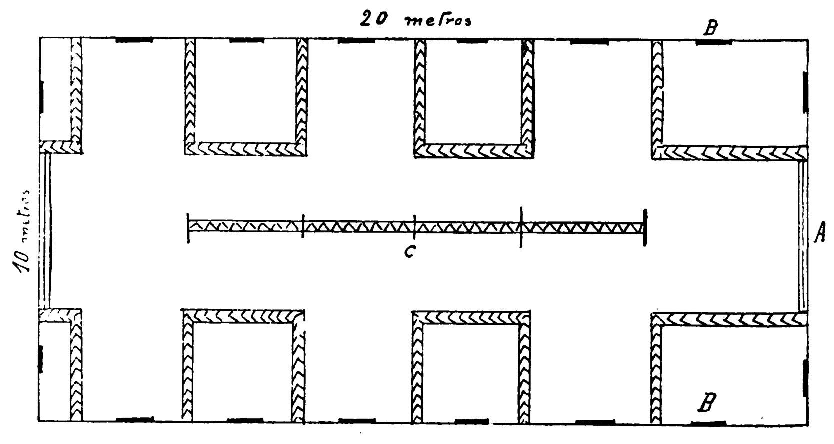



**Fig. 27.**—Disposiciones interiores de un galpón para plantel de ovejas

A. Puertas — B. Ventanas — C. Pesebres portátiles

Los pesebres deben estar también dispuestos de modo que la distribución de los alimentos sea fácil y rápida y

que se puedan repartir, para comer, las ovejas en muchos grupos, evitando así que se atropellen unas á otras.

En una majada fina, hay que hacer á cada rato separaciones de tal ó cual grupo de animales, sea para la monta, sea para la parición ó la separación de borregos y borregas; por esto lo mejor es tener una buena cantidad de liencitos de 3 metros de largo más ó menos y que los pesebres tengan el mismo largo. Así, en un momento con un pesebre, dos lienzos y la pared, se establece un chiquero, lo que facilita muchos trabajos. Véase la figura Nº 27.

A medida que se van refinando las ovejas, también tienen más propensión á no hacer caso á los corderos, y es de toda necesidad, para evitar que se pierdan éstos en el campo, guardarlos, cuando nacen, algunos días á pesebre con las madres, hasta que las sigan bien y sepan ellos mismos encontrarlas.

***

Cuanto más fina es una majada tanto más perseguida es por la sarna; por eso si se debe combatir con energía esa enfermedad en todas las majadas, con más empeño todavía se debe combatir en una majada de reproductores.

***

Al cabo de algunos años, si se ha sabido cuidar con constancia y esmero una majada establecida en esas modestas condiciones, á más de haber mejorado toda la hacienda lanar del establecimiento, tiene el criador los elementos necesarios para fundar con esperanzas de éxito, y sin necesidad de gastar sumas importantes, una verdadera cabaña, pues muchas veces se encontrará haber creado á fuerza de tiempo y de trabajo algo mejor que lo que hubiera hecho á fuerza de plata.

Será siempre muy útil abrir, desde el principio de la formación de la majada de reproductores, un libro de notas y apuntes sobre la procedencia, cualidades, defectos, edad, etc., de los carneros y ovejas empleados, anotando en él las fechas de las pariciones, con las observaciones generales á que pueden dar lugar, y, en una palabra, todo lo que más tarde pueda servir de base á la formación del *pedigree* exacto de cada animal, cuando empiece la majada á tomar un verdadero valor y pueda rivalizar con los primeros carneros que le hayan dado origen.

# CAPÍTULO XIV

## CARNEROS

Elección de los carneros.—Raza merina.—Fuerza, salud, tamaño, configuración exterior.—Animal tableado.—El paralelógramo.—Animal perfecto.—Necesidades individuales de cada estanciero.—Defectos graves.—Momento para echar carneros á las majadas.—Número para cada cien ovejas.—Cuidado de los carneros.

El éxito bueno ó regular, lento ó rápido de la majada de reproductores, cuya formación hemos tratado en el capítulo anterior, dependerá no solamente del cuidado que se le proporcione, sino también de la elección más ó menos inteligente del ó de los carneros que se compren para ella.

Encierra esa *elección* una cuestión de precio que viene, no lo podemos disimular, á complicar algo la tarea del criador. Pero, obrando según sus medios, el hombre inteligente y cuidadoso, á igualdad de precios, sabrá siempre salir aventajado sobre el que cree que únicamente con dinero se consiguen resultados en el refinamiento de las haciendas.

El dinero, en esto como en todo, es un arma excelente, sin la cual no se puede tampoco emprender nada; pero no escribimos para los pocos afortunados que tienen bastante dinero para comprar hechos todos los progresos, sino para los,—innumerables, esos,—que teniendo poco capital, lo tienen que hacer fructificar empleándolo con el mayor tino, y ayudándolo con su trabajo personal, para crear los adelantos que no pueden comprar. Cada uno tiene en la



**Fig. 28.** — Carnero Rambouillet

tierra que desempeñar un papel diferente, según su posición y sus facultades, y si, en el ramo especial del cual nos ocupamos ahora, tienen algunos la posibilidad de conseguir á fuerza de plata los reproductores más refinados, y muchas veces sin saberlos aprovechar, todos pueden á fuerza de cuidado, de trabajo y de inteligencia, llevar á un extremado refinamiento un rebaño regular, sabiendo alejar poco á poco los defectos de su raza, y concentrar en

cada individuo de los que se conserven para reproductores, todas sus cualidades.

En la elección de los reproductores estriba todo el edificio.

***

Hemos estudiado en el capítulo de la lana, las cualidades que se deben buscar en el carnero, respecto al vellón, calidad de la lana, etc., cuando se trata de un merino.

Nos ocuparemos, pues, en el presente capítulo, únicamente de las cualidades de *fuerza*, *salud*, *tamaño* y *configuración exterior*, que se deben exigir en un reproductor de cualquier raza, pues para los carneros productores de carne, son éstas las cualidades primordiales de las cuales fluyen las demás.

También diremos algo de los cuidados especiales que necesitan los carneros de las majadas comunes de un establecimiento.

***

El pecho ancho, el lomo tableado, las ancas lejos una de otra, lo mismo que las paletas, la cruz poco elevada, el pescuezo corto, la frente ancha, los ojos vivos, y las aspas bien plantadas, si las tiene, son señas de buena salud y de fuerza.

De la anchura del pecho se puede decir que no solamente depende el estado general de la salud, sino también la aptitud para la producción de la carne. Siendo ancho el pecho, es decir, la caja que contiene toda la maquinaria de asimilación—pues podemos llamar así los aparatos de la respiración y de la digestión,—esa maquinaria será naturalmente más poderosa y su producto, por consiguiente, mayor.

La distancia entre las puntas de los dos huesos de las caderas, también debe ser la más grande posible, haciendo así ancho el lomo y viniendo á formar las paletas y los cuartos como las bases de un paralelógramo perfecto.

El aplomo de los miembros y su buena conformación y solidez contribuyen á la perfección de ese paralelógramo, sosteniéndolo como es debido, y son una nota más á favor del animal cuyos miembros reunen esas cualidades, y cuyas bases están bien construídas.

Un lomo arqueado indica siempre debilidad del aparato respiratorio y poca fuerza en la espina dorsal. Esa debilidad de los pulmones se traduce generalmente por una respiración difícil y ruidosa, y la debilidad de la espina dorsal impide que el animal pueda conservar la misma

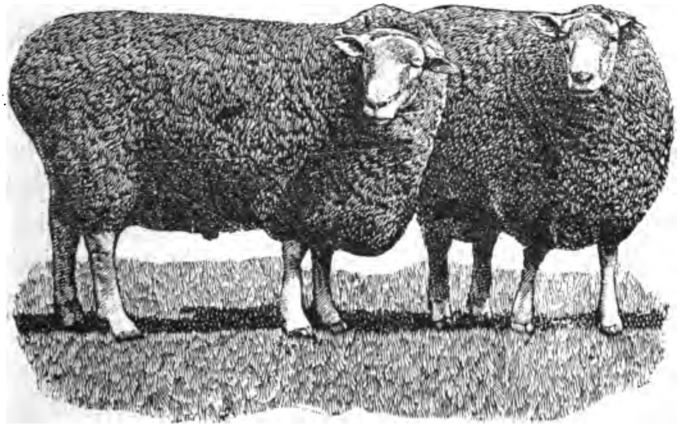


**Fig. 29.** — Carneros Lincoln

capacidad relativa de panza que otro de lomo tableado, pues le falta la fuerza para llevarla con facilidad cuando está muy llena. Ese defecto proviene en ciertos animales de la manutención defectuosa en la primera edad, de la

demasiada abundancia de alimentos acuosos, que aumentando antes de tiempo el volumen de la panza, hacen aflojar por un peso exagerado la espina dorsal.

Esa calidad de ser *tableado* no es por cierto la única que se debe considerar en la configuración general del animal, pero es seguramente una de las más importantes señales de salud, y resume casi todas las demás. En efecto, además de ser débil del pecho y de no tener la misma capacidad intestinal, el carnero arqueado raras veces tiene los miembros de aplomo y los vasos bien hechos, lo que impide que en el tiempo de la lucha, pueda buscar las ovejas con la misma actividad que otro bien conformado. No solamente se fatiga del pecho, sino que también se cansa muy pronto de las patas. No puede presentar la figura deseada del paralelógramo, y por consiguiente no puede tener tanta aptitud á la producción de carne. Casi siempre tiene la parte superior de los cuartos algo puntiaguda y los huesos de las ancas cerca uno de otro, consecuencia de la misma debilidad de la espina dorsal, cuya tendencia de arriba para abajo influye en ellos, y les da una propensión á cerrarse. Tendrá forzosamente la cruz elevada, en relación al resto del lomo, y las paletas seguirán el movimiento de arriba abajo de las ancas.

***

Haremos notar que no se buscan ya en Europa carneros merinos con arrugas ni corbata: creen que esas arrugas, si dan al animal mucha vista, producen más suarda que lana y que se puede emplear mucho mejor esta extensión casi inútil de cuero en tapar una cantidad proporcional de carne. Ha sido cuestión de moda, pero en zootecnia no hay moda, ni más base estética que el pro-

ducto. El arte no tiene nada que ver en la selección zootécnica, y es al pie de la letra que debe tomar el criador la definición aristotélica de lo hermoso: «el desarrollo completo de los seres, cada uno según su especie y su naturaleza».

Es muy difícil encontrar juntas en un mismo individuo y en su más elevado grado todas las cualidades deseables; un carnero así dotado vale una fortuna y demasiado lo saben los pocos criadores que, á fuerza de dedicación, lo han podido conseguir, para, cuando lo tienen, ponerlo en venta. Pero debe el estanciero, al elegir un carnero para su majada de reproductores, tratar de conseguir el que más se acerque á la perfección, según sus vistas particulares, atribuyendo mayor valor relativo á la calidad que más desee conseguir.

Hemos dicho «según sus vistas particulares», porque cada uno puede tener su ideal, y buscar de preferencia la difusión en sus majadas de tal ó cual aptitud, de tal ó cual tipo. Sin embargo, volveremos á hacer notar que no debe haber más que un ideal zootécnico; el animal *de más producto*. Solamente en el caso de querer conseguir alguna cualidad que todavía faltare en la majada de reproductores, y que por consiguiente, habría que buscar exagerada en el que se comprase, puede uno alejarse algo del tipo ideal, para encontrar la compensación deseada.

***

Sucede, es preciso decirlo, que los estancieros algunas veces poco estudian los carneros que van á comprar en las casas de remate. Los miran muy superficialmente, cuanto más que la mayor parte del tiempo, los mismos que los van á comprar pueden ser dueños de estancias,

pero no se ocupan de ellas y muy poco entienden de zootecnia.

Por tal que tenga un carnero más apariencia que cualquier otro, mucho mejor bajo todo concepto, desdeñan ese último, pagando el otro tres veces su valor. Hemos visto en varias ocasiones cometerse errores, tanto en un sentido como en otro, y hasta nos ha sucedido ser consultado después del remate de una cabaña conocida, por



**Fig. 30.** — Carnero Leicester

un estanciero, sobre la calidad de un carnero que acababa de comprar á un precio bastante alto, sin haberse tomado la pena de mirarlo detalladamente; se encontraba que habíamos notado, después de un examen detenido, ese

carnero, como algo inferior á otro que se había vendido por la mitad del precio conseguido por él.

No se trata aquí de la poco importante cuestión de pagar un carnero algunos pesos más ó menos de lo que pueda valer, sino de las consecuencias que puede tener durante largos años y en un considerable número de ovejas, la elección hecha á contratiempo de un reproductor para una majada tipo.

Pero, son estos, errores que difícilmente puede evitar el que se guía únicamente por un empirismo vago, sin pensar siquiera en estudiar algo de su oficio, desdeñoso, en su productiva ignorancia, de los más elementales conocimientos. Por suerte empieza ya á reinar entre los hacendados un poco más anhelo para adquirir una verdadera ciencia zootécnica y vá cambiando la faz de la ganadería argentina, puesta por la Naturaleza en tan admirables condiciones; pronto nos vendrán á pedir los criadores europeos, carneros para sus rebaños, en vez de mandarnos como antes hacían, para mejorar los nuestros, los que allá no querían.

***

Cuando ha sido bien hecha la elección de los carneros de la majada de reproductores de un establecimiento, se hace naturalmente más fácil la de los carneros destinados á las majadas comunes. No se puede esperar de golpe para estas, un refinamiento muy adelantado, pues, aunque fuese posible, tendría el inconveniente de hacer perder muy pronto su rusticidad á ovejas que, por su inmensa cantidad, no se pueden rodear de un día al otro de todos los cuidados que en ese caso requiriesen.

Aunque desciendan de un animal de mucho mérito, no siendo de sangre pura las madres, los primeros productos

de una majada de reproductores forzosamente salen algo desparejos; entre ellos habrá algunos sobresalientes y otros bastante inferiores; todo depende del poder de reproducción relativo del carnero y de la oveja, pero, en general, siempre serán suficientes para constituir un progreso sobre la hacienda que estén destinados á mejorar.

***

Sin embargo, es preciso evitar á todo trance ciertos *defectos graves* que se podrían entonces propagar en las majadas, y que sería difícil destruir. Por ejemplo, todo carnero que haya nacido débil y se haya criado como aguachado se debe suprimir.

Algunos nacen presentando la particularidad de no tener más que un testículo; otros la de tener las orejas de tal modo cortas, que no se pueden señalar; otros llevan en el pescuezo perillas, que, aunque no sean un defecto mayor, es mejor evitar que se reproduzcan; todos estos carneros se deben capar desde chicos, antes que hayan podido echar cría.

No diremos nada de los que nacen mochos. En Europa, se admiten en las majadas de merinos, como se han admitido, al punto de reinar solos ya, en las majadas de cría inglesa; siendo por lo demás bueno el animal, la falta de aspas no nos parece vicio redhibitorio.

Otro defecto, sí, que debería hacer necesaria la supresión de todo carnero que lo tuviese, es la presencia, en las partes mucosas del hocico y de la boca, de *manchas negras*. A la verdad, pocos son aquí los carneros que no tengan alguna, y sería de desear que los dueños de grandes cabañas tratasen con más empeño de suprimir completamente en sus rebaños esa imperfección.

Pero sucede que por tan poca cosa no quieren castrar un cordero de valor y se propaga así un defecto que, de por sí insignificante, es muy perjudicial por las decepciones que á menudo produce.

Es cosa probada que los animales que nacen negros ú overos, de ovejas perfectamente blancas, provienen de padres que tienen alguna mancha en la mucosa de la boca, y es de notar que los carneros finos son los que más corderos negros producen, sobre todo cuando llegan á cierta edad.

***

Hasta que hayan mudado los dos primeros dientes, no se deben echar los carneritos á las majadas. Trabajando antes de esta edad, se cansan mucho y como no tienen entonces todavía toda su fuerza, se arruinan y se mueren.

***

Cuando se sacan de la majada de reproductores para ponerlos aparte, lo que se puede hacer á los cinco ó seis meses de edad, es necesario tenerlos algunos días á toda ración, y en algún galpón alejado del corral de la majada donde tienen las madres, aunque ya no mamen, pues si oyen balar las madres, se agitan, se entristecen y no piensan en comer. A los pocos días, estando bien solos, las han olvidado, y ya se pueden juntar con los demás carneros del establecimiento.

***

Estos deben ser bastante numerosos para dar fácil abasto á todas las ovejas del establecimiento sin cansarse demasiado. Con el sistema que recomendamos, de una sola pari-

ción al año, toda la lucha se hace en pocos días, pues casi todas las ovejas entran en calor á un tiempo; es preciso entonces que los carneros sean bastantes para no dejar ninguna sin preñar.

El carnero es, en general, muy prolífico, y se citan varios ejemplos de haber fecundado un solo carnero, un número crecidísimo de ovejas. A pesar de esto, no se debe abusar de esta facultad, sobre todo que no la tienen todos los carneros y que, cuando entran á cansarse, las crías salen chicas, raquíticas, perdiéndose la mayor parte de ellas. Un carnero para cada cien ovejas al corte es un mínimum, pero un mínimum muy suficiente.

Sucede algunas veces, principalmente en los carneros muy refinados, que cuando los echan por primera vez á la majada, se quedan indiferentes y hasta no parecen aptos para la reproducción.

Generalmente proviene de varias causas pasajeras y no hay que asustarse por eso.

En efecto, muchos criadores tienen la costumbre de mantener demasiado gordos los carneros y de echarlos algunas veces á la majada con toda la lana. Son condiciones desfavorables á la lucha, pues al momento se cansa de correr el carnero y parece que no sirve.

Además de esto, casi siempre, cuando un carnero no hace caso á las ovejas, es que éstas no están en estado de calores, y no hay más que esperar algunos días el momento favorable para que se vuelva el más activo, el que antes parecía más indiferente.

***

Como durante diez meses del año se tienen los carneros aparte de las majadas, se pueden y se deben, durante todo

este tiempo, cuidar con esmero. Aunque sean carneros de campo y que sus crías estén destinadas á la misma existencia, no debe ser esto pretexto para hacerles pasar miserias pudiendo evitárselas.

Para que transmitan sus cualidades á las majadas que deben mejorar, es preciso que gocen de todo su poder reproductor y lo impongan á las ovejas. Para esto deben serles superiores en vigor y en salud. Además, son más delicados, justamente porque son más finos, y precisan, por consiguiente, mucho más cuidado que las ovejas de las majadas, cuidado más fácil también de proporcionárseles que á aquéllas, puesto que se trata de un número reducido de animales.

Que vivan á campo, está bien, y hasta es necesario que así sea, pues de otro modo sufrirían mucho á causa del cambio de vida, el día que se echasen en las majadas, aunque fuese en la estación más favorable; de otro modo habría que suponer, lo que hasta ahora no pasa de una utopía, que, en cada puesto, hubiese pasto y galpón, para manutención y reparo de ellos, y que se soltasen entre las ovejas únicamente en el corral.

Este progreso seguramente no ha de tardar muchos años en generalizarse, pero, por el momento, es una casualidad encontrarlo aplicado.

Pero entre vivir á campo y no tener ningún alivio contra las intemperies, hay un mundo, y es de toda necesidad que tengan en su corral su galponcito para las noches frías ó de lluvia y alguna ración de pasto y maíz durante el invierno.

En verano, deben pasar á la sombra, sea en algún montecito, sea en un galpón, las horas de sol fuerte.

***

Los puesteros contribuyen generalmente, y es justicia, á

los gastos ocasionados por el cuidado y manutención de los carneros que les corresponden.

Por lo que es del cuidado de los carneros á campo, dan muy poco trabajo, una vez bien acostumbrados y estacionados, pero es preciso cuidarlos muy bien hasta que se acostumbren, si no se tiene un potrero especial para ellos, lo que vale más que todo.

Si se dejan venir á las majadas y pasar de cuando en cuando en ellas algunos días, darán muchísimo trabajo, una vez solos en el campo; pues siempre buscarán el medio de juntarse con las ovejas. Pero teniéndolos el tiempo necesario á pastoreo, después de olvidarse de la majada, llegan á pararse solos para dejar pasar delante de ellos las ovejas sin mixturarse con ellas.

En verano, se vienen solos en busca de la sombra y todas las tardes, en busca de maíz.

Es una gran ventaja tener así á mano y juntos todos los carneros del establecimiento, fuera de los meses de monta, porque de ese modo nunca tienen las majadas sino carneros elegidos y que se pueden mudar de majada á majada á cada parición, evitando así el peligro de la consanguinidad.

Sucede, en ciertos momentos, que los carneros pelean entre sí con furor. Siempre es bueno evitar, cuando se puede, esas batallas, pues algunas veces,—aunque es casi casualidad,—puede sucumbir el más débil, que si es indudablemente el peor de los dos combatientes, por selección natural, es muchas veces el mejor por selección zootécnica.

# CAPÍTULO XV

## ENFERMEDADES

El arte veterinario.—Sarna.—Caquexia acuosa: Sobeipé.—Lombriz.—Pasteurelosis ovina.—Manquera.—Empaste.—La par.—Gusanos.—Locura.—Viruela de los corderos.—Varias afecciones.

¿Quién se hubiera acordado, diez años ha, de llamar á un veterinario, aunque se le hubiera muerto la mitad de la hacienda? Nadie.

Hoy, con pasar dos horas en las oficinas de algún veterinario de fama, se da uno cuenta de los progresos hechos en este ramo de la ciencia tan importante para el país.

Es un estanciero que viene, angustioso, á pedir, con un telegrama en la mano, un remedio para un toro importado, atacado de diarrea; es otro que viene á preguntar lo que debe hacer contra la invasión de la lombriz en sus majadas; aquel llama para un caballo de lujo que repentinamente se enfermó; y sigue la procesión.

Así pasa en la casa del señor A. Even, venido aquí como profesor, y que,—el primero,—ha conseguido dar en tierra con las ideas rutinarias y empíricas, inspirar al gremio de los estancieros confianza bastante para poder introducir métodos de cura racionales y abrir á la veterinaria argentina horizontes lisonjeros.

Sería cosa de creer que antes que viniera él, no había enfermedades en las haciendas.

La verdad del caso es muy diferente; existían las enfermedades, hacían estragos, pero nadie las conocía, ni las quería conocer y los animales que de ellas se morían no

valían, muchas veces, en realidad, la pena de molestar á nadie.

Hoy que abundan los reproductores de valor, representando un capital inmenso, los veterinarios que se han venido á establecer aquí, tienen que desempeñar un papel importantísimo en la conservación de ese capital, y es una ventaja inapreciable para los estancieros el poder encontrar á mano, como en el establecimiento del señor Even, por ejemplo, los útiles, los remedios, las drogas necesarias y los consejos del profesor, al mismo tiempo que la mano hábil del operador, que podría envidiar más de un cirujano.

No trataremos aquí de hacer un estudio científico detallado de cada una de las enfermedades que puedan atacar las haciendas en el país. Nos contentaremos con dar indicaciones prácticas, muchas veces empíricas, pero siempre útiles y si se nos escapa algún error dictado por la invencible rutina, por él pedimos disculpa de antemano al lector que, como nosotros, bien sabrá que lo que hoy es artículo de fe, será mañana herejía, y recíprocamente, algunas veces.

***

De las enfermedades peculiares á la especie ovina, las dos más terribles, por sus efectos sumamente contagiosos y rápidos, la *viruela (clavelée)* y el *carbunclo* ó grano malo (*sang de ra te*), están ya dominadas por el hombre, gracias al eficaz preservativo de vacunas especiales, derivadas de los admirables descubrimientos de Pasteur.

Del carbunclo tendremos que ocuparnos al tratar de la hacienda vacuna, entre la cual, desgraciadamente, se va difundiendo cada día más.

Tan sólo hablaremos aquí de las afecciones más comunes

en las majadas argentinas, y empezaremos por la más general, la SARNA. *A tout seigneur, tout honneur.*

***

LA SARNA.—Nadie ignora que esta enfermedad de la piel es producida por un insecto miscroscópico, cuyo nombre científico es «acarus scabiei». Todos los animales están expuestos á ser víctimas de la sarna, pero se puede decir que cada especie tiene un acarus diferente, que no ataca sino á ella. Según parece, el acarus de la oveja es el que se reproduce con más facilidad, en mayor número y con más fuerza contagiosa, pues la oveja es el animal más perseguido por la sarna.

¿Esta enfermedad es efecto del mal estado de los animales ó solamente causa de él?

Es difícil afirmar con toda seguridad alguna de las dos proposiciones, con exclusión de la otra, y creemos, por nuestra parte, que es al mismo tiempo efecto y causa.

Es de notar, en efecto, que los primeros animales atacados en una majada son siempre los más atrasados, las ovejas viejas, las recién paridas y los borregos. Los capones, las ovejas nuevas resisten mucho más tiempo al contagio. Los experimentos hechos en Europa por inoculación, han dado por resultado la inmunidad relativa de los animales en buen estado. Además de esto, es sabido de todos aquí que, á medida que va llegando el verano y componiéndose las majadas, la sarna parece mermar, hasta en los individuos más atacados.

Pero también es un hecho de observación constante que, cuando la sarna ataca un animal en buen estado, lo ataca con mucha más fuerza que á un animal flaco, y que precisa poco tiempo para reducirlo á un estado miserable.

Es sabido también que cuanto más finas son las ovejas, más recia es en ellas la enfermedad, lo que se explica por ser más espeso el cutis de los animales finos, y encontrar, por consiguiente, el insecto destructor más alimento. En todo animal que ataque la sarna, siempre busca las partes más pobladas de lana y de cuero más grueso.

Generalmente empieza en las paletas, y es cuando llegan á juntarse en la cruz las manchas nacidas en las paletas, cuando se pone más dura la costra y más difícil para sanar.

Es cierto que en la cruz puede seguir su trabajo el acarus con toda tranquilidad, pues la oveja atacada en esa parte del cuerpo, no se puede rascar en ella, ni con las patas, ni refregándose en los lienzos del corral. La sarna en la cruz toma tal fuerza, que resiste algunas veces á varios baños seguidos, y que cuando se baña, deja todavía por mucho tiempo costras, muchas veces tan duras como un pedazo de las mismas astas del carnero.

Esas costras, que, una vez bien destruída la sarna, nunca son muy anchas y se van cayendo solas, están formadas de la misma materia que constituye la lana, pero como osificada, iguales en esto á la formación de las astas, que no son más, como se sabe, que lana aglomerada.

***

La sarna es sumamente contagiosa, pero ciertas circunstancias facilitan, además de la negligencia y de la pereza, que son las principales, su contagio. Toda circunstancia atmosférica que atrase los animales, sea la seca, sea la demasiada humedad, aumenta su desarrollo en los animales atacados y su aparición en los animales sanos. Creemos que la humedad calurosa, como la que naturalmente produce la lana mojada por una gran lluvia, seguida

de un día de sol, es sumamente favorable á la multiplicación del acarus. La seca, aunque prolongada, no produce efectos tan desastrosos; con ella, la causa principal del incremento de la enfermedad es el estado de flacura en que pone las ovejas, y que muchas veces, además de facilitar la invasión de la sarna, impide que se puedan curar; pero siempre, siquiera, con la seca, están secos los trascorrales y si no están completamente por morirse las ovejas, se pueden repasar. Con la humedad de lluvias muy seguidas, es más difícil atajar la sarna, y es preciso, en estaciones muy lluviosas, aprovechar todos los días buenos para revisar las majadas.

***

Cuanto más se encierra una majada en el corral, tanto más propensión tiene á ser atacada de sarna. Basta que una oveja tenga una manchita de sarna para que en el roce de la entrada y salida del corral, se contagien muchas otras.

Una majada muy sarnosa apesta por mucho tiempo los corrales y galpones donde ha estado encerrada, y hemos visto carneros muy sanos y bañados, picarse de sarna á cada rato, á pesar de un cuidado esmerado, durante meses, por estar encerrados en un galpón en cuyo altillo, el año anterior, se habían depositado cueros sarnosos.

El contagio, según afirman, lo produce la hembra del acarus. Se abre camino en la lana hasta llegar al cutis, donde pone sus huevos en la superficie de un surquito abierto por ella. Su primer trabajo es, en seguida, confeccionar un abrigo para su prole y lo consigue, haciendo nacer pústulas, que pronto se vuelven costras; esas cos-

tras le sirven de habitación y al reparo de ellas es que se va multiplicando el insecto, multiplicación fenomenal como la de todos los seres infinitamente pequeños, dotados por la naturaleza de la terrible facultad de suplir por su número y su actividad á su pequeñez.

***

La enfermedad afecta, al principio, varias formas. En ciertos individuos, antes de tocar el cutis, corta una regular mecha de lana, como de tres á cuatro centímetros de diámetro, y pone amarillo lo que deja cerca del cuero. En otros no es más que una granulación blanca que reemplaza la lana después de cortada; aquí se cae la lana sola, sin otra marca en el cutis que un color un poco más rosado que en otra parte; allí, en fin, y es ese el modo más general y más temible, se forma una costra muy amarilla, muy dura y muy tenaz, que va ganando, como una mancha de aceite, entre la lana. Algunas veces sucede que una mancha de esta clase se extiende bastante, sin hacer caer una mecha de lana y podría pasar desapercibida, si no fuese causa de una picazón tal que la oveja, sea con los dientes, sea con la pata, se tiene que rascar á toda fuerza.

Pero, casi siempre, se anuncia la aparición de la enfermedad por la caída de una mechita de lana, que, á pesar de quedar pegada en las demás, indica sobradamente que en esa parte hay que curar.

Nunca se debe esperar, para repasar una majada, que se rasquen las ovejas. Cada ocho días es preciso hacer ese trabajo y no perdonar una mechita, por chica que sea é insignificante que parezca.

Las ovejas muy preñadas suelen perder algunos mechones de lana en el pescuezo y en la panza, sin tener por

esto sarna; la preñez adelantada produce una especie de fiebre muy perjudicial á la lana; no solamente, como lo hemos visto, le hace perder algo de su peso y de su fuerza, sino que muchas veces también la hace caer en partes. Pero en la duda y cuando, aunque no se vea granulación ó costra alguna, se está cayendo la lana, es generalmente mejor echar un poco de remedio.

***

En la cura á mano—que, aunque se bañen las ovejas después de la esquila, es siempre necesario seguir durante todo el año—no se debe dejar de registrar con atención toda oveja que lleve alguna traza de rascarse ó morderse, ó que tenga alguna mechita afuera del vellón.

Naturalmente, si, cuando la sarna recién empieza en un animal, con cuatro gotas de remedio se sana, no es así, cuando por un descuido demasiado general todavía ha cundido de tal modo que, no solamente no hay en la majada un animal sano del todo, sino que todas las ovejas están completamente apestadas.

En semejante caso, y como esto sucede en una estación ya generalmente algo adelantada,—pues en verano la sarna merma por sí sola en los mismos animales muy atacados, hasta el otoño, donde vuelve á recrudecer para no cesar hasta la esquila,—no hay más que repasar y curar con esmero, cada día, una puntita de la majada, empezando por los animales más sarnosos, que se apartan á medida que se curen.

Haciendo el remedio muy fuerte, echando mucha cantidad, no dejando en el animal que se está curando ni un granito, rascando fuerte con algún instrumento á propósito, de palo ó de hierro, pasando algunas veces media hora

en curar una oveja, para tener que volverla á curar dos ó tres veces más algunos días después, hay probabilidades de poder atajar algo la enfermedad en su marcha, pero ninguna esperanza, siendo la majada de un número regular de animales, de sanarla completamente.

En efecto, en las partes no visiblemente atacadas todavía, es imposible que ya no haya algún insecto poniendo; los corrales, los galpones, el campo están apestados y siempre se ha de volver á picar la majada.

No queremos por cierto desanimar de curar sus ovejas á los que nos lean, encontrándose en la situación que pintamos; no, ¡valor y constancia! Curen hasta el día de la esquila, y todavía han de conseguir lana, pero después de la esquila, bañen las ovejas todas, y más bien dos veces que una, y más bien tres veces que dos.

***

Para majadas muy enfermas de sarna, la cura á mano viene á costar más y no da el resultado del baño.

De todos modos, es tan insignificante lo que puede costar el baño de las ovejas, en proporción á la importancia de los perjuicios que trae la sarna, que nos parece que no se puede vacilar.

Una majada sarnosa no puede pagar el trabajo del hombre que la cuida. Los capones quedan flacos, y de ningún modo pueden venderse; los corderos se apestan de sarna al nacer y pronto se mueren la mayor parte de ellos, pues las madres no tienen fuerza para criarlos; la lana pierde veinte y cinco por ciento de su peso y veinte y cinco por ciento de su valor, y si, por desgracia, viene algún temporal fuerte, muchos serán los cueros, pero bien poca plata podrán valer, carcomidos como serán por la sarna.

Por cuanto al peligro que corren las ovejas al bañarlas, es preciso ser algo más que desgraciado para perder más de medio por ciento.

***

En otros tiempos, los remedios en uso para combatir la sarna y los sistemas de bañaderas preconizadas, eran de tal precio, que no todos podían bañar las ovejas, sobre todo que tampoco esas no valían mucho dinero.

Hoy, no hay pretexto para nadie, ni para el pobre, ni para el rico, menos para el primero, que, con la sarna tiene que perder lo poco que tiene. Hoy no solo se debe curar, sino bañar las ovejas. Si en 1867, cuando por primera vez se habló en la Sociedad Rural de pedir una ley contra la sarna, era algo prematuro por ser desproporcionado el costo de los remedios fabricados entonces, con el valor de las ovejas, hoy no se puede sino aplaudir á la aplicación rigurosa de la misma ley votada no hace mucho.

Es muy probable que en muchos de sus mandatos, quedará sin aplicación en la práctica, por razones que no tenemos que indicar aquí, pero siempre surtirá algún efecto, gracias al temor que podrá infundir en los ánimos, y quizás, —admírense los caminos de la Providencia,—haga de la misma sarna un elemento moralizador para el habitante del campo; pues como será muy difícil extirparla del todo, el que no llegue á ello, tendrá miedo de ser castigado de algún modo, todos dejarán poco á poco sus antiguas y arraigadas costumbres de *dolce far niente* para empeñarse en cumplir con la ley, y se hará general ese grito, que oíamos un día de la boca de un paisano que, por primera vez, ayudaba en curar la sarna: « ¡ Mis abuelos en toda su vida no han curado tanta sarna como yo hoy ! »

Del punto de vista de la utilidad del baño como curativo

y como preservativo, somos completamente de la misma opinión de un viejo criador inglés, que nos sabía repetir que la primera obra que debía hacerse en un establecimiento que se iba á poblar, era el bañadero para las ovejas.

No decimos que estando del todo libres de sarna, desde unos cuantos años, las ovejas todas de un establecimiento alambrado, sea todavía necesario bañarlas, y creemos que, en ese caso, se puede curar solamente á mano; pero mientras se vea que la sarna porfía en atacar las majadas, es preciso, es indispensable bañar.

***

La opinión general, por desgracia, ha sido falseada, en esto como en otras muchas cosas, por publicaciones llenas de interés y de buenas intenciones, pero que van muchas veces en contra del progreso, creyendo fomentarlo. Cada vez que han hablado de bañar las ovejas, se han creído en la obligación de indicar cómo debe hacerse un bañadero... en una estancia de cincuenta mil ovejas.

Naturalmente, al leer semejante descripción, el estanciero que tiene diez mil ovejas ó menos,—y son mucho más numerosos esos que los que tienen cincuenta mil,—aunque esté muy dispuesto á bañar sus ovejas, tiene que renunciar á su proyecto, por el tremendo gasto que ve que le va á ocasionar la construcción de un bañadero.

Nos contentaremos, pues, con dar algunos apuntes para la construcción de un bañadero barato, dirigiendo á los que lo quieran hacer con todo lujo, á las numerosas descripciones que encontrarán en las colecciones de todas las publicaciones especiales.

Todo bañadero se compone de una bañadera y de un escurridero, de un pozo bueno y de una represa de capaci

dad calculada de antemano para preparar el remedio antes de tirarlo al bañadero.

La bañadera se puede hacer de tablones de pulgada y media ó dos pulgadas, bien alquitranados y machimbrados, tapando bien la juntura de los tablones con filástica entrada á martillazos, para que, desde el primer día, conserve perfectamente el agua.

El alto, de cuatro ó cinco tablones, es decir, poco más ó menos $1^{m}20$ á $1^{m}50$ centímetros; el ancho, en la superficie de 0.60 á 0.80, en el fondo 0.30; el largo, de ocho á quince metros según las conveniencias de cada uno; enterrado, pero de modo que sobresalga algo del suelo, el cajón debe

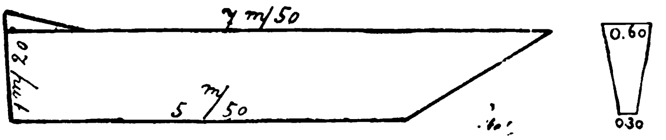



**Fig. 31.** — Bañadera: perfil y corte

estar á pique en la punta donde se echan las ovejas, y en el fondo, en la otra punta tiene que haber una escalerita que viene á dar con el escurridero.

El escurridero se compone de chapas de hierro galvanizado, de canaleta, colocadas en un terraplén en declive. Con un cajón de chapas grandes y diez metros de caballete, que vienen á servir de gotera, se puede hacer un escurridero suficiente para doscientas ovejas.

Se debe cuidar de que las canaletas que deben recibir el líquido que se escurre de las ovejas cuando salen del baño, lo lleven bien otra vez á la bañadera con el menor desperdicio posible. Para evitar que esta agua vuelva al bañadero muy cargada de estiércol, cae primero en una barrica donde deposita lo más de los cuerpos extraños que viene acarreando.

El escurridero debe dividirse en dos bretes que se llenan uno después de otro; para que siempre tengan tiempo de escurrirse bien las ovejas antes que las suelten al corral grande donde se acabarán de secar.

El brete que corresponde directamente con la bañadera debe ser lo más chico que se pueda, y cuadrado, — no redondo, — para que, casi sin moverse, los trabajadores puedan agarrar y tirar las ovejas al baño. Cinco ó seis hombres pueden holgadamente en un día bañar dos mil quinientas ovejas.

Un bañadero así, por sencillo y barato que sea, viene á ser todavía demasiado costoso para el que no tiene más que una majada. Se puede entonces hacer uno mucho más pequeño, aunque en la misma forma, y dará el mismo resultado.

Damos aquí un planito de la instalación más cómoda de un bañadero para ovejas, con sus bretes, etc.

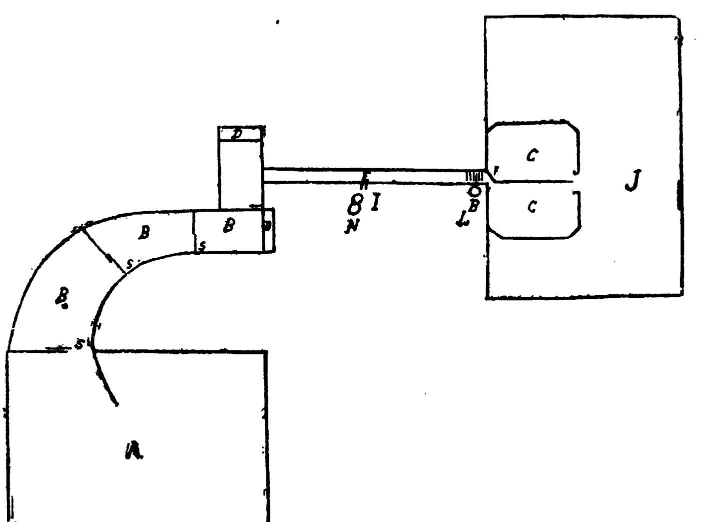



**Fig. 32.** — Plano general del bañadero con sus corrales y bretes

A es el corral de entrada de la majada. B B representan una serie de bretes en los cuales se encierran los animales por las puertas corredizas S S, disposición que facilita inmensamente, como ya lo hemos visto, el pesado trabajo de encerrar ovejas resabiadas. C es el brete de agarrar las ovejas para tirarlas al baño E. En D D se encierran unos señuelitos de algunas ovejas para que entren las demás con más facilidad.

En F, salen las ovejas bañadas y entran en los escurrideros G G.

N es el pozo; I la piletita para preparar el remedio.

En L, cae el líquido que se escurre de las ovejas, antes de volver á correr al bañadero.

En J, se acaban de secar las ovejas en un corral grande antes de que las suelten al campo.

La instalación general de corrales indicada en la figura 16, página 128, se puede adaptar al bañadero con la mayor facilidad.

***

¿Ahora, cuál es el remedio mejor?

Empezaremos por precaver á nuestros estancieros contra un remedio muy barato, porque lo puede preparar cualquiera en su casa, y que por esto hemos oído recomendar varias veces, y al parecer muy bueno, ya que efectivamente destruye la sarna. Es un compuesto de cal y azufre. Al uso de este remedio atribuyen los industriales ingleses, después de muchas indagaciones, la depreciación inexplicable hasta hoy de las lanas del Cabo de Buena Esperanza.

Aseguran que destruye en su mayor parte la suarda y demás materias que envuelven la hebra de la lana y le dan ductilidad y suavidad, haciéndola así quebradiza y áspera.

Es mejor evitar ciertas economías, sobre todo que hay mil remedios científicamente elaborados, cuyo precio poco elevado los pone al alcance de todos.

De estos remedios, la mayor parte son buenos, usados que sean en tiempo oportuno y con constancia. La dificultad podría consistir en elegir entre la inmensa cantidad de remedios más ó menos nuevos, que muchas veces son los mismos que los ya conocidos, pero con nombres distintos. A nuestro parecer, es con razón que los estancieros prefieren en general, hoy, los polvos de Cooper.

Este remedio ha conquistado desde unos cuantos años una preferencia marcada que se debe atribuir á varias causas: su precio relativamente poco oneroso, su fácil preparación y más que todo su eficacia perfecta y duradera con cualquier agua de la Pampa, por salubre que sea.

***

CAQUEXIA ACUOSA—*Sobeipé*—(Distoma hepática)—*Lombriz*—(Pasteurelosis ovina).

*Caquexia*, significa mala condición. No se puede decir que sea una enfermedad propiamente dicha; es un estado general, procedente de disturbios esenciales en la nutrición seguidos de otros disturbios más graves que traen consigo el enflaquecimiento general y la muerte.

La especie ovina, de constitución sumamente linfática, tiene la mayor propensión á la caquexia, y basta la humedad prolongada en los campos de pastoreo,—sobre todo si hay alguna penuria de alimentos,—para que majadas enteras se vuelvan más ó menos caquécticas.

Se han hecho enfermar experimentalmente de caquexia ovejas, haciéndolas pastar muchos días seguidos en un

prado regado cada día cuidadosamente. La caquexia, al debilitar el organismo, facilita el desarrollo en él del parasitismo, el cual aumenta naturalmente los sufrimientos del animal y acelera su fin.

***

El animal caquéctico tiene el cutis pálido y el interior del ojo y de la boca, casi blanco; el aspecto general de su cuerpo queda como descolorido, la lana cae al menor tirón, el estado general de flacura y de tristeza aumenta cada día y en el último período se le hinchan la garganta, los ojos y hasta toda la cabeza.

Estas hinchazones provienen de infiltraciones de agua en el tejido subcutáneo, y parece que los animales que se mueren, destilan agua por todas partes, cuando se les saca el cuero. De allí, el nombre de *caquexia acuosa* que se da á la enfermedad.

Como lo hemos dicho, la humedad es una de las principales causas de la caquexia, como de casi todas las enfermedades que atacan á la especie ovina.

Las crecientes que casi anualmente inundan los campos del Sur de la provincia de Buenos Aires, la hacen bastante común; sin embargo, existe en toda clase de campos, especialmente cuando se empiezan á recargar, aunque sean campos altos.

Siendo la caquexia como la resultante de todos los males y privaciones que pueden aquejar á la oveja, no se puede indicar como remedio contra ella más que las reglas generales de una higiene apropiada á la especie: buena alimentación, más bien seca que acuosa, agua muy sana y pura y en muy pequeña cantidad, buenos reparos contra

la intemperie, holgura en el campo y no existirá la caquexia.

***

Hemos leído que un agricultor francés, hace ya muchos años, había observado por casualidad, que la cáscara seca de mimbre era un preservativo, sino un remedio eficaz contra la *caquexia acuosa*. Varios experimentos hechos después, confirmaron la observación y permiten asegurar que una ración de ramas de sauce, distribuída de cuando en cuando á las ovejas, contribuye á preservarlas de la caquexia.

Otra observación al respecto: una majada, que siempre pastaba en los bordes de un arroyito sin barrancas muchas veces derramado en los prados adyacentes, habiéndose enfermado de caquexia, fué lo bastante para curarla plantar los bordes del arroyo con mimbre; y no solamente se sanó la majada, sino que nunca más se volvió á enfermar.

Queda, pues, adquirido, que el mimbre, y en su defecto, cualquiera clase de sauce, contiene un específico y un tónico poderoso. La naturaleza ha puesto como siempre cerca del mal el remedio, y no siendo nada más fácil ni menos costoso que hacer un montecito de sauces en las costas de un arroyo, no podemos menos de aconsejar hacerlos á todos los que habitan en las costas de arroyos conocidos por producir el *sobeipé*.

***

SOBEIPÉ ó Sobaypé, ó Saguaipé ó Sahuaypé, de todos modos se ve escrito y se oye pronunciar (1), y todavía hay

(1) Creemos que *sobeipé* es la verdadera ortografía y que esta palabra proviene del modo que tenían los indios de pronunciar «sobre el pie», nombre quizás que daban ellos á la sanguijuela de los cañadones, que se suele pegar en el pie de los animales, y que durante mucho tiempo se ha considerado como la causa de la enfermedad que nos ocupa. Otros dicen que *sahuaypé* es el verdadero nombre indio y designa la forma del insecto.

disidencias entre los autores, no solamente sobre el nombre, sino también sobre las causas de esta enfermedad.

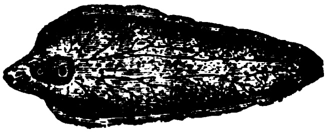


Fig. 33. — Distoma hepático
(Sobeipé)

¿Es efecto ó causa de la caquexia acuosa? Quizá ambas cosas.

Hasta hoy, se ha considerado siempre como una afección verminosa, producida por bacterios, cuyo lugar de elección es el hígado de las ovejas; también se ha notado que solamente existe esta enfermedad en ciertas partes, desprovistas de barrancas, de las costas de ciertos arroyos, con exclusión absoluta de las partes barrancosas de estos mismos arroyos.

En aguas correntosas, por consiguiente, no existe el germen del sobeipé, sino en los pastos bañados por aguas estancadas.

***

Estos insectos, que así se alojan, crecen y se multiplican en el higado de la oveja, son bastante singulares para no ser confundidos con ninguna otra clase de lombrices intestinales. Son ovalados, chatos, de color gris obscuro á castaño, con la boca adelante en una punta cónica, y de la forma de una hojita de acacia, poco más ó menos. Hasta que quede probado lo contrario, creemos que proviene el sobeipé de la ingestión por la oveja de sus larvas, cuando se van retirando las aguas de las crecientes y que

las ovejas, buscando con avidez el pastito tierno recién descubierto, ofrecen en sus intestinos camino cómodo al bacterio para llegar al hígado, su verdadero lugar de elección, donde se desarrolla y se propaga con facilidad. Las crecientes, lo notamos al pasar, tienen lugar casi siempre en la primavera. La enfermedad no se declara en seguida, y su período de incubación dura algunos meses, durante los cuales el animal no parece de ningún modo enfermo, y, al contrario, parece tener propensión á engordar. Es cierto que corresponde ese período á los meses de verano, y es entonces cuando el que compra ovejas de cría debe tomar cuidadosamente sus informes sobre la majada que le ofrecen en venta. Hemos visto una vez doscientas ovejas compradas en verano, á sacar de la pata, por consiguiente gordas, y al parecer muy sanas, morirse *todas* en tres meses, al principiar el invierno, á pesar de haberse mudado de campo.

Recién es cuando se han podido multiplicar en gran cantidad los bacterios, y han perforado el hígado de mil agujeros, es decir, poco más ó menos en el otoño, que los animales se vuelven tristes, enflaquecen rápidamente y no tardan en morirse muchos de ellos. Si el otoño viene algo lluvioso, como el animal enfermo está naturalmente debilitado, ofrece al mismo tiempo una presa fácil á la caquexia, que acaba con él más pronto.

El hígado de las ovejas que mueren de sobeipé está completamente agujereado, lleno de durezas blancas é hirviendo de bacterios vivos.

Tal es la enfermedad del sobeipé.

Cuando el remedio aconsejado más arriba, de darles á las ovejas ramas de sauce, no se pueda aplicar con facilidad en las majadas, lo único que entonces puede realmente atajar algo la enfermedad será mudar de campo las ove-

jas, haciéndolas pasar, si es posible, á campo alto. Asimismo, siempre se han de morir infaliblemente los animales pasados de sobeipé, pero siquiera, los que tienen poco y cuya edad y constitución ofrecen más resistencia se han de salvar, sobre todo si se tiene el cuidado de darles abundantemente sal de roca en el corral y sulfato de fierro en el agua de las bebidas.

***

La LOMBRIZ, la terrible lombriz, que ha causado en estos años pasados, más perjuicio quizás á la ganadería que la langosta á los agricultores, destruyendo majadas enteras, animales grandes y chicos, y particularmente todos los corderos y borregos de dos y tres pariciones seguidas, en casi todo el Oeste de la provincia de Buenos Aires, no puede ser sino prima hermana del sobeipé, pero con un poder de destrucción mucho mayor. Nace y se propaga en las mismas condiciones, pero persigue á los animales nuevos y con preferencia á los adultos. Como el sobeipé, se desarrolla la enfermedad á favor de la humedad ; y, en los campos de pastos duros, donde porfían forzosamente siempre los borregos para las cañaditas de pasto húmedo y tierno, se vuelve desastrosa.

Suele reinar también en majadas finas mantenidas en puros alfalfares, lo que parece probar que no es siempre un efecto de la miseria y mala alimentación, sino, más que todo, de la humedad, ese enemigo mortal de la oveja. Lo que confirma esta opinión, es que manteniendo los borregos á puro pasto seco, *sin darles agua* durante varios días, cesa la mortandad, si bien queda la enfermedad al estado latente.

***

Según parece, la República Argentina ha de haber tenido

sola el triste privilegio de conocer esa clase de bronquitis verminosa, en su carácter contagioso, pues en los tratados veterinarios europeos, se contentan poco más ó menos con dar el nombre del parásito, indicar su domicilio, decir que no se conoce remedio para esta enfermedad, y ¡ santas Pascuas! Según se ve, no habrán tenido todavía por allá ocasión de hacer las observaciones que casi todos los estancieros han podido hacer, desde hace unos cuantos años, á sus expensas.

Nuestras observaciones personales se pueden resumir en pocas líneas, y creemos que todos los que han visto desarrollarse en sus campos la terrible epidemia, las habrán podido hacer lo mismo que nosotres.

Pasaremos rápidamente sobre la descripción de la lombriz que, por desgracia, todos han podido ver.

Es un gusanito del grosor de una cerda de caballo blanco y delgado en las dos puntas; se encuentra en gran número en la tráquea y en los bronquios de los animales enfermos. Los hay de varios tamaños, según su edad y su sexo. La hembra alcanza á tener de 8 á 12 centímetros de largo. Se encuentran unas veces aislados, otras veces en agrupaciones algo semejantes á unas madejas enredadas de hilo. Se ha notado que algunas veces, casi todos los animales que se morían de lombrices, no solamente las tenían en los bronquios, sino también en el estómago: estas últimas tienen otro color y probablemente pertenecen á otra variedad.

La ciencia les ha dado nombres diferentes, llamando *strongylus contórtus* á la lombriz del cuajo y *strongylus filarius* á la de los bronquios; pero, el verlas siempre juntas con la lombriz del pulmón, en los mismos animales, sugiere la idea que debe ser el mismo parásito, modificado por la influencia de los medios en los cuales lo colocara alguna casualidad después de su ingestión por la oveja.

Otro año, aunque la mortandad haya sido mucho mayor, hemos podido notar que sólo había lombriz del pulmón, pues ya no hemos encontrado la otra.

Los síntomas principales son la tos y el enflaquecimiento de los animales atacados. En el último período sobreviene la caquexia y muchas veces una diarrea fétida y abundante.

***

Se han hecho en Francia primero, desde 1877, y en Inglaterra en 1888, experimentos sobre la vida y costumbres del strongylus filaria, que han dado resultados dignos de ser conocidos.

Han probado que ni los calores excesivos del verano, ni las heladas más crudas del invierno destruyen sus embriones. Éstos se quedan secos, pero con ponerlos en agua templada se les devuelve toda su actividad.

Estos embriones se encuentran en gran cantidad en los prados muy recargados de ovejas, pues éstas los expulsan con los excrementos. En el pasto húmedo se desarrollan y prosperan, pero no llegan, según parece, á la madurez sexual sino en el cuerpo de la oveja, cuando ésta los vuelve á ingerir con el pasto ó el agua.

Sólo en el cuerpo del animal alcanzan á reproducirse.

Para probar su extrema vitalidad han puesto en varios remedios ó drogas, ó venenos muy fuertes, lombrices vivas. En algunos casos, han quedado inmóviles; pero echándolas en agua tibia, las han hecho volver á la vida.

Para que una oveja luche con éxito contra semejantes parásitos, tiene que ser dotada de una vitalidad excepcional, y fácilmente se comprende que en años húmedos y desfavorables á la buena nutrición de la especie ovina, la lombriz se apodere del organismo debilitado ya de la oveja y

particularmente del cordero mal amamantado y prematuramente destetado y los vuelva caquécticos con facilidad... ó por lo menos contribuya á este resultado, pues está probado ya que la lombriz (y lo mismo se puede asegurar del sobeipé) no es en realidad la enfermedad que mata, sino un episodio de la enfermedad, la manifestación exterior más aparente del mal.

***

Es cosa conocida por los hombres de ciencia, desde muchos años ya, que si bien los parásitos de todas clases aprovechan la debilidad de un organismo para apoderarse de él y debilitarlo más todavía, muy pocos son los



**Fig. 34.** — Borrego atacado de lombriz

que la naturaleza haya hecho capaces de destruirlo del todo por sí solos.

Los experimentos realizados por el señor don J. Lignières [1], del Instituto Pasteur, han venido á probar definitivamente que no es la lombriz á la que se debe perseguir, sino al microbio de la enfermedad á la cual ha dado el nombre de *Pasteurelosis ovina.*

Este microbio, lo ha podido aislar y cultivar, al punto de llegar á hacer con el virus atenuado una vacuna preventiva, y de estar á punto ya de conseguir también la vacuna curativa de la enfermedad.

***

Este descubrimiento, una vez vulgarizado, lo que no tardará, vendrá á salvar sin duda la prosperidad seriamente amenazada de los criadores argentinos.

Mientras tanto, los estancieros tienen que atenerse á la profilaxia aconsejada al tratar de la caquexia, que al fin y al cabo viene á ser una con lo que llaman la «lombriz» y seguramente con el mismo «sobeipé». Higiene general, buena alimentación, manutención seca, privación de agua, etc., etc.

Hay que vigilar mucho los animales que echan humores por la nariz; pues generalmente están infectados é infectan el agua al tomarla.

La ingestión del microbio, dice el señor Lignières, se

(1) El señor J. Lignières ha sido comisionado por el Instituto Pasteur, á pedido de la Sociedad Rural, para estudiar las enfermedades reinantes en las haciendas de la República Argentina. Su permanencia entre nosotros ha sido ya y será de incalculable provecho no sólo para los valiosos intereses pecuarios del país sino tambien para la ciencia en general; pues ha podido aquí hacer experimentos en condiciones desconocidas en Europa que le han, por lo mismo, dado resultados inesperados, y sus descubrimientos han repercutido en el viejo mundo de tal modo que los hacendados que han costeado su misión quedan acreedores á los mayores aplausos por su fecunda iniciativa.

hace por el tubo digestivo donde pulula; de allí se desparrama por el organismo todo, siendo su lugar de elección los pulmones, en los cuales produce lesiones de tal importancia que acaban en más ó menos tiempo con la vida del animal, arruinado ya y hecho caquéctico por las lesiones de los intestinos.

***

Cuando la vacuna preventiva de esta enfermedad entre en la práctica corriente, se publicarán forzosamente las indicaciones necesarias á su aplicación, y no faltarán hombres experimentados y hábiles para practicar las inoculaciones.

Saludamos con fe entera esta luz de esperanza que aparece en el horizonte cada vez más nublado de los estancieros. Si demora algo en brillar con todo el esplendor deseado, es que la escuela de Pasteur, á la cual pertenece el señor Lignières, tiene por costumbre de no entregar al público sus descubrimientos, sino cuando están completos y perfectos, pasados cien veces por el crisol de la experimentación científica.

***

**Manquera** — En toda clase de animales, el pie es uno de los órganos más delicados y más sujetos á varias afecciones de más ó menos gravedad. En la oveja se pueden distinguir dos clases de enfermedades en los vasos; pero una de ellas es accidental, individual y de poca gravedad por consiguiente, - pues aquí, donde siempre se trata de grandes masas de animales, una enfermedad que no presente carácter contagioso, no puede tacharse de grave, aunque mate al animal que ataca,—y hablaremos de ella más bien por memoria que por otra cosa.

Esa enfermedad *(fourchet)*, consiste en la inflamación de la horquetita del vaso, y en nacidos más ó menos graves que pueden resultar de esa inflamación. Casi siempre, la causa de esa enfermedad es la presencia, entre las uñas, de un cuerpo extraño, astilla, terroncito de estiércol, espina, vidrio ó cualquier otra cosa.

Se observa á menudo en los animales que pacen en rastrojos de trigos recién cortados, y es causada entonces por la paja que, dura todavía, los lastima.

Cuando se trata de un animal de valor, el mejor medio de curarlo es, después de lavar bien el vaso con agua tibia, aplicar en la parte enferma una cataplasma de una yema de huevo batida con aguarrás, cataplasma que activa la madurez del nacido y lo hace reventar y supurar en pocas horas. Naturalmente, ese medio se debe reservar para animales de cabaña, pues sería del todo inaplicable á los animales de majadas comunes; para éstos, lo mejor es, cuando ya maduró el nacido, abrirlo con la punta de un corta-plumas; á los pocos días, ya se sanó del todo.

***

Muy diferente es en sus síntomas, en su marcha, y sobre todo, en su gravedad, la otra enfermedad *(pietin)*; ésta se puede llamar el *mal de vasos* por excelencia, pues hace en ciertas partes de la campaña de Buenos Aires estragos que casi pueden rivalizar con la sarna.

No ha podido la ciencia veterinaria decidir todavía si es ó no contagioso el mal de vasos. No creemos que lo sea y pensamos que si ataca á la vez muchos animales, es porque se encuentran en las mismas malas condiciones.

La humedad prolongada del piso origina el mal de vasos; una vez implantado, se desarrolla en cualquier condición.

Pero es, sobre todo, cuando retirándose las aguas, se seca y se endurece el piso, que se hace conocer en una majada. Las ovejas entonces, teniendo el vaso enfermo sumamente sensible, no pueden soportar el contacto del suelo firme y empiezan á caminar, aflojando primero, y después alzando del todo el pie enfermo.

Sucede á menudo que, enfermas de las dos manos á la vez, tienen que pasar todo el día de rodillas, y es fácil figurarse qué gordura pueden juntar en semejante posición.

Dejándolas así mucho tiempo, si no se mueren, se les encogen los músculos de las manos de tal modo, que ya, aunque sanen, nunca pueden caminar paradas del todo y quedan inútiles.

A ese punto llegan muy fácilmente los carneros padres; creemos que será por el mismo peso de las astas; también se nota que el mal de vasos es mucho más trabajoso para sanar en las manos que en las patas.

El mal de vasos ataca de preferencia los animales adultos; á medida que van avanzando en edad, el vaso se deforma más y más, y crece bastante para doblarse sobre sí en la planta del pie. En esta condición se comprende que la tierra húmeda se queda pegada y como encerrada entre la parte viva del vaso y su prolongación inútil, y que debe ser esa una de las causas más comunes del mal de vasos.

Es preciso, siempre que se trabaja una majada, sea para curar la sarna, sea para cualquier otra cosa, tener á mano un *desvasador* para cortar los vasos demasiado largos. Pero también es preciso tener muchísimo cuidado de no hacer sangrar el pie, lo que muchas veces provoca la enfermedad que se trata de combatir.

El mal de vasos casi siempre empieza por la despegadura de la parte superior del vaso. En la parte donde

adhiere á la carne, se vuelve ésta un poco colorada, pero nada todavía puede hacer conocer á primera vista la existencia del mal. Recién después de algunos días, el animal enfermo empieza á aflojar la mano ó la pata.

Es entonces, y sin más tardar, que se debe aplicar el remedio que luego indicaremos. En este período de la enfermedad, en un día se sana completamente.

Si, al contrario, se le deja seguir su marcha, poco á poco se va como descomponiendo el vaso; empieza á ponerse blando y á secretar una especie de serosidad blanca, de un olor muy fuerte y nauseabundo, que parece que disuelve poco á poco toda la materia dura del vaso, dejando pronto desnuda la carne. Se sigue deshaciendo el interior del vaso y despegándose la parte exterior.

En este estado, sucede muchas veces que se empieza á sanar sólo el pie enfermo, pero siempre queda el vaso deformado del todo, y el animal más ó menos rengo ó manco.

Sucede también muchas veces que se forman fístulas, quedando el vaso sano en el exterior y volviéndose á podrir interiormente. De todos modos, sufre demasiado la oveja enferma para poder engordar y criar, mientras que con un poco de cuidado y muy poco gasto se puede sanar en algunos días, atajando con tiempo la enfermedad, en el momento que se declara en una majada.

***

Han aconsejado y fabricado veinte remedios diferentes para esta enfermedad, algunos buenos, muchos inútiles, casi todos costosos. Por nuestra parte hemos probado varios y quedamos con la opinión bien asegurada que de todos, el más barato, el de uso menos peligroso y más fácil,

y el más seguro, es el sulfato de cobre, siendo de primera calidad. Con él hemos sanado animales que habían resistido á toda clase de remedios, ovejas mancas desde diez y ocho meses y carneros que vivían hincados.

El sulfato de cobre se puede usar al estado líquido ó sólido. Cuando se trata de curar unos pocos animales, lo mejor es reducirlo en polvo muy fino y aplicarlo así en la parte enferma. La misma humedad del vaso lo disuelve, y el efectò es bastante rápido. Si el animal está muy enfermo, precisará naturalmente varias aplicaciones, pero por muy enfermo que esté, se sanará. Estando la enfermedad en su primer período, casi siempre se sana con una sola cura.

Si la enfermedad ha cundido de golpe en una majada y que los animales sean demasiados para poderlos curar uno por uno, el modo más sencillo es de colocar en la puerta del corral entre dos lienzos, un cajón de madera, bastante largo, para que, al salir, tengan que pisar en él las ovejas; se echa en ese cajón cierta cantidad de agua conteniendo en disolución cinco kilogramos de sulfato de cobre por cien litros; es bueno, si hay mucha agua en el campo, tener, después de la operación, las ovejas encerradas un par de horas.

A los pocos días se da uno cuenta que el contagio se ha parado y si quedan algunos animales mancos ó rengos, son únicamente los muy pasados; éstos naturalmente, se tienen que volver á hacer pasar unas cuantas veces en el baño, ó curar á mano con el sulfato en polvo.

***

**El empaste ó meteorización.**—Enfermedad accidental que consiste en la formación de gases tan abundantes en la

panza que imposibilitan las contracciones necesarias para volver los alimentos á su conducto natural, lo que produce asfixia ó congestión intestinal.

La causa de esta corta y fatal enfermedad, es la ingestión exagerada y voraz de alimentos verdes, ya calentados por el sol, particularmente la alfalfa y el trébol.

El rocío no es peligroso de por sí, pero únicamente por su combinación con la acción del sol, que provoca y activa la fermentación del pasto, y es sabido que la meteorización raras veces se produce por la mañana ó en los días nublados.

Muchos son los remedios indicados para la meteorización, pero desgraciadamente es tan difícil sanar esta enfermedad como es frecuente y fulminante su aparición.

De los muchos remedios probados hasta hoy, los de más fácil aplicación, y por consiguiente, los únicos que se puede pensar en emplear aquí, son el *agua salada*, que todo el mundo se puede procurar al momento, y la *punción*.

Esta operación, aunque sencilla, es peligroso remedio de última hora, cuando ya no hay esperanzas de que, de otro modo se salve el animal; consiste en pinchar con la punta del cuchillo, y de un solo golpe, el cuero y la panza, introduciendo en seguida en la herida un tubo cualquiera, por ejemplo un pedacito de caña de castilla, de cardo seco ó de sauco sin médula ó la punta de un embudo; se escapan así los gases y vuelve á la vida el animal. El instrumento especial para esta operación, llamado *trócar,* puede ser útil para un animal, pero no cuando se enferman á la vez, como es la generalidad de los casos, una gran cantidad de ovejas.

La punción se debe hacer en el costado izquierdo, en el mismo punto donde queda hueco, cuando el animal está sumido. Una vez la panza libre de gases, se saca el

tubito y á los pocos días está sana la oveja... si ha sido bien hecha la operación y á tiempo.

La meteorización puede hacer, en una majada salida sana del corral, y de un momento á otro, estragos terribles. Es, siempre, resultado de la ignorancia ó del descuido del pastor. En efecto, el que conoce el peligro, nunca dejará, en las horas calientes del día, cuando el trébol está en toda su fuerza, comer su majada, sin caminar, en trebolares tupidos.

Además de esto, es bueno notar que los animales se deben acostumbrar poco á poco á comer trébol nuevo; cada día un poco más, pero sin dejarlos parar mucho, y así, al poco tiempo, ya no hay peligro de empaste.

De todos modos, al momento que se da cuenta el pastor de la aparición de la enfermedad en algún animal, debe empezar á hacer correr la majada; así, primero evita que siga comiendo el pasto peligroso, y hace más fácil para los animales medio empastados la expulsión de los gases.

***

**La par.**—La parición de las ovejas se hace en general sin dificultad, y nunca debe apurarse el pastor en intervenir. Sin embargo, cuando se conoce que es demasiado penosa la parturición, sea por causa de debilidad de las ovejas, sea por mala presentación del cordero, es bueno ayudar por una tracción delicada y simultánea con ellos, los esfuerzos de la madre.

Casi siempre, sale en seguida la par también, sin dificultad; pero, en ciertos años y en ciertos parajes, hemos visto morir muchas ovejas por no poder echar la par, y no ovejas flacas ó débiles, sino al contrario, las más gordas y fuertes.

Remedio contra esta otra especie de epizootía no hemos tenido ocasión de probar ninguno, y solamente aconsejaremos dar á las ovejas que así se enferman, una pequeña cantidad de vino caliente.

Lo que sí queremos notar, dándolo simplemente como indicación, pero sin garantir nada hasta mejor informe, es que hemos observado que sucedía esto solamente en tiempo secos, y en las majadas que aprovechando la falta de agua en los cañadones, comían la mayor parte del día en duraznillales.

¿Comerán las hojas del duraznillo? ¿serán esas un astringente poderoso? no lo sabemos, pero aconsejaremos que se evite, en tiempo de parición, de hacer pastear las ovejas en duraznillales hasta que observaciones más completas hayan esclarecido la cuestión.

***

**Gusanos.**—No es esta una enfermedad, sino una consecuencia de alguna llaga ó herida en la estación de los calores, consecuencia que con un poco de vigilancia es fácil evitar.

La mayor parte de los casos de agusanamiento, tienen por asiento los vasos podridos. El olor fétido que produce el mal de vasos atrae la mosca, y á los pocos días, la numerosa familia nacida de ella, entra en la fuerza del trabajo.

Desgraciado el animal que se deja algunos días en tan lamentable situación. Pronto los ávidos insectos le han carcomido las carnes y se hace difícil salvarlo entonces de la horrible muerte que lo espera, ser comido vivo!

En los meses rigorosos del verano, cualquiera herida puede dar lugar á que se agusane la oveja, y por esto

es preciso, durante la esquila, no permitir que se suelte una oveja cortada, sin curarla. Donde hay sangre, por poca que sea, viene, sin tardar la mosca á poner; una oveja parida, ó muy sarnosa fácilmente también se puede agusanar, sobre todo en ciertos años de mucha mosca.

Por lo que es de los gusanos en los vasos, hemos indicado el remedio: pero, en donde se encuentren éstos, siempre es bueno empezar por hacerlos salir con algunas gotas de aguarrás, ó en defecto de ella, con estiércol fresco de caballo; después, con echar en la herida un poco de alquitrán, se evita generalmente que vuelvan.

***

**Locura** (*Tournis*).—Pocas son las víctimas de esa afección y casi siempre son borregos. Se forma en el cerebro del enfermo una vejiguita llena de agua, que, según el lugar donde se encuentra situada, sea en la masa encefálica, ó en la superficie del cerebro, en un costado de éste ó en otro, produce movimientos involuntarios muy diferentes, pero siempre desordenados.

El animal atacado de esa singular enfermedad, ó da vueltas sin fin sobre sí mismo, y siempre del mismo lado, ó camina derecho sin ver los obstáculos, ó pisotea el terreno sin adelantar, ó anda pesadamente con la cabeza caída, etc., pero siempre va enflaqueciéndose más y más, hasta que la parálisis, resultado de la lesión del cerebro, complete su obra, quitándole la vida.

Contra esta enfermedad no hay remedio.

Lo único que se debe hacer es carnear inmediatamente todo animal así atacado, antes que se enflaquezca. Sería un error creer que esta enfermedad haga mala ó peligrosa la carne; sin embargo, es preciso evitar con mucho

cuidado que se tire la cabeza á los perros y se debe quemar en seguida: sería, de otro modo, volver á sembrar el mal.

Está hoy absolutamente probado por la ciencia que la locura de la oveja es causada por la presencia de una lombriz de cinta conocida por *cœnuro* del perro. Esa lombriz vive perfectamente y muy desarrollada en las entrañas de este último, sale por pedazos en sus excrementos y uno de esos pedazos, ingerido con el pasto por la oveja y encontrando en este animal su lugar de elección en el cerebro, ocasiona la formación de la vejiguita de que hemos hablado y que no es otra cosa que una de las fases del desarrollo del cœnuro.

Por rara que parezca á primera vista la explicación de las causas de esta enfermedad, diremos que, además de estar científicamente demostrada la verdad de estas aserciones, la mayor parte de las enfermedades verminosas se propagan del mismo modo, siendo casi siempre propicio á la eclosión de las larvas de tal ó cual gusano intestinal, especial á tal ó cual clase de animales, tal ó cual parte del cuerpo de otro animal que las ingiere bajo cualquier forma que sea.

Agregaremos esa observación, común á todas las enfermedades verminosas (en todas clases de animales), que todo lo que debilita el organismo es favorable á su aparición y á su desarrollo, y que, por lo que especialmente toca á la oveja, el sobeipé, la locura, la lombriz, no hacen verdaderos estragos sino en majadas predispuestas á ellas por sufrimientos anteriores, por ejemplo secas ó inundaciones. Un organismo de mucha fuerza vital resiste mucho más al parasitismo.

Sacaremos de eso esta conclusión: que en campos recargados, casi nunca hay que acusar de las epizootías,

sino á la imprudencia que se ha cometido recargándolos.

***

**Viruela de los corderos** (*Muguet*). — Desconocida, como muchas otras, hasta hace poco tiempo, esta enfermedad se ha hecho sentir con alguna fuerza, hace algunos años, en ciertas partes de la provincia.

Consiste generalmente en una gran cantidad de granos que invaden la boca, los labios y el hocico de los corderos y les impiden que mamen. En algunos de ellos, la enfermedad gana todo el cuerpo (á lo menos pensamos que debe ser la misma, pues han sido simultáneas y han desaparecido juntas), y lo acribilla de tal modo que hace inservible el cuero.

La causa de esta enfermedad es el mismo estado de miseria en que se encuentran los corderos nacidos en otoños muy secos, y el mejor modo de evitarla es estacionar como hemos aconsejado.

Por lo que es del remedio más eficaz, creemos que consiste en lavar con alumbre diluído en agua, las partes enfermas, cuando no se trata más que de la cara.

***

**Varias afecciones.**—A más de las enfermedades, unas individuales, otras epizoóticas, que acabamos de señalar, las ovejas están expuestas á varias otras, de más ó menos gravedad, entre las cuales muchas no son más, algunas veces, que los síntomas de otra afección más grave.

Por ejemplo, la tos, la dificultad en rumiar, la diarrea, la respiración penosa, pueden ser pasajeras y no precisan, en ese caso, por todo remedio, que la cesación de la

causa del mal; pero, muchas veces, alguno de esos accidentes es indicación que no debe despreciar el estanciero, pues puede representar alguna fase del desarrollo de otra enfermedad y debe ejercer entonces esa vigilancia activa de observación que hemos aconsejado.

***

Por lo que pertenece á tumores, llagas, heridas, cualquier hombre de campo sabe practicar las operaciones poco importantes que se puedan hacer necesarias. Para abrir un tumor con el cuchillo, ó cerrar con dos alfileres una vena cortada por un esquilador, no se precisa ser hombre del arte; pero lo que pocos saben, en general, en el campo, es que lo primero que necesita para sanarse una herida es limpieza, y muchas veces hemos visto curar animales heridos, con estiércol ó barro, cuando lo que más hubieran precisado era agua y más agua.

Para hacer salir los gusanos de una llaga, hemos aconsejado estiércol fresco de caballo, á defecto de aguarrás, pero no se debe usar sino momentáneamente, hasta que el amoníaco que contiene haya hecho su obra; después, y sin tardar, se debe lavar bien y á menudo la herida, y así no volverán á entrar gusanos.

***

Para las enfermedades de la vista, golpes en los ojos, como se suelen dar los carneros, topando entre sí, el agua de semilla de zapallo es remedio bastante efectivo. También hemos usado con éxito el polvo de carbón de sauce mixturado con sal y soplado en el ojo, y siempre le hemos visto surtir muy buen efecto.

Nos queda dar una listita de los ingredientes farmacéuticos más indispensables en casa del criador de ovejas: son, á más, naturalmente, del específico preferido para curar la sarna, el sulfato de cobre, el sulfato de fierro, el azufre en polvo, la sal de roca, el aguarrás, el extracto de saturno (excelente para las heridas), el sulfato de soda como purgante, y el amoníaco.

Como lo hemos dicho al empezar, existen hoy en Buenos Aires varios establecimientos veterinarios donde se encuentra todo lo que pueda necesitar el criador.

# CAPÍTULO XVI

## RESUMEN MENSUAL DE LOS TRABAJOS Á EJECUTARSE EN UNA MAJADA

**El mes de Marzo, primero del año pastoril.—Trabajos especiales de cada mes.**

Nos parece útil resumir aquí en pocas palabras, y clasificándolas por mes, las indicaciones que hemos hecho sobre los diversos trabajos relativos á la cría de ovejas en la República Argentina, especialmente en la provincia de Buenos Aires y Pampa.

Para todos los trabajos que, según el clima, se tienen que adelantar ó postergar, tomaremos un término medio entre los diferentes climas de la provincia de Buenos Aires.

Empezamos por el mes de Marzo, porque nos parece que realmente principia entonces el año pastoril, sobre todo por lo que corresponde á las ovejas.

Insistiremos en que nos ocupamos aquí, únicamente, de majadas comunes, dejando á un lado todo lo que se refiere á cabañas, por ejemplo, en cuestiones como la de estacionamiento y varias otras.

***

*Marzo.*—En este mes, en los campos del Sur y de la Pampa, de pasto duro, están casi siempre en muy buen estado de gordura las ovejas, y aunque en Abril y Mayo pueda todavía seguir sazonándose la gordura, ya es bueno pensar en aliviar las majadas de todo lo aparente para matadero, capones y ovejas de boca llena.

Los corderos tienen, los que menos, cinco meses y se pueden destetar sin peligro, lo que facilita el aparte de las ovejas gordas que se quieran vender. Además de esto, ni el sentimiento de vender ovejas preñadas se puede tener, pues todavía no se han echado los carneros en las majadas.

Los carneros se deben ir preparando para la lucha; dándoles con ese objeto una racioncita de grano y pasto seco por la noche. No precisan, ni deben estar demasiado gordos para ese tiempo, pero si fuertes y por esto hay que proporcionarles alimentos más ricos en proteina que de mucho volumen. Desde el 15 se pueden echar algunos en las majadas.

Suelen empezar las neblinas y rocíos grandes y el pasto tierno abunda; por esto es preciso tener mucho cuidado de no soltar muy temprano las majadas, sino en días que el viento ha secado el rocío en las plantas, al salir el sol. De otro modo empezarían á purgar y atrasarse las ovejas.

Cada ocho días se debe repasar la majada y curarla de la sarna.

En los campos de pasto tierno, empieza la parición.

***

*Abril.*—En este mes, se echan todos los carneros á las majadas para tener la fuerza de la parición en Septiembre, en los campos de pasto fuerte.

Deben estar muy sanos de los vasos y perfectamente libres de sarna.

En campos de pasto tierno, sigue y termina la parición.

***

*Mayo.*—Quedan los carneros en las majadas hasta el 15 solamente para poder esquilar en Noviembre.

En Abril y Mayo se deben vender todos los animales gordos de las majadas, que se destinen para matadero; pues ya empiezan á hacerse sentir las primeras heladas y no aprovecharlos entonces, es correr el riesgo de verlos pronto atrasarse.

Creemos inútil repetir cada mes las observaciones referentes á la sarna.

***

*Junio.*—Siempre es un mes muy lluvioso ó muy frío. Es el primer mes de sufrimiento para las ovejas. Los días más cortos del año, heladas que duran hasta tarde y no permiten soltar las majadas, ó lluvias grandes que las atrasan, desarrollan la sarna sin permitir que la curen y originando á la vez el mal de vasos: tales son los regalos que trae consigo el primer mes del invierno.

El veranillo de San Juan, temporadita de algunos días calurosos, es el único alivio que ofrece entonces la naturaleza á los desgraciados rebaños.

Sin embargo, como todavía conservan algo de la provisión de fuerza hecha durante el verano y el otoño, con tal que estén bien sanos de la sarna y de los vasos, no se nota generalmente gran mortandad entre ellos.

***

*Julio.*—Siguen las heladas ó las lluvias grandes según los años. Tienen que seguir sufriendo las ovejas; también con ellas, el pastor que quiera cuidar como es debido.

***

*Agosto.*—Hacer su agosto es un refrán importado del hemisferio del Norte, que de ningún modo conviene á las ovejas en esta tierra. Sin embargo, su segunda quincena es generalmente algo templada, y á pesar de la mala y merecida fama de Santa Rosa que la termina, hace renacer siquiera la esperanza en el ánimo algo abatido del estanciero. Desde el 15, empiezan á nacer algunos corderos en el Sur y Pampa.

No hay, asimismo, que hacerse muchas ilusiones sobre ese mes, ni como lo veremos, sobre la primera quincena del mes siguiente. Aunque vengan en Agosto algunos días buenos, poco crece el pasto todavía, y el que brota entonces, es demasiado acuoso para devolver á los animales arruinados por los largos sufrimientos del invierno, las fuerzas perdidas.

En Agosto, empiezan á morir todos los animales viejos ó enfermos que hay en las majadas, y es entonces cuando se

empieza á conocer de qué utilidad sería vender siempre para el matadero las ovejas de cuatro años cumplidos.

***

*Septiembre.*—Ya va principiando fuerte la parición en campos de pasto duro. Al fin del mes debe haber pasado su mayor fuerza.

Septiembre es el mes de equinoccio y suele traer temporales largos y mucha agua hasta el 21. Sin embargo, y aunque tenga lugar entonces la muerte de lo que ha dejado Agosto de animales viejos y arruinados, en Septiembre se va haciendo muy abundante el pasto de todas clases.

Los días más largos, el calor benéfico de los primeros días de la primavera, componen mucho las majadas, y si las ovejas no pueden criar todavía mucha fuerza por el estado demasiado verde del pasto, á los corderos que nacen entonces no les falta la leche.

***

*Octubre.* — Sigue la parición hasta el 15. Es bueno señalar antes de la esquila, para evitar las pérdidas en caso de mixturas durante el trabajo.

Teniendo el cuidado de apartar las preñadas antes que empiece la parición, se puede en todo el mes trabajar á menudo las majadas, curando los últimos granitos de sarna, desvasando, y *descascarriando*, aprovechando todas las ocasiones de hacer sudar las ovejas, operación muy provechosa, al mismo tiempo, para la misma salud del animal y para aumentar el peso de la lana.

En pastos tiernos, se echan los carneros en las majadas á principio del mes: ya se puede esquilar.

***

*Noviembre.*—Esquila (en campos de pasto fuerte). Siguen los carneros en las majadas todo el mes. (Pastos tiernos.)

***

*Diciembre.*—Bañar las ovejas, dos veces en el mes. No hablamos de esquila de borregas, por la buena razón que estacionando para Septiembre las majadas, las borregas no tienen todavía bastante lana para poderse esquilar.

***

*Enero.*—Soltar las ovejas una hora antes de salir el sol y entrarlas lo más tarde que se pueda. No descuidarse con las mixturas ó pérdida de puntas durante la siesta. La mosca empieza á hacerse peligrosa y la polilla á perseguir los cueros.

Volver á bañar los animales que hayan tenido mucha sarna antes de la esquila.

***

*Febrero.*—Seguir cuidando como en Enero, y al fin del mes dar balance general. Esquilar los borregos, aunque tengan poca lana, si hay mucha flechilla.

# CAPÍTULO XVII

## PRODUCTOS DE UNA MAJADA

**Diferentes opiniones sobre el producto de una majada.—Diferencias de productos según las condiciones individuales.—Resultados conocidos.—Término medio.—Apreciación de la Sociedad Rural.**

Aunque, tratando de indicar detalladamente las reglas que nos parece mejor seguir, para sacar de la cría de las ovejas el mejor resultado posible, en las condiciones actuales, hayamos ya cumplido con nuestro objeto, no nos parece del todo inútil dar algunos datos sobre lo que puede producir anualmente una majada de ovejas.

Sobre ese tema, hemos oído y leído las opiniones más contradictorias, unas elevando hasta las nubes el negocio de criar ovejas, otras pisoteándolo por el suelo, y todas confirmando, con ejemplos á la vista, su opinión.

***

Es preciso colocarse á igual distancia de los dos extremos, no hacerse demasiadas ilusiones sobre el resultado probable de un negocio que se emprende, ni creerlo tan malo que no se deba emprender nunca.

No tenemos de ningún modo la pretensión de dar un cálculo exacto de lo que produce una majada en general; y se comprenderá que no se pueda tener esa pretensión, pues una majada no da ni puede dar un producto fijo. El problema se compone, como ya lo hemos dicho, de muchas proposiciones, que son: la naturaleza y calidad del campo; su situación; la calidad y raza de las ovejas; el cuidado, si el año es ó no favorable; en fin, el peso y el precio de la

lana; se puede agregar el precio del arrendamiento y las condiciones del pastor.

En general, se pueden afirmar dos cosas: primero, que en relación al capital empleado, la oveja es la hacienda que da la renta más elevada y más segura; segundo, que á pesar de todas las malas circunstancias que se pueden presentar, es un negocio relativamente de pocos riesgos. No hay negocio que no presente los suyos, y aunque hayamos visto dueños de ovejas, arruinados en pocos días por alguna calamidad, no es un hecho bastante general para dar la cría de ovejas como una operación arriesgada.

En cambio, no creemos que sea hoy, en ninguna clase de condiciones, un negocio de hacer fortuna rápida. Antes se han podido levantar fortunas con criar ovejas, pero es preciso estudiar las condiciones excepcionales en las cuales se encontraban entonces los criadores. Las ovejas se han podido comprar, hace 40 años, á dos pesos moneda corriente, y salvo algunos pasos atrás, de cuando en cuando, han subido á veinte veces ese valor; además de esto, en los campos, aun de pasto tierno, muy poco poblados, podríamos decir casi desiertos, se multiplicaban las ovejas con suma facilidad, y los arrendamientos no eran, como hoy, pesados, al punto de ser para el criador que no es dueño de campo, una constante amenaza de ruina.

Únicamente, en los campos de afuera, se encuentran todavía juntas esas dos condiciones favorables, del precio bajo de los arrendamientos y de la extensión; pero son ventajas compensadas por algunos inconvenientes que, aunque pasajeros, como la dificultad y carestía de las comunicaciones y la inferioridad de los pastos, las hacen algo ilusorias.

***

A pesar de todo, el hombre poseedor de una majada, si la

cuida bien y en buen campo, si es económico y constante, puede llegar fácilmente á vivir bien, y muy pronto á aumentar de un modo sensible su capital; pero agregaremos que no asegurará su haber y el aumento rápido de su fortuna, sino comprando campo, pues hasta de los antiguos criadores de ovejas se puede decir que el aumento de valor de la tierra, mucho más que la multiplicación de las ovejas y la subida de su precio, los há hecho ricos. Puede ser que sea esta una verdad que no tenga nada que ver directamente con la zootecnia, pero, de pasada, nos parece bueno dejarla establecida. Hace parte de la Economía Rural Argentina.

Otra cosa haremos notar aquí, y es que cuando un año es favorable, sin exceso de agua ni de seca, todo á la vez, aumento, lana y gordura, anda bien; al contrario, sea que el año venga mal, sea que no se cuide bien la majada, no hay gordura, la lana es flaca, fea, liviana y sarnosa, da poco dinero, y se mueren los corderos. Por consiguiente, casi no hay término medio: ó todo á pedir de boca, ó todo como para desesperar. De esto probablemente proviene la diferencia tan grande que señalábamos al principiar, en las opiniones referentes al producto de una majada.

En años buenos, se puede calcular el aumento neto de una majada de 25 á 30 %. Nacen y se logran un número mayor de corderos, pero tenemos que descontar los animales de consumo y los que por una causa ú otra se mueren. Los cueros de estos animales hacen naturalmente parte del producto de la majada.

Hasta que se adopte el sistema que preconizamos de vender siempre para matadero todas las ovejas de cuatro años arriba, no se puede, en un año normal, contar con mucho más del diez por ciento de capones de venta.

Calculando en un peso nacional oro el valor de los ani-

males de aumento, se puede estimar en sesenta centavos más los capones vendidos.

Por lo que respecta al peso y precio de la lana, no se puede de ningún modo establecer cálculos fijos, pues son cosas que pueden variar: lo primero de cien á doscientos cincuenta por cada cien ovejas, lo segundo de dos á cinco nacionales oro por diez kilos.

Tomando por base una majada de mil ovejas al corte, veamos lo que puede producir en años buenos:

| | | | |
|---|---|---|---|
| 300 corderos á $ 1 | oro | $ | 300 |
| Cueros (poco más ó menos) | » | » | 50 |
| 100 capones (diferencia de precio 0,60) | » | » | 60 |
| Lana (término medio 15 arrobas % á 3 n/ arroba | » | » | 450 |
| | oro | $ | 860 |

El interés del capital inicial, 1000 ovejas al corte á un peso oro por cabeza, mil nacionales al 7 %; el arrendamiento, que en término medio se puede fijar en 330 nacionales y el cuidado que valdrá 250, dejan una utilidad neta de 210 nacionales, ó sea el 21 %.

***

Algunas observaciones tenemos que agregar á esos datos para que no se puedan tachar de erróneos.

Primero: la situación respectiva de un estanciero y del que arrienda un puesto es completamente distinta.

Generalmente éste ahorra el pastor, pues él mismo cuida; aquél ahorra el arrendamiento, pues es dueño de campo; pero no debe entrar esto en nuestro cálculo, pues uno merece una remuneración de su trabajo y el otro tiene que recibir de alguna parte lo que le pagarían si arrendase el puesto.

Lo mismo para el interés del capital ovejas, igual para ambos; aunque se junte con las utilidades, no es, propiamente dicho, utilidad.

Segundo: hemos tomado por norma un año bueno, sin ser excepcional. Hay años que darán sin duda un aumento mayor y más capones de venta, pero nunca hay que contar con eso; sucede una vez cada seis ó siete años, y se puede decir que en el mismo período si no viene un año malo vienen dos.

Hemos leído un informe de la Sociedad Rural á la Dirección de Estadística, en el cual se estima de 15 á 16 % el producto neto anual de cría de hacienda lanar. Creemos que en término medio, por un período de algunos años, decenal, por ejemplo, campo con otro, sin distinción de cuidado ni de la calidad y prescindiendo del interés del capital, debe andar esa apreciación muy cerca de la verdad. Es de sentir solamente que el informe no entre en ningún detalle indicando por qué cálculos ha llegado la comisión informante á este resultado.

Pero, bien se comprende que cada uno debe, en lo que puede, tratar de aumentar el producto de sus ovejas sin aumentar proporcionalmente los gastos. Por ejemplo, además de no dejar morir ovejas de vejez, esa herejía zootécnica tan en favor acá, se puede, como lo hemos visto, llevar, por el refinamiento de la clase, el peso de la lana de 15 arrobas por cien ovejas, lo que hemos tomado por base, al 20, al 30, y mucho más con los años. Esa sola mejora, sin contar que aumenta el valor de la lana, produce una diferencia de diez, quince por ciento en el producto general y líquido de una majada.

# LIBRO TERCERO

## HACIENDA VACUNA

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### CONSIDERACIONES GENERALES

**Ojeada sobre la cría de ganado vacuno en la República Argentina. — Sus diferentes fases — Progresos hechos, progresos por hacer. — Condiciones económicas comparadas del criador europeo y del criador argentino. — Valor relativo de los diferentes productos de la hacienda vacuna. — Exportación de carne. — Método de cría argentino.**

El que nació pobre y llegó á gran fortuna, se complace en echar hacia atrás miradas que aumentan el aprecio que, con razón, tiene de sí mismo.

Así puede hacer el criador argentino. Puede con orgullo mirar el largo camino recorrido y la fortuna conquistada, pero no por esto descansar en sus laureles, sino tomar aliento y emprender nueva marcha adelante.

Los progresos cumplidos son enormes, pero no han hecho sino preparar la tarea para las generaciones futuras.

En efecto, recién hoy, la crianza del ganado después de haber sido obra puramente civilizadora, empieza á ser también lucrativa. Antes no traía más provecho que de preparar el suelo, abonar la tierra virgen por el pisoteo, y abrir camino al criador de los tiempos venideros. Vinie-

ron ya éstos y con ellos otras ambiciones que la de vivir pobre en medio de riquezas latentes.

Nadie discute que la tierra pampeana sea de una feracidad inagotable; pero esta fecundidad es obra del hombre y de tres siglos de pastoreo, y no obra de la naturaleza abandonada á sí misma.

La naturaleza abandonada á sí misma necesita miles de años para preparar la fertilidad del suelo; la misma pampa, esta inmensa acumulación de aluviones, que los ríos han traído desde las montañas, deshaciendo las piedras que rodaban en sus lechos, ha necesitado, según el sabio Burmeister, treinta mil años para formarse.

***

Cuando los españoles, en el año 1535, fundaron el primer establecimiento en la orilla del Riachuelo, la pampa era una inmensa soledad, habitada por hombres que vivían en el último estado de barbarie y de pobreza, y no encontraban en el suelo ninguna de las riquezas que hoy abundan y causan nuestra admiración: vivían de caza, y el suelo pampeano no era entonces capaz de alimentar sino á algunos venados y otros animales silvestres.

No por el solo hecho de su llegada á estas playas el hombre civilizado las ha trasformado de golpe; ha necesitado para alcanzar este gran resultado la colaboración activa, continua, inconsciente del verdadero autor de la fertilidad del suelo pampeano, el ganado.

***

En 1536, Mendoza, después de una tentativa ruinosa de más de un año, abandonó, maldiciéndole, al ingrato suelo,

donde dejaba los cadáveres de mil de sus compañeros, sin sospechar que había echado los cimientos de una de las grandes ciudades del mundo, y escrito el primer capítulo de la historia de una gran nación.

Hasta 1580, es decir, durante 44 años, la orilla occidental del Plata quedó abandonada, y volvió á ser dominio exclusivo del salvaje; pero la presencia del hombre civilizado había preparado sus destinos, pues Mendoza había abandonado, sin poder recogerlos, unos cuantos caballos y yeguas, los primeros animales domésticos que hayan pisado este suelo.

Este elemento no era tan poco importante como pudiera creerse, pues fué suficiente para iniciar la transformación á la vez del suelo y de su habitante. Bajo el pisoteo del caballo, el suelo virgen empezó á solidificarse; el abono que depositó en él, fué suficiente para formar una primera capa de humus, y dar lugar á que las semillas que los primeros conquistadores habían traído, mezcladas con el forraje destinado á los caballos de la expedición, echasen raíces.

¿Cuál era, á la vuelta de algunos años, el número de estos caballos? La crónica contesta que cuando en 1580, Garay, que ya había fundado la ciudad de Santa Fe, resolvió levantar los cimientos abandonados por Mendoza, el número de los caballos descendientes de la primera manada de los desertores de la expedición, ascendía á 50.000 cabezas. Se comprende que su acción sobre el suelo había sido de consideración y que habían podido contribuir á civilizar al indígena, subministrándole, á la vez, alimento con su carne, y un compañero útil para sus grandes cazas.

Garay trajo consigo, por tierra, desde Santa Fe, algunas cabezas de ganado ovino y de ganado vacuno, descendientes estos de los pocos animales que los hermanos Goës habían

traído desde la costa del Atlántico hasta las colonias del Paraguay, en el año 1553.

¿Habrá tenido Garay la visión de lo que el porvenir reservaba á la prole de este corto rebaño? Murió al año de haber fundado la ciudad de Buenos Aires.

Tres siglos y medio han pasado desde entonces y el mayor provecho que la hacienda vacuna haya reportado á sus criadores, ha sido mejorar, abonar el suelo, y prepararlo para las generaciones actuales.

Esta obra ha sido relativamente rápida, á pesar de haber sido entorpecida por las luchas entre la civilización y la barbarie, con tanta continuidad que puede decirse que la historia de la conquista del desierto pampeano está estrictamente ligada con la de la hacienda vacuna, y que escribir la historia de las luchas contra el indígena y de su destrucción es escribir la del pastor y de su ganado.

***

Cuando llegaron los españoles en 1535, el salvaje les atajó el paso, los hostilizó hasta echarlos, negándoles el alimento, y combatiendo con todas sus armas por la posesión de sus desolados campos.

En 1580, es diferente la acogida que se hace á los hijos de estos mismos extranjeros. Se les permite establecerse, se les recibe, sino con amistad, á lo menos sin hostilizarlos. Es que el indígena ya posee el caballo, legado valioso que trás de sí le dejó el primer colono, que ha sabido aprovechar ese primer beneficio de la venida de los extranjeros hácia sus tierras, y que enriquecido por esta conquista, ya no necesita pelear para defender las tierras inmediatas al

río; pues, con el caballo extendió su dominio de caza tierras adentro.

El resultado para los compañeros de Garay fué la ocupación fácil y quieta de los campos adyacentes á la orilla del río, la posibilidad de iniciar algún cultivo, de pastorear tranquilamente sus haciendas.

Bajo el pie colonizador de estos, empezó desde entonces á prepararse la fertilidad actual del suelo de la pampa.

En el humus de reciente formación, las gramíneas europeas, sembradas por el viento, empezaron la conquista que, paso á paso, aumentaron en número y realizaron las haciendas. Parece que la naturaleza iba preparando para la vaca el alimento que necesitaba á medida que ésta preparaba el suelo para las plantas que debían componer este alimento.

***

Pero, las haciendas, si hacían obra útil preparando el suelo, no traían para sus dueños casi ningún provecho inmediato,—y, consecuencia fatal de este resultado económico—quedaban en el abandono.

El indio, acostumbrado á la caza de los animales silvestres, empezó, desde temprano, la caza de los animales domésticos, sin establecer diferencia entre unos y otros; fué el único en saberlos aprovechar, el primero en imaginar que, con este botín abandonado, se podía negociar, y el primero en crear entre la pampa y la costa del Pacífico el comercio de exportación.

Este estado de cosas, este robo, hecho con toda libertad, duró hasta el año 1740. Pero parece que, entonces empezaron los hacendados á preocuparse de sus ganados, á defender sus haciendas, y de allí nació la guerra pampeana

que duró hasta 1880 y se concluyó por la destrucción completa de las tribus indígenas de la pampa.

***

La obra civilizadora de la vaca, había sido, mientras tanto, entorpecida.

En 1770, la superficie ocupada por el europeo, alrededor de Buenos Aires, alcanzaba sólo á 700 leguas cuadradas; en 1778, un avance tentado tuvo por resultado invasiones terribles de indios, que hicieron retroceder á los europeos. En 1801, apenas la zona ocupada por ellos abrazaba mil leguas cuadradas; y la historia en nuestro siglo no es más halagüeña; la frontera avanzó en 1826, en 1833, pero retrocedió, desde entonces, de tal modo que en 1855 quedaba perdido todo el campo conquistado desde 1822, y reducido el estanciero á campos estrechos.

Estos campos, que hoy son el dominio de la oveja, no han llegado á ser lo que son, sino porque la barbarie negaba á la hacienda vacuna la entrada en los campos nuevos, y la obligaban á seguir, en los mismos campos que pisoteaba desde tres siglos, su trabajo inconsciente y colonizador.

El provecho que este estado de cosas ha traído á los dueños de estos campos difícilmente podría calcularse; pero los campos nuevos quedaban, mientras tanto, en su estado salvaje.

Recién en 1822, pasando del Salado, empezó la hacienda á llegar hasta el Azul, permaneciendo en esta zona, que no es la mejor de la provincia, hasta 1877, siempre amenazada y de posesión precaria, interrumpida casi cada año por las invasiones.

En 1877, en fin, se han abierto los campos sin límites que

se extienden hasta los Andes, pero antes que se pueda sacar del suelo conquistado las utilidades que promete, es preciso conformarse con dejar que la hacienda vacuna lo pisotee y lo fertilice.

En campos vírgenes, en efecto, el principal destino del ganado vacuno es la fecundación del suelo. El criador, en nuestros días, sin embargo, saca de él productos ya muy diferentes de los que conseguían sus antecesores.

Éstos, casi no podían beneficiar sus rebaños, y los dejaban abandonados.

De cuando en cuando, si venía á buscar carga algún buque de ultramar, paraban rodeo, juntaban en algún punto sus haciendas alzadas, y mataban cuanto podían alcanzar á desjarretar á galope con su media luna de hierro los jinetes, los gauchos, sembrando de este modo el campo de animales destrozados que era fácil entonces ultimar y cuerear.

El cuero sólo valía; la carne quedaba tirada.

Han cambiado mucho las cosas; y aunque la vaca tenga todavía por delante mucho que hacer en su papel de preparadora de campos y de transformadora de pastos, ya entró también en el período de la explotación científica, haciéndose cada día más un elemento de riqueza para el criador, digno de toda su atención, de todo su esmero, pues con la exportación de ganado vacuno en pie y el incremento casi increíble que en muy pocos años tomó ese ramo de negocios, se tiene ya asegurada la salida fácil y rápida de todo el ganado que se pueda engordar por numeroso que sea.

Las condiciones económicas de la cría de hacienda vacuna en la República Argentina se han modificado, á nuestro parecer, mucho más en estos últimos cinco años, de lo que lo habían hecho cuando se instalaron los primeros

saladeros, y de un modo más definitivo, porque la clientela de la carne salada difícilmente le podía quedar fiel después de abolida la esclavitud, mientras que la clientela de la carne fresca es y será siempre la población entera de toda la Europa.

***

La producción de cueros quedará siempre una de las bases principales de la cría de hacienda vacuna; pero, lo mismo que, á medida que se van refinando los campos, se entregan en parte á la raza ovina que da más producto y más variedad de productos al criador, lo mismo es nuestra opinión que la carne irá, cada día más, tomando un rango preponderante sobre el cuero.

Cualquier vaca criolla mejora el campo nuevo; su carne escasa basta para ser salada, y su cuero de excelente calidad es apetecido más que cualquier otro por la industria; pero los campos ya en gran parte mejorados, los mercados europeos abiertos para la carne, indican al estanciero moderno rumbos muy distintos de los que sin inconveniente y hasta con provecho podían seguir sus antepasados.

***

El problema consiste hoy en conservar á la hacienda vacuna todas las cualidades de rusticidad adquiridas por una larga herencia, en la vida de nuestros campos; en mejorarla para preparar su destino de fuente de alimento para la Europa, y al mismo tiempo conservarle las cualidades del cuero que lleva, peculiares del animal pampeano.

Necesita adquirir, para tener una carne abundante, aptitudes nuevas de desarrollo y engorde que no comprometan su rusticidad y la fuerza del cuero que la protege.

Estos progresos y la conservación de las cualidades adquiridas no podrán conseguirse sino adaptando las reglas de la cría de ganado en Europa á las condiciones completamente distintas en las cuales nos encontramos.

En Europa, el estado de mansedumbre de las vacas, muy relativo acá, es completo; no pueden compararse con nuestros rodeos pampeanos; pero tampoco se pueden equiparar los productos que da al hombre la hacienda vacuna en uno y otro país.

Muchísimas familias consideran, allá, como parte importante de su capital, la única vaca lechera que les da su leche de cada día, y cada año un ternero, mientras que acá, la familia que no posee más que cien vacas, por mansas que sean, se puede considerar como pobre, tanta es la diferencia de producto de la misma especie de ganado en un país y en otro!

¿Cuál debe ser, entonces, el objeto económico del criador argentino? Tratar de conseguir de sus innumerables vacas un producto lo más aproximado posible al que se saca de ellas en los países más adelantados, aprovechando las condiciones especiales y sumamente favorables, en las cuales se halla puesto por la naturaleza, pero sujetándose á los límites que le imponen los recursos que encuentra en el medio en que trabaja.

Del examen superficial de esas condiciones y de las diferencias considerables que reinan entre ellas y las que rodean al criador europeo, al mismo tiempo que del estudio de las necesidades de ambos mercados, resulta que si podemos y debemos dirigir nuestras fuerzas productoras hacia el mismo fin, tenemos que buscarlo por caminos distintos.

***

La fuerza motriz y el estiércol, la leche y la carne, son,

en Europa, los principales productos que se piden á la hacienda vacuna. El cuero del animal, cualquiera que sea el valor que represente, no puede entrar en línea de comparación con el valor de ninguno de los otros productos que hemos enumerado.

Muy al contrario, en la República Argentina, la leche no es todavía producto de estancia ; la fuerza motriz es suministrada por el caballo á precio demasiado bajo para que se pueda cotizar á precio alto la del buey ; y no puede tomarse en cuenta el abono sino como elemento general de mejoramiento de las tierras, pero no còmo producto de venta ; no tiene valor venal. Quedan la carne, el sebo y el cuero que representan acá el verdadero valor del animal vacuno, en las condiciones actuales de cría ; es decir, de los recursos del criador y de las necesidades del mercado.

Tenemos,—y esto, á la fuerza, aunque con sentimiento,—que desperdiciar productos de valor, de mucho valor, pero que no podemos recoger por falta de brazos ó para los cuales no tenemos salida fácil. Pero también tenemos esta ventaja de poder producir, á precio sumamente bajo, una cantidad enorme de sebo, de cueros y de carne, y esta ventaja viene á contrabalancear lo que perdemos por otra parte. El problema se reduce, pues, para el estanciero argentino, á producir siempre en mayor cantidad y siempre mejor los únicos productos que pueda vender: sebo, cuero y carne.

***

Por muy pocos años todavía,—pues, como lo hemos hecho notar, la carne va tomando el primer lugar,—de estos productos, el de más valor relativo, de producción más segura, y de salida más fácil será el cuero; si tomamos un rodeo al corte, de clase regular, en el estado actual

de las cosas, la novillada gorda de dicho rodeo será naturalmente la parte de más valor, porque tendrá sebo, carne beneficiable y cuero pesado; esta novillada representará, cuanto más, un diez por ciento del rodeo; todos los demás animales, aunque estén en muy buen estado, son invendibles,—hablamos en general, prescindiendo de los que se hallan favorecidos por circunstancias muy especiales, porque son muy pocos,—de otro modo que al corte, es decir, que no teniendo ni sebo, ni carne beneficiable, valen por el cuero y por las esperanzas de aumento, nada más.

En los mercados europeos, toda clase de carne, con tal que esté gorda, tiene su colocación fácil y ventajosa; la carne de ternero es muy buscada; la de buey también, y con ella se coloca y con la misma facilidad, la de las vacas, que habiendo pasado cierta edad, no pueden ya servir sino para matadero.

Aquí, hasta estos últimos tiempos, fuera de la novillada, que se repartía entre los mataderos y unos pocos saladeros y de algunos terneros de tambo, tenían que morir de viejos ó ser consumidos en las estancias, — ¡se sabe con qué provecho! —todos los animales vacunos, pues el número de novillos era tan grande que las vacas, aunque gordas no tenían salida, sino á precios ridículos, para los mataderos y los saladeros.

No quedaba más al estanciero que el recurso de la venta al corte á los pobladores de los campos recién entregados al pastoreo, recurso pasajero una vez poblados en parte esos campos y amenazaba de hacerse tal la producción de hacienda, que hubiéramos tenido que volver á las costumbres del tiempo pasado, y cuerear, dejando perder la carne y el sebo, si no hubiera empezado á desarrollarse la exportación de animales en pie.

En otros tiempos, las invasiones de los indios habían

abierto una poco provechosa salida para el sobrante de las haciendas, y los saladeros beneficiaban lo que dejaban aquéllos.

Terminadas estas invasiones en 1877, gracias al genio de Alsina y á la tenacidad de sus sucesores, aumentó de tal modo la procreación de la hacienda vacuna, y esto simultáneamente con la disminución de las faenas saladeriles que la producción se hizo exuberante.

En el transcurso de quince años, de 1880 á 1895, más ó menos, llegó el precio de la hacienda vacuna á ser tan bajo que se había vuelto á considerarla como en otros tiempos, un elemento de mejora para los campos nuevos, y muchos hacendados entonces se resolvieron á sacrificar los terneros recién nacidos para tratar de vender las madres una vez gordas, y sobre todo para no recargar los campos con hacienda ya poco menos que invendible.

Los ensayos de exportación de carne de vaca conservada por el frío dieron pocos resultados, por ser los pedazos un pocos gruesos, impenetrables el frío. Las primeras tentativas de exportación de animales en pie fueron bastante desalentadoras, y arreciaba esta crisis de plétora de hacienda de tal modo que al seguir, pronto hubiera pasado la cuestión del dominio de la economía rural al de la economía política.

Poco á poco se fueron venciendo las mil dificultades que se oponían al buen éxito de la empresa. Persistieron en mandar á Europa, á pesar de las primeras pérdidas sufridas, animales cada vez más elegidos y superiores; de los gobiernos europeos se consiguió menos severidad en sus exageradas exigencias; las compañías de vapores comprendieron que la exportación de ganado en pie era para ellas un elemento de flete inagotable y que al mismo tiempo cumplían con su deber y cuidaban de sus propios intereses, al facilitarla por todos los medios posibles.

En pocos años, la hacienda vacuna recuperó su precio en parte; con la introducción de excelentes reproductores de las mejores cabañas de Inglaterra y Francia, se han ido mejorando los rodeos de modo tan palpable ya, que difícilmente se encontrarían hoy ejemplares puros de la vieja raza criolla.

Queda, por cierto, mucho que hacer y quedará siempre, en razón de la ley eterna de perfectibilidad, pero ya se ha hecho mucho y nos parece que por muchos años, queda conjurada la crisis. Podrá haber, y habrá seguramente, subas y bajas en los precios, momentos de paralización en la exportación, pero siempre serán males pasajeros, á nuestro parecer.

Sobre todo, que si el estanciero no desmaya en mejorar cada vez más sus rodeos, en dedicar parte de sus campos á una agricultura que le permita dar á sus animales la mantención necesaria para conseguir el engorde de exportación; si trata de preparar lecheras para fabricación de la manteca, producto para el cual hay en Europa un mercado amplio, y si llega á producir terneros mamones á estilo de Europa que se puedan beneficiar por los establecimientos frigoríficos, cuando falle algún artículo, siempre tendrá algún otro que le dará resultado.

***

Sobre refinamiento de la raza volveremos, al tratar del rodeo de reproductores; por ahora sólo observaremos que para cuidar bien y de un modo provechoso, el estanciero tiene que seguir los métodos aplicables acá; menos todavía, si cabe, que para la hacienda ovina, puede seguir las reglas que indican los libros europeos.

Poco á poco se van mejorando los métodos indígenas,

pero á nadie aconsejaríamos, tratando de rodeos de regular número, alejarse mucho de las reglas sencillas, á la verdad, pero muy prácticas, en general, establecidas por la costumbre del campo. Las únicas modificaciones que cada uno según las condiciones en las cuales se encuentra colocado, puede introducir en estos métodos, son las que dependen de circunstancias tan especiales que no se pueden indicar detalladamente, que provengan de la proximidad de alguna ciudad, ó de la situación más ó menos ventajosa del establecimiento para la salida de sus productos, ó de algún otro motivo.

Tomaremos, naturalmente, por base lo que se puede hacer en una estancia de regular importancia, poblada de hacienda general de cría, tratando de indicar solamente, cuando sea necesario, las diferencias creadas en el modo de cuidar por la existencia ó la falta de alambrado.

## CAPÍTULO II

### CORRALES, RODEOS Y ALAMBRADOS

Necesidad y modo de asegurar la propiedad.—Corral de encierro.—Corral de trabajo.—Modos de hacerlos; su situación.—Rodeo.—Definición.—Su utilidad.—Parar rodeo.—Situación del rodeo.—Pedir rodeo.—Alambrados generales y potreros.—Ventajas de un alambrado.—Ventajas de los potreros.

Tratándose de ganado mayor vacuno ó yeguarizo, la cuestión primera para el estanciero es la de asegurar su propiedad.

La oveja puede padecer cuando la mudan de un campo á otro, pero nunca trata de volverse de donde viene y queda sujeta en el campo donde la echan, sin más trabajo.

La vaca y la yegua, al contrario, tienen *querencia*, es decir, amor al campo que las ha visto nacer ó al cual están acostumbradas, y es preciso tomar precauciones contra los esfuerzos que siempre hacen los animales de estas especies para volverse á esa querencia, si se quiere evitar grandes pérdidas.

En el capítulo que trata del *cuidado de la hacienda vacuna*, estudiaremos las medidas conducentes á *aquerenciar* la hacienda, concretándonos, por ahora, á tratar la cuestión corrales, rodeos y alambrados, es decir, los modos materiales de *sujetarla*, que cada uno debe tener á su disposición.

En campo abierto, el primer trabajo que debe hacer el estanciero, antes de introducir hacienda, es un *corral de encierro*.

Se puede hacer el corral de encierro de varios modos; de palo á pique, de doble zanja ó de alambrado, según los elementos que puede cada uno tener á mano.

*
* *

El corral de palo á pique cada día más costoso, no se emplea ya sino en los campos de montes, donde el material necesario es abundante y viene á costar menos que el alambre, si no hay ferrocarril cerca.

Las haciendas, cada día más mansas, más acostumbradas á los alambrados, no necesitan tampoco corrales de tanta fuerza como los precisaban antes. Lo principal es hacerlos grandes, espaciosos, para que se puedan echar con holgura los animales; así no se estropean, descansan bien, y no amontonándose, no pueden hacer fuerza suficiente para voltear el alambrado.

Una hectárea nos parece un espacio suficiente para mil

quinientas á dos mil cabezas al corte, máximum del número de vacas de que se deba componer un rodeo, si se quiere cuidar como es debido; y el sistema mejor á nuestro parecer, para cerco del corral, es un alambrado de seis ó siete hilos gruesos con postes enteros, ó por lo menos medios postes muy reforzados á cuatro ó cinco varas uno de otro, dos varillas entre medio y torniquetes muy fuertes.

La tranquera debe ser de seis ó siete varas, mínimum, para que entre con relativa facilidad cualquiera hacienda, por arisca que sea. Una tranquera angosta, en ciertas ocasiones, duplica el trabajo del encierro, sin contar que se estropean mucho más los animales. Con cadenas ó palmas ó cualquier otro sistema se cierra dicha tranquera.

El corral de doble zanja es muy práctico en los campos de afuera, desprovistos de montes donde los postes vienen á costar un mundo por los fletes altos que se tienen que pagar. Consiste en dos zanjas paralelas, hondas y anchas, separadas por la misma tierra que se saca de ellas y se amontona de modo á formar un terraplén divisorio, cuyo caballete se planta con sauces. A los dos ó tres años, con algunos alambres clavados en los sauces, se hace, un cerco provisorio muy bueno, aunque se hayan borrado las zanjas, que tiene la ventaja de ofrecer á la hacienda sombra y reparo y que permite esperar, para hacer otro de más precio, que se aproxime la vía férrea.

Estos corrales se hacen generalmente de forma redonda.

El corral de encierro puede también servir para ciertos trabajos, como lo veremos más tarde, como ser la capa de los toros ó la hierra de los terneros, pero para trabajos largos y pesados como las contrahierras, en las cuales se tienen que voltear todos los animales sin distinción, y entre ellos, muchos grandes, lo mismo que para trabajar hacienda yeguariza, es preciso tener pegado á uno de los costados

del corral de encierro, y comunicando con él por una puerta, y con el campo por otra, un corral redondo, muy fuerte, que pueda contener doscientos á trescientos animales parados.

Estos corrales no deben estar ni muy retirados ni muy cerca de la población principal de la estancia. Cinco cuadras poco más ó menos es una distancia conveniente; permite traer con facilidad de la estancia al corral todo lo que pueda hacer falta para algún trabajo, y da lugar suficiente para los movimientos de las haciendas que se encierren, para evitar á los moradores del establecimiento el fastidio del polvo que levantan y el peligro posible de alguna disparada.

***

En establecimientos donde las haciendas merezcan ya, por su grado de refinamiento, atenciones especiales, ó en los cuales el gran número de vacas necesiten trabajos casi continuos, y en los cuales, por consiguiente, no se debe fijar el estanciero en hacer economías de material, sino en llevar á cabo todos los progresos compatibles con sus recursos, para facilitar los trabajos y evitar á la hacienda sufrimientos y riesgos, aconsejaremos establecer corral de manga, más ó menos en la forma de la figura núm. 35.

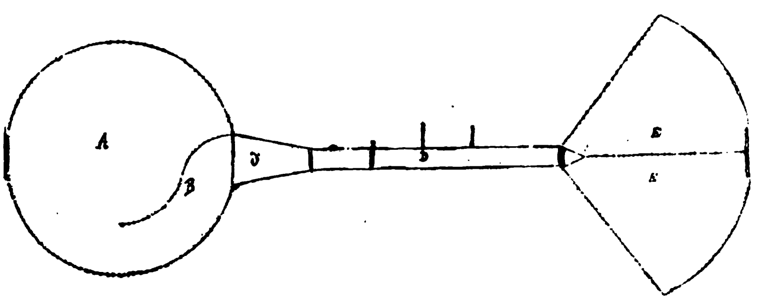



**Fig. 35.** — Corral y bretes para hacienda vacuna

A Corral de entrada. — B Tiro de alambrado. — C Manga de embudo. D Canaleta. — E Corrales de salida.

Con un corral hecho así se pueden herrar y contraherrar los animales sin voltearlos, se pueden señalar parados, vacunar contra el carbunclo ó la tuberculosis, se pueden descornar los animales destinados á la exportación, etc.

Hemos visto mangas hechas con tirantes muy gruesos de madera dura; pero aconsejaremos de hacerlas más bien, ó por lo menos las travesañas horizontales entre las cuales deben pasar la marca á fuego ó las manos del operador, de barrotes de hierro redondo, que dejan entre sí mucho más espacio, teniendo también quizás más resistencia que las travesañas de madera por espesas que sean.

***

Se designa por la palabra *rodeo*, al mismo tiempo, un grupo de hacienda vacuna, y el sitio donde lo han acostumbrado á juntarse y á descansar.

En las inmensas llanuras de la Pampa, los hombres son tan escasos como numeroso el ganado, y para llegar á dominar semejantes agrupaciones de hacienda, ha sido preciso observar, y respetarlas hasta cierto punto, sus costumbres en el estado de libertad, restringiendo esa libertad, pero solamente hasta el punto exacto en que ya le podría ser perjudicial esa restricción. En caso de necesidad absoluta, cuando el hombre precisa, por un motivo ú otro, tener en su mano,—si podemos decir así,—el ganado, tiene á su disposición los potreros, el corral, el lazo; pero, en las circunstancias normales, es decir, cuando se puede contentar con dejarlo pacer en el campo, sin imponerle otra molestia que la necesaria para asegurar su propiedad, el rodeo desempeña un importantísimo papel.

En el estado de absoluta libertad, la hacienda vacuna tiene costumbre de juntarse por familias, y solamente las

luchas entre los toros alejan algunos de éstos, los más débiles, de las agrupaciones de que deberían formar parte. Estas familias andan siempre juntas, aunque se hayan, con el tiempo, hecho muy numerosas, y tienen sus campos preferidos y sus sitios de descanso.

El *rodeo* no es más, por consiguiente, que una costumbre natural del animal vacuno, regularizada por el hombre. A fuerza de paciencia, acostumbra éste la hacienda á juntarse en el sitio que él quiere, sitio, por supuesto, muy reducido, en comparación del que ocuparía si se dejase libre.

Como en el rodeo se juntan todas las familias que componen la hacienda, estas familias se tienen que confundir y cruzarse en poco tiempo, pero, asimismo, siempre, cada una de las que se van así formando, conserva en el rodeo su sitio preferido, y siempre se encuentran juntas varias generaciones de una misma descendencia.

***

La utilidad del *rodeo* consiste, pues, en juntar con la mayor facilidad, en un punto dado del campo, tal ó cual grupo de ganado de un establecimiento. Para encerrar en el corral una hacienda grande, se precisa siempre algún trabajo, mientras que para juntar á rodeo la misma hacienda, si está bien cuidada, y por consiguiente, bien enseñada, no hay más que pegar á cada grupo de ella el grito acostumbrado, para que, al momento, enderece para el rodeo.

Esta operación se llama *parar rodeo*.

Naturalmente la elección del sitio aparente para rodeo es cosa importánte en un establecimiento. Si es preciso que los corrales de encierro y de trabajo estén cerca de la estan-

cia, el rodeo ó los rodeos deben al contrario estar más bien lejos de toda población. El animal vacuno requiere tranquilidad y holgura; es preciso por consiguiente, que el lugar donde descansa y de donde sale á pacer sea bastante solitario para que nada le estorbe, y que tenga bastante campo que recorrer, al salir del rodeo, sin encontrar motivos de asustarse, hasta llegar á los límites de su dominio.

Si son varios los rodeos del establecimiento, es decir, si está repartida la hacienda en varias agrupaciones que tengan cada cual su sitio de junta, es necesario ponerlos algo retirados unos de otros para evitar, en lo posible, las mixturas de haciendas, teniendo á este efecto, cada una, bastante extensión de campo.

Los rodeos se pueden mudar sin gran inconveniente para la hacienda de un lugar para otro cercano, y en los campos nuevos que precisan abono, es excelente medida mudarlos á menudo. Componen y mejoran el campo á las mil maravillas por el pisoteo continuo y la acumulación de estiércol.

Como el rodeo sirve, como lo veremos, para varios trabajos que no se podrían hacer en el corral, trabajos peligrosos en los cuales una rodada puede costar la vida á un hombre, debe el hacendado elegir siempre para ese objeto un terreno adecuado, que no tenga pozos de ninguna clase, vizcacheras, etc., y siempre en terreno alto, pues lo que más precisa para descansar bien la hacienda vacuna es un terreno bien seco.

En los rodeos, por la misma gordura de la tierra, y porque á ellos traen los animales, pegadas en la cola, toda clase de semillas, suelen salir con fuerza en las orillas, donde menos se pisa, y donde al contrario amontona el viento el polvo del rodeo, toda clase de yuyos, especialmente cepa-caballo. El hacendado debe vigilar que su

capataz, del cual es el estricto deber, los tenga siempre libres de esta plaga, si no en poco tiempo cunde por todo el campo, con gran perjuicio de las ovejas del establecimiento.

***

Se llama *pedir rodeo*, pedir á un hacendado que haga parar su rodeo para permitir la revisión.

En los campos abiertos, sucede á cada rato que uno que otro animal, á pesar de la mayor vigilancia, pasa al campo del vecino y se entra á su hacienda; es preciso, pues, cuando se nota la falta de algún animal, y de cuando en cuando, aunque no se haya notado alguna falta, pedir rodeo á los vecinos con cuya hacienda se puede mixturar la del establecimiento. El Código Rural indica en qué condiciones y con qué reservas se puede exigir el rodeo; en tiempos normales, lo mejor es fijar un día ó dos en la semana para parar rodeo y permitir así á los vecinos que revisen la hacienda del establecimiento á su gusto. Eligiendo así un día cada hacendado de una vecindad, se evitan en lo posible los inconvenientes inherentes á paradas de rodeo algunas veces inoportunas; pero cuando se presentan á pedir rodeos apartadores que vienen de lejos y con peones por día, se debe tratar en lo posible, y fuera de fuerza mayor, de parárselo en la brevedad posible, para evitarles perjuicios.

***

Nos queda por decir algo de los alambrados en general y, en particular, de las divisiones en potreros que en ellos se pueden hacer.

Si la propiedad de un campo representa de por sí un capital de bastante importancia, el alambrarlo necesita un

gasto que todos los dueños de campo no se pueden permitir; pero nos parece útil aconsejar á todos no emplear en otra cosa los ahorros y recursos que puedan tener; un campo vale por las haciendas que están en él, y las haciendas no valen sino por la seguridad que puede tener el amo de conservarlas.

Sin alambrado no hay seguridad. Que venga una seca grande ó un temporal como el de Septiembre de 1880, ningún estanciero que no tenga su campo alambrado puede estar seguro de volver á ver sus animales, ni siquiera el cuero de ellos, y como lo hemos dicho, el cuero representa una gran parte del valor del animal vacuno.

El alambrado no solamente permite tener esa seguridad, sino que con él, el hacendado puede siempre, en cualquier estación, negociar, vender y comprar, aquerenciar sin gasto sin trabajo, y sobre todo sin pérdida; puede siempre tener animales gordos, si sabe manejar su campo y no recargarlo y, por consiguiente, puede siempre sacar dinero de sus haciendas.

Para el que tiene su campo alambrado deben ser desconocidas las epidemias, pues siempre debe estar el campo hermoso de pasto, y aunque se mueran de hambre las haciendas de los vecinos, deben estar gordas las suyas.

Esto naturalmente con la condición de que el que tenga un campo alambrado, no se vaya á figurar que por estar alambrado le puede echar más hacienda de lo que se debe; pero las haciendas de los vecinos no pueden aprovecharlo, aunque lo miren con envidia; no se precisa recoger la hacienda tan á menudo, ni siquiera repuntarla, de modo que de día y de noche puede seguir comiendo donde le guste, aprovechando hasta los últimos rincones del campo; menos peligro de quemazones, porque no pueden los tran-

seuntes pasar sino por algún camino de tranquera á tranquera, etc.

***

Un alambrado general, es decir, que encierre todo el campo, presenta ya ventajas tan grandes que casi se pueden calificar de incalculables; pero los potreros interiores, las divisiones que se pueden hacer en el alambrado general, vienen no sólo á completar esas ventajas, sino á duplicarlas, cuando menos.

Una de las principales ventajas de un alambrado general es de no permitir á toros ajenos hacer sus entradas en una hacienda que se esté refinando, con gravo perjuicio del que se empeña en mejorar la cría de su ganado; y la división en potreros permite separar esa misma hacienda por grupos clasificados, lo que adelanta y facilita mucho el refinamiento. Lo mismo diremos de la separación de los novillos en tiempo oportuno y en potreros reservados para el engorde y de los terneros en el tiempo de destetarlos para que no cansen las madres ya muy preñadas.

El sistema de juntar todos los potreros de un establecimiento, en un corral de encierro ubicado en el mismo centro del campo, como lo hemos descripto y aconsejado para las majadas de ovejas, da muchas comodidades para todos los trabajos en la hacienda.

En el libro primero, capítulo tercero, hemos dado nuestra opinión sobre el modo de construir los alambrados y no volveremos sobre el particular.

La necesidad de alambrar los campos, sobre todo los destinados á la cría de hacienda vacuna, no tiene mejor demostración que el empeño con el cual se dedican á esta mejora todos los estancieros que la pueden realizar, y el

deseo que de hacerla tienen todos aquellos cuyos recursos son para emprenderla insuficientes.

Economía en los gastos de peones, disminución del noventa por ciento en las pérdidas de animales, inevitables en campos abiertos, mayor rapidez en el engorde de animales de venta, facilidad de negociar en cualquier estación por no tener que aquerenciar la hacienda que se compre, posibilidad de ocupar y aprovechar hasta el último rincón del campo, por no tener la obligación muy perjudicial de repuntar cada día la hacienda para el centro, y en fin, seguridad de poder operar el refinamiento de la hacienda sin estorbo. Tales son las inmediatas fuentes de réditos abiertas por la operación de cercar un campo.

## CAPÍTULO III

### TRABAJOS DE CORRAL Y RODEO

**Condiciones de un buen trabajo. — Apartes. — Señuelo. — Capa de toros. — Contar hacienda. — Hierra y contrahierra. — Peones de á pie y de á caballo.—Modo de encerrar y soltar la hacienda.**

Para que un trabajo se haga bien es preciso que se haga fácilmente, y para que se haga fácilmente es preciso, además de las comodidades materiales, que el que lo dirige conozca perfectamente sus atribuciones y tenga el tino necesario para sujetarse á las condiciones que lo rodean.

Si las ovejas necesitan un cuidado asiduo de parte del que las cuida, las vacas requieren del mismo en ciertos momentos unas aptitudes de mando, de destreza en las disposiciones por tomar, que más bien serán un don de la naturaleza ó el resultado de la experiencia, que el fruto de lecturas.

Por eso nos concretaremos á indicar rápidamente los modos mejores de trabajar la hacienda vacuna á corral ó rodeo, dejando á nuestros lectores el cuidado de dirigir sus trabajos según la necesidad del momento, según la gente de que puedan disponer y según las comodidades que tengan á mano.

Ciertos trabajos no se pueden hacer sino á rodeo; otros, que antes se hacían también á rodeo, se hacen hoy á corral, por necesitar así mucho menos gente y presentar menos riesgos, al mismo tiempo que más facilidad y más rapidez. Todo trabajo referente á hacienda vacuna, necesita la presencia y la ayuda de muchos hombres y muchos caballos; los hombres se pagan y los caballos se cansan, lo que importa decir que si se emplean dos días por malas disposiciones ó negligencia, en un trabajo que se podría hacer en algunas horas, los gastos, y no solamente los gastos, sino también el padecimiento de la hacienda se duplican.

***

Empezaremos, en consecuencia, por condenar de un modo absoluto los trabajos *por convite* Si son admisibles, hasta cierto punto, los convites, para una hacienda poca, deben ser rechazados completamente cuando se trata de una hacienda importante. Se ahorran, es cierto, algunos pesos de un lado, pues no se paga á los que se vienen á divertir, pero como se vienen á divertir á costas de la hacienda, es ella la que paga, y caro, los gastos de la fiesta, en animales quebrados, en terneros inutilizados. El dueño no puede entonces mandar, y donde no puede mandar el dueño, ¡pobres de sus intereses!

***

Los trabajos que mejor se hacen á rodeo son los apartes,

de cualquier naturaleza que sean; apartes de animales ajenos, de animales para tropa, de animales vendidos, al corte ó de otro modo, la capa de toros, y el recuento de la hacienda.

En los apartes que tienen que hacer los vecinos que han pedido rodeo, el dueño de la hacienda ó su representante no tiene más que hacer sujetar el rodeo el tiempo necesario, y vigilar que los animales que se sacan sean todos de las marcas que tienen derecho de apartar los apartadores, por propiedad ó por poder.

En otros apartes, como, por ejemplo, de animales de tropa, es de toda necesidad que el establecimiento tenga, para facilitar el trabajo, un *señuelo* (1) bien adiestrado y liviano.

***

El *señuelo* se compone de cierta cantidad de novillos de misma edad y de un mismo pelo, castrados el mismo día y tenidos desde el día de la capa, aparte de la hacienda.

Para prepararlos al rol que les corresponde, el capataz debe cada día, armado de una caña con un clavo y un cencerrillo en la punta, hacerlos correr bien juntos, entrar en el corral y salir de él, hasta que estén acostumbrados de tal modo que al sólo grito de «dentro buey», «fuera buey», entren ó salgan corriendo. Basta entonces el ruido del cencerro que lleva en el pescuezo el madrino, generalmente de pelo diferente al de los demás, para que lo sigan. Se deben naturalmente elegir animales nuevos y livianos, y el madrino debe ser el más liviano de todos. Si alguno sale pesado, se debe desechar, y cuando llegan por la edad á perder su

(1) Y no siñuelo, ciñuelo, o ceñuelo, como lo suelen escribir. Esta palabra significa: lo que sirve para engañar.

agilidad, es tiempo de venderlos para el matadero y de reemplazarlos por otros. Siempre se venden con la mayor facilidad y es un hecho que estos animales, que á veces tienen que andar y correr días enteros por todos lados, se conservan siempre en excelente estado.

La colocación del señuelo no es cosa indiferente y basta muchas veces que esté mal situado para dificultar mucho un aparte. Si está demasiado retirado del rodeo, los animales que se apartan no lo ven y ganan campo; si está demasiado cerca, es fácil que en cualquier descuido se vuelvan al rodeo los animales apartados, ó que el rodeo todo se vengan encima de ellos. En este último caso. es excusado tratar de atajar la hacienda, y al contrario, lo mejor es arrear ligero al campo el señuelo, lo que da tiempo de sujetar el rodeo antes que se junten con los animales apartados. En todo caso, es siempre ventajoso colocar el señuelo del lado de donde sopla el viento, de modo que el animal apartado al tomar el viento, dé con él, al poco andar.

***

Mucha gente, en un aparte, no conviene; debe ser calculado el número de los peones en relación con la importancia del rodeo. Se debe prohibir enérgicamente que corran los apartadores en el rodeo, para que no se caliente la hacienda y quede sujeta. El animal que se aparta se debe sacar despacio, al tranco, hasta la orilla del rodeo, y, recién entonces, deben á un tiempo los apartadores pegarle el grito, aporrearlo y correrlo.

Cada yunta ó por lo menos cada dos yuntas de apartadores debe tener un peón de ayuda que se llama «gallo» y corre de atrás mientras los otros corren en los costados del animal.

Sucede algunas veces que un animal no quiere salir del rodeo; no hay más remedio entonces que echarle el lazo.

***

La castración de los toros se puede hacer sea en el rodeo, sea en el corral, pero es mejor hacerla en el rodeo, donde ofrece menos peligro.

Se debe tener cuidado de no dejar que se cape un toro estando enlazado del pescuezo. Si se ha enlazado así, se le debe hacer resbalar el lazo en las astas, una vez el animal en el suelo; pues de otro modo se le produce una congestión que casi siempre lo mata.

***

En cualquier trabajo que requieran hombres de á pie y de á caballo, estos últimos deben siempre proteger á los primeros y para eso, esperar que se levante el animal y atropellarlo inmediatamente, haciéndolo enderezar para la hacienda. Si es algún animal grande, lo mejor es, antes de desmanearlo, echarle en el asta un nudo corredizo con el lazo, llamado cadena, lo bastante para sujetarlo en su primera furia.

***

Para contar una hacienda, se precisa tomar ciertas precauciones, sin las cuales se corre el riesgo de tener que contarla unas cuantas veces antes de poder conseguir el número exacto. Primero es preciso tener en la mano ó en el bolsillo alguna cosa que pueda servir para anotar las tarjas. Lo mejor es tener, por ejemplo, en un bolsillo palitos de madera de los cuales uno se va pasando á otro bolsillo cada vez que han pasado cincuenta ó cien animales.

Ese sistema es muy preferible al de tarjar con el cuchillo en la rienda del caballo, pues no necesita el uso de los ojos que no deben mirar sino las vacas que van pasando.

Aconsejaremos también para tarjar, el uso de los contadores en forma de reloj, que hoy se venden en muchas armerías en Buenos Aires; son muy cómodos para ese objeto.

Se necesitan cinco ó seis hombres para poder contar bien una hacienda. Se colocan en forma de embudo para que, después de haber hecho salir del rodeo una puntita de vacas, las que siguen salgan despacio y en hilera, entre las dos personas que van contando.

Es de toda necesidad que un peón ataje las vacas contadas para que las últimas que quedan en el rodeo no empiecen á disparar. A cada cincuenta ó cien se debe cantar la tarja para saber si andan de conformidad los que cuentan.

***

El corral se reserva para los trabajos de hierra y de contrahierra.

La hierra de los terneros no presenta ningún peligro para la gente, y es necesario hacerla en el menos tiempo posible, para evitar que sufra inútilmente la hacienda, y con gente escogida para que no se quiebren terneros, si es posible. Si el rodeo es grande y muy numerosos los terneros, es mucho mejor empezar por apartar las vacas con cría en el rodeo y traerlas al corral; pues encerrar todo el rodeo es hacer sufrir toda la hacienda sin necesidad.

El encierro de los terneros es algunas veces muy trabajoso; los últimos se cortan y disparan por todos lados si no se ha tenido el cuidado de encerrarlos muy despacio.

El trabajo se hace perfectamente en el corral grande de encierro. Lo mejor es poner el fogón de las marcas en el

mismo centro del corral, para que de donde los traigan enlazados, no tengan que arrastrarlos mucho para llegar en el punto donde los puedan manear para la marca.

Se necesitan más peones de á pie que de á caballo. En ese trabajo no tienen que ir por yuntas los enlazadores; pues uno solo basta para un ternero, mientras que los de á pie tienen que voltear el ternero, manearlo, apretar la cabeza cuando va la marca, señalar y desmanear.

Por eso los piales inútiles se deben prohibir, y nunca deben los peones perder la ocasión, cuando se presenta, de agarrar el ternero de la cola y voltearlo ó apretarlo en el suelo, sin dejarlo levantar cuando lo traen arrastrado.

Los peones de á pie deben vigilar que el animal esté siempre echado del lado que se va á marcar y cuando el marcador pega el grito: «va la marca» cada uno de ellos debe correr á apretar con el pie la cabeza de un ternero para que no se mueva al ser quemado.

El marcador, al poner el hierro, debe pisar la cola del animal que queda así del todo inmovilizado.

Se pueden hacer atadas de diez á doce terneros y para esto se precisan dos marcas en el fuego y bastantes maneas.

Al acabarse la hierra, si es hora todavía de soltar las vacas para que vayan á comer, se deben sacar despacito del corral y tenerse á pastoreo hasta la hora de encerrarlas para la noche. Dejar en el campo terneros recién herrados es exponerse á perder algunos de ellos, pues con la calentura de la marca no piensan sino en disparar, y no se acuerdan de las madres.

* * *

El corral de manga descrito en el capítulo anterior se emplea con mucha ventaja para herrar los terneros. Al llegar á la puerta el ternero, se le pone por detrás una

tranca que lo mantiene inmóvil y así, de parado, se le puede aplicar la marca. Es un excelente sistema que ahorra tiempo y gente, y evita el peligro de quebrar terneros.

***

De todos los trabajos de corral y rodeo, el más pesado es el de la contrahierra. Se trata entonces generalmente de hacienda al corte, en la cual tiene naturalmente que entrar una gran proporción de animales grandes. Este trabajo, más que ningún otro, precisa mucha vigilancia de parte del que lo dirige y mucho cuidado de parte de los peones.

La hacienda que tiene que sufrir una contrahierra sufre, casi al mismo tiempo, un arreo de más ó menos días, pastoreo de día y ronda ó corral de noche. Tiene además que extrañar la querencia y si á esto se agrega el cansancio y el sufrimiento de la contrahierra, se tendrá fácilmente idea del perjuicio que puede ocasionar una mala disposición del trabajo ó cualquier descuido de parte de los peones.

Es indispensable para la contrahierra de una hacienda numerosa, tener, como lo hemos dicho ya, un corral de encierro, y comunicando con él y con el campo, un corral muy fuerte, que pueda contener de doscientos á trescientos animales parados: esto, naturalmente, si no se tiene el corral de manga, que es mucho mejor, como lo es, al fin, para cualquier trabajo.

El fogón de las marcas se debe situar en el corral de encierro á poca distancia de la puerta de comunicación, y es bueno poner cerca de él un carro empinado que sirva de refugio en caso de peligro á los hombres de á pie.

Sucede, en efecto, á menudo, en ese trabajo, que los animales, aunque no sean de los más bravos, se enfurezcan al pararse y persigan á los marcadores y á los peones

de á pie. El dolor de la quemadura, después de la calentura causada por el arreo y los encierros, vuelve loco muchas veces al animal más manso y es de toda necesidad que tenga la gente, en ciertos momentos, la posibilidad de guarecerse rápidamente.

Se deben elegir para este trabajo hombres de toda confianza y sangre fría, y sobre todo para trabajadores de á caballo, pero así mismo, no se puede siempre evitar que se desmanee un animal ó que una vaca, al parecer muy cansada, se levante de repente y atropelle.

La vaca es muchas veces, sobre todo si está criando, más brava que el novillo, sin contar que se empeña más que aquél en buscar en el suelo con las astas al que puede alcanzar.

El novillo atropella muy ligero y con mucha furia, pero pasa y se va; la vaca vuelve, se queda buscando, porfía.

La gente se debe repartir por yuntas, tanto los peones de á pie, como los de á caballo, correspondiendo una yunta de á pie por una de á caballo.

Entra un enlazador en el corral mientras el compañero queda en la puerta con el lazo listo y si el primero erra el tiro, allí está el otro para enlazar mientras aquél recoge el lazo y vuelve hácia la puerta. Una vez enlazado el animal se saca del corral chico, y según su tamaño y la destreza de los trabajadores, se voltea, sea de un pial, sea enlazándolo de á caballo por las patas.

La yunta de á pie á quien corresponde voltear y manear el animal no debe abusar entonces de los piales y tiene, si es un animal liviano, que voltearlo de cualquier modo que sea, por tal que sea ligero.

***

El que dirige el trabajo debe cuidar que los enlazadores no

elijan sino, al contrario, que enlacen cualquier animal que tengan á mano; de otro modo, si unos eligen todos los animales chicos sucede que pronto se cansan las otras yuntas, hombres y caballos con puros animales grandes, mientras los otros, tanto los de á pie como los de á caballo, van demasiado livianos.

***

Al acabarse una punta se deja encerrada en el corral de encierro, y se trae del campo al corral chico otra.

El trabajo de encerrar, cuando se trata de hacienda arisca que muchas veces ni ha visto corral, suele ser muy penoso. Lo mejor es entonces, cortar en el campo una puntita y traerla con bastante gente por detrás y el señuelo por delante; una vez encerrada ésta, se trae otra, y así, de á poco, se va acabando con el trabajo.

Si algún animal dispara y que no se pueda alcanzar sino muy lejos del corral, lo mejor es manearlo y dejarlo así en el campo para que no se pierda, hasta que se pueda juntar con la hacienda en el pastoreo.

Al soltar una hacienda que no tenga todavía querencia, y particularmente si es recién herrada, es preciso irla sujetando continuamente, poniendo por delante bastantes peones que vayan caminando con ella, despacio. Así se lleva hasta donde debe ser el lugar de su rodeo y se deja allí hasta que se sujete y que se junten bien los terneros con las madres; después se deja salir á comer, cuidándola bajo pastoreo.

## CAPÍTULO IV

### COMPRA Y ARREO

**Puntos á examinar para comprar una hacienda.—Momento favorable para la compra.—Ventas al corte.—Recepción.— Desternerar.— Varios tratos de compraventa.—Arreo.—Elección del capataz.—Modo de arrear.—Hacienda de cría.—Paso de los arroyos.—Ronda.**

Lo mismo que para las ovejas, insistiremos en que de una compra bien ó mal hecha depende casi todo el éxito de un negocio de hacienda.

El estado general del rodeo en venta; la proporción de terneros chicos y de terneros de un año; el número, tamaño, edad y estado de los novillos y toros grandes; el estado de preñez del vacaje; el punto de refinamiento de la hacienda deben ser objeto de un examen prolijo.

En un rebaño de ovejas, todo animal grande ó chico tiene que dar al fin del año un vellón, que, de cualquier modo, viene á pagar ampliamente el interés del dinero, mientras en la hacienda vacuna el producto inmediato consiste únicamente en la venta de novillos y en la parición de las vacas.

La proporción, pues, más ó menos grande de vacas de vientre y de novillos grandes es la base de todo negocio al corte en hacienda vacuna.

Sin dejar de tener gran importancia la edad de las vacas, pues viven mucho más tiempo que las ovejas, no es, como en éstas, el punto principal que haya que observar. Como las vacas viejas, aunque gordas, tienen poca vista, un número demasiado grande de ellas haría rechazar el negocio

por el hombre más inexperto. Siendo numeroso el vaquillonaje, se puede tener fe en el negocio, pues es una garantía para el porvenir.

Es necesario considerar bien, antes de comprar una hacienda, el estado del campo donde se va á llevar. Toda hacienda que se muda de un campo para otro, tiene que padecer y si el campo que va á ocupar se encuentra inferior ó en peor estado que el que deja, tiene naturalmente que sufrir mucho más.

Hay que contar casi siempre con el atraso de la hacienda que se compre al mudar campo; por ese motivo, y aunque toda estación pueda ser buena para comprar vacas, según las condiciones especiales en que se encuentra cada uno, nos parece que, en regla general, la entrada de la primavera es el tiempo más favorable para dicha operación.

Si las vacas que se compren entonces están algo atrasadas, no pueden ya sino mejorarse y empezar á arribar; si están en buen estado, pronto entrarán á engordar. Además de esto, la parición se aproxima, poderosa ayuda para aquerenciarlas, y aunque los precios estén, por eso mismo, siempre un poco más altos en esta época, los terneros que en ella nacen, pronto habrán compensado esta diferencia.

***

La mayor parte de las ventas se hacen *al corte*, palabra que ya hemos tenido ocasión de explicar, hablando de las ovejas.

Cuando una venta de vacas al corte no comprende todo un rodeo entero, sino sólo una parte de él, el corte se hace una vez parado el rodeo.

Como ya lo hemos dicho, la hacienda vacuna es muy fiel á sus costumbres y casi se puede decir que cada ani-

mal tiene, para dormir, su sitio elegido, siempre el mismo; resulta de esto que si el comprador se ha fijado bien en qué parte del rodeo queda la hacienda que más le gusta, tiene asegurada una gran ventaja.

El vendedor, por su parte, no debe permitir el corte, sin haber antes arrollado bien el rodeo. Nos parece mejor hacer el corte despacio y sacar del rodeo la punta cortada al tranco, que atropellar para llevarla, al contrario de lo que se hace con las ovejas.

El comprador, antes de recibir una hacienda, se debe fijar bien si están presentes en el rodeo todos los animales que pueda haber distinguido en una primera vista; puede suceder, en efecto, que haya quedado en el campo alguna punta de hacienda y se puede asegurar que nunca son las peores vacas las que así quedan ausentes en momentos de entrega.

Una vez hecho el corte y antes de contar, es preciso sacar de la punta cortada todo animal que no sea de la marca ó no haga parte de lo vendido por cualquier motivo. Esta operación se llama «desternerar» (1).

Aunque, sobre todo tratándose de haciendas grandes, la mayor parte de las ventas de vacas se hagan al corte, también se suelen hacer diferencias en los tratos, como por ejemplo, terneros por muertos ó dos por uno de tal ó cual edad, libre de novillos ó con un tanto por ciento de ellos garantido, etc., etc., sin que por eso deje de ser la compra al corte.

***

Pero otros negocios se tratan de modo muy distinto y

---

(1) La palabra «desternerar» significa: sacar los terneros de un rodeo; pero, por extensión, se emplea para expresar la acción de sacar, para volverlos al rodeo, de la punta ó tropa apartada por los apartadores, reseros ó compradores, una vez concluído el trabajo, los animales, cualesquiera que sean, que se han juntado con ella indebidamente.

en condiciones que producen en los precios alteraciones de consideración, como ser á *sacar á rebenque*, es decir á elegir, ó vacas con cría, ó, en los corrales de abasto, colas de tropas, ó, en los tambos, puros terneros del año.

Entrar en muchos detalles referentes á cada uno de estos modos distintos de comprar hacienda vacuna nos parece hasta cierto punto inútil, pues salen de los negocios corrientes y convienen únicamente á ciertos criadores y en ciertas circunstancias.

En general, las compras de vacas á sacar á rebenque, aunque se pague por ellas un precio relativamente alto, son ventajosas para el comprador, no pasando el número á sacar del 20 % del total del rodeo.

Tratándose de elegir vacas de 2 1/2 á 4 años, puede considerar el comprador que compra dos en una. Pero son negocios que difícilmente se encuentran posibles en gran escala, justamente porque es preciso que el vendedor tenga obligación apremiante de vender para consentir en desflorar así su hacienda.

***

Una vez cortada y contada la hacienda, pertenece á su nuevo dueño y corre por exclusiva cuenta de él; es decir, que toda pérdida que sobrevenga, la sufre él y que de él son todos los riesgos.

Entre éstos, uno de los mayores con el cual haya que contar, proviene de que el ganado va todavía con la marca del que lo entrega, y que si algunas vacas se vuelven antes de la contramarca, se pueden naturalmente considerar como perdidas para el comprador.

Este peligro hace indispensables algunas precauciones en el arreo y por consiguiente en la elección del capataz y peones que deben ir con la hacienda. No se pueden evitar

siempre los temporales ó tormentas, y de la gente que cuida la tropa depende en esos casos su conservación ó su pérdida.

El deber del vendedor es de hacer acompañar por su gente la hacienda vendida hasta salir de su campo y de mandar su marca con un hombre de confianza para dar la contramarca al comprador en su campo.

La contramarca se debe poner siempre al lado de la marca, poniendo el comprador la suya donde quiera; en general, se pone cerca de la contramarca.

***

Algunos creen que hay mucha ventaja en comprar hacienda vacuna cerca del campo que se quiere poblar. No siendo alambrado dicho campo, es más bien un perjuicio que una ventaja.

Nada más difícil que aquerenciar bien una hacienda comprada en un campo muy cercano; cuando se cree perfectamente aquerenciada, será cuando aprovechará algún animal, si no alguna punta de animales, para volver á la querencia vieja que, estando tan cerca, olvidan difícilmente. Poco cuesta traer hacienda de algunas leguas; este gasto es generalmente compensado por el trabajo que evita más tarde.

***

El oficio de acarreador de hacienda es uno de los más penosos entre los oficios de campo y requiere ciertas cualidades y aptitudes que no todos tienen.

Por eso no se debe confiar una tropa sino á hombres á prueba, pues la responsabilidad moral de ellos es la única garantía que tiene el hacendado por los intereses que remite en sus manos.

El capataz debe elegir él mismo á sus peones para que no tenga más tarde, si le sucede alguna desgracia, el derecho de echarle en cara á su patrón que ha sido por tal ó cual peón que le había impuesto.

No hay nada fijo respecto al número de peones que tiene que llevar un capataz de tropa, pero siempre costará más en proporción una tropa chica que una numerosa, pues hay un mínimum del cual no se puede bajar sin peligro.

***

Una vez formada la tropa, pasan por delante las tropillas de caballos, bajo el cuidado, según el número de animales, de uno ó dos hombres, y se emprende la marcha.

Es de toda importancia vigilar, sobre todo al salir de la querencia, la punta de adelante de la tropa, pues si en un descuido se le dejase tomar vuelo, empezaría á disparar toda la hacienda, dispersándose, y siendo después muy difícil juntarla. Para evitar ese peligro, se deben colocar varios hombres delante de la hacienda, siempre listos para atajarla casi al primer movimiento.

El modo de arrear debe ser muy diferente, á lo menos el primer día, para tropas de novillos ó de hacienda de cría. Las tropas destinadas al abasto tienen forzosamente que llegar gordas, y allí está casi la única consideración que debe guiar al capataz.

Pero una hacienda de cría no precisa tanto cuidado, bajo el punto de vis a de la gordura, y como lo principal es evitar disparadas, para antes que todo, conservar su propiedad, es mucho mejor andar el primer día sin descanso, para que la primera noche la hacienda no piense sino en echarse á dormir y no se acuerde de la querencia aunque esté todavía cerca.

Después del primer día ya el peligro es menos; queda mansa la hacienda y se puede arrear más despacio, dejándola comer y descansar á su gusto.

***

Durante el viaje se debe siempre tratar con mucho cuidado de evitar las mixturas con otras haciendas que se encuentren por el camino. De día el peligro es poco, pero puede suceder que de noche, al balido de alguna hacienda, algún animal de la tropa empiece á contestar y á tratar de disparar, llevándose consigo una punta de vacas, si logra su propósito.

El paso de los arroyos y de las tranqueras de los alambrados presenta muchas veces grandes dificultades cuando es hacienda muy arisca la que se conduce; pero á fuerza de paciencia no hay obstáculo que no se venza, y lo mejor en esos casos es de hacer pasar la hacienda por puntas.

La ronda de noche es al mismo tiempo para el acarreador de hacienda el trabajo más penoso y el momento de más peligro. Es preciso tener entonces peones acostumbrados á esta vida y capaces de pasar las horas sin dormir. Deben ensillar siempre para la noche caballos mansos, pues cualquier susto del caballo puede comunicarse á la hacienda y causar un desparrame.

La hacienda se vuelve muy miedosa de noche, y basta muchas veces prender un fósforo para hacerla disparar.

En mal tiempo debe toda la gente estar de pie, y después de una noche de tormenta debe el capataz contar la hacienda para darse cuenta al momento si le faltan animales, y en ese caso mandarlos á campear. Es costumbre exce-

lente, estando en marcha con hacienda, contarla muy á menudo.

***

No insistimos más en el arreo de hacienda vacuna, pues es un oficio especial y de gente especial también, para quien la teoría tiene poco valor, porque conoce á fondo la práctica.

Hemos querido solamente dar una idea general de dicho trabajo á los de nuestros lectores para quienes pueda ser una novedad y que siempre algún día pueden precisar estas indicaciones.

# CAPÍTULO V

## CUIDADO DE LA HACIENDA VACUNA

**Capataz y peones.—Obligación de los puesteros.—Aquerenciar.—Repunte.—Recogida.—Perros.—Sabandijas.—Apartes.—Cuidado de animales de aparte.—Campeada.—Temporales.—Seca.—Jagüeles.—Epizootias.—Número del rodeo.—Cueros.—Huascas.—Parición.—Hierra: señales.**

La hacienda vacuna exige menos cuidado y mucho menos atenciones que la oveja.

Se precisan pocos hombres para cuidar muchas vacas y el trabajo de ellos, si es de cuando en cuando, en ciertos días, muy penoso, no requiere la asiduidad, que tiene que ser la primera condición del ovejero.

Los trabajos especiales referentes á la hacienda vacuna como ser las hierras, el pastoreo y ronda de hacienda recién traída, la formación de tropas, los apartes, las cuereadas,

se hace todo con peones conchavados generalmente por día y puestos, para toda la duración del trabajo, bajo las órdenes del capataz del establecimiento.

En tiempo normal, este último hace con un número de peones mensuales, proporcionado á la cantidad de hacienda que contiene el establecimiento, el trabajo corriente. Se puede calcular, en término medio, un hombre por mil á mil quinientas cabezas, no habiendo que tirar agua para la hacienda.

En campo abierto, los puesteros colocados en la línea del campo deben tener la obligación de repuntar siempre para el centro del campo todo animal ó punta de animales que intente salir, lo mismo que la de impedir la entrada al campo de los animales ajenos.

En campo alambrado, los mismos deben cada día recorrer cada uno la parte del alambrado que le corresponde, de puesto á puesto, y avisar en seguida al mayordomo de cualquier descompostura que hayan podido notar.

***

El primer trabajo es el de aquerenciar la hacienda.

Hay, por cierto, animales volvedores de naturaleza, que siempre porfían para la querencia primera y difícilmente se acostumbran al campo en el cual los quieren tener encerrados; pero es, en general, un defecto individual, y lo mejor es sacrificar cuanto antes para el consumo estos animales por el peligro de que pueden, en un descuido, llevarse consigo una punta de vacas. Por lo que es de la generalidad, se puede asegurar que lo que aquerencia el animal vacuno es el buen campo y el buen cuidado.

En campo alambrado se tiene que aquerenciar la hacienda á la fuerza y de por sí sola; sin embargo, es necesario, du-

rante los primeros días, vigilar el alambrado del lado de la querencia vieja, para que algún animal porfiado no venga á tratar de voltearlo, y se debe traer todas las tardes la hacienda al lugar destinado para rodeo de ella, hasta que lo conozca bien y haya tomado la costumbre de enderezar en su dirección al grito de los recogedores.

En campo abierto, es trabajo mucho más complicado; el gasto es mucho mayor y el resultado mucho menos se-



**Fig. 36.** — Toro Durham

guro; se precisa mucha vigilancia de parte del que manda, pues el que cuida debe estar allí de pie firme y siempre alerta.

De día se tiene que cuidar la hacienda á pastoreo, dejándole muy poca libertad los primeros días y abriéndole poco á poco, y cada vez más, campo para que se extienda. Al cabo de un día ó dos, se conocen ya los animales más porfiados que siempre tratan de irse y se hace más fácil la vigilancia.

De noche es bueno encerrar, durante algún tiempo, la hacienda en el corral, dejándola después al rodeo con rondador, hasta tener la seguridad de que, una vez rodeada, no piensa sino en echarse á dormir.

Ciertas haciendas se aquerencian con la mayor facilidad; otras dan, al contrario, mucho trabajo. Casi siempre depende esto de la diferencia de calidad entre el campo que han dejado y él que vienen á ocupar; diferencia en las aguadas, en la extensión, en la abundancia y calidad de los pastos. Depende también del modo de cuidarlas; hay que dejarles siempre la libertad que necesitan para comer á gusto, pero reprimiendo siempre con tiempo cualquier veleidad de fuga.

***

A pesar de estar ya bien aquerenciada en un campo una hacienda, nunca se debe descuidar el dueño de ella en el principio de la primavera. Particularmente los novillos se acuerdan entonces de la querencia vieja y en el día menos pensado se van.

Solamente cuando han parido las vacas en un campo se pueden decir aquerenciadas definitivamente.

Una vez aquerenciada una hacienda y fuera de los trabajos especiales que hemos mencionado más arriba, da en realidad poco que hacer.

A lo menos, en campo alambrado, en buena estación y buen campo, con buenas aguadas, el trabajo casi se reduce á parar rodeo de cuando en cuando. No es así del todo en campo abierto.

Cada día, por la mañana y por la tarde, deben el capataz y sus peones recorrer las líneas del campo y correr para el centro los animales que han llegado demasiado cerca del límite de su dominio.

Tiene que recoger la hacienda varias vêces á la semana y siempre hay que sufrir la molestia de los apartes de los vecinos.

Se puede comprender fácilmente de qué ventaja es un alambrado por la seguridad que da á los intereses y la tranquilidad de que permite dejar gozar los animales.

***

Las recogidas se deben hacer de preferencia por la mañana: después de derretida la helada, en los dias fríos, para



**Fig. 37.** — Toro Red-Short-Horn

(Cabaña «Santa Isabel», en Laboulaye (F. C. P.), Provincia de Córdoba, de don Pedro Estanguet. — Torito de 20 meses; peso: 850 kilos)

que el pisoteo de los animales no destruya el pasto por donde pasen, y muy de madrugada en el verano, para evitar que la calor fatigue demasiado la hacienda.

A fines de Agosto y durante todo el mes de Septiembre, se debe recoger el ganado todos los días y traerlo al galope

hasta el rodeo. Este ejercicio saludable activa la circulación de la sangre, abre el apetito de los animales que ya encuentran en el campo con qué satisfacerlo y provoca una exsudación sumamente favorable al juego del aparato tegumentario, la cual facilita la caída del pelo de invierno.

Las pocas vacas paridas que hay en esta estación se van dejando en el campo, y se deja de recoger la hacienda cuando entra la parición en su fuerza.

***

Es indispensable para recoger con facilidad un rodeo grande de vacas en un campo de regular extensión, tener un cierto número de perros bien enseñados, que, sin lastimar los animales, les sepan imponer el respeto suficiente para que, al primer ladrido, punteen hasta el rodeo.

Sería de desear que por una selección bien dirigida los estancieros tomasen empeño en formar una cría de perros verdaderamente útiles, tanto por ayudar en el cuidado de las ovejas como de las vacas.

No faltan, por cierto, los elementos necesarios á ese objeto, pero, la mayor parte del tiempo, se dejan desperdiciar por los que los tienen á mano, por esa indiferencia general en el campo para todo lo que puede facilitar el trabajo ó proporcionar el bienestar.

Puede ser que algún día comprendan los habitantes de la Pampa que más vale tener dos perros capaces de sujetar solos un rodeo, que diez de estos animales sin nombre que no saben sino atropellar á los transeuntes y comer carne.

***

El capataz y los peones, al recoger la hacienda, deben recorrer todos los sitios donde saben que de preferencia

pasan la noche las varias puntas de vacas que la componen y fijarse en los animales conocidos, para darse cuenta, durante el trabajo y antes de llegar al rodeo, de que falta tal ó cual animal.

Cuando empieza á engordar la hacienda, y sobre todo cuando hay abundancia de sabandija en el campo, se deben hacer los repuntes y recojidas con cierto cuidado. Sucede entonces, particularmente con los novillos, que se asusta alguna punta de hacienda y se calienta al punto de disparar y salir del campo; los gritos entonces y los perros se deben dejar á un lado.

La sabandija es particularmente perjudicial en los campos de pastos duros, donde abunda de tal modo que á ciertas horas y en ciertos parajes el tránsito por el campo se hace peligroso.

En la primavera, los mosquitos y gegenes suelen abundar en los terrenos bajos y los primeros tienen el grave inconveniente de arrear algunas veces, durante la noche, la hacienda, particularmente la yeguariza.

El tábano, más bullicioso, se contenta, en las horas calurosas del día, con rodear los animales, y teniéndolos en los desplayados, los hace enflaquecer algo; pero la naturaleza clemente le ha, por suerte, asignado pocos dias de vida, lo que no le permite causar perjuicio de mucha consideración.

***

A pesar del mejor cuidado y de los repuntes diarios, es inevitable en campos abiertos que se extravien algunos animales de cuando en cuando.

Al notar la falta de algún animal conocido, no debe el capataz perder tiempo para hacerlo campear, pues es muy fácil que no se haya extraviado solo; siempre de

cuando en cuando, aunque no se note la falta de ninguno de los animales conocidos, debe el dueño de la hacienda mandar revisar los rodeos vecinos, pues nunca deja de salir del campo algún torito ó vaquillona, ó vaca parida, sin que nadie lo pueda saber.

Es especialmente después de la primavera que conviene mandar gente á los apartes; los temporales del equinocio, la sabandija, la parición, estado peculiar de la hacienda en la primavera que incita muchos animales á salir de la querencia, son causas de pérdidas y no se debe dejar pasar el tiempo sin tomar las medidas necesarias. Además, es la mejor estación para conocer fácilmente la marca en los animales, pues están ya pelechados, mientras en el invierno siempre pueden escapar algunas vacas al ojo más vigilante, en un rodeo numeroso.

Todo animal de aparte se debe cuidar como si nunca hubiese hecho parte del rodeo, y es preciso aquerenciarlo como si por primera vez lo hubiesen traído al campo. Es de toda necesidad encerrarlo de noche, y en ese caso como en muchos otros, es muy necesario tener un potrero.

Traer animales de los apartes y soltarlos en el rodeo, es condenarse á tener que ir á buscarlos de nuevo á los pocos días.

***

Las secas prolongadas y las epizootias, bajo cualquier forma que se presenten, son también causas de dispersión de las haciendas. En estos casos, como en los de temporales arreadores, si no se ha podido sujetar la hacienda en la querencia, es mejor dejar pasar la causa del mal, antes de salir en busca de los animales desparramados.

En estos casos de fuerza mayor, la ocupación principal debe ser la cuereada de los animales muertos.

Es bueno, entonces, autorizar á los vecinos, mediante la comision de costumbre, á sacar los cueros de las vacas de la hacienda que pudieran ir á morir en sus campos, y recabar de ellos la misma autorización que redunda en beneficio común.

***

En toda clase de campeada, debe el que la dirige no perder ocasión de conseguir una indicación, un dato, una noticia sobre los animales que anda buscando. Buscar está bien, pero no basta; es preciso preguntar y preguntar á todos los que pueden dar algún dato.

El tino consiste en saber apreciar en su justo valor las indicaciones así recogidas, que, por supuesto, no son todas útiles, y en juntarlas, para sacar de ellas lo que puede conducir al resultado buscado, es decir, dar lo más pronto posible con los parajes donde están los animales perdidos.

Pero, como los mejores remedios son siempre los preventivos, no debe nunca el estanciero permitir que un temporal ó una seca le arrebate la hacienda, fuera de esos casos excepcionales que no puede dominar la voluntad humana.

Cuando anuncia el estado de la atmósfera alguna profunda revolución de los elementos—y nada mejor lo indica que el buen barómetro indispensable en toda estancia—se deben tomar con tiempo todas las medidas necesarias para asegurar la hacienda, encerrándola hasta que pase el peligro.

***

En caso de seca, tampoco se debe esperar que se haya agotado la última gota de agua en las lagunas para pensar en armar jagüeles.

En todo establecimiento que no tenga agua reconocida

como permanente, deben conservarse siempre en estado de ser utilizados en cualquier momento, los jagüeles y todos sus accesorios, represas, mangas, bebidas, rondanas, sogas: nombramos aquí todo el arsenal del jagüel primitivo, pero aconsejaremos á todos los amigos del progreso de reemplazarlo cuanto antes por alguno de los tantos sistemas nuevos, á cual mejor, que cada día salen á luz, y que hemos indicado en el libro primero, cap. IV. No hay en esto que invocar pretexto de economía: economicen lo que puedan y en lo que puedan, pero no sobre los medios de proporcionar abundante agua á las haciendas.

***

Por lo que es de las varias epizootías que de cuando en cuando suelen sobrevenir, enfermedades, la mayor parte del tiempo, desconocidas ó fuera del alcance de una medicación eficaz, por la multitud de animales á los cuales habría que aplicarla, el único remedio práctico nos parece ser una separación estricta entre los animales atacados y los sanos: siempre se podrá así atajar los progresos del contagio y, siquiera, conseguir un resultado algo mejor, que abandonándose á la dejadez del fatalismo.

En general, no queremos decir siempre, el secreto para evitar esas epizootías consiste en no recargar el campo. Tampoco ningún rodeo debería pasar de dos mil cabezas; siendo demasiado numeroso, el pisoteo de esa masa de hacienda destruye el pasto en una gran extensión en circunferencia del rodeo, y las vacas tienen, para poderse extender á gusto, que caminar muchísimo; lo que no sucede con una juiciosa repartición de la hacienda en grupos moderados.

***

Corresponde al capataz el cuidado de los cueros. Los

debe estaquear con prolijidad, no dejándolos estaqueados sino el tiempo estrictamente necesario para que se sequen, pues la intemperie siempre los hace desmerecer, quitándoles algo del peso y calidad.

En verano, al sacarlos del estaqueo, los tienen que envenenar inmediatamente, antes de entrarlos al galpón, pues la polilla, de otro modo, haría rápidos estragos.

Deben reservarse para el uso del establecimiento los necesarios, para que nunca falten las huascas indispensables en los trabajos de la estancia y ocupar en trabajarlas y sobarlas los momentos de descanso que puede tener la gente.

Nunca deben faltar maneas, lazos, etc., para lo que se pueda ofrecer: pero no es nada trabajar muchas huascas, sino saberlas conservar, pues son muy apetecidas, y con un capataz algo desordenado, vuelan.

***

Cuando han pasado las heladas del invierno, las lluvias torrenciales de la primavera, la invasión de la sabandija y los calores del verano, llega el momento anhelado de la hierra.

Poco hemos hablado de la parición de las vacas, por la sencilla razón de que no precisan otro cuidado, en aquel momento, que una vigilancia discreta y una tranquilidad completa.

Abstenerse entonces de recoger la hacienda; evitar, si el campo es muy bajo, que haya mucha agua, de dejar parir las vacas sino en las lomas; y cuidar que no salgan del campo antes de parir: tales son las principales medidas que se pueden aconsejar; son de fácil aplicación.

En campos alambrados y divididos en potreros, se pueden tener aparte las vacas paridas, con gran ventaja para el mejor desarrollo de los terneros.

En el capítulo de «Trabajos á corral y á rodeo», hemos dado suficientes indicaciones para lo que se refiere á la hierra de los terneros, y nos contentaremos con completarlas, aconsejando á los estancieros el uso de señales poco complicadas y el abandono completo de aquellas que consisten en cortar el cuero del animal en el pescuezo ó en otras partes del cuerpo.

Nos parece muy suficiente siempre una señal bien hecha en las orejas; lo que sí, no se puede recomendar bastante, es de tener mucho cuidado en que se haga perfectamente la señal y con esmero. Un animal bien señalado tiene otra vista que el que lo está mal, y nada queda más feo que una hacienda señalada sin prolijidad.

La ley prohibe hoy aplicar la marca en otras partes que las que indica, sea la parte baja de la pierna, el pescuezo ó la quijada; no se puede negar que sea una ley perfectamente justificada, pues la antigua costumbre de quemar los animales en las costillas era muy perjudicial para el cuero, que lo hacía desmerecer mucho en los mercados europeos, no teniendo más que la problemática ventaja de no ofrecer á los gauchos la tentación de sacar del cuero un buen lazo.

La estación mejor para la hierra nos parece ser el otoño; los meses de Marzo y Abril son muy aparentes para este trabajo, y no creemos, como lo afirman algunos, que la marcación atrase los terneros hasta el punto de entorpecer su desarrollo. Esperar la primavera es exponerse en ciertos casos y en campos abiertos á grandes pérdidas.

# CAPÍTULO VI

## NOVILLOS

**Precauciones para la castración de toros.—Edad favorable para la castración.—Cuidado de los novillos.—El criador y el invernador.—Agricultura aplicada á la ganadería.—Gordura; clasificaciones.—Venta de novillos.—Novillos para exportación.**

La operación de la castración no presenta de por sí gran peligro para el animal vacuno. Evitar, en lo posible, los golpes; no permitir que se cape ningún animal estando enlazado del pescuezo; hacer la operación con un día sin viento; hacer caminar los animales operados, con moderación y sin apurarlos; no dejarles tomar agua después de la operación, antes que se hayan enfriado algo y comido un poco: tales son las medidas que se deben tomar para evitar que sientan demasiado los novillos.

***

Aquí se presenta una cuestión de carácter esencialmente zootécnico, que, á nuestro parecer, queda todavía por dilucidar en lo que se refiere á la hacienda vacuna. Ha habido hasta hoy sobre ella afirmacioues, tan contrarias todas como perentorias, y poca discusión; queremos hablar de la edad más aparente para practicar la castración en los toros.

La generalidad, por no decir la unanimidad de los estancieros, afirma que no se deben capar los toros antes que

tengan dos años á dos años y medio. De otro modo, quedan, dicen, *avacados*.

En los autores europeos que hemos consultado, encontramos opiniones bastantes diversas, pero siquiera discutidas, hasta cierto punto, y apoyadas con razones más ó menos justificadas.

Aconsejan, en general, practicar esta operación, cuando los testículos han tomado su posición normal; es decir, cuatro ó cinco semanas después del nacimiento, si el animal es exclusivamente destinado al abasto, y á la edad de dos años, si una vez novillo, debe ser amansado para buey. El rinde en carne es, dicen, en ese último caso, menor, y la calidad inferior; pero cuando el animal sea llevado al matadero, habrá compensado estos defectos por lo que haya dado en trabajo.

Es muy probable que debe ser cierta la aseveración de que el animal castrado á los dos años sea más fuerte para el yugo que el animal hecho novillo al mes de nacido; pero es una cuestión de poca importancia entre nosotros y se puede reducir la discusión á los dos puntos verdaderamente interesantes para el criador pampeano: la producción de carne y de cuero.

Es muy cierto que la castración tardía permite el desarrollo completo del sistema muscular y huesoso del animal, lo que le da vista de corpulento y lo hace aparecer, al ojo rutinario del resero, como de más producto que el animal *avacado;* aunque tenemos que reconocer que si del punto de vista puramente zootécnico, esta opinión es de ningún valor, no deja de tener su peso en la práctica, ya que al fin y al cabo, el resero es, por ahora, el único juez de lo que aparta ó deja; pero prescindiremos de ella, y haremos constar que la forma más ó menos femenina en un animal que no se puede reproducir, no significa nada.

Lo que vale en ese caso es el rinde, el resultado útil, y está probado por la experiencia que en el animal castrado muy joven, el sistema adiposo se desarrolla á costa del sistema huesoso, que las caderas quedan más abiertas y los cuartos mucho más redondos que en el toro hecho novillo, cuando ya el sexo se ha afirmado.

El rinde en carne y sebo tiene por consiguiente que ser más grande en el primero, sin contar con la superioridad de dicha carne en calidad, sin contar también que el animal neutralizado en los primeros días de su vida, es siempre mucho más manso, y por consiguiente de más fácil engorde que el toro castrado en edad de reproducirse.

Hemos visto, por nuestra parte, castrar toritos de ocho y diez meses de edad, para evitar que encastrasen en vacas reservadas á toros más finos, y podemos asegurar que si en las formas generales del cuerpo presentaban ciertos caracteres femeninos, especialmente en la cabeza, no desmerecían de ningún modo en el tamaño, y sobre todo en la gordura, al contrario.

Queda la cuestión del cuero. Es indudable que el cuero del animal castrado temprano queda más delgado y más liviano que el cuero del animal que ha sido toro, pero á medida que la exportación de animales de pie y carne conservada se haya aumentado, el más ó menos peso del cuero se hará cuestión secundaria. El cuero liviano y fuerte siempre será más buscado y de mayor precio proporcional que el pesado; en fin, nos parece una anomalía no hacer para la hacienda vacuna, lo que se hace para la hacienda ovina, y preferir los novillos que tengan el aspecto masculino, es igual á elegir de preferencia los capones que tengan las astas más grandes.

El novillo representa el producto del rodeo, como la lana el producto de la majada. El aumento es aumento, pero

el novillo es como la lana: da plata al contado y segura, por lo que nos ha parecido merecer un capítulo aparte.

***

A pesar de esta condición especial, que lo debería hacer el objeto de cuidados excepcionales, la gran generalidad de los estancieros no lo atienden con más esmero que el resto de la hacienda y lo dejan engordar ó enflaquecer, sin tratar de hacer un gesto para salvar ó aumentar los pesos que para ellos representa la gordura del novillo; parece que no se dan cuenta que tener novillos flacos ó ovejas sarnosas, es igual prueba de poca afición al trabajo y fuente de iguales resultados negativos.

Es muy claro que ciertos estancieros están mucho mejor colocados que otros para tener fácilmente los novillos gordos; pero en saber apreciar con exactitud sus propias fuerzas, en aprovechar las condiciones en que lo han puesto á cada uno las circunstancias, en sacar las ventajas y salvar las dificultades inherentes á toda situación, cualquiera que sea, reside la ciencia del estanciero.

Puede uno tener un campo de poca ó mucha extensión, de pasto duro ó de pasto tierno, abierto ó alambrado, de calidad superior ó mediana, á proximidad del mercado ó al jado de él; pero cualesquiera que sean las condiciones que lo rodean, propicias al negocio de invernada ó más favorables al de cría, debe tratar á los novillos de un modo muy diferente que á la hacienda de cría.

***

Estamos todavía muy lejos de tener la obligación de seguir, para el engorde de los animales, los métodos tan

complicados, y hasta se puede decir, tan científicos de los países europeos. Las condiciones de nuestro mercado no requieren todavía tanto esmero, ni lo permiten tampoco las condiciones generales de país, la escasez de brazos y el alto precio de la mano de obra.

Pero estamos en una era de transición y sin querer alcanzar de golpe lo que sería más costoso que provechoso, á una perfección inútil todavía, es preciso, sin embargo, ir modificando paulatinamente los sistemas antiguos, ó más bien dicho, establecer sistemas juiciosos donde no ha habido hasta ahora más que rutina y abandono.

En cualquier condición que esté el criado r, debe tener aparte de la hacienda los novillos, desde la edad de dos años aproximadamente.

***

En Agosto ó Septiembre se debe hacer el aparte para el mismo provecho de la hacienda, cuya parición se aproxima y de los novillos que siempre, en la primavera, se acuerdan de haber sido toros. Este aparte es indispensable.

Los novillos, una vez solos, se sosiegan, caminan menos, comen mejor y engordan más pronto. Naturalmente, es cosa indicada tener para ellos un potrero reservado, pero aún sin poseer esta comodidad, no se debe dejar de tener los novillos aparte. Será un trabajito más, pero de pocos días, pues una vez acostumbrados á andar juntos, ni piensan en juntarse otra vez con la hacienda, sobre todo si se ha tenido el cuidado de reservarles un retazo de campo que no se haya dejado trillar por la hacienda.

Hemos dicho ya que, en dicha estación, se debe, de cuando en cuando, correr la novillada para hacerla sudar y pelechar, y el aparte de los novillos facilita este trabajo

que, tan útil para ellos, podría ser algo perjudicial á la hacienda, muy preñada entonces.

***

El mercado del consumo local y de la exportación en pie pertenece completamente á los invernadores; pero el criador de los campos lejanos, que por la distancia no puede competir con ellos, puede tener el recurso de vender su novillada para los saladeros; éstos se contentan con animales de carne buena y son generalmente liberales para sus apartes. Para conseguir este resultado y no tener que sacrificar vendiendo á los invernadores animales flacos, es preciso tener la novillada gorda para la estación propicia, es decir, de Enero á Marzo. Sin apartar los novillos y sin tenerlos desde la primavera en campo especial, es por casualidad que se llega á tenerlos gordos para este tiempo. Volveremos á insistir sobre la necesidad de operar como hemos dicho.

***

Agregaremos que hoy, con las grandes facilidades de transporte rápido que se van extendiendo cada día más, con la generalización de la mejora de la raza vacuna y los progresos constantes de la agricultura, la mayor parte de los criadores deben tender á producir novillos dignos de ser exportados, ya que los mercados europeos nos ofrecen una salida tan remuneradora para los que presentan las condiciones exigidas.

Esas condiciones son: que sean animales de tres años, muy mestizos, gordos, de un peso de 650 kilos, mansos y descornados.

El peso se reduce algunas veces á 600 kilos, si los ani-

males son de muy buena clase, pues en ese caso los exportadores consienten en apartar animales algo nuevos.

Pero también un novillo ordinario, que tenga más de cinco años, aunque pese 700 kilos, lo dejarán.

Para conseguir animales de estas condiciones, es preciso, naturalmente, mantenerlos de un modo algo especial y cuidarlos con atenciones que no se dispensan en general aquí á los animales de clase corriente.

Sin alfalfa, sin maíz, no se conseguirán novillos para exportación, sino en algunos pocos campos de invernada; pero también los gastos hechos serán bien compensados por los precios altísimos que puede pagar la exportación para los animales que estén en las condiciones requeridas; precios que son más ó menos el doble de lo que puede pagar el consumo.

***

Hemos dado en nuestro capítulo VI algunos preceptos generales relativos á la *nutrición*.

Los completaremos aquí, porque la preparación de los novillos destinados al consumo europeo tiene que ser arrancada á la rutina secular de la campaña argentina, emprendida con métodos racionales, y puesta poco á poco en condición de dar todo el resultado que promete: también porque si una caponada atrasada por algún motivo, se compone muy pronto, no sucede lo mismo con los novillos, que necesitan mucho más tiempo para recuperar lo perdido.

La alimentación tiene que ser calculada tanto para los animales destinados á la reproducción como para los que deben acabar en el matadero, desde antes de su nacimiento. En un establecimiento bien ordenado, nunca se dará á ningún animal alimentación insuficiente; pero no es esto todo. Cualquiera que sea su destino, las madres y las crías deben

recibir una manutención *exuberante*, principal agente de la mejora de las razas y de la salud ulterior de los individuos, pues cualquier interrupción en la alimentación de los animales jóvenes causa siempre una gran demora en su crecimiento.

Respecto á la calidad de los alimentos, se tratará de dar á cada animal, ó serie de animales, lo que le conviene, según lo que se quiere producir; pues la cantidad de los alimentos tiene en la economía del cuerpo la misma influencia que la cantidad.

***

Tres son los períodos de la vida animal: el primero es de crecimiento; la nutrición entonces sirve sólo para constituir los varios elementos del cuerpo. De ahí la importancia de una alimentación *exuberante*. El segundo, durante el cual el gasto de fuerzas es grande y compensado por la nutrición. Este período, en los reproductores, se utiliza; lo mismo en los animales de trabajo. Al animal destinado al consumo se le evita el gasto de fuerzas para que la nutrición en vez de servir sólo á compensar este gasto, no haga más que ir acumulando en el cuerpo del animal los elementos que de él se desea conseguir: carne y grasa, especialmente.

En el tercer período, la nutrición no hace más que reemplazar apenas pérdidas demasiado fuertes; pues los tejidos entonces juntan en poca cantidad ciertos elementos y en demasía ciertos otros. Ese período,—la vejez,—para los animales domésticos, el hombre lo suprime.

***

Ahora, como lo hemos dicho, la alimentación dada á cada animal debe ser según lo que se quiere producir; y es donde la diferencia se puede conocer entre el oficio del criador, la ciencia del cabañero, el arte del invernador.

Un reproductor, de cualquier especie que sea, ó un caballo ó un buey de trabajo, no se puede mantener del mismo modo que un novillo destinado al matadero.

Los primeros necesitarán menos volumen en la ración, menos pasto y más grano. La digestión del grano es más lenta que la del pasto, y por esto mismo produce una nutrición mejor. A más, con el grano, se puede y se debe dar agua á los animales, en menos cantidad y mucho tiempo después de que hayan comido: crían así más fuerza que gordura.

Un animal destinado al matadero necesita, el primer año, una lactancia prolongada, con destete tardío y castración temprana (de tres á cuatro meses); pastos secos buenos, alimentos harinosos, granos quebrados ó cocidos, y evitar la intemperie.

El segundo año, el pastoreo conviene, con reparo siempre contra los malos tiempos, alimentación verde, raíces.

El tercero, alimentación mixta, pastos verdes y secos, harinas, granos cocidos y raíces; y aguas calcáreas que dan á su esqueleto solidez, densidad y finura.

Más que todo, es preciso evitar interrupción en los progresos del animal.

Con el sistema de penuria invernal y de abundancia estival que tenemos acá, sucede que un animal que pesa 500 kilos en Abril, llega á Septiembre con 300, porque devora su propia substancia para completar la ración que le falta para sostenerse.

Invernado, no pierde, y pasará luego de 500 á 600 kilos, mucho más ligero que lo que volvería de 300 á 500.

***

Fuera de la balanza especial para hacienda, de la cual hemos hablado ya, al tratar de los capones, es difícil, por no

decir imposible, indicar medios seguros de conocer con exactitud el estado de gordura de los animales vacunos. Tratándose de animales mansos, el tacto puede indicar al que tiene conocimientos especiales en la materia, el grado de engorde de ellos y el rinde aproximativo en grasa y sebo; se han escrito tratados muy completos y muy científicos al uso de los criadores y reseros europeos, pero pasarán todavía muchos años antes de que puedan ser utilizados acá.

No tiene más ayuda el estanciero que el ojo, guiado por la experiencia, para conocer si sus novillos y sus vacas están carnudos, de carne blanca, de buena carne, de carne gorda ó de grasa, que son las clasificaciones usadas en el campo. Es mucho más fácil conocer á primera vista la primera y la última de estas clasificaciones, que las tres intermediarias; pero la práctica y la observación hace que se familiarice de tal modo el ojo del hombre de campo en ese sentido, que llega con el tiempo á tener la misma certeza que con el tacto. Ciertos reseros, especialmente, pueden, sin equivocarse jamás, afirmar que tal ó cual animal dará tal ó cual rinde en carne, sebo y cuero.

El estanciero, á la verdad, no precisa tanta exactitud en sus apreciaciones, y se puede contentar con datos aproximativos. Sin embargo,—hablamos sobre todo para los que debutan,—debe tender continuamente á adquirir la experiencia necesaria para darse cuenta, al revisar un rodeo, qué número de novillos se podría sacar de tal ó cual clasificación, lo que es indispensable para poder en conocimiento de causa tratar con un resero.

***

El aparte de la novillada hecho en tiempo útil, facilita considerablemente estos tratos, pues tanto el comprador como

el vendedor, por mucha experiencia que tengan, saben así mucho mejor en qué terreno pisan.

En una hacienda *pareja*, es decir, llegada toda ó casi toda al mismo punto de engorde, la cuestión capital en una venta es el precio; pero, á nuestro juicio, en el trato de una venta de novillos á elegir entre muchos de diferentes edades y algo desparejos en gordura y tamaño, la cuestión precio, sin perder de su importancia, se complica singularmente con la del número á fijar, al punto de hacer la primera algo secundaria.

El ojo más experto en ese caso es el que gana la partida, y si el resero tiene forzosamente en esto alguna ventaja, el estanciero también ha de operar en un terreno que debe conocer perfectamente, pues se trata de una hacienda que ve todos los días, mientras el resero no la ve más que al pasar.

Es siempre más fácil juzgar el grado de engorde en animales todavía nuevos que en vacas viejas. En estas últimas, el sistema huesoso está tan desarrollado que generalmente parecen apenas de buena carne cuando están de carne gorda. Siempre se venden más difícilmente las vacas que los novillos, y por eso mismo es muy conveniente consumir en las estancias las que ya va inutilizando la edad; debe aprender el estanciero á conocer perfectamente el estado verdadero de las que, por este motivo, manda carnear.

***

Hemos señalado ya la necesidad de tener una buena báscula á propósito para pesar los animales destinados á exportación. Lo mismo que para los capones, hay que usarla á menudo, tomando algunos animales de los más chicos, algunos medianos, y algunos de los más grandes, para poder así darse cuenta de los progresos relativos y absolutos

hechos por tal ó cual serie de animales, y en término medio por el conjunto.

Insistimos aquí sobre el particular; pues si es útil y necesario tomar el peso de los capones, cuya gordura se puede apreciar con facilidad por manoseos conocidos, con más razón será indispensable pesar los novillos, mucho más difíciles de juzgar, sobre todo que son siempre algo ariscos y poco dispuestos á dejarse tocar.

Es preciso seguir, al pesar los novillos, ciertas reglas fijas para evitar que las observaciones salgan erróneas y se vuelvan perjudiciales en vez de provechosas. Es preciso notar, cuando se pesa, si es antes ó después de comer, pues en una sola comida, ciertos bueyes absorben de 75 á 100 kilos de alimentos sólidos y líquidos. Por esto, aconsejaremos hacer la operación siempre á la misma hora, después de un ayuno de cinco ó seis horas, más ó menos.

Un trayecto de algunas leguas puede hacer mermar el peso de un buey de unos quince kilogramos.

Cien kilómetros en ferrocarril cuestan alrededor de veinte kilos por cabeza; un ayuno de diez y ocho horas hace perder á un buey de 75 á 80 kilos.

Por bueno que sea el ojo de un capataz, el pesaje prolijo siempre le será muy superior como medio de apreciación.

***

Al concluir este capítulo, nos parece interesante referir en algunas líneas, cuáles han sido los primeros ensayos de exportación de hacienda en pie, y los resultados que dieron.

En 1877, el señor Ed. Casey embarcó en el «Nestorian» quinientos carneros para Liverpool. Fueron rechazados con entusiasmo y como si fueran peste, en tres puertos de la Gran Bretaña, y por fin se pudieron desembarcar en Glasgow

pero después de ser sacrificados á bordo. La carne no se vendió mal, y, sin esa odisea, habrían dado buen resultado.

En 1878 se mandó un lote de vacunos: pero por mil motivos, el resultado no fué bastante halagüeño para que se siguiera con la empresa.

Hace diez años,—en Abril 1889,—salió de Buenos Aires otro cargamento de novillos que fué el que abrió definitivamente el camino á la exportación. Constaba de 48 novillos de un peso medio de 592 kilos; provenía de varias estancias é iba consignado por el mismo gobierno argentino al Havre, en el steamer «Entre Ríos». Un animal murió en el viaje, dos llegaron en mal estado y los 45 restantes se vendieron en París á $ 24 1/2 oro cada uno.

Desde entonces ha ido progresando el negocio á las mil maravillas, y anualmente la exportación en pie alcanza ya á 130.000 novillos y 500.000 capones, que representan un valor aproximativo de cinco millones y medio de pesos oro.

## CAPÍTULO VII

### RODEO DE REPRODUCTORES

**Su necesidad. — Elección de las vacas. — Terneros de tambo. — Elección del toro. — Edad de la monta. — Número de vacas para un toro. — Separación de los terneros. — Sistema de eliminación. — Selección. — Herd-book. — El Durham.**

No se puede decir todavía que haya muchos años que se va generalizando el refinamiento de la hacienda vacuna en el país. Hasta hace unos cuantos años parecía ser privilegio de algunos hacendados ricos tener algún toro importado, y como los toros mestizos que producían eran pocos, los tenían

que reservar, en su mayor parte, para mejorar sus propias haciendas.

Gracias á ellos y á sus esfuerzos coronados de un éxito bien merecido, cualquier hacendado, por modesto que sea su capital, puede hoy empezar á refinar sus vacas, pues encuentra fácilmente y por poco dinero toros ya bastante regulares, y muchos admirables.

El movimiento en este sentido es tal que ya sería difícil encontrar en la Provincia de Buenos Aires, y quizás en la República, un rodeo verdaderamente criollo.

Hubo, durante un tiempo, personas que deploraban esta vulgarización del refinamiento y la desaparición paulatina de la raza criolla. El principal motivo en que basaban su opinión, era la superioridad del peso del cuero criollo sobre el cuero de las vacas mestizas.

Podían tener una apariencia de razón, sobre todo durante la crisis de que hemos hablado, en que el valor del cuero era enorme en proporción al valor de la carne de nuestras vacas. Pero con el refinamiento de la hacienda vacuna, se va preparando el porvenir, porvenir que empieza á ser ya actualidad, de la exportación de animales en pie.

La industria de los cueros gruesos podrá sentir alguna escasez de materia prima, pero la industria, en general, se sabe acomodar á las circunstancias y dar vuelta á las dificultades que no puede vencer. Por la disminución en la producción de lanas finas, los fabricantes de tejidos de lana han tenido la necesidad de emplear lanas gruesas, y han encontrado tan bien el modo de imponer la moda de sus nuevos productos, que casi hemos caído, aquí mismo, en el error de creer que ya el viejo mundo no quería lanas finas.

Se ha de hacer otro tanto para los cueros, y nuestra opinión es que si, por lo que es de la hacienda lanar, tene-

mos quizá interés en dejar productores de lana fina más bien que de carne, debemos tender con la hacienda vacuna á producir carne, que el cuero siempre ha de valer su precio, sea pesado ó liviano.

En consecuencia, aconsejaremos sin reserva á los estancieros que sigan refinando sus haciendas como han principiado, y sobre todo á los que todavía no lo han hecho, que son pocos, empezar. Los novillos mestizos, además de la ventaja que tienen de ser de venta á los dos años y medio, tienen ya esta otra, que son hoy buscados por los reseros con exclusión absoluta de los criollos.

***

Creemos que el mejor sistema para refinar la hacienda de un establecimiento no consiste únicamente en comprar de golpe muchos toros mestizos y echarlos á la hacienda sin ninguna clase de selección, como hacen muchos. Se conseguirá así cierto resultado inmediato, pero es de toda necesidad formar simultáneamente un rodeito de vaquillonas escogidas con esmero y destinadas á un toro capaz de producir animales de calidad ya bastante buena para no tener que renovar á menudo este gasto oneroso de compra de toros para la hacienda del establecimiento.

Lo mismo que los carneros para sus majadas, una estancia bien organizada debe producir los toros que necesita, pero no se trata aquí de contentarse con dejar en los rodeos animales nacidos en ellos.

El que quiere conseguir un resultado serio y refinar su hacienda como es debido, tiene que dedicar á ello otra cosa que dinero, y aplicar su inteligencia en hacer fructificar el capital que en esto haya empleado.

El rodeito de reproductores no precisa ser numeroso, pero bien elegido, y vale más empezar con una cincuenta vacas

ya regulares y un toro, que, según los recursos pecuniarios de cada uno, se acerque lo más posible á la sangre pura, que con un número crecido de vacas cualesquiera y muchos toros de poco mérito.

***

El adelanto en calidad, no solamente del rodeo de reproductores, sino también de toda la hacienda del establecimiento, depende, se puede decir, del primer paso, ó sea de la elección hecha con más ó menos felicidad de las primeras vacas reservadas y del primer toro fino.

Si la hacienda del establecimiento es por demás ordinaria, y que no se pueda sacar de ella algún número de vaquillonas siquiera regulares de tipo, indicaremos á nuestros lectores una mina de donde podrán elegir á su gusto animales excelentes para establecer un rodeo de reproductores sin tener que gastar mucho dinero; queremos hablar de los tambos que rodean la capital y que son compuestos hoy casi exclusivamente con vacas de cierto mérito, originarias en general de las mejores y más antiguas cabañas; lo que se comprende, pues estos establecimientos se han formado primero alrededor de la ciudad y han vendido sus primeros productos á sus vecinos más inmediatos, los lecheros.

Estos, en ciertas épocas del año, en Mayo ó Junio, se tienen que deshacer á la fuerza de los terneros grandes y entran en el número una gran proporción de animales ya muy buenos. Recomendamos esa fuente para el caso de no tener en alguna estancia vecina proporciones parecidas para hacerse del número necesario de vacas fundadoras del rodeo de reproductores.

***

Naturalmente sería mucho mejor—y lo hemos visto reco-

mendado en varias partes—tener para principiar, vacas puras y toros puros. No sabemos si los que dan esos consejos, yendo hasta decir que es un gran error empezar á refinar de otro modo, tienen bastante capital para hacer lo que aconsejan, pero tendrán que confesar, si quieren reflexionar algo, que pocos son los criadores que tienen recursos suficientes para empezar así.

Los que esto escriben pueden tener la aprobación de unos cien ó doscientos hacendados, pero desalientan á la masa de sus lectores, es decir, á algunos millares de criadores que, sin poder invertir sumas ingentes en la compra de muy pocos animales, podrían, sin embargo, dar algún paso adelante, con tal que les indicasen los medios de hacerlo sin correr riesgos desmedidos para sus fuerzas.

***

La cuestión *pureza de la sangre* tiene una importancia práctica capital para unos muy pocos hacendados, en la actualidad; y aunque no deje de tener interés para los demás, es un interés casi puramente teórico para la mayoría de ellos.

Así mismo, en la elección de un toro refinador no se debe únicamente fijar el hacendado en las cualidades individuales del animal; debe procurar también saber cuál es su origen primitivo y si proviene de una cría refinada desde muchos años.

Las cualidades individuales no se reproducen siempre con fijeza, y menos si estas cualidades son el producto de una mera casualidad y no han sido poseídas por los antepasados del animal. Será siempre una ventaja indiscutible poder comprar los toros que se necesiten en ca-

bañas justamente renombradas y conocidas por su antigüedad.

***

Las crías para la producción de la leche son aquí todavía de poco provecho, salvo en algunas circunstancias especiales, y no entraremos á hablar de ellas ni de los detalles de conformación que ayuden á conocer la calidad de los reproductores destinados á este objeto.

Lo único que nos interesa aquí y por ahora, es la producción de la carne y la facultad de engorde rápido.

El tipo ideal para estos fines consiste en la forma casi cuadrada del animal, en la anchura y rectitud del lomo, en la distancia que separa las caderas una de otra, en lo ancho y hondo del pecho; toda la masa de este cuerpo enorme descansa en patas relativamente cortas, y sostiene una cabeza chica, fina, de aspas muy cortas y lisas. La base de las aspas de un toro no debe ser muy gruesa y el pelo en la punta de la cola debe ser relativamente fino y poco.

***

El pelaje no significa gran cosa y es cuestión de apreciación. En ciertas cabañas inglesas inutilizan, sin embargo, todo animal que no presenta exactamente las condiciones especiales de pelo requeridas para que toda la hacienda de un establecimiento quede uniforme bajo ese concepto, pero es que entonces consideran el pelaje como una especie de marca de fábrica. La abundancia de reproductores puede allí permitir ese capricho; pero no es el caso aquí,

donde más bien escasean los buenos reprodnctores, de sacrificar por una cuestión insignificante un toro de valor

***

Se ha discutido mucho sobre la edad más conveniente para entregar un toro á la reproducción y para separarlo de ella, lo mismo que sobre el número de vacas que se le debe confiar. No tenemos la pretensión de iluminar la cuestión con una nueva luz, pero daremos una opinión basada, parte en el sentido común, y parte en la experiencia propia y en la ajena.

El toro está en toda su fuerza de reproducción de tres á cuatro años, y puede entonces montar el máximum de vacas. Este máximum varía de cuarenta á ochenta, y depende del estado de los campos y por consiguiente de las vacas, mucho más que de la fuerza personal del toro, en general. Todos los hacendados se han podido dar cuenta que, según los años, la parición es más ó menos abundante, á pesar del buen estado de los toros.

En rodeos generales, donde abundan los toros chicos y grandes, la selección natural se encarga de repartir las vacas á cada toro según sus fuerzas; pero, en un rodeo de reproductores, este cuidado incumbe al hombre, y nos parece prudente de no dejar más de cincuenta á sesenta vacas á un toro en la fuerza de la edad, bajo pena de no conseguir sino productos defectuosos, cansando así inútilmente un animal de precio. No hay duda para nosotros que se pueda empezar á hacer trabajar un toro de catorce á quince meses de edad; pero no se debe entonces entregarle más de unas veinte vacas. En estas condiciones se reproduce perfectamente y no se cansa.

Un animal de valor se puede conservar para reproductor

durante muchos años, y se puede citar el ejemplo del famoso Durham «Favourite» que rindió servicios hasta los diez y seis años. Pero, como, pasando cierta edad, se ponen los toros muy pesados, es bueno entonces disminuirles el número de vacas y entregarles únicamente vacas hechas.

***

No hemos visto hasta ahora que hubiese inconveniente serio en entregar al toro vaquillonas de diez á doce meses, y más bien pensamos que es perder tiempo sin compensación, que demorar para ellas el momento de la monta.

Es un excelente sistema, en general, separar los terneros de las madres, cuando tienen de seis á ocho meses, y con más razón se debe recomendar cuando se trata de animales finos. Las vacas entonces se encuentran ya en un estado de preñez adelantado y es gratuitamente nocivo para la cría que llevan, dejar que sigan mamando terneros ya grandes; en un campo bueno, reservado para ellos, se destetan fácilmente y sin padecer.

Se pueden acostumbrar estos terneros á beber una ración de leche, cada día, y se crían así más fuertes todavía que si siguieran mamando.

***

Pero si esta separación es buena para las vacas, es indispensable bajo todo concepto la de los toritos, cuando entran en edad de trabajar. No pueden quedar en el rodeo de reproductores, donde podrían causar perjuicio, y difícilmente quedarían, en los primeros días, en los demás rodeos, de donde tratarían de echarlos los toros más viejos. De cualquier modo, no estando encerrados siquiera algún

tiempo, darían mucho trabajo, y en campo abierto estarían expuestos á perderse, por la propensión que tienen los toritos de esta edad, y particularmente los mestizos, á caminar mucho.

En los primeros años de la formación de un rodeo de reproductores, la eliminación paulatina de los animales más inferiores, tanto entre los que primero se eligieron como entre los que después nacieron, debe ser la base de operación.

Más tarde, si esta eliminación, lo que generalmente sucede, no se ha equilibrado con el aumento, se debe hacer entonces, en el mismo rodeo ya demasiado numeroso, una selección perfecta de lo que más se aproxima al tipo ideal, que según el consejo de Darwin, todo criador debe tener soñado é impreso en la memoria antes de emprender el refinamiento de una raza.

Concentrando así sus esfuerzos en un número limitado de animales, el hacendado puede dirigir con mucha más certeza sus medios de acción hacia el fin deseado.

***

Aconsejaremos formar desde el principio el *Herd-book* del rodeo de reproductores. Se precisan muchos años, sobre todo cuando se principia con un capital reducido, para llegar á la cumbre del edificio; pero no hay nada imposible al trabajo inteligente y constante, y si no puede el padre acabar la obra, los hijos han de llegar, y podrán considerar con tanta más satisfacción los resultados conseguidos, cuanto más humilde haya sido el origen.

Respecto á la raza que se debe preferir por el estanciero argentino para mejorar su hacienda vacuna, siempre

hemos tenido y seguimos teniendo la opinión de que la raza Durham (fig. 36) es la única á la cual se debe acudir.

Es opinión, por lo demás, á la cual se adhieren casi todos los hacendados, hoy, y sobre todo los que han hecho ensayos con otras razas, como el Hereford, especialmente, que van dejando hoy por completo.

La raza «Red-short-horn» (fig. 37) de la cual damos un admirable espécimen y que empieza á ser muy buscada por todos los inteligentes en la cuestión, no es más que un Durham perfeccionado, aunque tenga su Herd-book especial.

***

La raza Durham, no es, en realidad, más que una variedad de la raza holandesa, mejorada en Inglaterra, á fines del siglo pasado, por los hermanos Collins, y se puede asegurar que las vacas traídas de las costas del Brasil hasta la Asunción por los hermanos Goës, en 1553, provenían de esa misma raza holandesa. Eran entonces los holandeses los más numerosos y atrevidos colonizadores, con los españoles y los portugueses; y en esa época, no solamente trataban de arrebatar su propio país á la dominación española, sino que también le disputaban sus conquistas coloniales, y coincide la importación de ese primer plantel con la ocupación simultánea del Brasil por los portugueses y los holandeses, siendo ya, como hoy, estos últimos, muy dedicados á la cría de hacienda vacuna.

Todas las probabilidades están, pues, en favor de la unidad de origen de la raza llamada aquí criolla y de la raza denominada Durham, y á esa unidad de origen se puede atribuir la extraordinaria propensión que tiene la raza criolla á asimilarse las grandes cualidades de la raza Durham. Demasiado numerosas son ya las pruebas

de ese hecho, para que creamos necesario insistir en ello, y todos los criadores que se han dedicado á mejorar sus haciendas con la introducción en ellas de sangre Durham, podrán atestiguar con qué prontitud las han visto cambiar de tamaño y de formas, y adquirir al mismo tiempo, sin más ayuda que el pasto del campo, esa precocidad y esa facultad de rápido engorde, que hacen de la raza Durham la raza sin igual hasta hoy.

El único defecto que le reprochan, no diremos sus detractores, pues nadie se quisiera atrever á despreciarla, sino los que tienen interés en acreditar en el país otras razas, es la liviandad del cuero. Si fuese, en realidad, muy inferior en peso, al cuero del Hereford, por ejemplo, habría cierta razón en preconizar la adopción de esta última raza para mejorar las haciendas criollas, de preferencia á la primera, pues, todavía por un tiempo, el cuero es, aquí y en nuestras condiciones actuales, el principal producto de la hacienda vacuna, en general; pero, aunque en su país de origen y en los individuos de raza pura, sea un hecho probado que el cuero del Hereford es más espeso y más pesado que el cuero del Durham, no opinamos que sea ese un motivo suficiente para rechazar ó aceptar, sin más examen, una ú otra raza.

La influencia de las condiciones atmosféricas es tan directa y por consiguiente tan soberana sobre la formación y las funciones de esa envoltura exterior del animal, el cuero, que la consideramos superior, por nuestra parte, á toda calidad de mucho peso ó de mucha liviandad y finura, artificialmente creada en reproductores criados en condiciones completamente distintas de las que tengan que encontrar sus descendientes.

Respecto á la cantidad y calidad de carne, ninguna raza ha podido todavía sobrepasar ni igualar á la raza Durham.

Existen ciertas variedades de Durham (y hasta se puede asegurar que el mismo Hereford es una de ellas) muy reputadas y dignas de toda su fama: pero son todas Durham, al fin y al cabo.

El Durhan francés á menudo provee de reproductores á ciertas cabañas inglesas, y no dudamos que con los años podrán las cabañas europeas refrescar la sangre de sus productos con algunos toros argentinos.

## CAPÍTULO VIII

### ENFERMEDADES

Causas de las epizootias. — Gérmenes latentes. — No recargar los campos. — Inoculación en las cabañas: (carbunclo, tuberculosis y enteque, peripneumonia.)

Las enfermedades que hasta hoy han atacado la hacienda vacuna, en el país, son poco numerosas, ó más bien dicho, los casos que pueda haber habido de muchas enfermedades muy diversas, han sido demasiado pocos para haber podido dar ocasión y sobre todo crear la necesidad de estudiarlas con detención.

El crecido número de animales, su poco valor relativo, la dificultad y casi la imposibilidad de poder aplicar al animal enfermo los remedios que podría necesitar, hacían que nadie en el campo pensara, al ver un animal enfermo, en tratar de darse una cuenta exacta, ni de hacer la observación escrupulosa del mal que lo hace morir.

El país está y estará todavía muchos años en una situación tal, que enfermedades que, en Europa, son en un grado terrible, contagiosas, quedan aquí reducidas á uno

que otro caso casual. Mientras no se produzcan agrupaciones exageradas de animales, durará esta inmunidad relativa; pero no hay que hacerse ilusiones y creer que de por sí el país queda exento de enfermedades epizoóticas.

Demasiado hemos podido probar lo contrario en estos años pasados con la raza ovina, para que sea permitido esperar que lo mismo no suceda algún día con la hacienda vacuna.

La tuberculosis, el carbunclo, el enteque, la tristeza, (fiebre del Texas), la peripneumonía, el tifus ó peste bovina, y probablemente algunas otras enfermedades existen ya en nuestra campaña, y sus gérmenes latentes no esperan más, para desarrollarse con toda su terrible virulencia, que una ocasión propicia, alguna seca, por ejemplo, que debilitando sobremanera el organismo de los animales domésticos, permita á los microbios apoderarse con facilidad de su presa y jugar en ellos su terrible papel destructor.

De cuando en cuando, ya, hemos sentido, en varias partes, especialmente donde se crían animales finos, por consiguiente más delicados y venidos de países donde reinan, á pesar de la vigilancia continua y de los progresos de la ciencia, todas esas enfermedades, adonde empiezan, por calidad muy refinada del campo, á aglomerarse las haciendas, los primeros campanazos.

Cada día que pasa indica con mayor certeza la amenaza, y cada día más es preciso que el criador vaya conociendo mejor los síntomas de todas las enfermedades que puedan diezmar sus haciendas.

No pensamos aquí, de ningún modo, hacer un tratado especial y completo de cada enfermedad; sólo queremos dar algunas indicaciones prácticas que puedan guiar al estanciero para conocer el peligro.

Por lo que es del tratamiento de los animales enfermos, de los remedios profilácticos ó curativos que se puedan aplicar, lo mejor es, en caso de peligro, dirigirse á algunos de los señores veterinarios en Buenos Aires.

***

Las grandes epizootias son casi siempre causadas aquí por la escasez de manutención, escasez que proviene generalmente de secas prolongadas en campos recargados de hacienda; la flacura es la gran enfermedad de nuestras haciendas.

Pero la misma flacura prepara el terreno para la mayor parte de las enfermedades contagiosas. Se puede atribuir hoy exclusivamente á los microbios toda clase de contagio, gracias á los descubrimientos de Pasteur, y considerarlos como los agentes principales de las enfermedades contagiosas; es sabido que el poder de los gérmenes virulentos, como de todos los parásitos están en razón directa de la debilidad de los organismos en los cuales se desarrollan. Estos gérmenes epidémicos existen en estado latente y no esperan más que una combinación de los elementos favorables á su desarrollo: estado atmosférico debilitante, y mal estado material y físico de sus víctimas designadas por la naturaleza, para gozar de toda la plenitud de sus facultades virulentas, es decir, de toda su vitalidad.

La prueba de esta aserción consta de los mismos experimentos de Pasteur. Así, el virus atenuado del carbunclo, ó grano malo, incapaz de causar ninguna enfermedad á un conejo de un año, mata el que no tiene más que uno ó dos días; el virus atenuado del cólera de las gallinas, que preserva éstas de la enfermedad, mata sin remedio los pajaritos y los pollitos, porque no encuentra en estos organismos

débiles una fuerza de resistencia suficiente, y en ellos vuelve á adquirir virulencia bastante para que se pueda con él matar animales cada vez más grandes.

***

Para que conserve mucho tiempo el país su fama de sano, es preciso que los hacendados se guarden muy bien de llegar á tener en sus campos más hacienda de la que pueden contener con holgura; en esto reside el gran secreto del buen ó del mal éxito.

Mientras no tengamos grandes aglomeraciones de animales, el peligro de epizootias quedará remoto, pero no nos debemos olvidar que cuando una enfermedad contagiosa invade un país por la primera vez, lo hace siempre con una fuerza terrible, como si encontrase en ese terreno inexplotado elementos extraordinarios de desarrollo, y que bajo ese concepto estamos en condiciones de sufrir mucho, el día menos pensado.

Por otra parte, se pueden citar ejemplos recientes, como la invasión aterradora de la lombriz, en la oveja, y ciertos estancieros recordarán todavía quizás la terrible epidemia de 1874 en la hacienda vacuna, que probablemente no era otra cosa que el conocido *tifus* ó *peste bovina*.

***

Se puede decir que las enfermedades más graves que pueden diezmar las haciendas, como ser la tuberculosis, la peripneumonía, el carbunclo y el enteque están hoy, gracias á los trabajos de Pasteur y de sus discípulos, no sólo perfectamente conocidas, sino también dominadas, y que existen para vencerlas ó por lo menos alejarlas, medios cientí-

ficos y probados que, si difícilmente se pueden poner en práctica en rodeos comunes y numerosos, pueden y deben ser aplicados siempre en haciendas de valor y en los rodeos de reproductores.

Contra la tuberculosis, si bien no existe todavía remedio curativo de eficacia reconocida, siquiera sabemos ya que dicha enfermedad que se creía hereditaria, no lo es, y que sólo es contagiosa, lo que permite tomar precauciones para evitarla, sacrificando los animales atacados.

Pero la dificultad era muy grande para conocer estos animales, pues cuando son jóvenes, muchas veces parecen, aunque muy enfermos ya, gozar de perfecta salud.

Esa dificultad la vino á remediar el descubrimiento del señor Nocard, la tuberculina, que permite conocer al enemigo antes de combatirlo.

La inyección de tuberculina bajo la piel de un animal tuberculoso provoca en él, aunque la enfermedad esté todavía poco adelantada, un estado febril comprobado por una elevación de temperatura.

Hay algunas excepciones, y si raras veces sucede que un animal enfermo no reacciona, es excepción que confirma la regla. Un animal, en efecto, que tiene ya lesiones tuberculosas muy generalizadas no reacciona, mientras que casi siempre, un animal recién atacado y con lesiones mínimas presenta con la tuberculinización reacción muy fuerte.

La inoculación de tuberculina no permite, pues, conocer el grado de la enfermedad; no hace más que divulgar su existencia.

Se comprenderá sin mayores explicaciones de qué importancia es para los dueños de animales finos este descubrimiento y la necesidad de aprovecharlo para evitar grandes pérdidas, especialmente en el momento de comprar toros ó vacas de valor subido.

Para tuberculinizar estos animales siempre es bueno esperar haberlos tenido bajo vigilancia durante un mes, pues un vendedor demasiado vivo puede, por una serie de inyecciones hechas en ciertas condiciones, hacer refractarias por un tiempo á la tuberculina animales enfermos.

También, para que el resultado sea bien seguro, es preciso tener siempre buen cuidado, á cada operación, de hacer bajar el termómetro á bajo de 38°.

Aconsejaremos, en la práctica, acudir al veterinario. Sin embargo, como la inyección subcutánea es operación sencilla, creemos que un dueño de cabaña debe poderla hacer por sí mismo después de una lección ó dos.

***

Reproducimos aquí las instrucciones para el uso de la tuberculina dadas por el instituto Pasteur, pensando que se deben vulgarizar cuanto sea posible:

«La tuberculina es una substancia específica, extraída de los cultivos del bacilo de Koch, y que inyectada á los animales vacunos, provoca en ellos, si son tuberculosos, una elevación de temperatura reveladora de la enfermedad.

La tuberculina es despachada sea concentrada (*tuberculina bruta*), sea en estado de dilución, completamente lista para su inyección (*tuberculina diluída*). Bajo la primera forma se entrega á las farmacias y á los veterinarios. Los criadores deben siempre pedirla diluída; la dilución necesitando precauciones importantísimas que sólo los técnicos pueden observar escrupulosamente.

*Inyección.*—Se inyecta en una sola vez, detrás de la paleta (en el vacío de la paleta) entre cuero y carne, y después de haber pelado y lavado la piel con agua hervida

fenicada, cresilada ó lisolada de 2 á 4 centímetros cúbicos de tuberculina, á saber:

| | | |
|---|---|---|
| Para toros y animales vacunos de tamaño grande.................................. | 4 | centímetros cúbicos |
| Para vacas de tamaño grande............ | 3 1/2 | — |
| Para vacas de tamaño regular............ | 3 | — |
| Para terneras y toritos de 1 á 2 años...... | 2 | — |

*Observación de la temperatura.*—Conviene tomar la temperatura de mañana y de tarde, durante dos ó tres días antes de la inyección: el promedio de estas temperaturas constituye la temperatura inicial del animal. Rigurosamente, es suficiente tomar la temperatura una sola vez antes de la inyección.

Después conviene tomarla cuatro veces: 12, 15, 18 y 21 horas después de la inyección.

La reacción diagnóstica se mide por la diferencia que existe entre la temperatura inicial y la temperatura más alta, que ha sido observada después de la inyección; si esta diferencia alcanza ó pasa de un grado y medio ($1^o$,5) el animal es declarado tuberculoso.

Prácticamente, conviene hacer la inyección á las 6 de la tarde; durante todo el día siguiente se anotan las temperaturas á las 6, 9 horas a. m., á medio día y á las 3 horas p. m.

Puede ocurrir, que al principiar la inyección, el animal se encuentre febril; entonces se aplaza la operación cuando la temperatura inicial alcanza á 39 grados 3 décimos ($39^o$,3) en los adultos ó á 39 grados 8 décimos ($39^o$,8) en los jóvenes.

En fin, no olvidarse que en las vacas muy tuberculosas y tísicas, las inyecciones de tuberculina pueden no provocar elevación de temperatura alguna; en estas vacas es

inútil el empleo de la tuberculina para el diagnóstico: los síntomas clínicos bastan ampliamente.»

***

La *peripneumonia*, enfermedad que durante algunos años hizo en Europa destrozos en los rebaños, no parece haber existido nunca en la República Argentina, á pesar del ruido que de cuando en cuando hicieron en Europa alrededor de pretendidos casos sospechosos, personas interesadas en atajar la importación de nuestros animales.

En Europa, hoy, tampoco causa mayores perjuicios á los criadores, desde que se ha probado que la inoculación del virus á los animales sanos, los preservaba, del mismo modo que la vacuna preserva al hombre de la viruela.

La mortandad que antes producía, alcanzaba muchas veces al 70 % de las haciendas; hoy no alcanza sino al 2 %.

La inoculación consiste simplemente en introducir en la parte inferior de la cola de los animales sanos, un poco del líquido sacado de un pulmón enfermo.

***

El *carbunclo* es otra enfermedad contagiosa vencida por la ciencia. Enfermedad terrible, causada por un microbio de una vitalidad asombrosa, que sólo el fuego puede destruir y que, en muchos casos, mata al hombre lo mismo que al animal.

Para hacerlo conocer bien de los estancieros, que así podrán evitar mayores males y peligros de consideración, no podemos hacer mejor que reproducir los datos y consejos dados hace poco en una publicación oficial de la Pro-

vincia de Buenos Aires, y de la cual extractamos lo que sigue:

«El agente infeccioso está en la tierra, en el pasto, en las aguas, bañados y lagunas, operándose la infección en los ganados al comer y beber esos pastos y aguas.

La inoculación del virus se hace por las lastimaduras de la mucosa: las moscas como agente transmisor directo, no tienen importancia.

El carbunclo bacteridiano aparece de una manera súbita, evoluciona con suma rapidez, determinando á menudo la muerte en pocas horas, un día, ó á lo sumo dos días, según los sujetos y las especies y—dado nuestro sistema de crianza, —es casi imposible determinar la enfermedad antes de ocurrida la muerte. Una vez producida ésta, es sumamente fácil determinar el diagnóstico: los animales muertos despiden un líquido sanguinolento por los orificios naturales; los tejidos inmediatos al cuero están embebidos de un líquido amarillento, notándose además grandes y pequeñas manchas hemorrágicas; la sangre, espesa y viscosa, presenta el aspecto de una jalea de frutas y, sobre todo, el bazo se dilata en una manera extraordinaria, alcanzando un aumento de varias veces el de su tamaño natural, y al cortarlo tiene el aspecto de una papilla negruzca. Todos estos síntomas casi siempre son confirmados por el examen bacteriológico.

Constatada la existencia del carbunclo bacteridiano en un establecimiento, es indispensable: 1º, evitar que los animales del potrero infectado pasen á un potrero que no lo esté; 2º, vacunar todo el ganado del establecimiento; 3º, prohibir se cueree ningún animal que presente alguno de los síntomas característicos; 4º, quemar todos los cadáveres que presenten esos mismos síntomas, en el mismo paraje en que hayan muerto.

Quemando todo cadáver y vacunando anualmente el gana-

do de un establecimiento infestado, la mortalidad se reduce á proporciones insignificantes; de lo contrario, el foco de infección se agranda como una mancha de aceite. La vacunación es una operación económica; pues en realidad cuesta poco y puede salvar, en ciertos casos, ingentes intereses.»

Haremos notar aquí que para operar en un gran número de animales, se necesita el uso del corral de manga.

Se han publicado folletitos descriptivos de la operación y cualquier veterinario se encarga de proveer los útiles, y virus necesarios á ella y de enseñar á quien la quiera practicar el modo de hacerla.

***

El *enteque* es una enfermedad que hace sus mayores estragos en los campos bajos del sur de la provincia de Buenos Aires, sin dejar de hacerlos en todas partes.

Hasta hace muy poco, los estancieros la conocían sólo empíricamente y no se conocía ningún remedio capaz de combatirla con éxito.

Hoy, gracias á los trabajos tan completos del señor Lignières, se conoce á fondo la enfermedad y se tendrá á mano, creemos, muy pronto el modo sencillo y de fácil aplicación no sólo para prevenirla, sino también para curarla.

El microbio que la produce es pariente del que produce la « lombriz » en las ovejas, y se multiplica y desarrolla en las mismas condiciones: los prados inundados, con pastos siempre bañados, son los lugares donde mayormente nacen ambas enfermedades. Sin embargo, hay comarcas donde la oveja se conserva sana, mientras la hacienda vacuna sufre del enteque, y otras donde es al contrario; lo que prueba que, aunque parientes, los microbios del enteque (pasteurelosis bovina) y de la lombriz (pasteurelosis ovina) son diferentes.

En los terneros, empieza la enfermedad generalmente, no siempre, por una diarrea tenaz, que por sí misma parece una enfermedad bien completa, aunque no sea más que el primer acto, se puede decir, del enteque. Esta diarrea dura en los terneros hasta los dos años, y los pone éticos, débiles, preparándolos para el enteque, enfermedad que es la misma, bajo otro nombre, cuando son adultos.

Estos animales, salvo muy pocas excepciones, nunca llegan á componerse del todo, ni á recuperar el apetito y la gordura.

Una depravación del gusto los induce á comer huesos, y en la campaña creen, en general, que esto de « comer huesos » es una enfermedad especial. No es más que un síntoma del enteque, agravante por demás, pues mientras come huesos, el animal no se mantiene, pero de ningún modo es causa del mal.

Esta enfermedad es poco conocida en Europa, y es probable que proviene, como la lombriz, del modo forzosamente primitivo que tenemos aquí y tendremos todavía por mucho tiempo, de criar las haciendas á puro pastoreo, y en muchas partes, en campos bajos y anegadizos.

La canalización de los campos bajos será probablemente el mejor remedio para el enteque y para la lombriz; pero, como será seguramente muy tardío, hay que recurrir por ahora á medios más á mano.

Es condición indispensable empezar por aislar los anima les enfermos, sobre todo los atacados de diarrea; pues son los que más siembran en los campos el microbio.

La mejor profilaxia, con todo, será la vacunación; pues el señor Lignières aplica á la pasteurelosis bovina los mismos métodos que á la pasteurelosis ovina.

A más, está estudiando un suero curativo, en la eficacia

del cual, por los experimentos ya hechos, se podrá tener una fe entera, en un porvenir que creemos próximo.

Respecto á la diarrea crónica, la forma más grave del enteque, porque los animales que de ella no mueren quedan inservibles, el señor Lignières la cura desde ya, sobre todo, cuando recién empieza la enfermedad (porque así los animales no tienen tiempo de enflaquecer ni debilitarse mucho), con una inyección intra-venosa de sangre sana, desfibrinada y bien filtrada, de buey, diluída con agua, ó mejor, de suero natural.

Siendo de aplicación bastante delicada la inyección intravenosa, será mejor siempre acudir al veterinario para practicarla.

Por lo demás, diremos que lo mismo que para la pasteurelosis ovina, los ensayos hechos por el señor Lignières, si bien dan las más lisonjeras esperanzas y resultados ciertos, no están todavía en estado de ser vulgarizados.

Es de creer y de esperar, con todo, que no tardarán en serlo; pues estos trabajos han despertado en Europa un interés tal que en todos los laboratorios del instituto Pasteur y similares, la cuestión está en estudio, y los estudios en buen camino.

# LIBRO IV

## HACIENDA YEGUARIZA

---

### CAPÍTULO PRIMERO

#### LA MANADA

La manada. — Condición comercial actual de la hacienda yeguariza en el país. — Cualidades y defectos del caballo criollo. — Mejoras necesarias para hacerlo exportable. — Errores cometidos en Europa. — Modo de salvarlos. — El pelo. — Elección del padrillo. — Pedigree. — Parejeros enteros. — Selección. — Cruzamientos. — Necesidades económicas del país. — Caballo de Berbería. — Caballo Percherón chico. — Elección de yeguas. — Número de la manada. — Entablar. — Aquerenciar. — Padrillos errantes. — Producto de las yeguas. — Yeguas de andar. — Cuidado de la manada. — Hierra, capa, cerdeada. — Edad de castrar.

No hablaremos muy extensamente de la cría del ganado yeguarizo. El caballo argentino no puede ser todavía el objeto de un gran comercio internacional, y, por falta de salida provechosa, queda hasta ahora reducido su uso á ser puramente local. No dudamos que, algún día, las circunstancias han de cambiar, y que la cría de hacienda yeguariza que hoy no pasa para el estanciero de ser un mal necesario, llegue á ser una importante fuente de recurso para el país ; pero tienen probablemente que pasar todavía demasiados años antes que así sea, para que haya

necesidad de darle aquí una importancia que, por desgracia, aunque la merezca, no la tiene.

***

De las circunstancias que han impedido que se siguiese haciendo tentativas de exportación de caballos para Europa, una se puede y se debe remediar por los mismos criadores: es la condición física del caballo criollo.

Cuando Darwin recorrió la Pampa en busca de datos para su portentosa obra, notó que el tipo de las haciendas en general era de una uniformidad completa y que esta falta de variedad indicaba, de parte de los hacendados, una negligencia absoluta de los métodos más elementales de selección. Han pasado desde entonces muchos años, y si Darwin pudiera volver hoy, tenemos que confesar que saliendo de los alrededores de la capital, no encontraría todavía las cosas muy cambiadas, en la mayor parte de los establecimientos, por lo que toca á la especie caballar.

***

La raza criolla ha sido dotada por la Naturaleza de extraordinarias cualidades de resistencia y de rusticidad, confirmadas y aumentadas por la influencia de los medios en que vive desde siglos, y de la gimnasia funcional inconsciente á la cual está sometida; pero ha perdido seguramente parte de su tamaño primitivo y de la perfección de sus formas, por la indiferencia completa de sus criadores, en materia de selección. En una palabra, debe á la Naturaleza lo que tiene de bueno, y al hombre lo que le hace desmerecer; sería tiempo que este último

hiciese algunos esfuerzos para sacar provecho de las ventajas que le ha proporcionado la primera.

Para que los caballos criollos sean *exportables*, se requieren dos condiciones indispensables: el tamaño y el pelo; no hablamos de las demás, que todos saben que las tienen. Son condiciones que muy fácilmente se les puede hacer adquirir, con algunos años de atención y esmero.

***

Más difícil será que desaparezcan pronto ciertos obstáculos, que no depende de nosotros vencer, y que encontramos consignados en un periódico francés, del cual reproducimos el pasaje más importante. Dice así:

«El obstáculo natural, y es de los más serios, á la importación de los caballos de la América del Sur, es el de la permanencia necesaria de los medios para la conservación de las cualidades naturales. El mismo caballo de pura sangre se modifica algo, bajo la influencia del clima y de la alimentación. Es por ese motivo que los ensayos hechos por el gobierno para la importación de estos caballos no han dado todos los resultados que se habían esperado. Estos animales, robustos, sóbrios, acostumbrados á un trabajo excesivo, han sido incorporados á la caballería, sometidos al mismo régimen de conservación y á la misma alimentación abundante que nuestros caballos franceses. Con un trato tan irracional, no han tardado en debilitarse, en enervarse y en mostrarse menos aptos al servicio que nuestros caballos indígenas. Su debilitación ha sido tanto más rápida, cuanto los animales, sometidos á esta prueba, habían sido cambiados de clima ya adultos, lo que los ha hecho más susceptibles que lo hubieran sido los productos direc-

tos ó cruzados de estos animales nacidos en Francia. La verdad habría sido de hacer montar aparte los caballos así importados, y de mantenerlos á lo menos durante algún tiempo en condiciones de existencia tan idénticas como hubiera sido posible á las que lo rodeaban en América. Esta prueba podría sólo dar la medida de su valor real. Es opinión de los hombres competentes, que se debe volver á hacer el experimento.»

No se ha vuelto á hacer hasta ahora, y lo podemos sentir. Pero, siquiera, sabemos por qué los resultados han sido negativos, y es de esperar que algún día vuelva á luz esta importante cuestión. Ya que los animales adultos son los que más han sufrido, la solución del problema consiste en la importación de potrillos de dos años de edad, y podría el gobierno nacional, sin riesgo de atraerse dificultades diplomáticas, ya que lo haría igualmente con todos los gobiernos europeos y con una reglamentación estricta, invitarlos á establecer en el país *haras* de reproductores, para facilitar la cría de los caballos especiales que necesitasen.

Respecto al consumo general de caballos, también es preciso darse cuenta, desde ya, que con la vulgarización de los medios de transporte mecánicos de todas clases, forzosamente se irá reduciendo en proporciones cada vez mayores.

***

Por volver á lo que al criador le corresponde, citaremos el ejemplo del Arabe, ese maestro práctico en todo lo que concierne á la cría de caballos, que no admite ni conserva ningún animal que tenga manchas blancas en los pies. «El caballo que nace calzado, dice, lleva consigo su mortaja», y empezaría seguramente por suprimir aquí de la reproducción, todo animal, macho ó hembra, que llevase

este indicio de degeneración. ¿Qué diremos entonces de aquellas manadas que parecen salir de una caja de juguetes alemanes, pintadas de los colores más inverosímiles,



**Fig. 38.** — Caballo árabe

y ofreciendo muestras, no solamente de todos los pelos más fantásticos, sino de todos los tamaños y de todas las deformaciones posibles?

Una manada no debería tener nunca más padrillo que un animal absolutamente *tapado*, y lo más posible de pelo obscuro, colorado ó tordillo negro, y de las mejores formas que se pudiera conseguir.

***

Como no tratamos aquí de mejorar la raza por cruza con otras, sino por selección, la elección del padrillo no puede tener, al principio, otra base que el aspecto general y la simetría de sus formas y proporciones.

La función económica del caballo consiste en poner á disposición del hombre la ligereza y la fuerza que le ha repartido la naturaleza. Por consiguiente, se debe prestar una atención especial, al elegir un padrillo de manada, en

todo lo que puede contribuir á darle el máximum de estas cualidades, como ser, el pecho profundo y ancho, los músculos y tendones bien acusados, la amplitud de los miembros, y los pies de perfecta conformación.

Con el tiempo, se tendrá que considerar también las cualidades ó defectos de que habrá hecho prueba tal ó cual reproductor, y más tarde aun, las cualidades generales de los antepasados del padrillo que se piense elegir, pues la cuestión de familia (el pedigree), es capital para llegar con seguridad á mejorar una raza, y no vemos por qué no se establecerían *pedigrees* de animales criollos que saliesen sobresalientes.

Los estancieros podrían aprovechar la afición de los gauchos á las carreras, para hacerles componer parejeros enteros, en vez de animales capados que, si salen buenos, no pueden servir para transmitir sus cualidades personales á ningún otro; así se podrían elegir entre muchos, reproductores de cierto mérito probado, y hacer de esta maldita y perjudicial afición á los parejeros, un trabajo útil y provechoso.

Opinamos, y hay ejemplos, aunque muy escasos todavía, que prueban el buen fundamento de esta opinión, que la raza criolla se puede mejorar por sí con bastante facilidad, y sería quizá el mejor modo de proceder, en general, para conservarle con seguridad sus excelentes dotes naturales sin riesgo de comprometer su rusticidad. Pero, aunque seamos muy entusiastas admiradores de la raza criolla y que extrañemos que no se trate con empeño de levantarla por selección á la altura que merece, no somos tan absolutos que no comprendamos perfectamente, sin embargo, que se hagan esfuerzos para mejorarla por cruzas con razas de ultramar. Queda por saber si, en general, las cruzas han sido dirigidas con mucho juicio y con ver-

dadera inteligencia de las necesidades económicas del país.

***

Del doble punto de vista de los trabajos de campo, que representan entre nosotros el mejor consumo, y de la exportación futura de caballos de guerra, lo que será siempre la verdadera base de toda exportación de caballos, precisamos un solo y único tipo, liviano y fuerte, condiciones que reune admirablemente la raza conocida por «de Berbería» (cheval Barbe), vulgarmente denominado en Francia caballo árabe y generalmente empleado en la caballería liviana.

El caballo de Berbería es oriundo de Africa y aplicándole la denominación de caballo Arabe, lo confunden con el caballo Asiático traído por los Arabes al Africa en sus numerosas inmigraciones. A la verdad, son los Arabes que han hecho superior esta raza, encontrada por ellos en el país de su origen, cruzándola con su raza asiática y aplicándole un régimen capaz de desarrollar sus aptitudes naturales.

Por eso mismo, no se puede, quizás, encontrar hoy individuos absolutamente puros de esta raza; pero tiene algo mejor que la misma pureza de su propia sangre: es de no haber sido cruzada sino con la reina de las razas caballares, la raza asiática.

***

Otra ventaja de mucha consideración tiene para nosotros: es su identidad absoluta de origen con la nuestra. Es lo más probable que cuando los Arabes ocuparon la parte septentrional del Africa, encontraron muchas manadas de esa raza indígena, y que las aprovecharon para sus demás conquistas, pues se encuentran en todas las regiones que

ocuparon ó recorrieron, menos en la parte oriental de sus dominios, es decir, de donde salieron. La llevaron por consiguiente, los Moros, en Andalucía, y la raza andaluza gozaba todavía de gran fama, cuando los Españoles la introdujeron en este país.

No hay, pues, duda ninguna que la raza criolla descienda directamente de la raza africana de Berbería, más ó menos cruzada de raza asiática por los Moros.

Que haya degenerado, y bastante, está á la vista, y tanto en Andalucía como acá; pero su origen subsiste y hace sumamente fácil su mejoramiento por reproductores elegidos en la raza original, nueva aplicación de la ley de los semejantes.

Los carácteres típicos de la raza *bérbera* y de la criolla son una prueba más, por su identidad, de la similitud de ambas. La cabeza fuerte, el tamaño más bien pequeño del cuerpo, la cruz alta, el lomo ancho y corto, los cuartos angostos, los miembros fuertes, y hasta este aspecto plácido en estado de descanso, tan diferente de su brío en el trabajo, son iguales dotes, lo mismo que las cualidades de resistencia, de vigor, de sobriedad y de rusticidad, de ambas razas.

***

Por cierto, este retrato no representa el ideal del caballo de andar, pero representa el ideal del caballo destinado á los trabajos de lazo y de guerra, es decir, lo que más precisamos del punto de vista útil.

***

Como caballos de tiro, ¿qué necesitamos? No tenemos casi industrias metalúrgicas, ni canteras numerosas; no

hay, pues, que llevar á cortas distancias, enormes moles de piedra ó cargas pesadas de metales.

Tenemos, al contrario, que llevar á muchas leguas de distancia vehículos livianos, con carga de mucho volumen, y de poco peso: precisamos, por consiguiente, caballos de tiro liviano, pero como no hablamos aquí de animales de lujo, es mejor que sean más bien de una raza fuerte que elegante, y la raza francesa *percherona chica* (no la grande) (fig. 39) nos parece presentar más que ninguna otra

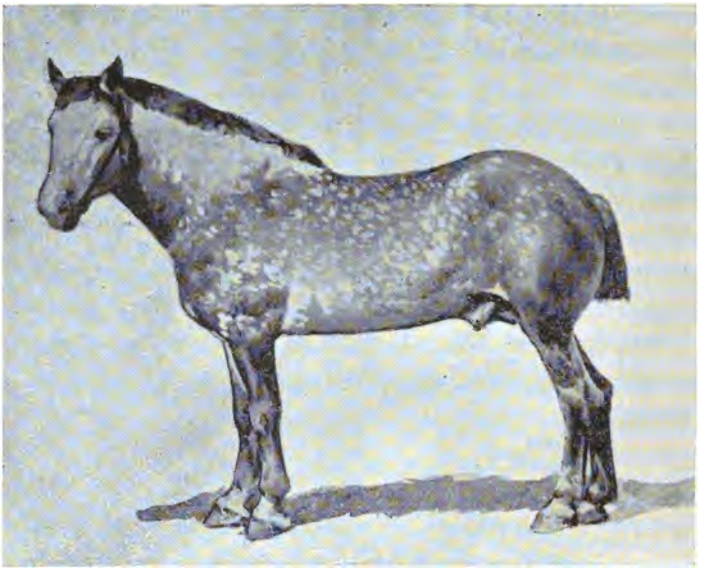


**Fig. 39.** — Caballo Percheron

las cualidades requeridas por nuestras necesidades económicas.

***

Esta raza, más adecuada por su tamaño para cruzar con nuestras yeguas criollas, que la mayor parte de las razas

de tiro inglesas y alemanas, demasiado grandes ó de puro lujo, tiene sobre todas ellas, que no son en general más que razas mestizas, y por consiguiente propensas á reproducirse de un modo más ó menos irregular, según las leyes zoológicas, la ventaja de ser una raza altamente pura, conservada así en el mismo punto de su origen, desde la más remota antigüedad.

Creemos inútil ocuparnos aquí detenidamente de la raza llamada «de carreras», que ofrece del punto de vista prác-



**Fig. 40.** — Caballo inglés

tico poco interés; opinamos que su cría ni se puede, ni se debe difundir entre los estancieros, más de lo que se necesita para sus fines peculiares, que no tienen que ver, sino muy indirectamente, con la economía rural.

***

La elección de las yeguas no es menos importante que

la del padrillo, para formar una manada que pueda dar para el servicio de un establecimiento, caballos buenos. Ellas, como el padrillo, deben ser de pelo escogido entre los que hemos indicado, y se deben destinar al matadero todas aquellas cuyo tamaño y conformación no ofrezcan las condiciones requeridas. Más que para ninguna de las otras especies domésticas, se debe tratar, en lo que concierne á la hacienda yeguariza, mucho menos de conseguir la cantidad que la calidad, sobre todo en las circunstancias actuales de nuestra industria pastoril.

La eliminación juiciosa de todo animal defectuoso es el primer paso para el refinamiento de una raza; la selección propiamente dicha viene después, cuando, una vez apartado el peligro de verse reproducir los defectos que se quiere hacer desaparecer de la raza, se trata de fijar sus cualidades.

***

Una manada de veinticinco á treinta yeguas basta para un padrillo.

El mejor momento para *entablarla* es en los meses de Septiembre y Octubre, cuando los padrillos empiezan á repuntar. Es en esta estación que los padrillos que ya tienen sus yeguas, echan de sus manadas los machos en los cuales se van ya desarrollando las facultades sexuales y que tratan de hacerse de yeguas para constituir su propia familia.

Ningún animal como el caballuno, en el estado de libertad relativa que forma la base de nuestro sistema pastoril, demuestra al mismo grado el genio exclusivo y celoso del macho hácia las hembras que se ha reservado, y sus mismas costumbres naturales han indicado al hombre de qué modo se debe regir su cría, conformándose con ellas y contentándose con seguirlas en sus líneas generales.

Si el padrillo es bueno,—y si no lo es se debe desechar,—ayuda mucho á entablar la manada, pues él mismo se encarga, á los pocos días, de vigilar sus yeguas, impedir que se vayan y defenderlas con todo coraje contra los intrusos. Con un potrero alambrado se simplifican mucho las cosas, pues al cabo de poco tiempo, las yeguas se hacen muy compañeras, aprenden á respetar á su dueño y señor, y se siguen perfectamente; en una palabra, están *entabladas*.

***

Si no hay potrero, es bueno, aunque sufran un poco las yeguas, encerrarlas unas pocas noches en el corral, soltándolas al aclarar, para que no se pasmen y para evitar en lo posible que malparan, efecto que algunas veces les produce el encierro, en un estado de preñez adelantado.

***

Si la manada que se trata de entablar proviene de otro campo, es más fácil entablarla, pero sin una vigilancia continua se corre el peligro que se vaya toda para la querencia. El animal yeguarizo es algunas veces muy trabajoso para aquerenciar, y requiere un pastoreo tanto más estricto, pues cuando se va, está lejos en pocas horas. A los años, se suele acordar del campo donde ha nacido; el número de leguas y las dificultades del camino poco lo detienen.

Particularmente los caballos ó yeguas llevados de campos de pasto tierno á los campos nuevos se aquerencian difícilmente, pero á medida que va cundiendo la gramilla, el pasto más apetecido del yeguarizo, dan menos trabajo.

***

Sucede algunas veces que el padrillo de una manada

recién formada se resiste á admitir en ella ciertas yeguas, por motivos conocidos de él únicamente. Las corre, las muerde, las cocea, y lo mejor, en este caso, es atarle de cada mano una guasca bastante larga para que, á cada paso que dé, la pise con la pata. Basta esto en general para que se apacigüe y deje también esas yeguas entablarse con las demás.

No se debe admitir que anden por el campo, padrillos, propios ó ajenos, que no sean los reservados para ese objeto. A los propios, que por descuido ó por haber estado flacos cuando la capa de los demás, en Marzo y Abril, hayan quedado enteros, se debe aprovechar el primer buen día templado para caparlos; á los ajenos, de marcas desconocidas, se les hace la misma operación, avisando á los vecinos que retiren los suyos.

Dejar en el campo todos estos padrillos, es exponerse, no solamente á perder el fruto de la buena elección de reproductores que se habrá hecho, sino también á perder yeguas, y á tener que campearlas y entablarlas de nuevo.

***

En campo abierto sobre todo, el animal yeguarizo da mucho más trabajo que provecho, y por eso lo calificamos de mal necesario. Dicen que compone los campos nuevos, pero las vacas los componen también y con mucho más provecho inmediato.

La dificultad de aquerenciar las yeguas en esos campos donde no encuentran los pastos de su gusto, y donde la sabandija abunda, es una advertencia para los estancieros de no dedicarse demasiado á la cría de esta especie por motivos más ó menos fundados de compostura de campos. Se precisan, es cierto, en los campos nuevos, más caballos

para el mismo servicio de los establecimientos, que en los campos de adentro, donde la extensión por una misma cantidad de hacienda es mucho más reducida, pero siempre se debe proporcionar el número de yeguas á las necesidades del establecimiento, y nada más.

Hay estancias que contienen manadas para producir diez veces lo que precisan de caballos para sus faenas, y es ese el error económico más general entre los criadores criollos. No se dan cuenta que gastan en cuidar esas mismas yeguas todo el producto que les dan en caballos, pues entre recogidas y campeadas, el cuidado de las yeguas requiere mucho más gasto de caballos que el cuidado de la hacienda vacuna, en igualdad de número de cabezas.

De cualquier modo, es ocupar un campo con poco provecho, que tener en él yeguas en vez de vacas, pues la yegua no solamente come mucho y busca los mejores pastos, sino que destruye mucho pasto, corriendo y escarbando: «tiene cinco bocas», dice un refrán, y es muy cierto.

Su parición es bastante insegura y basta cualquier intemperie para comprometerla, sin contar que pare generalmente, cuando más, dos crías por cada tres años.

Su cría,—hablamos de las yeguas ordinarias y en las condiciones actuales de nuestro mercado,—vale poco, en proporción con su poca abundancia relativa; si es hembra, valdrá poco más ó menos tres pesos, hasta que llegue á la edad de tres años, que entonces, si se pone muy gorda, podrá durante unos meses valer el doble; si es macho, tendrá que correr el riesgo de la capa y puede ser que á los tres años, como potro, valga de 10 á 12 pesos, y el doble, ó nada, después de domado.

Poco vendrá á compensar el trabajo y los gastos ocasionados por las yeguas, la cerda que, cada dos años

se pueda recoger, á fuerza de golpes, piales y quebraduras.

***

En resumen: tener pocas yeguas bien escogidas y bien cuidadas es el mejor modo de hacer más provechosa la cría de esta especie. El modo de aumentar ese provecho sería llegando poco á poco á tener puras yeguas mansas en vez de dejarlas chúcaras.

Algún día desaparecerá ese *préjugé* estúpido que hace considerar por el hombre de campo como una deshonra andar en yegua, y se utilizarán éstas á la par de los caballos. La yegua tiene generalmente más resistencia para el trabajo que el caballo neutro, no estando preñada; lo que sí presenta para su salud cierto peligro el amansarla, y de ningún modo se debe domar al estilo del país, sin amansarla primero perfectamente *de abajo*, es decir, acostumbrándola despacio á la presencia del hombre, al manoseo, á dejarse ensillar; pues los golpes de la doma la suelen dejar enferma, y con ella hay que andar con mucha paciencia, sobre todo si está preñada, aunque sea de poco tiempo.

Volveremos sobre el asunto al hablar de la doma de los potros.

***

Una vez aquerenciada y entablada una manada, el cuidado que requiere consiste en recojerla temprano todos los dias y traerla á su rodeo.

Cuando viene la parición, se debe tener mucho cuidado, si hay mucha agua en los cañadones, que las yeguas paran en las lomas, pues no saben tomar de por sí sus

precauciones y dejan muchas veces ahogar el potrillo. Buscan mucho los campos húmedos en la primavera, para comer las raíces tiernas que arrancan escarbando, y no tratan de evitar á su cría el peligro que así le hacen correr.

***

Marzo y Abril son los meses más á propósito para herrar los potrillos, para la capa y la cerdeada.

Mientras se conserven en el campo las viejas costumbres de brutalidad inicua hacia la hacienda yeguariza, la hierra de los potrillos presentará siempre para ellos grandes peligros. El menor golpe basta á menudo para inutilizar, si no para matar el animal, y nunca se tomarán suficientes precauciones de vigilancia y de orden para evitarlos en este trabajo.

Hasta que poco á poco se vaya tomando la costumbre de amansar las yeguas, como hemos dicho, y que se puedan así agarrar los potrillos despacio y sin estropearlos, la hierra siempre costará la vida á algunos, lo que será de sentir cada vez más, á medida que los criadores vayan refinando y cuidando mejor su hacienda, y comprendiendo que hace más cuenta cuidar bien una manada regular, que tener á «lo de Dios es grande», cantidades de animales defectuosos y chúcaros

***

Se debe usar para los potrillos una marca chica y aplicársela en la parte baja del muslo, dando al potrillo una palmada en la pierna para hacérsela estirar bien. Se

elige generalmente el lado de montar y todos los potrillos deben llevar la marca en el mismo costado.

***

La castración de los potrillos es una operación mucho más delicada que la de cualquier otro animal, y no se debe confiar á cualquiera.

Para evitar la hemorragia es excelente sistema cortar la vinza con un alambre caliente, que, al cortar, cauteriza la herida, y refregar después toda la parte con aceite de comer. El operador debe sacar con mucho cuidado los testículos y cuidar que no quede nada de la perilla que comunica con ellos; para esto debe cortar la vinza como tres dedos arriba de dicha perilla.

Los días de viento son muy perjudiciales para practicar la operación y el barómetro se debe consultar antes de hacer el trabajo.

Por lo que es de la edad más propicia para castrar los potrillos, es reconocido por todos los criadores europeos que se debe hacer la operación antes que dejen de mamar. Si, para la castración de los toros, puede todavía haber á ese respecto alguna duda, fundada en lo más ó menos vistoso que queda el animal para el resero, no puede haber ninguna para el potrillo, destinado á ser un animal liviano y de alguna elegancia.

Cuanto más tarde se capa el animal, más pesado se cría. La fuerza del caballo no consiste en el desarrollo de sus nervios, y las formas algo femeninas son para él una calidad más bien que un defecto, ya que es un hecho constante que no le quitan nada de su fuerza.

# CAPÍTULO II

## EL CABALLO

**El caballo. — Doma de los potros. — Lo que es y lo que debería ser. — Cuidado de los caballos. — Tropilla.**

El valor de un caballo, considerado del punto de vista de los servicios que debe prestar, no depende solamente de sus cualidades físicas, sino también de las cualidades morales; pues así se pueden llamar las que le sabrá hacer adquirir el hombre que lo doma y lo amansa, sometiéndolo con más ó menos facilidad y perfección á sus voluntades.

Domar un animal no es someter un bruto á la brutalidad del hombre, sino imponer á una inteligencia inferior la superioridad de la inteligencia humana.

Es lo que poco parece comprender, hasta ahora, el estanciero.

El gaucho es excelente jinete. Nace, se puede decir, á caballo; desde su más tierna edad se familiariza con él, y es bastante natural que sea él, el domador por excelencia en este país.

Pero quisiéramos que tuviera en este trabajo una dirección inteligente que lo obligase á dejar poco á poco á un lado la rutina arraigada por costumbres seculares, por su desprecio nativo de los animales, y por las ganas de mostrarse guapo.

Aquí, se puede decir que, generalmente, el domador es el rebenque, y que cuanto más coraje tiene el jinete, peor doma.

Siempre hemos visto, en el campo, los mejores caballos salir de las manos de hombres, —¿cómo diremos?—algo miedosos. Será quizás porque castigan menos y que el instinto de conservación les impide hacer corcovear de gusto el animal.

***

¿Cómo se doma aquí un potro?

En la tarde, se enlaza en el corral, de á caballo; lo pialan, lo voltean, lo apretan ó le atan las patas, y se le pasa un bozal muy fuerte; á tirones y á rebencazos lo llevan al palenque, y lo atan corto, con un maneador muy grueso, hasta el día siguiente, para que afloje el pescuezo. El animal se desespera, patea, se revuelca, tira con todas sus fuerzas para cortar el cabestro, se lastima el hocico, se da golpes en los palos, y muchas veces queda, como dicen, sentido á descogotarse.

El día siguiente, lo desatan del palenque, y mientras un hombre lo sujeta del bozal, ó del hocico, torciéndoselo con la manija de un rebenque, lo manean de las patas y lo empiezan á ensillar; le atan la mandíbula inferior con el bocado, y después de haber volteado unas cuantas veces bajeras y caronas, queda cinchado; monta el domador, si no se echa el potro en el suelo por el dolor de la cincha; desatan las patas; alcanzan el cabestro al jinete, y péguele.

Lo acompaña un peón para apadrinarlo y hacerlo caminar y parar. El potro se empaca ó dispara. Si se empaca: rebenque para hacerlo salir; si dispara: rebenque para probar á los espectadores que miente el que diga que tiene miedo el jinete.

El animal después de haber caminado, trotado, galopado y corcoveado, vuelve al palenque fatigado y bañado

en sudor; lo desensillan y lo sueltan, algunas veces maneado, para ensillarlo otra vez á la tarde.

En estas primeras lecciones, el domador le da en la boca algunos tirones derechos y violentos para hacerle sentir su poder y acostumbrarlo á obedecer al freno.

Al cabo de algunos días, el potro se rinde y se puede ya emplear en las recogidas, hasta que poco á poco, haciéndose más manuable, se vaya ejercitando á toda clase de trabajo. Cuando viene el verano, de redomón, se hace caballo, poniéndole freno en vez de bocado.

***

Como cuadro de costumbres, todo esto es muy bueno; pero no es, por cierto, un método muy seguro para hacer caballos dóciles, sin mañas y de buena boca.

En un caso de apuro se comprende, hasta cierto punto, que así se haga, aprovechando la habilidad especial del gaucho para domar á su modo; pero en las condiciones normales de un establecimiento, donde se debe ir domando los potros á medida que van llegando á la edad propicia de dos y medio á tres años, no vemos la necesidad de domar á golpes,—que así se puede llamar el modo usado aquí,—para evitar el trabajo de hacerlo poco á poco, sin peligro de ninguna clase para los animales.

De diez caballos domados al estilo del país, se puede calcular en término medio, que tres salen más ó menos falludos, mancos, descogotados ó cansados; (el caballo cansado al domar nunca se compone); otros tres, *mezquinos de la oreja*, ó para el freno, asustadizos ó con otras mañas; si de los cuatro que quedan salen dos superiores de por sí y perfectamente domados, será tener suerte, y asimismo se puede garantir que para el jinete europeo ninguno tendrá boca.

No hablamos aquí de caballos elegidos, domados por un domador también elegido, sino en general, y esto á pesar de toda la vigilancia y atención del mayordomo y del capataz.

Es cierto que bien ó mal domado, con ó sin mañas, falludos ó no, todos sirven, pero éste no es el caso, y se debe tratar de que todos salgan de la doma, con todas las aptitudes para el trabajo que de ellos se pueda esperar.

***

De alzadas que eran antes, las yeguas han quedado chúcaras. Es un primer paso; pero el destino natural del animal yeguarizo, como el del perro, es de ser absolutamente doméstico; si no, para nada sirve.

Amansando las yeguas, aunque no sea más que de un modo relativo, es decir, de abajo, solamente, por ejemplo, se podrán ya tener potrillos acostumbrados desde chicos á ser manoseados, acariciados, y con la mayor facilidad cabresteadores.

Muy poco extrañarán que hoy les pongan encima una bajera, mañana una sobre-cincha y pasado un recado. Se perderá la costumbre inútil y absurda del bocado de guasca para reemplazarlo por el bocado quebrado de hierro, poniéndosele antes de pensar en montarlo, y acostumbrándolo á obedecer al freno antes de echarle encima un jinete.

Se dejarán olvidados estos tirones que hoy se le da y que amortiguan la sensibilidad de la boca, es decir, que destruyen una de las cualidades más importantes en un caballo, la más necesaria para que se deje dirigir por el hombre con facilidad.

En vez de tener que echar toda la mano y toda la rienda de un lado para conseguir que dé vuelta, haciéndolo

así obedecer á la fuerza, se conseguirá con la paciencia, que, tocando con un dedo la rienda, de un lado ó del otro, comprenda, gracias á la sensibilidad conservada de su boca y á su inteligencia, de la cual nunca se debe prescindir, hablando del caballo, que debe ir aquí ó allá. Se parará con la menor presión de la mano, y, con aflojarle ligeramente la rienda, ya saldrá.

El día, que así listo, ya lo monte el domador, podrá corcovear, pero no extrañará más que el peso; no extrañará á la vez, como hoy, el recado, la cincha, el bozal, el freno; un rebenque liviano, con el manejo hábil de la rienda y de las piernas, bastará para hacerle entender lo que se le pide, porque se habrá empezado por las primeras letras, y no por un examen general.

***

En vez de ser meramente la doma una acción brutal, se volverá una operación inteligente, obra de paciencia y de tino; de *doma* se volverá *educación*.

Dará un poco más trabajo que lo que da ahora, pero será caballo lo que entregue el domador, y no un *mancarrón*.

***

Sabemos que ningún progreso se hace de golpe, y que para generalizarse en el campo una costumbre, por buena que sea, tiene que lucharse mucho tiempo contra la rutina establecida. La ignorancia y la pereza se juntan contra el que se empeña en hacer adoptar, en cualquier cosa, un sistema nuevo. La mala voluntad de unos, las burlas de otros, hacen más difícil una obra de por sí difícil.

El estanciero tiene verdaderamente que hacer toda una

educación especial de su personal, para acostumbrarlo á prestarse á sus ideas y á facilitarle la ejecución de ellas con entera confianza en el resultado.

El peón no tiene interés directo en este resultado, y trabaja con poco ánimo en una cosa que, á primera vista, le parece ridícula; será el primero en burlarse de lo mismo que se le manda hacer, pero será también entre sí y con los compañeros, el primero en sacar orgullo de lo que ha hecho, si el trabajo sale mejor de lo que había pensado.

Aprovechen este amor propio para que, de un progreso, nazca otro; y cuando hayan criado entre su gente la fama de *saber trabajar*, aceptará todas sus ideas, hasta las que no sirvan, y lo ayudará con valor á aplicarlas.

***

Tener muchos caballos en un establecimiento, está bien, pero cuidarlos como es debido es mejor.

El caballo, en una estancia, no es objeto de lujo, es la piedra fundamental de todo trabajo, pero el número de caballos significa poco, es el cuidado de ellos lo que vale.

Al capataz incumbe el deber de conservar la caballada en buen estado. Debe indicar diariamente á sus peones los caballos que deben agarrar, y no permitir que los enlacen sino que les enseñen á parar á mano; debe cuidar que tengan recados buenos y bajeras suficientes para no lastimar los caballos en el lomo; impedir que monten en pelo; hacer desvasar, tuzar y cepillar los caballos cada vez que sea necesario; en invierno, tratar de acabar el repunte de la hacienda temprano para que la helada no agarre los caballos todavía sudados; si no ha podido hacer así, debe hacer refregar los animales con un puñado de pasto seco ó de paja, para secarles el sudor y guardarlos atados tapándolos con una bajera.

Una helada en caballo sudado, basta para arruinarlo por mucho tiempo.

En verano, durante la siesta, debe buscar la sombra para atarlos, y cuidar que los peones no los suelten sin darles agua.

El caballo, en verano, precisa más agua que pasto, y también es buena costumbre en esta estación, al desensillarlo, tirarle dos ó tres baldes de agua en la cabeza y en el lomo.

***

Se debe agarrar caballos á la tarde, para el repunte ó recogida del día siguiente, y por la mañana, después de haberse acabado dichos trabajos. El capataz debe tener su tropilla de reserva para los casos de necesidad, campeadas, apartes, trabajos de rodeo; en los redomones se hacen las recogidas.

***

En invierno, el establecimiento debe subministrar al capataz una ración semanal de maíz para que, si no todos, algunos caballos estén siempre á grano, á lo menos de Abril á Octubre. No se precisa dar mucho maíz á un caballo para sostenerlo fuerte todo el invierno, pero es preciso darle todos los días.

Entre el rebenque y el maíz, no hay como el segundo para hacer andar un caballo.

Se debe vigilar la repartición del grano y su empleo útil.

***

En una estancia, el capataz solamente precisa tener una tropilla bien entablada.

Todos los demás caballos se pueden juntar con una

manada, cuyo padrillo no sea muy bravo y no los corra. Es el mejor sistema para evitar los robos y para aquerenciar y amadrinar cualquier caballo que se introduzca de otro campo ó de otra manada del mismo campo.

***

Para formar una tropilla se elige una yegua mansa y se acollaran con ella, uno después de otro, los caballos que deben componer la tropilla, maneando los demás, hasta que la sigan bien.

Para acollarar un caballo se le pone un bozal fuerte y á la yegua se le pone una collera del pescuezo. Siempre es el animal que se quiera aquerenciar que debe llevar el bozal, pues es el bozal que lo sujeta y no la collera.

## CAPÍTULO III

### ENFERMEDADES DEL CABALLO

**Enfermedades.—Manquera.—Varias causas.—Nacidos; hormiguero; desortijado.—Diarrea.—Haba.—Mal de orina.—Mancha.—Lastimaduras.—El recado.**

Algunas palabras diremos de las enfermedades y males más comunes aquí entre los caballos de estancia. Aunque la mayor parte no sean mortales, todos son graves; pues el caballo es animal tan delicado, que la menor causa basta para inutilizarlo para el servicio.

En las otras especies, toda enfermedad que no sea epizoótica no presenta gran importancia; en el caballo, es

diferente, pues sus servicios zootécnicos son individuales, y tiene que estar, para poder prestarlos, en perfecto y completo estado de salud.

Gracias á la libertad de que goza aquí y á las condiciones tan favorables á la conservación de su salud que lo rodean, el caballo no es muy perseguido, y fuera de la escasez de manutención y de la consiguiente debilidad y flacura, sufre pocas epidemias. La flacura, es fácil evitarla, y cada año que pasa se va generalizando más la costumbre de dar á los caballos un suplemento de maíz y pasto en invierno.

***

**Manquera.**—El caballo siendo destinado á correr, ó más bien dicho á trabajar con las piernas, todo mal que compromete el buen ejercicio de esta facultad, debe ser curado con tiempo y atendido con prolijidad.

Existen en Europa enfermedades producidas por la estabulación que aquí no conocemos, pero los trabajos violentos en piso desparejo, el abuso de la manea, las inundaciones, causan á menudo la manquera de los caballos. Basta una pisada en falso, una rodada, un golpe, un esfuerzo violento ó un trabajo exagerado para dejar manco un animal. La gravedad de la enfermedad depende de la región ofendida; pero es bastante difícil determinar, á primera vista, cuál es esta región.

Es preciso hacer caminar el caballo al tranco, al trote y al galope y fijarse bien en el miembro que afloja; casi siempre afloja más cuando sufre del vaso ó de las partes adyacentes, que cuando el sitio del dolor es el encuentro ó el anca, es decir, que parece sufrir más, cuando el mal es de menor gravedad, lo que causa el error general de

creer siempre á primera vista que todo caballo muy manco lo es del encuentro.

Tocando con cierta fuerza las partes donde se sospecha que está el mal, los movimientos dolorosos del caballo indican pronto de donde sufre.

***

Si la manquera es del encuentro, es de curación lenta, difícil é insegura.

Pero, si no se pierde tiempo, se consigue el mejor resultado haciendo hacer al caballo enfermo un trabajo seguido, al tranco, primero con una rastra de dientes muy pesada, después con el arado, y en fin con un carro liviano ó una volanta, al trote, sin permitirle galopar.

Precisará bastante tiempo para componerse, y hasta puede ser que siga manqueando al galope, pero casi siempre quedará útil para el pecho y al trote no se le conocerá la falla.

Una manquera nueva, muchas veces, se sana con simplemente sangrar el animal en la venita de arriba el vaso. Para esto, se coloca en la punta del cuchillo, un pedacito de suela gruesa, dejando pasar solamente la puntita como medio centímetro; se aplica en la vena y se pega un golpe seco con la mano abierta. Se guarda el caballo atado en un lugar seco hasta que sane.

***

Para evitar en lo posible las recalcaduras y malas pisadas, se debe tener especial cuidado de conservar siempre los vasos de los caballos en buen estado. Sucede en los campos anegadizos, que los caballos, á fuerza de escarbar

para comer las raíces tiernas de gramillas se gastan el vaso, bastante para quedar mancos. No presenta gravedad alguna esta clase de manquera, pero, sin embargo, ciertos animales más porfiados ó más sensibles que otros se ponen así en estado tan miserable que se debe tomar hacia ellos la medida de atarlos ó encerrarlos en un potrero de campo bueno.

***

**Los nacidos** que suelen salir en los pies de los caballos deben ser objeto de especial cuidado. Mal sanados, vuelven, y acaban por dejar el animal falludo. El mejor remedio consiste en poner en la parte enferma cataplasmas de yema de huevo batida con aguarrás, para activar la supuración. Se debe guardar atado el animal, hasta que esté bien sano, cuidando que siempre se conserve la parte en la mayor limpieza.

***

**El mal de vasos** conocido por *hormiguero*, se debe curar, rascando bien con el cuchillo toda la parte enferma, y poniéndola en descubierto lo más que se pueda, para que con la aplicación del remedio que indicaremos, se vaya sanando perfectamente de arriba abajo, es decir, de la parte interior á la parte exterior, sin que quede ningún punto enfermo, ningún germen del mal que con el tiempo lo haría reaparecer.

Una dilución de agua saturada de sulfato de cobre se aplica cada día, y cada día también se rasca la parte enferma con el cuchillo, tapando el agujero con un trapo mojado en la misma composición.

También es buena una mixtura de ácido sulfúrico y alumbre calcinado que tenga la consistencia de la miel;

pero hay que tener cuidado de no tocarla con los dedos. Debe naturalmente quedar atado en piso seco, el caballo enfermo.

Un animal *desortijado* es un caballo recalcado de la pata. Se sana atándole muy fuerte con una cerda la pata sana, hasta que pise bien con la otra.

Es un remedio campestre, pero lo hemos visto dar muy buenos resultados, y aunque quede casi siempre el animal algo hinchado del pie, no queda rengo.

***

**Diarrea.**—La diarrea es raras veces una enfermedad grave de por sí, y la que llaman la purga y que se produce en la primavera, no es muy peligrosa. Sin embargo, debilita mucho el animal y es bueno tener á pasto seco el caballo que así se enferme, hasta que los excrementos vuelvan á tomar su forma natural.

Cuando se produce en invierno, en tiempo de heladas muy fuertes, es mucho más peligrosa. Es causada generalmente por el agua helada, ó por la helada en caballo sudado. Si resiste al régimen del pasto seco, se administra con éxito uno ó dos litros diarios de decocción de cáscara de sauce.

Si la diarrea no es más que el indicio de alguna otra enfermedad grave, lo que sucede muchas veces y se conoce por su intensidad, su olor fétido, su persistencia, es cosa ya de llamar al veterinario, si el animal vale la pena.

***

**Haba.**—El haba es una excrecencia de carne que sale en el paladar de los caballos y llega hasta taparles en parte los dientes, impidiendo así que coman bien, sobre todo si el tiempo es de seca, y el pasto medio duro.

Muchas veces, un caballo se va aniquilando sin motivo aparente: la mayor parte del tiempo, es que tiene haba.

Se fabrican cuchillitos especiales de punta encorvada para sacar el haba. La operación es fácil y sin peligro; después de hecha, se mantiene el caballo con pasto verde picado, hasta que haya sanado la herida.

***

**Mal de orina.**—El mejor medio de evitar que se produzca este mal, generalmente pasajero, pero que puede degenerar en enfermedad grave, es pararse de cuando en cuando, durante un galope largo, para permitir que el caballo haga sus necesidades, y si tiene alguna dificultad, aflojarle la cincha. Si así mismo no puede orinar, se echa agua hirviendo en una palangana, poniéndosela de modo que el vapor distienda los órganos, y al mismo tiempo se le lava la verga y partes adyacentes.

***

**Mancha.**—Esta enfermedad suele hacer muchos estragos en la hacienda yeguariza, en los campos de afuera, y particularmente en los caballos de servicio. Creen que ataca también las vacas, y es cierto que algunas se saben enfermar de un mal muy parecido, pero que, muy raras veces, las mata, mientras que los caballos se mueren, algunas veces, en pocos días. No conocemos remedio para esta enfermedad, pues resiste á todos los remedios caseros, los únicos que en nuestra ignorancia del arte veterinario, podamos indicar.

No quisiéramos tampoco afirmar, pero sospechamos que la mancha no es otra cosa que el *muermo* (la morve), y nos parecería muy bueno que el asunto pasase á manos

de personas competentes, antes que la enfermedad viniese á tomar proporciones alarmantes.

***

**Lastimaduras.**—Las lastimaduras del pecho, causadas en los caballos de tiro por las pecheras mal hechas ó deshechas bastan para volver mañero y empacador el mejor caballo. Ciertos animales se lastiman con mucha facilidad.

Como remedio curativo y preventivo, recomendaremos el aguardiente. Con refregar diariamente con él, el pecho de los animales demasiado sensibles, se les fortalece el cutis y se impide, hasta cierto punto, que se vuelvan á lastimar.

Las lastimaduras causadas en el lomo por el recado son mucho más graves y si no se curan bien desde un principio, quedan pronto incurables. El extracto de saturno (agua blanca) es muy bueno, pero lo mejor es evitar de lastimar los caballos, montándolos en pelo ó ensillándolos con bajeras podridas, bastos en mal estado y con la cincha floja.

***

Aprovecharemos la oportunidad para decir una palabra de lo que pensamos del recado.

No sabemos quién lo ha inventado, pero no opinamos tampoco que su nombre sea digno de pasar á la posteridad.

Es cierto que es difícil combinar de un modo perfecto las diferentes necesidades á las cuales tiene que responder un recado, á la vez silla de andar y de trabajar, y cama, pero pensamos que es una cuestión posible de resolver con un poco de estudio y que, del punto de vista de la conservación de caballos, no deja de tener su importancia.

En el recado actual, la parte quizás la más defectuosa, es el sistema de bajeras generalmente empleado.

De lana ó de algodón, se empapan de sudor, y por su adaptación exacta al cuerpo del animal se incrustan en el cutis, calentándolo por demás y causando los nacidos.

Los bastos no protegen bastante el espinazo del animal y lo dejan en contacto directo con todo el peso del jinete.

El modo de cinchar adoptado en el país es completamente contrario á las leyes más elementales de la higiene del caballo.

La cincha le oprime los pulmones, haciendo presión en las partes cartilaginosas de las costillas, y á medida que con el trabajo se va reduciendo el volumen de la panza, tiene que quedar floja dejando que toda la masa del recado haga á cada paso un movimiento de vaivén, que por imperceptible que sea, basta para lastimar en poco tiempo el caballo.

Se podría reemplazar las bajeras por una especie de colchón de cuero rellenado con cerda, y dispuesto de tal modo que figurase los huecos y relieves del mismo cuerpo del animal, dejando libres de un contacto exagerado la cruz y el espinazo, y los bastos, por un armazón que no permitiera que el peso del jinete descansase en el espi nazo del caballo.

La cincha, puesta como se debe poner, lo más cerca posible de los miembros anteriores, dejaría al aparato respiratorio todo su juego y obligaría al jinete á sentarse en los mismos lomos del caballo, y no atrás, como se hace con el recado.

Se evitaría, con todo esto, de tener tantos caballos lastimados y deshechos antes de tiempo, sobre todo si á más, cundiese entre los hombres de campo este verdadero amor al caba lo que crea las grandes razas.

# LIBRO V

## EL CERDO

**Utilidad de la cría de cerdos en ciertos campos. — Razas finas. — Cuidado de las chanchas paridas y de los lechones. — Galpón. — Manutención. — Cuidado de los adultos. — Castración de los machos y de las hembras. — Producto.**

En muy pocos establecimientos de estancia, hasta ahora, se han dedicado á la cría de esta especie, y en la mayor parte de aquellos donde han principiado á ocuparse de ella, ha sido con tan poco esmero que casi lo mismo sería no haberlo hecho.

El cerdo es un animal que se reproduce en tal cantidad que los resultados que puede dejar son considerables; pero su fecundidad no tiene valor alguno si no se toman con él ciertas precauciones y cuidados que permitan lograr, siquiera en parte, sus múltiples y numerosas pariciones.

No queremos aquí hacer un estudio completo de la cría y engorde del cerdo. Escribimos para los estancieros y únicamente para ellos, y no pensamos considerar la cría de esta especie sino del punto de vista especial que la pueda hacer provechosa para ellos. Criar cerdos es una cosa y engordarlos es otra; en nuestro concepto, se pueden y hasta se deben todavía concretar los estancieros á criar, dejando á los chacareros el trabajo de engordar los animales que lleguen á la edad de ser beneficiados.

Agregaremos que no en toda clase de campo hace cuenta al estanciero criar cerdos y que en campos de calidad superior, estimamos que se debe dejar para otros tiempos,

para cuando la agricultura se haya hecho una necesidad en todo establecimiento rural. En el estado actual de cosas, con la mano de obra cara, con un consumo local todavía reducido, y la falta absoluta de mercado exterior, el cerdo debe ocupar únicamente en las estancias esos retazos de campo que por su calidad inferior no se puedan aprovechar para otra clase de hacienda: los junquillales, por ejemplo, no pueden tener mejor destino que mantener cerdos y aunque la hacienda vacuna no desprecie el junquillo, no lo aprovecha tan bien como el cerdo que comiendo la raíz del junquillo se mantiene en muy buen estado todo el año.

***

Ahora, para criar cerdos á campo,—decimos para criarlos con provecho,—no basta echar en un junquillal unas cuantas chanchas con un macho, y no volverlas á ver sino cuando se trata de comer un lechón, pues hasta se puede decir que sería el mejor modo de nunca poder conseguir ni esto.

La cría del cerdo requiere más atención, más cuidado, y más trabajo que cualquiera otra, pero también da en proporción.

Indicaremos brevemente el modo que, á nuestro parecer, puede dar con menos gastos el mayor provecho. No hay duda que con el tiempo se pueda mejorar el sistema, sobre todo si algún día se abren salidas importantes para los productos de esta especie, pero por ahora nos parece muy suficiente, tal cual lo vamos á dejar apuntado.

***

Tenemos que estudiar tres puntos importantes: 1º, el de la elección de una raza conveniente; 2º, el cuidado

de las chanchas paridas y de los lechones; 3º, el cuidado á campo de los animales adultos.

Criar cerdos de raza común, criolla, como dicen, es completamente absurdo. Comen mucho, dan el mismo trabajo que cerdos de cría refinada, y dan su producto al cabo del segundo año en lugar de darlo al año; pues es inútil pensar en venderlos antes de esta edad. Una vez gordos, pueden ciertos individuos de la raza común pesar mucho, pero sería preciso darse cuenta antes de ponderar ese peso, de lo que viene á costar la arroba de carne. Generalmente tienen que consumir una enorme cantidad de alimentos para llegar á ser regularmente gordos. Las únicas ventajas que presentan al criador son su rusticidad y la facultad que tienen, y que aquí debe hasta cierto punto entrar en línea de cuenta, de ser caminadores (fig. 41). Los ingleses, á fuerza de cruzas entre sus razas indígenas y las razas asiática y napoli-

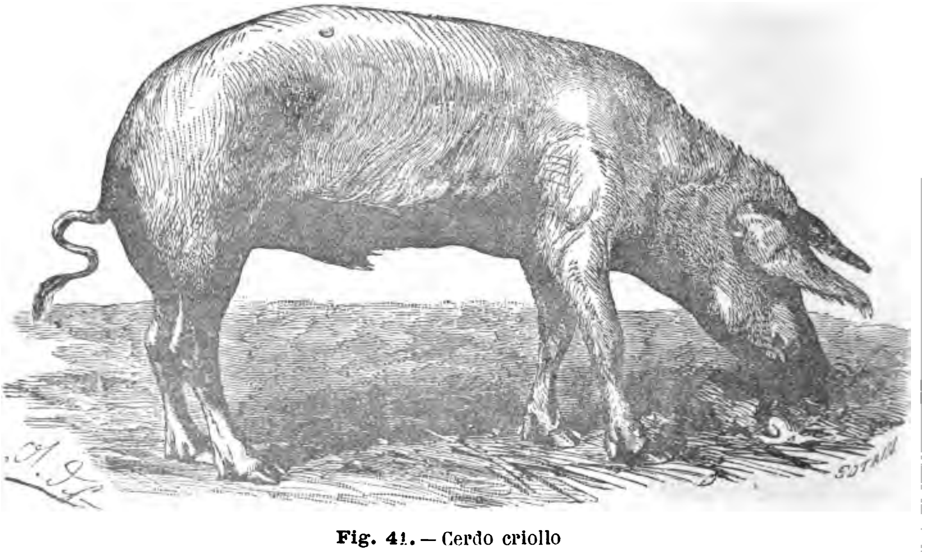


Fig. 41. — Cerdo criollo

tana han conseguido crear una infinidad de variedades entre las cuales es fácil elegir reproductores capaces de mejorar rápidamente las nuestras, ó más bien dicho la nuestra, que hasta ahora más se asemeja al jabalí que al cerdo.

***

Las razas inglesas son en general chicas. Primitivamente la mayor parte de ellas eran grandes; pero pronto se dieron cuenta los criadores que las razas chicas eran de engorde mucho más fácil y rápido, por consiguiente, mucho más ventajosas que las grandes. Hoy está probado que en mucho menos tiempo (ya que son mucho más precoces y que así se multiplican las máquinas de elaboración) y con una cantidad determinada de alimento, dos ó más animales, de las razas chicas, producirán juntos un peso muy superior al que podrá producir solo, un animal de las razas grandes.

Como todas estas razas han sido creadas por cruzamientos, están sujetas á una degeneración algo ligera, una vez sometidas á un cambio demasiado brusco de medios y de alimentación; pero son ya bastante fijas para imponer á su descendencia sus cualidades, y á más, poco cuesta tener aparte, mantenidos y cuidados con todo esmero, un macho y dos ó tres hembras para tener constantemente reproductores puros.

***

Los reproductores de la especie porcina no cuestan tanto dinero que no se pueda siempre tenerlos superiores, y evitar completamente el uso de mestizos que podrían sino por casualidad transmitir sus cualidades á su progenitura.

La raza Berkshire fig. 42) es hasta ahora la más conocida en el país. En Europa, y sobre todo en Norte-América, donde la producción de la grasa es la más buscada, se considera

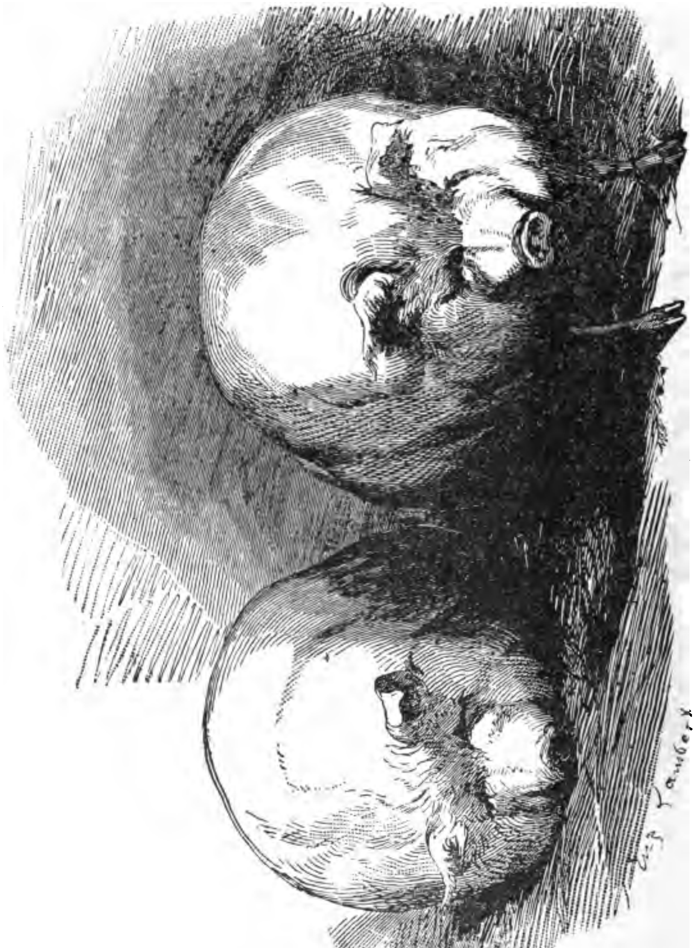


Fig. 42. — Cerdos Berkshire

esta raza como superior á todas las demás razas chicas; pero, naturalmente, se han hecho con ella tantas cruzas con tantas razas y variedades distintas que existen muchas

otras tan buenas como ella, que se venden también por Berkshire, la mayor parte del tiempo. Su aptitud principal es la producción de la grasa. Pero tiene un defecto para la cría en estancias; es muy poco caminadora. Es verdad que los productos mestizos de raza criolla podrán quizás tener esta calidad.

Otra raza cuyo origen es una cruza de New-Leicester (fig. 43), (otra raza chica inglesa) y de Normando parece tener bastante desarrollada esta aptitud de la marcha para

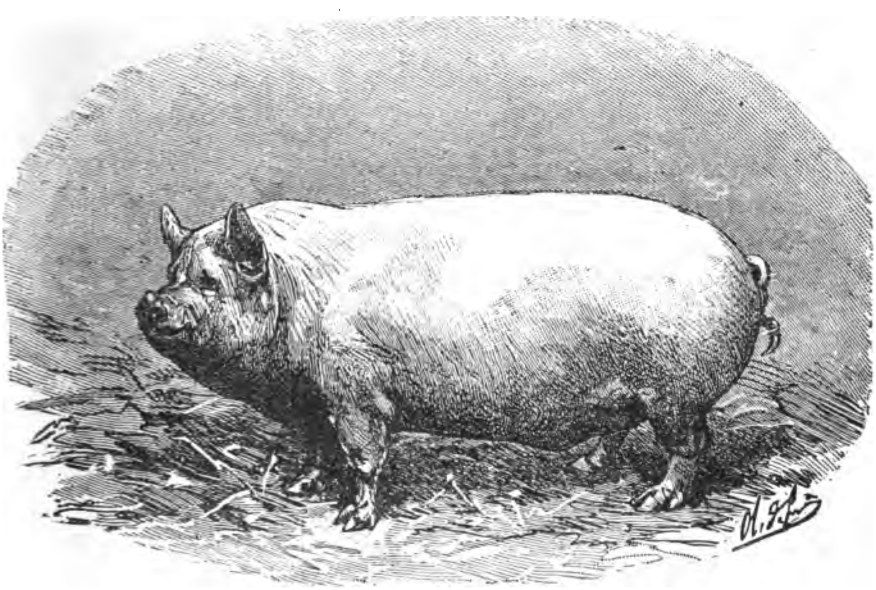


**Fig. 43.** — Cerdo normando Leicester

merecer ser adoptado donde más se requiera, sobre todo que no lo hace desmerecer en nada, del punto de vista de la producción de carne y grasa.

De cualquier modo que sea y cualquiera raza que se elija para mejorar la raza criolla, queda establecido un principio

que es de toda necesidad para que haga cuenta la empresa, no entrar en ella sino con un casal, siquiera, de reproductores puros. Y á esto no hay objeción, pues, hoy, un casal de animales puros no pasa de un precio ínfimo.

***

La chancha pare de cuatro á doce lechones, y como queda preñada poco más ó menos de 110 á 120 días,—tres meses, tres semanas y tres días, dice el refrán,—puede dar y da fácilmente dos pariciones al año. Pero, algunas veces, ella misma se come los lechones; los caranchos se los roban; la lluvia, el frío, la calor los mata; al echarse, la madre, algunas veces, ahoga alguno; en fin, todo se junta para que á pesar de esta extraordinaria fecundidad, el aumento sea muy escaso, si no se dan á la madre, y á su prole cuidados especiales y constantes hasta que los lechones sean bastante grandes para ya no correr muchos riesgos á campo.

Para esto no hay más que un medio muy sencillo, y bastante barato, y que, si requiere algún trabajo, da en compensación productos tan desmedidos que no se puede vacilar en adoptarlo.

Consiste en encerrar y tener á galpón las chanchas que están á punto de parir y guardarlas así hasta que los lechones tengan poco más ó menos dos meses. Entonces se suelta toda la familia y ya se puede cuidar á campo con el resto de la hacienda.

***

Esto de tener á galpón no debe asustar á los criadores. Es muy cierto que es un trabajito y un gasto, pero son de muy poca consideración, sabiendo arreglarse.

El galpón no pasa de una construcción muy sencilla; damos de él un modelo (fig. 44), el que nos ha parecido más barato, más cómodo y más apropiado al objeto.

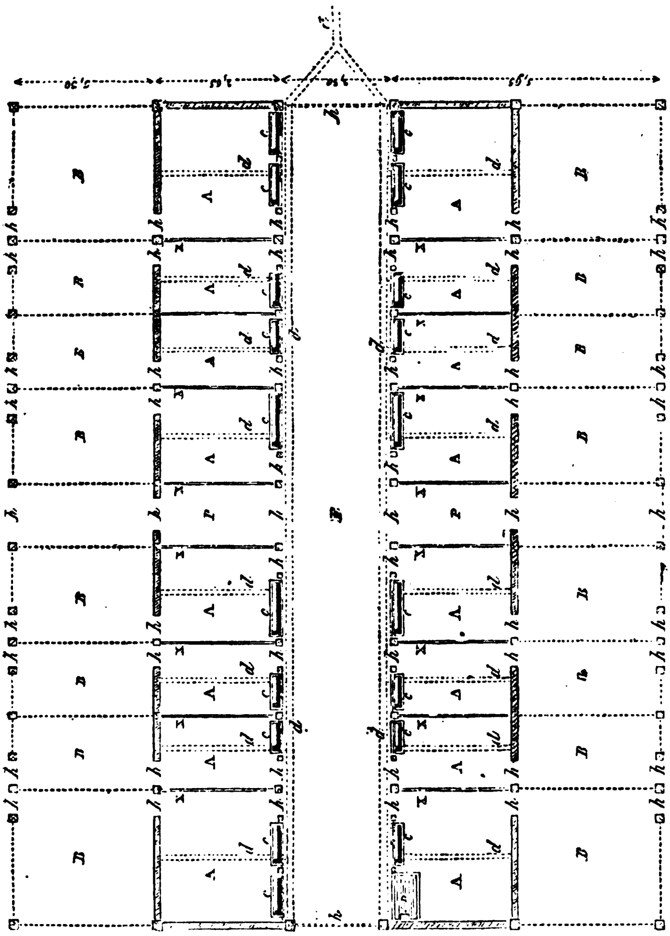


**Fig. 44.** — Galpón para cerdos

Se puede hacer el techo de paja sola ó con hierro encima, con el zaguán por el medio y un pozo con una represa

en una punta del galpón; en un momento, con la carretilla, un peón da de comer y reparte agua á muchas chanchas. Las divisiones son meramente de lienzos de corral, teniendo cada chancha su patio (B) y cuarto cubierto (A). Con darles de comer tres veces al día se mantienen éstas en muy buen estado, muy suficiente, á lo menos, ya que aquí no se trata de engordar, sino solamente de sostener.

Para que nunca les falte lo necesario, con dar al peón encargado de este trabajo una gratificación por cada lechón de dos meses que entregue, puede uno estar seguro del resultado. Es trabajo de hora y media, cuando más, por día, habiendo un regular número de animales.

***

Las chanchas en estas condiciones se mantienen con cardo asnal, con ortigas marchitas, con yuyo colorado, con cañas de maíz verde, con alfalfa, con cebada; en invierno, las comidas más á propósito, porque, con poco trabajo relativo, dan una gran cantidad de alimento fácil de conservar, son zapallos, remolachas y topinamburs. Algunas espigas de maíz á cada chancha, no son de más, en invierno, á lo menos.

***

Para los adultos que se cuidan á campo, se debe tener también algun galponcito para tenerlos de noche en invierno, y durante las horas calurosas en verano. El cerdo no soporta el frío demasiado fuerte de las noches de invierno, y si no se muere, se atrasa mucho; menos soporta los calores grandes y la falta de agua. Esto se remedia con ponerlos á la sombra y tenerles siempre un charco con agua.

El galpón de los adultos debe tener dos ó tres divisiones para que, en las noches frías, cuando se amontonan todos, se puedan separar los animales muy grandes y los muy chicos; pues de otro modo estos últimos podrían quedar ahogados.

Los cerdos no se siguen como las ovejas, pero se acuerdan muy bien de su casa y saben volver á ella solos, sobre todo, si de cuando en cuando, les tiran alguna osamenta ó algunos zapallos ó espigas de maíz.

Asimismo, no es bueno descuidarse mucho con ellos, pues caminan muy ligero y en un abrir y cerrar los ojos están haciendo perjuicio en algún maizal cercano ó sufriendo perjuicios, pues tienen muchos enemigos que fácilmente los cazan en los juncales.

A más, el Código Rural hace responsable al dueño de ellos de los daños que puedan cometer.

***

Para sacar de los cerdos todo el provecho que son susceptibles de dar, es preciso operar la castración no solamente de los machos, sino de la mayor parte de las hembras.

La operación en los machos, no presenta ninguna dificultad, ningún peligro, y la edad más favorable para hacerla, es cuando tienen de un mes á cinco semanas. Todos los mestizos se deben capar, pues solamente se deben reservar para la reproducción machos puros, y un solo macho, bien mantenido sin ser demasiado gordo, basta para un gran número de hembras.

***

La castración de las hembras es algo más peligrosa, pero con un poco de práctica, aunque para conseguirla se sacrifiquen algunos animales, pronto la hace cualquiera.

Se principia por echar en el suelo, en el costado derecho, el animal; se le atan las dos manos á una estaca y se le

tiene bien estiradas las patas. Con el cuchillo se le practica una incisión en el costado izquierdo, donde se acaban las costillas. Por esta incisión se introducen en el abdomen el dedo índice y el médium, colocando este último encima del primero, y se agarra entre ambos el ovario que se conoce por su volumen, igual al de una nuez pequeña, por su dureza y por las granulaciones de su superficie; se saca afuera el ovario izquierdo y se cortan por torsión los ligamentos que lo detienen. Se vuelven á colocar en su lugar estos ligamentos, haciendo salir en seguida, desarrollándolos, los del ovario derecho, que pronto queda también á la vista. Se saca como el primero, y no queda más que coser la herida que muy pronto se sana.

Es preciso evitar hacer esta operación en una chancha en estado de alboroto.

***

Creemos haber dado poco más ó menos las indicaciones necesarias para emprender de un modo provechoso la cría del cerdo y nos consta que basta seguir este sistema para ver multiplicarse de un modo asombroso el capital primitivo.

Asimismo, por supuesto, no se salvan todos los lechones; pero se puede con la mayor facilidad quintuplicar por lo menos en el año, el capital, y teniendo una cría buena, los capones son de venta fácil á los diez á doce meses de edad.

***

En estancia donde se haga también bastante agricultura y que esté cerca de alguna estación, se puede sacar de los cerdos, engordando con maíz los capones, un producto mucho mayor.

En este caso hay que empezar á cebarlos en Abril y mandarlos al mercado por vagones de 40 animales, cuando pasan uno con otro de 140 kilos. De menos peso, valen bastante menos; de peso superior, siempre son más estimados.

# LIBRO VI

## ALGUNOS PRINCIPIOS DE DERECHO RURAL

**Código Rural de la provincia de Buenos Aires.—Estancias.—Chacras y quintas.—Marcas.—Apartes.—Tránsito.—Hierras.—Haciendas alzadas.—Ovejas.—Acopiadores de frutos.—Guías de ganado.—Abastecedores.—Tablada.—Juez de corrales.—Chacras y labranza.—Registro de conchavos.—Modelo de contrato entre estanciero y puesteros.—Delitos rurales.—Abigeato.—Cuatrería.—Hurto.—Cercos y caminos.**

Las leyes que rigen la propiedad, su transmisión y la imposición de derechos reales sobre ella, son uniformes, estando inscriptas en el Código Civil, cuya redacción corresponde al gobierno federal; lo son también las que rigen los contratos de locación, de sociedad y todos los demás que puedan celebrar entre sí los habitantes de la campaña, labradores, pastores ó todos los que ejercen en ella alguna industria.

Pero ciertas leyes existen fuera de los Códigos que rigen las relaciones de derecho rural y los trabajos de campo; tal es el Código denominado *rural*, que rige la policía de la campaña en la provincia de Buenos Aires (1). Es pues

(1) Hacen ya muchos años que el gobierno nacional ha encargado á jurisconsultos distinguidos la redacción de un Código Rural. Pero quedó, al parecer, en olvido el asunto, pues hasta hoy, ni suena ni truena. Y, sin embargo, hace realmente mucha falta. El Código que aquí analizamos, se ha vuelto con los cambios radicales traídos por mil circunstancias,—progreso general del país, división de la propiedad, expansión de la agricultura, multiplicación de las vías ferrocarrileras, desarrollo de la exportación de animales en pie y congelados y de la importación de reproductores,—casi una antigualla. En muchas de sus partes, ya no tiene razón de ser; reglamenta cosas desaparecidas y forzosamente queda mudo sobre muchas otras que no existían cuando se hizo.

Es de desear que nuestros legisladores salgan al respecto de su apatía y se acuerden, siquiera ocho días, que la campaña existe y merece que de ella se ocupen.

necesario dar aquí un resumen de las disposiciones que más interesan á los habitantes de la campaña, y cuya ignorancia no les es permitida, pues la ignorancia de las leyes en ningún caso es excusa.

***

**Código Rural de la provincia de Buenos Aires.** — Los habitantes y negocios de la campaña están regidos, en la provincia de Buenos Aires, por leyes especiales que muchas provincias han también adoptado y son de importancia mayor para todas las personas que tienen negocios rurales; estas leyes están codificadas bajo el título de Código Rural que contiene 319 artículos.

En primer lugar, da las definiciones siguientes: *Estancia* es el establecimiento cuyo único ó principal objeto es la cría de ganado vacuno, yeguarizo ó lanar; *Chacra* ó *quinta*, cuyo único ó principal objeto es la siembra de granos, legumbres, plantas ó arboledas.

Son industrias especiales las lecherías, molinos, palomares, colmeneras, conejales, etc., establecidos en la campaña. Pasa en seguida á fijar reglas para cada clase de explotación rural.

***

**Estancias.**—Todo estanciero tiene obligación, bajo multa de 12 pesos nacionales por legua cuadrada, de tener su campo deslindado y amojonado.

Es prohibido entrar á campo ajeno á recojer ganado sin licencia del dueño: multa de 4 á 20 pesos.

El que, en su campo, encontró ganado ajeno, debe dar parte á la autoridad más inmediata; puede exigir del dueño, un centavo por cabeza lanar y ocho centavos por cabeza de ganado mayor é indemnización en caso de perjuicios.

Para cubrirlos, el juez de paz podrá ordenar el remate de hacienda suficiente.

Los animales rematados lo serán bajo condición de ser cuereados en seguida.

En caso de grandes secas el dueño del campo invadido no podrá reclamar indemnización.

Todo animal que siguiese á la madre, pertenecerá al dueño de ésta; si no siguiese á madre alguna, pertenece al dueño del campo, siendo orejano.

***

**Marcas.**—Es obligación de todo estanciero imponer marca á fuego á los animales de ganado mayor y señales á los de ganado menor si quiere proteger y conservar la propiedad de ellos.

El registro de las marcas será llevado en la Policía y además en las Municipalidades.

La marca á fuego se pondrá sobre el lado izquierdo del muslo, y, en caso de venta del animal marcado, el vendedor pondrá al lado de la marca, la contra marca, es decir, que estampará su marca á fuego otra vez, pero al reves.

Por disposición especial de una ley de 1881, todas las haciendas vacunas deben llevar la marca en la parte baja de la pierna, en el pescuezo, quijada ó frente del animal.

Esta ley tiene por objeto evitar el deterioro del cuero, efecto ordinario de la aplicación de grandes marcas á fuego; por cuyo motivo también fija el máximum del tamaño de las marcas al diámetro de 15 centímetros, bajo pena de una multa de 40 pesos nacionales contra quien usase una más grande.

Las señales de ganado menor se pondrán en las orejas: es prohibida la señal de las dos orejas tronchadas.

***

**Apartes.**—El hacendado tiene obligación de dar rodeo en todo tiempo, menos en el de la fuerza de la parición y en los casos de seca, ó escasez de brazos, cuando lo solicite otro estanciero, para examinar si, en él, hay animales de su marca.

El rodeo sólo podrá mantenerse por seis horas á lo más, y no será obligatorio darlo después de las doce. La autoridad inmediata juzgará las dificultades suscitadas.

Es prohibido tener rodeos de terneros orejanos, es decir, que no hayan recibido la marca de fuego, separándolos de la madre, bajo pena de 80 centavos por cada cabeza.

En cuanto á las yeguas, el hacendado podrá recoger las que haya en su campo, avisando ocho días antes á sus linderos, dando aparte por diez ó quince días, y cobrando por gastos hasta 40 centavos por cabeza.

El juez de paz avisará para que sus dueños reclamen sus yeguas en el término de 30 días, pasado el cual, se venderán bajo condición de matarlas.

***

**Tránsito.**—El que transita con animales tiene derecho de hacerlos descansar y pastorear sin que el dueño del campo tenga derecho de oponerse á ello.

Pero tiene obligación de pedir á éste licencia, y de vigilar que no se mezclen animales; el dueño tendrá derecho de señalarle el punto preciso donde debe pastorear; puede limitarse el tiempo á doce horas siendo tropa, y tres horas siendo carretas.

El transeunte ó el dueño del campo que faltase á estas obligaciones, sufrirá multa de 80 pesos. El dueño el campo puede cobrar por compensación 40 centavos por cien cabezas de ganado mayor y cincuenta por cada mil de ganado menor.

***

**Hierras.**—Los estancieros no pueden herrar sus animales sin avisar á sus linderos con seis días de anticipación, á fin de que concurran á sacar los animales de su propiedad; deben pedir al juez de paz nombre á un alcalde para presenciarla, bajo pena de cuatro centavos por animal que haga parte del rodeo. Durante los seis días del aviso, será obligación conservar rodeo parado seis horas por día. Una vez empezada la hierra, no habrá obligación de dar rodeo á nadie. Pero el alcalde mandará sacar del campo todo animal cuyo dueño sea desconocido.

***

**Haciendas alzadas.**—Nadie, bajo multa de cuatro mil pesos, puede tener en su campo haciendas vacunas alzadas, lo que implica que es obligación para todo estanciero recoger sus haciendas en rodeos, marcarlas y cuidarlas.

***

**Ovejas.**—La señal de las ovejas se hará en la quijada, en la frente, en la oreja ó en la nariz.

La operación se avisará con dos días de anticipación á los linderos; la omisión del aviso inducirá previsión de fraude.

Se debe indicar á la autoridad todo cambio de señal. No puede usarse por dos propietarios la misma señal en mismo partido.

La señal para representar propiedad debe ser inscripta en un boleto otorgado por la Municipalidad del Partido.

Los vecinos pueden pedir *aparte* de las majadas en caso de mezcla.

El dueño cuya majada haya ido á mezclarse, podrá señalar á campo, previamente, los corderos al pie de la madre.

Concluído que sea el aparte, se dejará durante una noche una de las majadas en el corral y la otra al lado, para que los corderos busquen á las madres.

Pueden suscitarse graves dificultades en el caso que uno de los dueños tenga sus corderos orejanos y el otro los tenga marcados, ó los tengan ambos orejanos; en este caso se tomarán los corderos á lazo al pie de la madre.

***

**Acopiadores de frutos y guías de ganados.** — Los acopiadores de frutos deben tener siempre consigo un libro en el cual inscriban sus operaciones.

Nadie podrá conducir frutos ni animales sin guías otorgadas por la Municipalidad. El juzgado examinará las marcas y los certificados de sus dueños, y asentará las marcas en las guías.

***

Los que conducen ganados se llaman *acarreadores;* nadie podrá serlo sin ser matriculado en un registro en el Departamento de Policía, previo otorgamiento de una fianza á satisfacción de éste; esta inscripción y el otorgamiento de la fianza pueden hacerse en el momento mismo que se precisa para un negocio dado.

El fiador se presenta en el Departamento de Policía, en el cual firma la fianza que garante la buena comportación del acarreador, pero no sus compras.

El acarreador recibe entonces una papeleta numerada y sellada que se renueva cada año, todo gratis.

Cualquier individuo, con tal que esté afianzado, puede ejercer el oficio sin que sea por más de una vez. Todo propietario que quiera mandar animales al abasto, ó hacer llevar una tropa fuera de su campo, debe pedir para uno de sus capataces papeleta de acarreador.

El que ejerza el oficio sin papeleta, pagará 20 pesos de multa; debe además llevar consigo el boleto de marca de los caballos con los cuales anda.

***

Si los animales están dirigidos para el abasto, deben pasar á la *tablada;* se llama así la oficina que vigila los acarreos de animales y revisa las tropas y guías.

Los *abastecedores* deberán munirse del mismo modo de una papeleta que les da derecho de acarrear animales.

Los abastecedores tienen derecho de celebrar juntas presididas por el Juez de corrales, y tomar en ellas resoluciones sobre los puntos que son de interés para ellos imponiéndose recíprocamente multas para casos de infracción.

***

El *Juez de corrales* tiene la policía de los corrales, asiste á la matanza.

Los dueños de los saladeros y graserías deben avisar al comisario del distrito la matanza que van á emprender.

***

**Chacras y labranza.**—Alrededor de cada pueblo, u área de cuatro leguas, y un radio de diez leguas en torno de

Buenos Aires, están reservadas para la agricultura y destinadas á chacras y quintas.

Está excluída dentro de sus límites, la crianza del ganado mayor de toda especie que pase de doscientas cabezas para trabajos, y los animales para las lecherías, y permitida la del ganado menor, debiendo estar todos estos animales bajo pastor de día y en encierro de noche, y no pudiendo ser llevados á beber sino por las sendas que haya designado el dueño del terreno.

En estos terrenos no podrán soltarse á pastoreo animales que se conduzcan de un partido á otro, para abasto ó pastoreo.

Por cada animal que invada de día sin causar daño, puede el dueño de la quinta cobrar doce centavos diarios por cabeza de ganado mayor, y uno, siendo menor; si el animal ha causado daño, serán estimados por resolución del Juez de paz; siendo sin dueño, serán vendidos los animales para ser cuereados y su producto destinado á indemnizar al damnificado.

***

En terrenos no cercados no puede tenerse más de doce *cerdos*.

El dueño de un terreno que halle *palomas* en terreno suyo sembrado, tendrá derecho de tirarlas.

Nadie puede tener *colmenas* sino á una legua más afuera de los egidos de los pueblos.

Si *gallinas*, pavos, patos ú *otras aves* domésticas pasan á terreno ajeno sembrado, el dueño de ellas pagará la indemnización que el damnificado exija ó la que fije el Juez de paz; si se repite, puede matarlas, pero debe entregarlas muertas á su dueño.

***

El Código rural, en contradicción en eso con el Código

civil, exige que todo peón ó empleado en el campo, sea conchavado por contrata escrita, extendida ante el Juez de paz en el *registro de conchavos*.

Es supérfluo decir que esta ley es poco respetada, y que á pesar de las disposiciones del Código rural, son de aplicación á los contratos y trabajos rurales las reglas ordinarias del Código civil.

El dueño ó arrendatario de un campo es responsable de los agregados que tenga en él.

***

**Modelo de contrato entre estancieros y puesteros.**—Entre Don X., estanciero propietario (ó arrendatario) de un campo denominado *La Palma Chica*, situado en el partido de Tapalque y don Pedro el Vasco, que firma el presente, ambos casados y mayores de edad, en presencia del alcalde del cuartel 4º y de los dos vecinos que firman ha sido convenido celebrar el presente contrato.

Don X... entregará á don Pedro el doble en número, no pasando de 400, de las ovejas que éste introduzca en el puesto nº. 6 de la estancia que pasará á ocupar el 1º de Febrero de 1898; llevarán la señal *dos agujeros y patria*; el boleto llevará el solo nombre de don X... Las utilidades en lana y procreo se dividirán en tres partes, de los cuales dos corresponderán á don X... que tendrá exclusivamente el derecho de vender la lana, los cueros y los animales de venta. La contrata durará dos años, podrá ser renovada avisándose con tres meses de anticipación antes del vencimiento. Don X... elegirá los carneros que deban echarse en la majada, y los echará en el tiempo que le parezca oportuno. Del neto líquido de la majada se le atribuirá por el cuidado de los carneros y su uso 40 centavos por cabeza de carnero. Será obligación del puestero entregar sus capones en las invernadas que se formen en la estancia y por el cuidado de ellos abonará veinte centavos por cabeza, cuando se vendan. Don Pedro no podrá tener en su puesto ningún agregado; podrá mantener seis caballos de su uso, seis vacas lecheras, pero ningún parejero.

Será su obligación bañar las ovejas, cuando lo ordene el patrón,

pagando tres centavos por cabeza por el uso de la bañadera de la estancia y remedios que en ella se usen.

Será su obligación en tiempo de esquila prestar en la estancia los servicios que sean de su competencia, recibiendo el pago de costumbre; en todo el año debe sacar todo cuero de animal muerto. Podrá ser despachado por mala conducta, dándole un mes de plazo para salir del campo.

***

**Delitos rurales.**—El abigeato ó cuatrería es el delito que comete el que hurtase uno ó más animales, y los destine á su uso ó consumo.

El Juez de paz es competente para conocer del abigeato, si no pasa de 800 pesos; procederá á formar rápidamente la causa y resolverla en audiencia; la pena será la indemnización y multa.

Si el abigeato fuese de caballo, el dueño que lo encuentre tendrá derecho de retenerlo, tenga jinete ó no, y ocurrir al Juez de paz. Todos pueden usar caballos ajenos, pero teniendo documento del dueño. El que en su campo hallase caballo ajeno, deberá dar aviso al Juez de paz, bajo pena de ocho pesos de multa.

***

El Código rural castiga delitos que no tienen de rurales más que la casualidad de ser cometidos en propiedades rurales.

Así, el hurto que sea de hortalizas, forraje ó grano, es siempre hurto; la vagancia es también vagancia y los juegos de azar tan prohibidos en la ciudad como en la campaña. El Código rural no puede ser aplicado en estas partes cuando está en contradicción con el Código penal, que es el único que califica y determina los delitos, pero puede serlo en cuanto establece procedimientos, pues el derecho de

fijarlos pertenece al Poder Provincial; el conocimiento de los delitos ordinarios cometidos en la campaña pertenece al Juez de paz.

***

**Cercas y caminos.**—Lo que establece el Código Rural sobre cercas y caminos quedó derogado una primera vez por la ley del 17 de Mayo de 1880 y ésta por la del 8 de Octubre de 1889.

De esta última daremos aquí un breve resumen:

*Caminos.*—Los caminos de la Provincia de Buenos Aires son: de interés general ó local. Los primeros, *generales* ó *parciales;* los segundos, *municipales*, *vecinales* ó *calles.*

Los caminos *generales* son los que cruzan varios partidos y tendrán *cincuenta* metros de ancho.

Los caminos *parciales* son los que unen dos pueblos ó dos estaciones de distintos partidos; tendrán veinte y cinco metros de ancho.

Los caminos generales ó parciales existentes ó que se establezcan, serán de propiedad exclusiva del Estado, quien los debe vigilar y mantener en buen estado.

Los caminos *municipales* son los que, en un municipio, crucen varias propiedades ó den acceso á otros caminos, ó á estaciones, etc.

Los caminos *vecinales* son los de interés secundario ó puramente local.

Los caminos municipales y vecinales son propiedad de las municipalidades.

Toda cuestión entre vecinos y pasajeros, relativa al tránsito será resuelta sumariamente por el alcalde más cercano, con apelación ante el Juez de Paz del partido.

El camino público, al llegar á un pueblo ó centro agrícola, desaparece y sigue el trazado del ejido.

Los caminos generales, parciales ó municipales, cuya apertura se autorice en adelante y que deban cruzar por propiedades particulares, sólo se ejecutarán previa indemnización al propietario y de acuerdo con la ley general de expropiación.

Los caminos generales, parciales ó municipales que se autoricen serán trazados consultando el menor perjuicio posible á las propiedades que cruzan.

Queda prohibido cerrar, desviar ó obstruir un camino existente, sin permiso solicitado expresamente á la autoridad competente.

Cuando la autoridad haga desviar, estrechar ó cerrar un camino, el terreno que cese de ser camino será restituído á los dueños actuales de las tierras adyacentes: si ese terreno es propiedad fiscal, los linderos sólo tendrán preferencia para comprarlo (1).

***

**Cercas y tranqueras.**—Todo propietario tiene derecho de cercar su propiedad, sin perjuicio de los vecinos y servidumbres constituídas á favor de otros.

Las cercas se construirán, previo permiso de autoridad competente, en el deslinde de las propiedades, ó dejando sobre ellas los caminos que se determinen.

Todo permiso para cercar lleva explícita la condición de abrir en adelante los caminos que se hagan necesarios, obteniendo la aquiescencia de los dueños ó usando del derecho de expropiación.

Es obligatorio dejar en las cercas, á pedido de las empresas de telégrafo ó teléfono, puertitas para los empleados encargados de vigilar y componer los hilos, y para éstos, de tenerlas cerradas con llave.

---

(1) En este resumen hacemos omisión voluntaria de lo que sólo corresponde á las autoridades, al gobierno, á las compañías de ferrocarriles, etc., y sólo nos ocupamos de lo que realmente interesa al público.

El límite de dos propiedades no se podrá establecer en el medio de un arroyo, si esto impide la libre circulación de las aguas.

Cuando un propietario aproveche, para cercar un terreno, las cercas hechas ya por los linderos, ó que tenga cercadas por ellos las tres cuartas partes de su campo, deberá pagar á sus colindantes la medianería, según tasación, cuya base no podrá ser mayor de cuatrocientos pesos por kilómetro lineal. El plazo para pagar la medianería no podrá ser menor de tres meses, ni mayor de un año. Los gastos para la conservación de las cercas medianeras, corresponderán por mitad á los condóminos.

En los partidos cercanos á la capital, las tranqueras serán de cinco metros por lo menos, y con distancia de dos kilómetros y medio una de otra.

Se deberán poder abrir y cerrar fácilmente dichas tranqueras á toda hora, de día y de noche, y ser señaladas por postes altos, pintados de rojo.

El permiso para cercar se solicitará en papel sellado de un peso por cada cien hectáreas, y la solicitud se acompañará con dos ejemplares del plano de la mensura judicial aprobada, en los cuales se determinará la extensión por cercarse, la dirección aproximativa de los caminos existentes en el terreno ó en sus deslindes, el material que se piense emplear y las aperturas que se proyecten en la cerca, de acuerdo con lo que manda la presente ley.

Podrá la Municipalidad autorizar alguna modificación en la colocación de tranqueras, cuando haya compensación por la disposición de los caminos ó para evitar perjuicios á algún establecimiento industrial importante, cabaña, chacra, etc.

El que se crea perjudicado, en ese caso, podrá apelar al Poder Ejecutivo

Toda persona que use una tranquera, la deberá volver á cerrar.

Si las municipalidades determinasen abrir caminos municipales en el deslinde de las propiedades, los permisos

para cerrar sólo se otorgarán si los propietarios consintiesen en dejar los espacios necesarios para establecerlos.

Siempre que un propietario desease alambrar ambos costados de caminos que crucen su propiedad, deberá pedir permiso á la Municipalidad, quien sólo lo acordará si el ancho del camino proyectado corresponde á lo establecido en esta ley.

Los caminos vecinales alambrados deberán ser mantenidos en buen estado, á mitad de gastos por el dueño del campo y por la Municipalidad.

Si el camino se hace intransitable, el propietario estará obligado, mientras dure la compostura, á franquear el paso por su propiedad.

Cuando el camino divide dos propiedades, las obligaciones anteriores se cumplirán por mitad por ambo dueños.

Los propietarios ó arrendatarios deben mantener en perfecto estado las entradas y salidas por donde pase un camino.

Cuando una propiedad deba cercarse sobre un cañadón ó un arroyo, las tranqueras se colocarán donde existan puentes, ó donde sea de más fácil acceso. Igualmente se hará para los caminos interiores de una propiedad.

No hay obligación para los propietarios de áreas que no pasen de 200 hectáreas y no tengan una línea de más de 2.500 metros, de abrir tranqueras ni caminos. Sólo podrán las municipalidades abrir caminos en los deslindes, debiendo los propietarios linderos concurrir cada uno con la mitad del ancho total del camino.

Las municipalidades dispondrán que las tranqueras no estén colocadas en bañados ó lagunas.

En los caminos generales, parciales ó municipales, el ancho se podrá dividir en varias tranqueras de ocho metros mínimum cada una (1).

(1) Siguen varias disposiciones sobre tránsito de carros, y sobre aplicación de multas.

# ÍNDICE

Páginas

INTRODUCCIÓN.......

## LIBRO PRIMERO

### Planteación y Administración de una Estancia

CAPÍTULO I. — *Elección de un campo.* — Importancia de la elección de un campo. — Modo de apreciar su calidad. — Pastos duros y pastos tiernos. — Campos hechos y campos nuevos. — Campos altos y campos bajos. — Compostura de los campos.— Regla para calcular la cantidad de hacienda que puede soportar un campo. — Condición distinta del que busca campo para comprar y del que busca campo para arrendar. — Consejos á los arrendatarios....... 13

CAPÍTULO II. — *Edificios y elección de su situación.*— Construcciones rurales en general. — Casa del hacendado de capital y del principiante. — Elección del sitio. Campo abierto ó campo alambrado. — Casa principal. — Plano general. — Plano de cada edificio. — Ranchería. — Edificios de barro y paja; su utilidad. — El pozo. — La cocina. — La habitación. — Los galpones. — Sin lujo. — Ejemplo de los ingleses....... 22

CAPÍTULO III. — *Cercos y cultivos.* — Utilidad del cerco. — Alambrados. — Cerco vivo. — Quinta. — Tranqueras principales y privadas. — Huerta de estancia. — Alfalfares. — Modos de mejoramiento de los alfalfares.— Producto. — Modos de conservación de la alfalfa. — La parva. — El sistema Klappmeyer. — El ensilage. — El maíz. — Prados artificiales. — Administración de alfalfares....... 36

CAPÍTULO IV. — *Material de una estancia.* — Material necesario para la ganadería. — Material de cultura. — Rodados y aperos. — Jahüeles. — Galpones. — Pozos. — Represas. — Bebidas. — Bombas y máquinas. — Material de esquila. — Herramientas de jardinería, carpintería y herrería....... 59

Páginas

CAPÍTULO V. — *Personal de una estancia.* — El patrón. — Economía rural. — Deberes del patrón. — Rol civilizador del estanciero. — Elección del personal. — Deberes de los peones. — Reglas para su dirección. — Peones extranjeros. — El capataz. — Sus deberes. — Sueldos. — El mate. — La manutención de los peones. — Poncho y chiripá .......... 69

CAPÍTULO VI. — *Contabilidad y estadística.* — Contabilidad especial de las estancias. — Contabilidad en partida simple y en partida doble. — Cómo se establecen las cuentas. — Libros necesarios. — El Diario. — El Mayor. — Cuentas principales. — Cuentas de explotación. — Cuentas de verificación. — Cuentas de repartición. — Libros auxiliares. — Balances anuales. — El mes de febrero .......... 82

CAPÍTULO VII. — *Compendio de nociones zootécnicas.* — La Zootecnia. — La experiencia y el empirismo. — Aclimatación. — Herencia. — Ley de semejantes. — Poder de reproducción. — Poder hereditario ó atavismo. — Selección natural, inconsciente, zootécnica. — Consanguinidad. — Sus peligros y su utilidad. — Cruzamientos. — Gimnasia funcional. — Explotación zootécnica .......... 92

## LIBRO SEGUNDO

### Hacienda ovina

CAPÍTULO I. — *Puestos.* — División en puestos. — Plano de división para estancia bajo alambrados. — Campos abiertos. — Colocación de los puestos. — Los ranchos .......... 107

CAPÍTULO II. — *Puesteros.* — Los puesteros. — Extranjeros y criollos. — Irlandeses. — El pago por meses. — Medianeros. — Sociedad al tercio y á la cuarta parte de la lana. — Los contratos. — Cláusulas que deben contener. — Las señales. — Obligaciones del puestero. — Cultivos. — La carne. — Libro de majadas .......... 113

CAPÍTULO III. — *Corrales.* — Corral. — Trascorral. — Chiquero. — Corral de alambre. — El rodeo. — Los temporales. — Ovejas á campo ó encerradas. — Perros. — Capones guachos .......... 125

CAPÍTULO IV. — *Compra y arreo.* — Las compras. — Compras buenas y pichinchas. — Compra á sacar de la pata. — Compra al corte. — Arreo de ovejas. — Orden de marcha. — Paso de los arroyos. — Peligros de viaje. — Romerillo. — El agua. — El chucho. — Tropas de capones .......... 134

CAPÍTULO V. — *Cuidado general de una majada.* — Producto de la oveja con poco trabajo. — Número de ovejas en cada campo. — El pastoreo. — Cuidar bien. — Dumbas. — Mixturas. — Apartes. — Escasez de agua. — Po-

Páginas

zos, jagüeles, cigoñal, bebederas. — Preceptos generales. — Salida del corral. — El sol. — La siesta. — El temporal. — Galpones y reparos.— Montes ........ 146

CAPÍTULO VI. — *Invernada y engorde*. — Las graserías del pasado. — Las congeladoras. — La exportación de animales en pie. — Invernada de ovinos en general. — Regla fundamental. — Ovejas viejas. — Puesto de invernada.— Aparte de los capones y de las ovejas viejas. — Venta. — Capones para exportación. — El pastoreo: sistema mixto. — Elección de los animales. —Su manutención,—La nutrición y sus fenómenos. — Cantidad y calidad de los animales. — Condiciones generales. — En verano y en invierno. — Sombra, reparo, aire. — Sol y agua. — Los tanteos. — La pesada. — Preparación para el viaje ........ 161

CAPÍTULO VII. — *Estacionamiento de las majadas*. — El cuidado de las ovejas antes y hoy. — Estacionar. — Ventajas que ofrece el estacionamiento. — Sus peligros. — Remedio. — Estación de la parición. — La parición de primavera y la de otoño. — El Sud y el Norte. — Montes y alfalfares... 174

CAPÍTULO VII. — *Parición*. — Cuidado durante la parición. — Aparte de las paridas y de las preñadas. — El corral. — El rodeo de los mestizos. — Guachos. — Mamaderas. — Corderos y borregos. — Corderos perdidos. — Cepa-caballo. — Flechilla. — Viruela. — Lombriz. — Proporción de muertos ........ 184

CAPÍTULO IX. — *Señalada*. — Señales conocidas. — Boleto. — Orejano. — Media señal. — Señalada. — Corte de la cola. — La capa. — Contraseñalar. — Edad y época del año para señalar. — Edad de la capa. — Varias señales ........ 193

CAPÍTULO X. — *Esquila*. — Estación de la esquila. — Preparativos. — Limpiar. — Correr las majadas. — El tendal. — El depósito de lana. – Los galpones. — Las maneas, piedras de afilar, tijeras. — El agarrador. — El atador. — Hilo de atar. — El cocinero. — El afilador de tijeras. — El latero.— Los esquiladores. — Las mujeres. — Deberes del estanciero. — Las comidas. — Las noches. — La lluvia. — La pila de lana ........ 199

CAPÍTULO XI. — *La lana*. — La carne y la lana. — Ayer y hoy. — Carne ó lana fina. — El problema y sus soluciones. — El mejor camino. — La lana, el vellón, la mecha, la hebra. — Suarda. — Peso. — Cuerpos extraños: sarna, semillas, corral. — Rinde. — Producto en lana. — Acondicionamiento. — El lavado de la lana ........ 216

CAPÍTULO XII. — *Cueros lanares*. — Cueros de consumo. — Cueros de epidemia. — Valor según la estación. — Cueros pelados, media lana, tres cuartos y lana entera. — Peso de los cueros. — Cuidado de los cueros. — Modos de sacarlos y secarlos. — La polilla. — Cueros de corderos y corderones ........ 238

CAPÍTULO XIII. — *Majada de reproductores*. — Cabañas. — Majada de reproductores para la estancia. — Modo de formarla. — Necesidad para todos de formarla. — Modo de cuidarla. — Galpón especial. — Producto ....... 246

Páginas

CAPÍTULO XIV. — *Carneros.* — Elección de los carneros. — Raza merina. — Fuerza, salud, tamaño, configuración exterior. — Animal tableado. — El paralelógramo. — Animal perfecto. — Necesidades individuales de cada estanciero. — Defectos graves. — Momento para echar carneros á las majadas. — Número para cada cien ovejas. — Cuidado de los carneros... 254

CAPÍTULO XV. — *Enfermedades.* — Sarna — Caquexia acuos. — Sobeipé. — Lombriz. — Empaste. — La par. — Gusanos. — Locura. — Viruela de los corderos. — Varias afecciones... 267

CAPÍTULO XVI. — *Resumen mensual de los trabajos á ejecutarse en una majada.* — El mes de marzo, primero del año pastoril. — Trabajos especiales en cada mes... 302

CAPÍTULO XVII. — *Productos de una majada* — Diferentes opiniones sobre el producto de una majada. — Diferencias de producto según las condiciones individuales. — Resultados conocidos. — Término medio. — Apreciación de la Sociedad Rural... 308

# LIBRO TERCERO

## Hacienda vacuna

CAPÍTULO I. — *Consideraciones generales.* — Ojeada sobre la Historia de la cría de ganado vacuno en la República Argentina. — Diferentes faces de la cría del ganado vacuno en la República Argentina. — Progresos hechos, progresos por hacer. — Condiciones económicas comparadas del criador europeo y del criador argentino. — Valor relativo de los diferentes productos de la hacienda vacuna. — Exportación de carne. — Método de cría argentino... 313

CAPÍTULO II. — *Corrales, rodeos y alambrados.* — Necesidad y modo de asegurar las propiedad. — Corral de encierro. — Corral de trabajo. — Modos de hacerlos; su situación. — Rodeo. — Definición. — Su utilidad. — Parar rodeo. — Situación del rodeo. — Pedir rodeo. — Alambrados generales y potreros. — Ventaja de los potreros. — Ventaja de un alambrado... 326

CAPÍTULO III. — *Trabajos de corral y rodeo.* — Condiciones de un buen trabajo. — Apartes. — Señuelos. — Capa de toros. — Contar hacienda. — Hierra y contrahierra. — Peones de á pie y de á caballo. — Modo de encerrar y soltar la hacienda... 336

CAPÍTULO IV. — *Compra y arreo.* — Puntos á examinar para comprar una hacienda. — Momento favorable para la compra. — Ventas al corte. — Recepción. — Desternerar. — Varios tratos de compra-venta. — Arreo —

Páginas

Elección del capataz. — Modo de arrear. — Hacienda de cría. — Paso de los arroyos. — Ronda ........ 346

CAPÍTULO V. — *Cuidado de la hacienda vacuna.* — Capataz y peones. — Obligación de los puesteros. — Aquerenciar. — Repunte. — Recogida. — Perros. — Sabandija. — Apartes. — Cuidado de animales de aparte. — Campeada. — Temporales. — Seca. — Jagüeles; norias. — Epizootías. — Número del rodeo. — Cueros. — Huascas. — Parición. — Hierra; señales ........ 353

CAPÍTULO VI. — *Novillos.* — Precauciones para la castración de toros. — Edad favorable para la castración. — Cuidado de los novillos. — El criador y el invernador. — Agricultura aplicada á la ganadería. — Gordura; clasificaciones. — Venta de novillos. — Novillos para exportación ........ 365

CAPÍTULO VII. — *Rodeo de reproductores.* — Su necesidad. — Elección de las vacas. — Terneras de tambo. — Elección del toro. — Edad de la monta. — Números de las vacas para un toro. — Separación de los terneros. — Sistema de eliminación. — Selección. — Herd-book. — El Durham ........ 377

CAPÍTULO VIII. — *Enfermedades.* — Causas de las epizootías. — Gérmenes latentes. — No recargar los campos. — Inoculación en las cabañas. — Carbunclo y peripneumonía. — Tuberculosis y enteque ........ 388

## LIBRO CUARTO

## Hacienda yeguariza

CAPÍTULO I. — *La manada.* — Condición comercial actual de la hacienda yeguariza en el país. — Cualidades y defectos del caballo criollo. — Mejoras necesarias para hacerlo exportable. — Errores cometidos en Europa. — Modo de salvarlos. — El pelo. — Elección del padrillo. — Pedigree. — Parejeros enteros. — Selección. — Cruzamientos. — Necesidades económicas del país. — Caballo de Berbería. — Caballo Percherón chico. — Elección de yeguas. — Número de la manada. — Entablar. — Aquerenciar. — Padrillos errantes. — Producto de las yeguas. — Yeguas de andar. — Cuidado de la manada. — Hierra, capa, cerdeada. — Edad de castrar ........ 400

CAPÍTULO II. — *El caballo.* — El caballo. — Doma de los potros. — Lo que es y lo que debería ser. — Cuidado de los caballos. — Tropilla ........ 417

CAPÍTULO III. — *Enfermedades del caballo.* — Enfermedades. — Manquera. — Varias causas. — Nacidos; hormiguero; desortijado. — Diarrea. — Haba. — Mal de orina. — Mancha. — Lastimaduras. — El recado ........ 424

Páginas

## LIBRO QUINTO

### El Cerdo

Utilidad de la cría de cerdos en ciertos campos. — Razas finas. — Cuidado de las chanchas paridas y de los lechones. — Galpón. — Manutención.— Cuidado de los adultos. — Castración de los machos y de las hembras. — Producto........................................................................ 432

## LIBRO SEXTO

### Algunos principios de derecho rural

Código rural de la Provincia de Buenos Aires. — Estancias. — Chacras y quintas. — Marcas. — Apartes. — Tránsito. — Hierras. — Haciendas alzadas. — Ovejas. — Acopiadores de frutos. — Guías de ganado. — Abastecedores. — Tablada. — Juez de corrales. — Chacras y labranza. — Registro de conchavos. — Modelo de contrato entre estancieros y puesteros. —Delitos rurales. — Abigeato. — Cuatrería. — Hurto. — Cercas y caminos........................................................................ 443

# ÍNDICE DE LOS GRABADOS


| | | | Páginas |
|---|---|---|---|
| Figura | 1 | Plano general de una estancia | 31 |
| » | 2 | Postecitos de lapacho | 44 |
| » | 3 | Maza de madera dura para clavar los postecitos | 44 |
| » | 4 | Segadora de dos caballos para alfalfa | 47 |
| » | 5 | Rastrillo para alfalfa | 47 |
| » | 6 | Preparación del suelo para el silo | 49 |
| » | 7 | Parva-silo tapada con tierra | 50 |
| » | 8 | Silo recién cargado | 52 |
| » | 9 | » tapado desde ocho días | 52 |
| » | 10 | » después de algún tiempo | 52 |
| » | 11 | Rastra de dientes | 63 |
| » | 12 | Molino á viento | 64 |
| » | 13 | Bomba Rosario | 67 |
| » | 14 | Detalle de la bomba Rosario | 68 |
| » | 15 | Potreros para majadas | 109 |
| » | 16 | Corrales y trascorrales para ovejas | 128 |
| » | 17 | Perro ovejero | 133 |
| » | 18 | Cigoñal | 154 |
| » | 19 | Baldo de volcar | 156 |
| » | 20 | Monte-reparo | 161 |
| » | 21 | Mamaderas para corderos guachos | 187 |
| » | 22 | Señalador para ovejas | 193 |
| » | 23 | Señales más usuales para ovejas | 198 |
| » | 24 | Plano de corrales y galpón de esquila | 204 |
| » | 25 | Tijeras de esquilar | 206 |
| » | 26 | Indicación de las calidades de la lana | 237 |
| » | 27 | Disposiciones interiores de un galpón para plantel de ovejas | 252 |
| » | 28 | Carnero Rambouillet | 255 |
| » | 29 | Carnero Lincoln | 257 |
| » | 30 | Carnero Leicester | 260 |
| » | 31 | Bañadera: perfil y corte | 277 |
| » | 32 | Plano general del bañadero con sus corrales y bretes | 278 |
| » | 33 | Distoma hepático | 283 |
| » | 34 | Borrego atacado de lombriz | 288 |
| » | 35 | Corral y bretes para hacienda vacuna | 329 |
| » | 36 | Toro Durham | 355 |
| » | 37 | Toro Red-Short-Horn | 357 |
| » | 38 | Caballo árabe | 404 |
| » | 39 | Caballo Percherón | 408 |
| » | 40 | Caballo inglés | 409 |
| » | 41 | Cerdo criollo | 434 |
| » | 42 | Cerdos Berkshire | 436 |
| » | 43 | Cerdo Normando-Leicester | 437 |
| » | 44 | Galpón para cerdos | 439 |